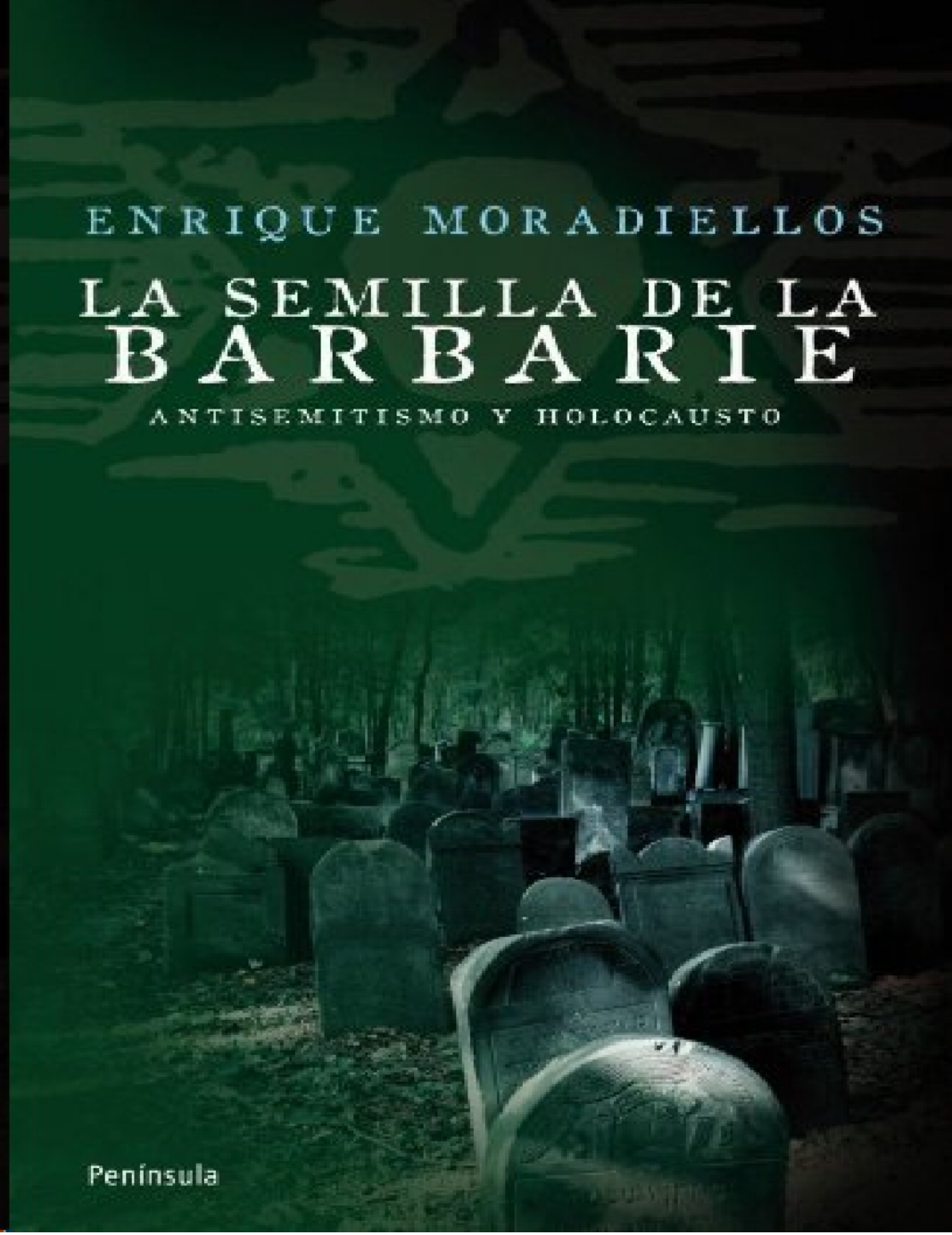
ENRIQUE MORADIELLOS

LA SEMILLA DE LA BARBARIE

ANTISEMITISMO Y HOLOCAUSTO



Península

Enrique Moradiellos

La semilla de la barbarie

Antisemitismo y Holocausto

EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA

Primera edición: febrero de 2009
Primera edición en formato digital: diciembre de 2011

© Enrique Moradiellos García, 2009

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., Ediciones Península
edicionespeninsula.com/grup62.com

ISBN: 978-84-8307-924-9
Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, wwww.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

A David Argüelles Moradiellos

(Oviedo, 12 de septiembre de 1985
Madrid, 12 de agosto de 2007)

Sit tibi terra levis

Pregúntame cuál es mi virtud y no por el color de mi piel.

Aforismo árabe

El leopardo no puede borrar sus pintas y tampoco el negro puede cambiar el color de su piel.

Aforismo racista

Triste época la nuestra: Es más fácil desintegrar un átomo que desintegrar un prejuicio.

ALBERT EINSTEIN

La historia de los campos de destrucción
debería ser entendida por todos como
una siniestra señal de peligro.

PRIMO LEVI

PREFACIO

La naturaleza de este libro es básicamente informativa y divulgativa porque pretende explicar con claridad y sencillez, pero sin simplismo, un fenómeno histórico trágico, singular y transcendental para la humanidad: el llamado *Holocausto*. Es éste un término derivado de un viejo vocablo griego (όλόκανστοζ: «olokaustos») que designaba un sacrificio religioso ritual hebreo en el que la víctima animal propiciatoria era inmolada por el fuego ante el altar del templo. Con ese término se alude en la actualidad al vasto programa de exterminio biológico sistemático de la población judía europea que las autoridades alemanas del Tercer Reich pusieron en marcha al compás de la Segunda Guerra Mundial, entre los años 1939 y 1945. Un programa planificado y ejecutado como obra y acción de Estado, con todos los recursos humanos y materiales disponibles, y que sólo fue finalmente truncado por la derrota militar del régimen nacionalsocialista de Adolf Hitler en dicho conflicto ante la coalición aliada dirigida por Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética.

Con el objetivo de lograr ese básico propósito explicativo enunciado, el libro necesariamente aborda una tarea igualmente imprescindible: tratar de explicar y contextualizar sumariamente los orígenes, fundamentos y motivaciones históricas del intenso prejuicio y hostilidad xenófoba contra la población judía que surgió en la Antigüedad Clásica y que se expandió bajo formato racista por una gran parte de las sociedades de la Europa continental durante el siglo XIX y la primera mitad del XX. Sencillamente porque sin esas previas semillas de la judeofobia y del antisemitismo, nunca habría florecido la posterior barbarie del Holocausto.

Siguiendo una convención muy extendida entre los autores que se han dedicado al estudio del antisemitismo y del Holocausto, el punto de partida de este recorrido histórico comienza, no por el principio como sería de esperar, sino por su dramático resultado final: una cosecha de más de cinco millones de judíos muertos y asesinados en la Europa dominada por el Tercer Reich durante los casi seis años de duración de la Segunda Guerra Mundial. No es una decisión

incongruente ni falta de lógica. Todo lo contrario. Desde un punto de vista histórico, esa alteración del orden expositivo permite atender con mayor rigor a la filogénesis del Holocausto, a sus condiciones de gestación histórico-cultural. No en vano, sólo en presencia de ese fruto letal atroz y genocida se entiende bien cómo surgió la semilla de la barbarie que lo hizo posible y lo nutrió con anterioridad a su floración.

Una vez delimitada la morfología efectiva y singularidad histórica del fenómeno del Holocausto, el libro perfila las bases antropológicas de la xenofobia y los conceptos de «raza» y «racismo» en su sentido histórico preciso y pertinente. Como apreciará en su momento el lector, estas precisiones conceptuales sirven de fundamento para la diferenciación entre una primera xenofobia antijudía de matriz religiosa y cultural y una posterior xenofobia antijudía de origen racial y biológico-naturalista. Siguiendo las tesis de una amplia corriente en la literatura historiográfica sobre el antisemitismo, en este trabajo se reserva el uso del término «antijudaísmo» (o «judeofobia») para definir al primer caso de xenofobia y se limita el uso del vocablo «antisemitismo» (o «racismo antisemita») para definir al segundo de los casos antedichos.

A continuación, la obra se dedica a exponer los fundamentos básicos, religiosos y culturales, de la hostilidad y animadversión contra los judíos en el mundo clásico helenístico y greco-romano. También describe las nuevas bases del antijudaísmo desplegado por la religión y la Iglesia cristiana durante toda la época tardorromana, medieval y moderna, con sus modulaciones y reformulaciones principales a lo largo de ese amplio período. Por último, se aborda el programa de la Ilustración para hacer frente al «problema judío» mediante dos tentativas de solución concatenadas: la emancipación socio-política y la asimilación cultural.

El siguiente apartado del libro describe y analiza la condición social, cultural y económica de los judíos europeos durante todo el siglo XIX, haciendo especial mención de los ambivalentes efectos de la emancipación en el plano socio-profesional y de los éxitos y limitaciones de la asimilación en el orden cultural y cívico. En virtud de la importancia cuantitativa de sus respectivas comunidades judías, se atiende especialmente a los casos de Prusia (Alemania, tras la unificación de 1870), el Imperio Austríaco (Austro-Húngaro, desde 1867) y el Imperio Ruso. Como podrá apreciarse, en todos esos ámbitos geográficos fue muy destacable la importancia crucial de los

judíos en las actividades asociadas a los procesos de modernización económica y socio-política que tienen lugar en Europa de un modo diferencial y combinado durante toda la centuria.

Después de establecer el perfil socio-demográfico básico de la judería europea decimonónica, el trabajo aborda el estudio de la configuración y expansión de las doctrinas racistas a finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX. En particular, se analizan las dos corrientes intelectuales que confluyen en la aparición del racismo como doctrina y cosmovisión de la naturaleza humana bien perfilada y tautológica: por una parte, el reduccionismo biologicista que informa a la naciente antropología y que culmina en el «darwinismo social y racial»; por otra, la metafísica de la raza elaborada por autores como el conde de Gobineau y Houston Stewart Chamberlain y que impregna el pensamiento *völkish* germano.

Sobre la base de ese heterogéneo proceso cultural, se inicia la descripción y análisis del movimiento político antisemita que cristaliza en Europa durante el último cuarto del siglo XIX, justo a la par y en conexión con la grave crisis financiera y agraria finisecular y al compás de la reorientación vitalista y antipositivista del pensamiento social y político continental. Especial atención se presta al movimiento antisemita alemán iniciado en 1879 con las actividades del periodista Wilhelm Marr, el pastor luterano Adolf Stöcker y el historiador Heinrich von Treitschke. También se analizan el antisemitismo político austríaco en las figuras contrapuestas de Georg von Schönerer y Karl Lueger; el violento antisemitismo ruso inaugurado tras el asesinato del zar Alejandro II en 1881; y el estallido de una oleada de antisemitismo en Francia en 1897 durante la polémica pública que acompañó al «*Affaire* Dreyfus».

Después de establecer los motivos específicos de la decadencia o estancamiento de cada uno de esos movimientos antisemitas nacionales, el libro concluye su andadura refiriéndose al éxito cultural del antisemitismo en Europa central y oriental y a su renacida floración política durante los amargos años de la Primera Guerra Mundial y, en particular, tras el triunfo de la Revolución Bolchevique en Rusia en octubre de 1917. Así se llega al final de esta trayectoria histórica explicativa e interpretativa del fenómeno del antisemitismo racial contemporáneo. No en vano, como ya se había apuntado en la primera parte del libro, la convulsa historia de la posguerra europea y el estallido de una grave crisis económica en 1929 sentaron las bases para la reactivación de un nuevo movimiento político antisemita de

masas que verá su culminación en el ascenso al poder en Alemania de Adolf Hitler y el establecimiento del Tercer Reich en 1933.

I

EL HOLOCAUSTO JUDÍO EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

1. SIGNIFICADO Y SINGULARIDAD DEL GENOCIDIO DE LOS JUDÍOS

El Holocausto de la población judía europea practicado por la dictadura nacionalsocialista alemana entre 1939 y 1945 fue un programa de genocidio de alcance continental bien planificado y eficazmente ejecutado en la medida de sus posibilidades y capacidades. Fue también la tragedia humana más espantosa y atroz registrada en la historia hasta el presente y la más difícil de comprender y explicar de la historia alemana y europea del siglo XX, una centuria de por sí pródiga en megamasacres, crímenes masivos y matanzas brutales. No en vano, como ha subrayado Steven T. Katz en su canónico estudio del fenómeno, constituyó «un crimen de dimensiones monumentales, un acto de inaudita crueldad que implicó millones de actos de crueldad».[1]

Aunque las cifras exactas de la cosecha letal del Holocausto son casi imposibles de perfilar en virtud de las destrucciones documentales inducidas por la guerra y del ocultamiento de pruebas delatoras realizado por los perpetradores antes de su derrota, no cabe duda razonable alguna de que superó el umbral de los cinco millones de víctimas mortales. Esa sería la cifra mínima de muertos y asesinados según Raul Hilberg, autor de una de las primeras investigaciones históricas fidedignas elaboradas sobre el tema: *La destrucción de los judíos europeos*, publicada originalmente en Estados Unidos en 1961.[2] Otros historiadores anteriores o posteriores a Hilberg incluso se inclinan a elevar esa cifra hasta cerca de los seis millones de víctimas, como es el caso de Léon Poliakov (*Harvest of Hate* o *Breviario del odio*, obra aparecida en inglés y español en 1954) o de Lucy Dawidowicz (cuyo aclamado estudio titulado *La guerra contra los judíos* fue publicado en 1975).[3] Tal cosecha mortal representó la pérdida de algo más del 40 por ciento de toda la judería mundial existente en 1939 (unos 16,7 millones de personas) y aproximadamente del 65 por ciento de la judería europea (un total de 9,4 millones).[4]

Esa cifra enorme de entre cinco y seis millones de muertos y asesinados no se refiere a soldados o civiles afectados por un conflicto

bélico particularmente cruento, como si hubieran sido víctimas voluntarias o involuntarias de unas operaciones militares que siempre han sido generadoras de sangre, dolor y sufrimiento, tanto de culpables como de inocentes. Tampoco se refiere a las aleatorias víctimas de una catástrofe natural imprevisible y arbitraria, fuera de todo control o responsabilidad humana en su desencadenamiento y curso. En absoluto. Fueron básicamente seres humanos civiles, desarmados, vulnerables e indefensos: hombres, mujeres, niños y ancianos, de todas las edades, géneros y condiciones sociales, no combatientes ni beligerantes, que resultaron designados intencionadamente como sujetos pacientes de una política oficial genocida a cargo de un Estado totalitario y racista. Ahí reside la singularidad y novedad histórica del Holocausto en el contexto de los genocidios y megamasecres registrados antes y después del mismo. Como recuerda certeramente Steven T. Katz:

> Es esta erradicación física completa, intencionada y sin tregua de cada hombre, mujer y niño judío lo que define la naturaleza particular y singular del evento que llamamos Holocausto. Es este imperativo ideológicamente motivado e ilimitado de que *todos* los judíos debían ser asesinados lo que distingue a la *Shoah* de anteriores y posteriores actos colectivos de violencia, etnocidio y masacres masivas, cualesquiera que fuera su inhumanidad. (...) El Holocausto es fenomenológicamente único en virtud del hecho de que nunca antes un Estado se había fijado, como objetivo de principio y como política de hecho, la tarea de aniquilar físicamente a cada uno de los hombres, mujeres y niños pertenecientes a un pueblo específico.[5]

A ese fenómeno se le designó como *Holocausto* a partir de la década de los años cincuenta del siglo XX, cuando por primera vez comenzó a estudiarse con plena consciencia de su carácter inimaginable por atroz e inédito hasta entonces. No fue un término bien aceptado por todo el mundo debido a sus connotaciones religiosas y al fatalismo asociado en la metáfora de considerar a la población judía asesinada como una especie de víctima propiciatoria inmolada en un altar pagano por el nacionalsocialismo alemán. De hecho, el término remarcaba un inexistente sentido teológico en el crimen perpetrado y parecía darle un significado oferente y místico, como se recogía en las páginas del Antiguo Testamento donde se describía ese tipo de sacrificio mediante el fuego:

> Ésta es la ley del holocausto: el holocausto arderá sobre el hogar del altar de la noche a la mañana, y el fuego del altar se tendrá siempre encendido. (...) El fuego arderá siempre en el altar, sin apagarse; el sacerdote le alimentará con leña todas las mañanas, pondrá sobre ella el holocausto y quemará allí el sebo de los sacrificios

pacíficos (*Levítico*, capítulo 6, versículos 2 y 6).[6]

Sin embargo, el vocablo logró imponerse en la literatura especializada y popular con mayor éxito que otros análogos surgidos para denotar el fenómeno. Por un lado, el término hebreo *Shoah* («catástrofe», «devastación», «calamidad»), que prescindía de esas connotaciones religiosas y subrayaba la condición de evento humano realizado por sujetos que actuaron como perpetradores conscientes de una terrible masacre contra sus semejantes.[7] Por otro lado, el sintagma la *Solución Final* (en alemán: *Endlösung*), el eufemismo utilizado por las autoridades nazis alemanas para designar el exterminio biológico de toda la población judía que estaba en su poder. Dicho sintagma surgió inicialmente para dar respuesta a la existencia de un supuesto «Problema Judío» (*Judenfrage*) que requería solución (la de conseguir una Europa «libre de judíos»: *Judenfrei*) y fue adquiriendo sus connotaciones genocidas durante el transcurso de la guerra mundial. El último término acuñado para dar cuenta del fenómeno, *Judeocidio*, ha sido apuntado por el historiador Arno J. Mayer y trata de subrayar su condición, simple y llana, de «genocidio» motivado política e ideológicamente.[8]

Todos los vocablos citados tienen un rasgo común definitorio: conciben el exterminio de la judería europea llevado a cabo por los nazis como un caso especial y singular de *genocidio*. Incluso como el prototipo canónico de fenómeno genocida. Dicho concepto, en efecto, tiene corta vida y está ligada inexorablemente al descubrimiento de la práctica de la «Solución Final» durante los últimos años de la Segunda Guerra Mundial. No en vano, es un neologismo derivado de la raíz griega «genos» (genn£w: linaje, grupo de parentesco hereditario) y el sufijo latino «cida» (procedente de *occidere*: matar, asesinar). Su formulador fue un jurista judío de origen polaco, Raphael Lemkin, que era profesor de derecho internacional en la Universidad de Yale (Estados Unidos) y que en 1944 publicó el ensayo *El gobierno del Eje en la Europa ocupada*.[9] En el mismo, acuñaba el nuevo tipo delictivo para describir el recién descubierto exterminio contra la población judía europea porque rebasaba con desmesura los conceptos tradicionales de crímenes de guerra hasta entonces imperantes. La afortunada definición de Lemkin tenía como parámetro el tipo delictivo del «homicidio» (acción de eliminación de la vida de un individuo) y serviría de base a la acusación contra los líderes nazis alemanes por parte de los fiscales aliados en el Tribunal Militar

Internacional de Nüremberg (1945-1946):

Entendemos por «genocidio» la destrucción de una nación o de un grupo étnico. (...) Lo que más bien se propone es definir un plan de acciones, coordinado, con el fin de destruir los fundamentos esenciales de la vida de los grupos nacionales, cuya finalidad es eliminar a esos mismos grupos. Los objetivos de semejante plan serían la desintegración de las instituciones políticas y sociales, de la cultura, de la lengua, de los sentimientos nacionales, de la religión y de la vida económica de estos grupos nacionales; y la destrucción de la seguridad personal, de la libertad, de la salud, de la dignidad, e incluso de las vidas de los individuos que pertenecen a tales grupos. El genocidio está dirigido contra el grupo nacional como entidad y las acciones que arrastra son llevadas a cabo contra individuos, no en razón de sus cualidades individuales, sino porque pertenecen al grupo nacional.[10]

Lemkin tenía razón al enfrentarse a la tarea de acuñar un nuevo vocablo para designar un nuevo tipo de crimen que excedía con mucho los tipos delictivos, de guerra o de paz, hasta entonces conocidos y registrados. Porque ese asesinato de millones de seres humanos que hoy llamamos con acuerdo casi general como Holocausto no fue el resultado de un arrebato pasional esporádico o incontrolado, fruto de la brutalidad y desorganización inherentes a toda guerra. No fue una mera masacre brutal de enemigos vencidos tras el combate ni una simple atrocidad contra civiles inocentes como las que están registradas en el catálogo de abyecciones de la historia humana. Todo lo contrario. El Holocausto fue un verdadero programa de genocidio, ideológicamente motivado, deliberadamente planificado y eficazmente ejecutado con todos los recursos y maquinaria de un Estado moderno y una sociedad industrial avanzada y civilizada. De hecho, el genocidio requiere como condición la existencia de un Estado o institución política que planifica y ejecuta la acción, así como la existencia de un imperativo intencional, una voluntad genocida, que está presente en las elites directivas del Estado correspondiente. «El autor de un genocidio no mata a ciegas», recuerda Yves Ternon.[11] Su intención de exterminio y eliminación se predica sobre unas determinadas víctimas previamente seleccionadas, marcadas y localizadas.

Esa voluntad aniquiladora fría y calculada diferencia el genocidio de otras megamasacres similares porque aquél está desprovisto del característico clima de histeria colectiva que lleva a matar a todos los que son percibidos como enemigos reales o imaginarios en circunstancias extremas de crisis o guerra. El genocidio no es el mero fruto mortal de una reacción súbita individual o colectiva de asalto y eliminación de un enemigo fehaciente o potencial por un brote pasional y descontrolado de temor u odio contra el mismo. En esa

planificación consciente y meditada, programada y calculada, del asesinato de masas reside la singularidad y excepcionalidad del Holocausto judío.

Desde luego, al margen de las lógicas bajas militares en operaciones bélicas, el Tercer Reich fue responsable durante la Segunda Guerra Mundial de la muerte por explotación, maltrato, inanición o simple eliminación en campos de concentración y exterminio de millones de otros seres humanos que cayeron bajo su poder: prisioneros de guerra soviéticos (entre tres y cuatro millones: el 60 por ciento de los capturados), testigos de Jehová (unos 5.000 de los más de 10.000 en cautividad), homosexuales (entre 5.000 y 15.000), minusválidos y enfermos mentales considerados «vidas indignas» (entre 80.000 y 100.000), poblaciones civiles de países ocupados (entre 1939 y 1941 mataron a unos 120.000 polacos; entre 1941 y 1944 causaron la muerte de unos 12 millones de soviéticos).[12] Y esa cosecha letal masiva e impresionante tuvo lugar en el contexto sin par de una «Guerra Total» de casi seis años de duración que afectó a prácticamente todo el globo terráqueo, que implicó como nunca a todos los órdenes de la vida social de los países afectados (en el frente y en la retaguardia, en el ámbito laboral y en la vida cotidiana), que movilizó de manera insólita a masas de hombres y mujeres como combatientes (85 millones sirvieron en todas las fuerzas armadas participantes) y que generó un legado de víctimas mortales de más de 55 millones de personas (el 66 por ciento civiles no beligerantes: 16 millones de combatientes frente a 38 millones de civiles; un total de 20.000 personas muertas por cada día de guerra).[13]

Pero a pesar de ese contexto brutal y de la orgía de sangre implícita en la guerra mundial, el Holocausto sigue descollando como la cumbre singular de aquella devastación humana. Porque sólo los identificados como judíos por las autoridades nacionalsocialistas alemanas fueron escogidos como objetivos de destrucción total, completa y sin paliativos (suerte compartida parcialmente también por los gitanos, que soportaron entre un cuarto y medio millón de víctimas mortales en campos nazis).[14] Los otros grupos sometidos por el régimen nazi podrían morir o vivir en la esclavitud y la servidumbre: para los judíos sólo cabía la muerte sin remisión. Este inmenso genocidio de judíos europeos fue así pues excepcional y singular, al menos, por tres razones básicas y concurrentes.

En primer lugar, por la definición de «judío» como miembro de una raza inferior degenerada, infecciosa y «sub-humana»

(*Untermenschen*).[15] Una raza que debía ser exterminada rápida y totalmente para evitar la contaminación racial y el envilecimiento del resto de la humanidad y, sobre todo, de la raza superior: la raza aria germánica. Esta concepción y definición del «judío» como un verdadero «parásito» peligroso, como «virus» mortal y letal, sin ánimo metafórico alguno, fue predicada por Hitler desde sus primeros escritos políticos («Judá es la plaga del mundo», afirmó ya en 1924) y se convirtió en doctrina oficial del régimen nacionalsocialista desde su llegada al poder en 1933.[16] Y hubo en ese aspecto una notable continuidad y coherencia propagandística. Así, en 1920, uno de los primeros carteles nacionalsocialistas advertía:

> Combatimos sus actividades (las de los judíos) porque son origen de la TUBERCULOSIS DE LAS NACIONES, y estamos convencidos de que la convalecencia sólo podrá empezar cuando se elimine esta bacteria.[17]

Ya iniciado el genocidio al compás de la guerra mundial, en febrero de 1942 el carismático líder nazi volvía a confesar en la intimidad y con sus habituales términos de parasitología socio-política su obsesiva inquina y temor por ese «veneno», «plaga» y «epidemia» destructora:

> El descubrimiento del virus judío es una de las grandes revoluciones que se han realizado en el mundo. La lucha que sostenemos es de la misma naturaleza que la que sostuvieron, el siglo pasado, Pasteur [Louis Pasteur, fundador de la bacteriología y descubridor de la vacuna antirrábica] y Koch [Robert Koch, descubridor del bacilo de la tuberculosis]. ¡Cuántas enfermedades encuentran su origen en el virus judío! (...) Sólo recuperaremos la salud eliminando al judío.[18]

La segunda razón que fundamenta la excepcional singularidad del Holocausto reside en el simple pero revelador hecho de que su planificación y ejecución tuviera lugar en el seno de Alemania. Porque tal fenómeno no surgió en una sociedad bárbara, inculta, primitiva y atrasada, todavía rehén de sus instintos más primarios y donde la civilización no había echado sus raíces ni había humanizado conductas. Todo lo contrario. El Holocausto surgió y se desarrolló en el interior de uno de los países más avanzados en el plano industrial, cultural, científico y tecnológico de la Europa contemporánea. Era la patria de los filósofos Immanuel Kant y Georg Wilhelm Friedrich Hegel, de los músicos Johann Sebastian Bach y Ludwig van Beethoven, de los escritores Friedrich Schiller y Johann Wolfgang von Goethe.

No se trataba, en suma, de un país poco desarrollado, en vías de

desintegración y desangrado por la guerra y la inminencia de la derrota, como había sido el Imperio Otomano en la Gran Guerra de 1914-1918. En este caso, la política oficial de integralismo nacionalista del movimiento de «los Jóvenes Turcos» (una sola lengua y una sola religión) dio también como resultado un genocidio brutal: la masacre de entre medio millón y un millón de armenios cristianos que vivían dentro de las fronteras del imperio y supuestamente no tenían lugar en la futura República de Turquía.[19]

Al contrario que el Imperio Otomano, la Alemania del Tercer Reich era una potencia segura de sí misma, asentada en sus tradiciones intelectuales, heredera de un legado cultural sobresaliente y orgullosa de su capacidad industrial y tecnológica. Y esas mismas características hacían impensable e incomprensible la misma existencia de un genocidio contra la población judía alemana y europea. Sencillamente porque no era fácil admitir que, en pleno corazón de la Europa civilizada, hubiera surgido un Estado, unos dirigentes políticos y un grupo numeroso de la población en los que ya no residía ni huella de lo que tradicionalmente se conocía como conciencia, humanidad, sentimiento de piedad y compasión ante el sufrimiento de los semejantes. En palabras de Frank Chalk:

> La incredulidad de los judíos y de sus compatriotas en Europa y en América fue reforzada por una característica especial añadida en el Holocausto: sus raíces en Alemania, uno de los países de Europa más avanzados en el plano cultural y científico. El hecho de que los alemanes perpetraran el Holocausto en el siglo XX, bastante después de que supuestamente el amanecer de la Ilustración hubiera sacado a la civilización occidental de la barbarie, todavía suscita serias dudas sobre nuestra comprensión de la sociedad occidental.[20]

Esa misma excepcionalidad del programa exterminador nazi contribuye a explicar la notoria pasividad que las poblaciones judías, en Alemania y fuera de Alemania, ofrecieron a sus verdugos en su proceso de destrucción. Porque, en efecto, el patrón de conducta de los judíos ante el progresivo despliegue del proyecto genocida hitleriano se caracterizó «casi completamente por la falta de resistencia» (Raul Hilberg) y abundó en medidas de acatamiento resignado, parálisis aterrorizada, evasión culpabilizadora o simple y sencilla voluntad de congraciarse con el enemigo para evitar en lo posible su ira y su crueldad.[21] Así pues, como tantas veces se ha subrayado y condenado (Hannah Arendt): «los judíos fueron hacia la muerte como corderos hacia el matadero» y no se comportaron como enemigos de sus verdugos a los que pudieran hacer frente activo,

resolutivo y violento (excepto en contadísimas ocasiones y casos extremos, como fue la sublevación del gueto de Varsovia).[22] Y en esa extraña respuesta, sin duda, tenía su parte de causa el carácter inesperado e insólito de la propia voluntad genocida alemana. Así lo explicaría al término de la guerra mundial una muchacha judía de Hamburgo que sobrevivió milagrosamente a su cautiverio en el gueto de Lodz y en el campo de exterminio de Auschwitz:

> Hasta 1933 llevábamos una vida agradable. Sin embargo, una vez que Hitler se hizo con el poder, los niños de nuestro edificio dejaron de hablarnos: nos tiraban piedras y nos insultaban, y nosotros no lográbamos entender qué habíamos hecho para merecer tal castigo. Nos preguntábamos por qué, y cuando lo hacíamos en casa, nos respondían con algo semejante a: «Es algo pasajero; ya volverán las aguas a su cauce». (...) Jamás se nos pasó por la mente pensar en lo que harían con los niños, los ancianos y los que no eran capaces de trabajar. Nunca fuimos lo bastante racionales para imaginárnoslo: nos limitamos a dar por hecho que seguirían vivos.[23]

El tercer y último motivo de la singularidad del Holocausto radica en su organización burocrática moderna, racional, metódica y eficaz. Todo el poder del Estado alemán fue puesto al servicio de un programa de exterminio de extraordinaria complejidad y laboriosidad. No en vano, y bajo las difíciles condiciones de guerra total, la llamada «Solución Final del Problema Judío» exigió a la dictadura nacionalsocialista una serie encadenada de tareas y labores: crear un censo especial de judíos en Alemania y en toda la Europa ocupada por el nazismo; arbitrar un lenguaje camuflado para ocultar la operación a las desconcertadas víctimas y al público exterior incrédulo; organizar brigadas especializadas de ejecutores, motorizadas y dirigidas desde un centro operativo; establecer numerosos guetos y campos de concentración a los que fueron deportados en masa judíos de todo el continente; y, por último, planificar, construir y poner en funcionamiento seis campos de exterminio con sus correspondientes cámaras de gas y hornos crematorios. También exigió formar y dirigir una burocracia enorme encargada de toda la operación: diplomáticos y administrativos para confeccionar el censo; ingenieros y químicos para diseñar y operar las cámaras de gas y los hornos crematorios; antropólogos y médicos para llevar a cabo los experimentos humanos proyectados; militares y policías para velar por la seguridad de los campos; economistas para gestionar la buena marcha del sistema productivo y destructivo; técnicos y operarios de ferrocarril para ocuparse de la red especial ferroviaria que ligaba a unos centros con

otros; y un amplio número de personal subalterno y sin cualificación para completar todo el cuadro humano del sistema genocida. Como ha señalado al respecto Raul Hilberg, la destrucción de los judíos europeos exigió una administración y un proceso burocrático de enorme amplitud y complejidad, que requerió la complicidad abierta y decidida de casi todas las ramas del aparato estatal alemán y de los Estados satélites del Tercer Reich:

> La máquina de la destrucción fue un aparato intrincado, diverso y, sobre todo, descentralizado. (...) Si tuviésemos que enumerar los organismos públicos y privados que se pueden denominar el «gobierno alemán» y aquéllos organismos que se pueden denominar la «maquinaria de destrucción», descubriríamos que estamos tratando de organismos idénticos. (...) Cada jerarquía aportó al proceso de destrucción no sólo medidas administrativas, sino también características administrativas. Los funcionarios públicos infundieron en otras jerarquías su firme planificación y su meticulosidad burocrática. Del Ejército, la maquinaria de destrucción adquirió su precisión militar, su disciplina y su insensibilidad. La influencia de la industria se dejó sentir en el gran hincapié hecho sobre la contabilidad, el ahorro y el rescate, así como en la eficacia fabril de los centros de exterminio. Finalmente, el partido aportó a todo el aparato un «idealismo», la idea de «misión», y la noción de estar «haciendo historia». De esa forma, las cuatro burocracias se fundieron no sólo en la acción sino también en su forma de pensar. [24]

En particular, los citados campos de exterminio simbolizan la cumbre de esa deriva tecnológica y burocrática porque revelan que para los nazis el asesinato masivo de judíos era un fin en sí mismo, no el subproducto derivado de una situación bélica y anormal. Los campos como Auschwitz fueron una verdadera factoría de la muerte, una institución inédita hasta entonces y aún no repetida en la historia, planificada, construida y constantemente modernizada con el objetivo exclusivo de consumir vidas humanas según arribaban a sus puertas. En palabras de Michael Marrus:

> La referencia a los campos es significativa porque evoca lo que probablemente es el aspecto más horrible de la destrucción de los judíos europeos: la deshumanización sistemática de las víctimas, el asesinato en masa según un proceso de línea de fábrica y la organización burocrática a escala continental que condujo a la muerte a gentes recogidas por todas las esquinas de Europa. [25]

En definitiva, nunca con anterioridad un pueblo, un colectivo humano, había sido atacado de tal modo por parte de un Estado y con ese despliegue de medios administrativos, industriales y científicos dentro de un programa específicamente designado para garantizar su inmediata y total destrucción biológica. En esa combinacion de

características reside la singularidad y excepcionalidad del Holocausto, porque es el resultado de una gigantesca y consciente industria de la muerte. Por eso sobresale todavía hoy como la cumbre máxima del racismo y el genocidio y por eso sigue sorprendiendo su combinación de fanatismo mesiánico letal y estructuras burocráticas racionales. Por eso cabe seguir considerándolo, a pesar de los genocidios posteriores registrados, como «el parámetro último del mal».[26]

La historiografía sobre el Holocausto ha sido capaz de establecer muchas verdades indubitables sobre el fenómeno, aparte de las mencionadas características singulares y excepcionales.[27] Pero, como toda tarea historiográfica que es obra humana, interpretativa y dependiente de fuentes de información fidedignas, también se ha encontrado con numerosos problemas de identificación clara y explicación convincente. Unas veces porque la relevante documentación probatoria incriminadora fue objeto de destrucción intencionada por parte de los líderes nazis antes de su derrota final o simplemente resultó afectada por la devastación general inducida por la guerra mundial. Otras veces porque el lenguaje críptico utilizado por los nazis para encubrir y camuflar sus propósitos genocidas se presta a confusión o permite diferentes interpretaciones sobre su significado en cada momento y etapa.

Quizá una de las mayores controversias historiográficas al respecto radica en la simple y sencilla pregunta sobre el origen de dicho plan genocida y su impulsor principal: ¿Tuvo Hitler y el movimiento nacionalsocialista el propósito de exterminar a los judíos desde el principio de su andadura o dicho proyecto surgió con el paso del tiempo y con ocasión de la guerra mundial? ¿Fue el programa genocida el resultado de una orden directa y expresa del *Führer* con poderes omnímodos y carismáticos o fue la derivación de impulsos autónomos genocidas de cargos subordinados y con notable autonomía de actuación en el seno del régimen? Las respuestas a ambas preguntas han generado una fractura historiográfica entre los estudiosos del Holocausto casi irresoluble y que ha opuesto a dos genéricas escuelas interpretativas (con ligeras variantes internas cada una): la escuela «intencionalista» y la escuela «funcionalista».

A tenor de los historiadores «intencionalistas», la Solución Final del exterminio judío fue básicamente la culminación de un plan genocida antisemita abrigado por Hitler desde los inicios de su carrera política y ejecutado gradualmente una vez tomado el poder por los nazis en

Alemania y según las oportunidades creadas por la evolución de la situación interna e internacional. Por consiguiente, Hitler fue la fuerza motriz de dicho fenómeno intencionalmente asesino y su materialización quedó sometida a las variantes condiciones coyunturales generadas entre su acceso al poder en 1933 y su derrota final en 1945. La falta de una orden escrita y firmada por Hitler que acredite el momento exacto del paso de una etapa pre-genocida a otra abiertamente genocida no puede eliminar esa responsabilidad última del máximo mandatario de un régimen de dictadura personal carismática. Por otro lado, la existencia de dicha orden, escrita u oral, queda probada circunstancialmente por las referencias al «deseo del Führer» o a la «orden del Führer» que aparece en muchos otros documentos relativos a la aplicación del plan de exterminio entre 1941 y 1945. En todo caso, el camino que condujo a Auschwitz siguió básicamente un «sendero recto». Entre otros autores de renombre, son exponentes de la tesis «intencionalista» Lucy Dawidowicz, Eberhard Jäckel, Gerald Fleming, Saul Friedländer o Daniel Jonah Goldhagen.[28] Un texto clásico de Friedländer ha sintetizado claramente el argumento de los «intencionalistas»:

> El papel personal de Adolf Hitler es decisivo en el desencadenamiento de los acontecimientos que llevan del antisemitismo creciente pero no estructurado de la Alemania de postguerra a las persecuciones sistemáticas de los años treinta y luego a la «solución final». La progresión «normal» de las tendencias analizadas hasta ahora habría podido desembocar en la segregación social y las explosiones esporádicas de odio contra los judíos. Para que hubiera expulsión total y luego asesinato colectivo, era necesario no sólo que un partido violentamente antisemita llegara al poder en Alemania, sino también que el jefe indiscutido de ese partido hiciera del antisemitismo el fundamento de su concepción del mundo y de su acción política en el sentido más amplio del término. Era preciso que ese jefe pudiera imponer sus propios fantasmas a centenares de miles de acólitos y hacer que sus órdenes se ejecutaran sin reticencia, más aún, con fervor.[29]

La escuela «funcionalista» (a veces llamada «estructuralista») sostiene la tesis de que no hubo vinculación directa y unívoca entre el programa antisemita del nazismo y de Hitler desde sus inicios y la ejecución del genocidio judío durante la guerra mundial. En palabras de uno de sus valedores, «el sendero hacia Auschwitz fue zigzagueante», no una vía recta y clara (Karl A. Schleunes).[30] A tenor de estos autores, la posibilidad de acometer el exterminio de la población judía surgió gradualmente tras haber eliminado otras opciones menos radicales (la expulsión, la emigración o el realojamiento en zonas alejadas) y estuvo condicionada por el

estallido de la guerra mundial y la frustrada suerte de las armas del nazismo en ella. Por eso mismo, consideran que Hitler no fue una figura tan crucial en el desencadenamiento del proceso (lo que explicaría incluso la ausencia de la orden directa y expresa) sino que hubo una suerte de radicalización acumulativa en la dinámica antisemita que permitó a los mandos subalternos empezar las operaciones genocidas de modo autónomo y quizá descoordinado en un principio. Entre los historiadores afectos a esta escuela cabe citar a Hans Mommsen, Martin Broszat, Christopher Browning y Arno J. Mayer.[31] Quizá unas palabras de este último sirvan para sintetizar sus postulados básicos:

> Pocos, si es que algunos, de los estudiosos del Judeocidio todavía mantienen que Hitler tenía un plan maestro y una intención preconcebida para exterminar a los judíos desde el principio del movimiento nazi o de su régimen. De hecho, actualmente hay un amplio consenso historiográfico que sostiene que el paso último desde la emigración, expulsión, reclusión en guetos, realojamiento y matanza esporádica hasta el sistemático asesinato de masas no tuvo lugar antes de algún momento después de la invasión de la Unión Soviética el 22 de junio de 1941. (...) La catástrofe judía fue menos una cuestión de continuidad ideológica predeterminada que una cuestión de erupción ideológicamente condicionada dentro de una no menor coyuntura ideológicamente condicionada de violencia general acumulativa y furia vengativa.[32]

Es cierto, como señala Arno J. Mayer, que recientemente ha emergido un amplio consenso historiográfico al respecto. Lo que no es tan cierto es que dicho consenso haya supuesto un simple arrinconamiento de las tesis explicativas «intencionalistas» en beneficio de las «funcionalistas». La cuestión parece ser algo más compleja y matizada. Porque, en realidad, la mayoría de los investigadores siguen manteniendo que el imperativo ideológico del racismo antisemita (la defensa frente a «la amenaza judía» en sentido biológico) creó el contexto y el orden del día para la Solución Final, aunque no determinara cuándo, dónde y cómo habría de ejecutarse. Ese antisemitismo racial eliminacionista constituyó así la fuerza motriz detrás de la progresiva radicalización de las políticas nazis hacia los judíos entre 1933 y 1945. En otras palabras: es muy plausible que la oportunidad sólo se hubiera presentado por vez primera en el verano de 1941, cuando el Tercer Reich emprendió la invasión de la Unión Soviética con la esperanza de una victoria rápida y total que no se produjo; pero la motivación genocida estaba ahí mucho antes y en su plenitud. Quizá una de las síntesis más certeras entre ambas escuelas haya sido la expuesta por Philippe Burrin en su trabajo sobre la

génesis del Holocausto:

> Así pues, existe una clara polaridad entre las dos básicas interpretaciones: de un lado, exterminio por intención; de otro, radicalización a tenor de las circunstancias. Revisando el camino hacia la Solución Final, me inclino a sostener una explicación que combina las dos aproximaciones. Al igual que los intencionalistas, creo que Hitler abrigó la intención de exterminar a los judíos; esta intención, sin embargo, no era absoluta sino condicionada: se pondría en práctica sólo en el caso de una situación bien definida como, por ejemplo, el fracaso de sus planes de conquista, dejando abierto mientras tanto la vía para aplicar otras políticas. Al igual que los funcionalistas, sostengo que una combinación de circunstancias fue esencial para el cumplimiento de esa intención, para su traslado a la práctica: y aquí la percepción del fracaso de la campaña rusa y sus consecuencias estratégicas jugaron un papel decisivo.[33]

En todo caso, es preciso subrayar que el debate historiográfico entre «intencionalistas» y «funcionalistas» constituye un magnífico ejemplo de las virtudes y dificultades del *modus operandi* de los profesionales de la historia. Al igual que la más reciente polémica generada por el estudio de Daniel Jonah Goldhagen (1996) sobre la responsabilidad general alemana en el desencadenamiento y ejecución de la Solución Final (el llamado «debate Goldhagen»).[34] Y ninguna de esas polémicas y debates presuponen la puesta en cuestión de la realidad indubitable del fenómeno del Holocausto ni tampoco implica ninguna rebaja sobre la consideración moral del carácter atroz, brutal y maligno de dicho fenómeno histórico. Probablemente por eso mismo seguirán su curso y desarrollo en la medida en que la disciplina de la historia siga siendo una tarea humana sujeta a los imperativos de exigencia de pruebas documentales solventes y de racionalidad interpretativa sistemática y coherente. Porque de eso tratan ambos debates en general y en sus detalles particulares: de la relativa dispersión y ocasionales lagunas existentes en las pruebas documentales que han pervivido hasta el presente y de las dificultades de correcta interpretación, comprensión y contextualización que esas mismas pruebas originan y plantean.

Nada de ello tiene que ver, desde luego, con la práctica y postulados de la mal llamada «escuela revisionista» sobre el Holocausto, un conjunto heteróclito de autores derechistas, racistas y filonazis que vienen negando la realidad del genocidio de los judíos a manos del Tercer Reich con las excusas y pretextos más peregrinos e interesados: la ausencia de la orden escrita y firmada por Hitler para comenzar la operación; los eufemismos administrativos utilizados para camuflar el genocido en textos oficiales escritos; la imposibilidad de

funcionamiento de las cámaras de gas durante gran parte del tiempo supuestamente operativo; la sobreestimación de la población judía antes del inicio de la persecución y al final de la misma; etc.

El «negacionismo revisionista» ha recorrido un largo trayecto, por lo que hace a sus pretensiones de respetabilidad académica, desde el trabajo pionero del historiador francés Paul Rassinier en 1950 (*La mentira de Ulises*) hasta la obra del historiador británico David Irving en 1977 (*La guerra de Hitler*), pasando por la publicística generada por el denominado *Institute for Historical Review* (Instituto para la Revisión Histórica) establecido en California desde finales de los años setenta bajo el patrocinio de William David McCalden con el apoyo de Robert Faurisson.[35] Un último y entusiasta aliento a esta cohorte ha sido dado por el régimen islámico de Irán, bajo la presidencia de Mahmud Ahmadineyad, al acoger y financiar un estrafalario congreso mundial en diciembre de 2006 bajo el título de *Revisión del Holocausto: una visión global*. El tenor de su escaso valor historiográfico, de sus claras motivaciones políticas presentistas y de sus cantadas conclusiones puede vislumbrarse a través de las respuestas que Ahmadineyad ofreció en una entrevista al semanario alemán *Der Spiegel* en mayo de ese mismo año:

Ahmadineyad: No queremos certificar ni negar el Holocausto. Estamos en contra de cualquier crimen hacia cualquier pueblo, pero queremos saber si este crimen ocurrió realmente o no. Si así fue, pues hay que castigar a los responsables, y no a los palestinos.

Pregunta: Señor presidente, con todo el respeto, el Holocausto ocurrió, había campos de concentración, hay documentos sobre el exterminio de los judíos, se ha investigado mucho, y no cabe la menor duda sobre el Holocausto y tampoco sobre la responsabilidad de los alemanes. El destino de los palestinos es por el contrario otra cuestión distinta y nos lleva al presente.

Ahmadineyad: No, no, las raíces del conflicto palestino hay que buscarlas en la historia. El Holocausto y Palestina están directamente relacionados. Y si hubiera ocurrido el Holocausto, entonces permitirían a los grupos imparciales de todo el mundo investigar. ¿Por qué limitan la investigación a unos grupos concretos?

Pregunta: ¿Mantiene usted que el Holocausto sólo es un mito?

Ahmadineyad: Sólo acepto algo como verdad cuando estoy convencido.

Pregunta: ¿Aunque todos los científicos occidentales no tengan ninguna duda del Holocausto?

Ahmadineyad: En Europa hay dos opiniones. Un grupo de científicos—en su mayoría con motivaciones políticas—dicen que el Holocausto ocurrió. Pero entonces hay el grupo de científicos que representan otra opinión y por ello en su mayoría están encarcelados. Así que tiene que llegar un grupo imparcial para investigar y dar su opinión sobre este tema tan importante porque aclararlo traerá la solución a problemas mundiales.

Pregunta: ¿Niega el derecho de Israel a existir?

Ahmadineyad: Mi punto de vista es muy claro. Decimos que si el Holocausto ha

ocurrido, entonces Europa tiene que acarrear con las consecuencias y Palestina no tiene que pagar ningún precio por ello. En este caso, Israel debería estar en Europa y no en Palestina. Si no ha ocurrido, entonces los judíos tienen que volver desde donde vinieron.[36]

De antemano renunciamos a intentar la modificación de un ápice de la ciega confianza fanática que muestra el líder iraní en sus convicciones apenas veladamente antisemitas (aunque se disfracen de la mayor respetabilidad asociada al antisionismo). Como ha escrito el historiador Pierre Vidal-Naquet: «no se refuta un sistema cerrado, una mentira total que no pertenece al orden de lo refutable, ya que en él la conclusión es anterior a las pruebas». El mal llamado «revisionismo» no es en realidad una «escuela histórica» sino una operación político-ideológica negacionista que trata, sencillamente, «de sustituir la insoportable verdad por una mentira tranquilizadora».[37] Sin embargo, con la vista puesta en otros lectores sin las mismas anteojeras y prejuicios que los creyentes del «revisionismo», no nos privaremos de reproducir el argumento por el que la historiografía profesional no considera digna de mención o atención la supuesta obra científica de los negacionistas. En palabras ya veteranas de Richard J. Evans en 1989:

La razón por la que los historiadores profesionales no se toman en serio a los autores que niegan la realidad del genocidio nazi de cerca de seis millones de judíos no reside en el hecho de que tales autores sean unos radicales derechistas. Antes al contrario, reside en el hecho de que ignoran tal masa aplastante de pruebas contrarias a sus tesis que no puede aceptarse que disfruten de la habilidad para formular un juicio razonado sobre el pasado. Dicho de otro modo, sus motivaciones políticas radical-derechistas actúan como elementos bloqueadores de las evidencias, la verdad y la racionalidad. Si aplicamos los criterios convencionales exigidos por la evaluación crítica a la documentación disponible, la existencia del Holocausto se revela de una entidad incuestionable.[38]

El argumento de Evans no es nada baladí porque el cúmulo de evidencias históricas materiales legado por el Holocausto es sencillamente ingente y abrumador: documentos oficiales internos nazis; prensa alemana de la época; testimonios de víctimas, verdugos y espectadores; restos de los campos de concentración y exterminio; fotografías públicas o privadas, destinadas al uso general o al particular... En particular, sobre esta última y novedosa fuente informativa merece recordarse lo siguiente:

Ningún acontecimiento histórico previo fue documentado fotográficamente de forma tan exhaustiva como el Holocausto. Según una estimación, existen en la actualidad

un millón y medio de fotografías que documentan este período, localizadas en más de treinta archivos en una docena de países.[39]

En definitiva, la existencia y singularidad histórica del genocidio judío perpretado por el Tercer Reich alemán al compás de la Segunda Guerra Mundial no admite duda razonable alguna en términos de conocimiento humano e historiográfico. Y ello a pesar de las ocasionales sombras, vacíos y lagunas informativas asociadas a aspectos parciales y concretos del proceso genocida global, en gran medida derivadas de las destrucciones documentales ocasionadas por la devastación bélica o practicadas intencionalmente por los verdugos para tratar de ocultar su responsabilidad directa. El Holocausto sigue constituyendo, por eso mismo, una cumbre suprema e insuperada en el de por sí lamentable catálogo de matanzas, megamasacres y crímenes masivos registrados en la historia universal contemporánea. Así lo apreció como testigo y víctima el historiador judío alemán Simón Dubnow, autor de la monumental *Historia Mundial del Pueblo Judío, 1789-1914* (Berlín, 1920, 3 volúmenes), que fue vilmente asesinado por las tropas alemanas nazis el 8 de diciembre de 1941 cuando contaba con 81 años de edad, durante la aniquilación del gueto de Vilna (Lituania). Antes de morir tuvo la presencia de ánimo suficiente para dictar su último consejo a los posibles correligionarios supervivientes: «¡Escribid y recordad!». Y así nos lo ha recordado mucho más recientemente, también poco antes de morir por causas naturales, el gran historiador francés que fue François Furet. Sus palabras, dirigidas específicamente a su colega alemán Ernst Nolte, constituyen una pertinente advertencia contra cualquier intento de reducir el significado de dicho genocidio, ya sea por negación simple de su realidad o por relativización de su crueldad al compararlo con otros fenómenos análogos anteriores o posteriores:

De ahí llego al exterminio de los judíos, que constituye el punto culminante de los crímenes cometidos en el siglo (XX) en nombre de una ideología política. No excusa ninguno de los otros: ni la matanza de kulaks (en Rusia) a comienzos de la década de 1930, ni el asesinato masivo de las elites polacas en Katyn y otros lugares en 1940, ni, aún más cercanos a nosotros, los horrores del «Gran Salto hacia adelante» en China o el genocidio camboyano. Pero lo que distingue al Holocausto judío entre estas otras figuras políticas del Mal proviene quizás de dos tipos de razones.

La primera consiste en que el punto de mira de la empresa de exterminio de los judíos estuvo puesto en hombres, mujeres y niños por el mero hecho de que *nacieron* tales, con independencia de toda consideración inteligible surgida de las luchas por el poder. El terror antisemita perdió toda relación con la esfera política donde se gestó.

La segunda serie de razones atañe al carácter del pueblo judío en la historia de la

humanidad y muy especialmente de Europa. El pueblo de la Biblia es inseparable tanto de la Antigüedad clásica como del cristianismo. Sobrevive como testigo perseguido de otra promesa en la Edad Media cristiana. Asume un papel desproporcionado al número de sus miembros en la aparición de las naciones y el advenimiento de la democracia. Al martirizarlo y tratar de destruirlo, los nazis matan la civilización de Europa; por culpa de las armas de uno de los pueblos más civilizados de Europa, nosotros—quiero decir nosotros los europeos, y no sólo los alemanes—no nos hemos desprendido de esta desgracia, que va a sobrevivirnos. [40]

2. LAS ETAPAS DE LA POLÍTICA ANTISEMITA DEL TERCER REICH

El racismo antisemita, convertido en doctrina y política oficial del Tercer Reich desde enero de 1933, sólo devino una práctica abiertamente genocida una vez desencadenada la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939 y, particularmente, tras la extensión del conflicto al este europeo con la invasión nazi de la Unión Soviética en junio de 1941. Antes de ese momento, la política antisemita del régimen nacionalsocialista había transitado las tres etapas previas características de un proceso xenófobo racista progresivamente radicalizado: primero, la expansión oficialmente alentada y propiciada del latente o patente *prejuicio* contra la raza designada como inferior y peligrosa; segundo, su *discriminación* en el seno de la sociedad mediante medidas legales e institucionales diversas; y, tercero, su *exclusión* radical de la misma con una batería de acciones segregantes y confinatorias.

En enero de 1933, en la última y definitiva crisis de la República de Weimar, Adolf Hitler se convirtió legalmente en canciller de Alemania.[41] Nacido en la pequeña ciudad austríaca de Braunau en 1889, el nuevo canciller era hijo de un modesto funcionario de aduanas del Imperio austro-húngaro que trató infructuosamente de abrirse camino como pintor en Viena. En esa populosa capital vivió las tensiones que cuarteaban al imperio como resultado del choque entre los crecientes nacionalismos germano, húngaro y eslavos. Fue entonces cuando se convirtió en un convencido pan-germanista (partidario del *Anschluss*: la anexión de Austria a la patria común alemana) y en un incipiente antisemita. Iniciada la Primera Guerra Mundial que enfrentó a Alemania (junto con Austria y el Imperio otomano) con la coalición aliada (Francia, Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos), Hitler combatió como soldado voluntario en la infantería germana, ascendió a cabo, fue condecorado por méritos de guerra y sufrió una ceguera temporal al final del conflicto como resultado de un ataque con gases. El impacto de la guerra total transformó su existencia y sus concepciones vitales, al igual que la amargura de la experiencia de la derrota. En las difíciles condiciones

de la postguerra, continuó trabajando en Baviera como agente informativo para el ejército y comenzó a preparar el salto a la política en el seno de los grupos extremistas pangermanistas y antidemocráticos. No en vano, al igual que muchos de los alemanes contemporáneos, Hitler siempre consideró que la República democrática establecida en Weimar en 1919 por socialdemócratas y demócrata-cristianos era una imposición de los vencedores, consagraba el triunfo de la traición («la puñalada por la espalda» asestada al Ejército desde la retaguardia) y truncaba la soberanía de la patria (sobre todo por la prohibición del *Anschluss* y la entrega del «corredor de Danzig» a la nueva Polonia surgida en la frontera oriental).

A finales de 1919 Hitler se integró en un pequeño grupo político bávaro que un año más tarde pasó a denominarse *National Sozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (Partido Nacional Socialista Obrero Alemán: NSDAP), núcleo orgánico del movimiento nacionalsocialista (abreviado: nazi). Por su elocuencia y claridad de ideas, se alzó desde muy pronto con la jefatura del NSDAP en calidad de *Führer* (Caudillo: líder carismático con poderes indiscutidos). Tras fracasar en su tentativa de golpe de Estado contra la República en noviembre de 1923, Hitler tuvo que cumplir una breve condena en la cárcel. Ese fracaso le inclinó a orillar la vía insurreccional y transitar la vía legal para destruir la democracia alemana desde dentro del sistema. Durante la reclusión en la cárcel bávara de Landsberg, escribió una supuesta autobiografía que fue publicada en 1925 bajo el título de *Mein Kampf* (Mi Lucha). El libro se convirtió en la Biblia doctrinal del nazismo, completada en 1928 por un segundo libro inédito y secreto. Para entonces, la ideología nacionalsocialista, elaborada y sistematizada por Hitler, ya estaba plenamente cristalizada y era una poderosa arma de combate político.[42]

En esencia, las ideas motrices articuladas por Hitler en la «religión política» que fue el nazismo combinaba y radicalizaba varias tradiciones preexistentes en una síntesis cuasi salvífica: 1°) Una concepción de la Patria alemana mucho más extrema que la del inicial pangermanismo decimonónico, puesto que se predicaba sobre unas bases raciales inmaculadas (la raza aria germánica) y no sólo sobre un territorio y una lengua específicos. 2°) Una visión «social-darwinista» de la vida y la historia, que enfatizaba la necesidad de preservar la pureza de la raza en el conflicto existencial natural entre pueblos y Estados, y que sólo permitía la supervivencia de los más aptos en la

lucha por la vida a costa de la destrucción o sometimiento de los inferiores y de la conquista del necesario «espacio vital» (*Lebensraum*). 3°) Un antisemitismo racial extremado que contemplaba en el judío la amenaza más peligrosa y mortal para la salud y futuro de la patria y raza alemana y que demandaba medidas urgentes para atajar su influjo y eliminar su peligrosidad. 4°) Una filosofía política que contemplaba al Estado como una entidad paramilitar establecida para la protección de la Patria y de la Raza, y que debía aspirar a la condición de Poder Total («Estado Totalitario») sobre una sociedad disciplinada, obediente y jerarquizada, en completa oposición a las doctrinas liberales y democráticas y en abierta hostilidad a las ideologías marxistas y revolucionarias. Y 5°) Una articulación del Partido como sucedáneo de ejército combatiente para la lucha violenta en retaguardia contra los enemigos de la Patria (en el período anterior a la conquista del Poder) y como columna vertebral del Estado Totalitario (tras la conquista y aplastamiento *manu militari* de las oposiciones y resistencias).

Esta combinación de ultranacionalismo social-darwinista, racismo antisemita, fobia antidemocrática y antimarxista y exaltación violenta del poder estatal militarizado servía como plataforma para un programa político que tenía en la expansión exterior su corolario lógico y natural (asumiendo como inevitable la contingencia de una nueva guerra total). De hecho, en las proclamas y manifiestos nazis, con una coherencia implacable, la voluntad de instauración de un Tercer Reich que habría de durar mil años estaba siempre unido a tres orientaciones de política exterior inextricablemente vinculadas: la idea de expansión territorial por Europa oriental (para destruir el comunismo soviético y hacer del mundo eslavo conquistado una tierra de promisión para la raza alemana); el propósito de depuración biológica de los pueblos sometidos (incluyendo la «eliminación» del «bacilo judío» y la esclavización de las restantes razas inferiores); y la consecución de un estatus de poder mundial que hiciera al nuevo régimen inexpugnable ante potenciales desafíos externos (como el que suponía el Imperio británico y Estados Unidos).[43]

La fortuna social y política del movimiento nazi no fue particularmente brillante en la coyuntura de expansión económica e incipiente bienestar popular del decenio de los años veinte. En las elecciones generales de mayo de 1928 sólo había recibido un total de 810.000 votos (de un censo electoral de más de 41 millones de votantes) y únicamente había conseguido 12 diputados en el *Reichstag*

(una asamblea legislativa que contaba con 491 escaños y donde la mayoría socialdemócrata llegaba a los 153 diputados).[44] Sin embargo, el NSDAP contaba por entonces ya con algo más de cien mil militantes disciplinados y fanáticos y había articulado un conjunto de dirigentes muy eficaz y plenamente entregado a su Führer: Martin Bormann (un granjero de clase media que sería el secretario particular de Hitler y su más íntimo colaborador en el poder); Hermann Goering (un as de la aviación en la guerra, de origen noble, que sería su futuro ministro de Aviación al frente de la *Luftwaffe*); Joseph Goebbels (un periodista y filólogo de origen humilde que sería brillante ministro de Propaganda); Heinrich Himmler (un granjero diplomado en técnicas agrícolas que estaría al frente de toda la policía y servicios de seguridad como máximo líder de las escuadras de protección del Führer: *Schutzstaffel* o SS); Alfred Rosenberg (un periodista de origen estonio con estudios de arquitectura que sería el editor del diario oficial nazi, *Voelkischer Beobachter*: El Observador del Pueblo); o Julius Streicher (un tenebroso maestro de escuela bávaro que sería director del semanario nazi antisemita más radicalizado, *Der Stürmer*: El Asaltante).[45]

Pero la fortuna de Hitler y el nazismo cambiarían dramáticamente tras el estallido de la Gran Depresión mundial a finales de 1929. El impacto de la crisis económica en Alemania, un país de 65 millones de habitantes plenamente industrializado y urbanizado, fue inmediato y muy severo: la producción industrial se redujo a la mitad entre 1928 y 1932, la inflación de precios se desbocó en paralelo y el número de parados se disparó desde el millón registrado en 1928 hasta los seis millones en 1932 (casi el 30 por ciento de la población activa).[46] La consecuente disminución de rentas salariales, quiebras patronales y miseria generalizada provocó un cataclismo político porque muchos sectores sociales afectados y aterrados (sobre todo el campesinado propietario y las clases medias urbanas) volvieron su mirada hacia los nazis con su discurso de salvación patriótico y regenerador. Un discurso violentamente redentor y salvífico que no dudaba en utilizar a los judíos «como cabeza de turco de todos los males» del sistema político y social imperante.[47]

En las elecciones generales de septiembre de 1930 el partido de Hitler consiguió nada menos que 6,4 millones de votos (el 18,3 por ciento del total) y un conjunto de 107 diputados, convirtiéndose en el segundo partido de Alemania después de la socialdemocracia en el poder (que obtuvo 8,5 millones y consiguió 143 diputados). En los

meses siguientes, el NSDAP duplicó sus militantes, pasando de 389.000 afiliados efectivos a nada menos que 806.294. La incapacidad de los gobiernos democráticos en los años 1931 y 1932 para hacer frente a la crisis y atajar sus peores efectos todavía acentuó más la deriva política y electoral antidemocrática. De hecho, ante la creciente violencia política callejera (un total de 99 personas perdieron la vida y 1.125 resultaron heridas en esa etapa por acciones de intimidación de grupos de asalto nazis contra sus enemigos políticos), el anciano mariscal y presidente de la República, Paul von Hindenburg, comenzó a gobernar al margen del Parlamento. Finalmente, en las cruciales elecciones generales de julio de 1932 los nazis cosecharon su máximo nivel de votos: 13,7 millones de alemanes les dieron su confianza (el 38 por ciento del total de electores), otorgándoles la mayoría de diputados en el Reichstag: una suma de 230 escaños. Para entonces, el destino de la democracia alemana estaba casi sentenciado. No en vano, los nazis aglutinaban en torno suyo a una mayoría de diputados hostiles a la democracia (un total de 385) frente a una minoría de socialdemócratas, liberales y democristianos (212 diputados). Era la plasmación de las preferencias políticas del electorado alemán: 22,9 millones de electores habían dado su voto a partidos antidemocráticos (principalmente al NSDAP) y sólo 13 millones había votado por partidos defensores de la Constitución y el régimen democrático.[48]

El 30 de enero de 1933 un enfermo y envejecido presidente Hindenburg se rendía ante las evidencias y entregaba a Hitler el poder del Estado mediante su nombramiento oficial como canciller de Alemania. La instauración de la dictadura nazi fue casi inmediata. Dos días después de su nombramiento, el Führer disolvió el Parlamento y, aprovechando el incidente del incendio del Reichstag por un perturbado, el 28 de febrero promulgó con el consentimiento de Hindenburg el «decreto para la salvaguardia del pueblo y el Estado», que anulaba en la práctica la Constitución y su régimen de derechos y permitió el desencadenamiento de una represión feroz contra la oposición liberal, socialdemócrata y comunista. Poco después, el 23 de marzo, se aprobaba la «Ley de Plenos Poderes» que otorgaba al canciller el derecho a gobernar sin intervención de otros órganos del Estado. Y algo más tarde, el 14 de julio, una nueva ley decretaba que el NSDAP era «el único partido político de Alemania», sentando las bases para la hegemonía del Partido sobre el Estado que era piedra angular del proyecto de «Estado totalitario». A partir de entonces, Hitler se convirtió ya en dueño de Alemania y la próxima muerte de

Hindenburg eliminaría cualquier obstáculo a su régimen de poder personal omnímodo y carismático.[49]

La explotación del intenso prejuicio popular contra los judíos fue uno de los factores decisivos en el ascenso de los nazis al poder. De hecho, la veterana tradición antisemita existente en Alemania había sido utilizada masivamente por el nazismo durante el bienio 1931-1932 para difundir su alternativa de salvación nacional regeneradora. A título de ejemplo del uso del judío como chivo expiatorio, en marzo de 1932 el semanario *Der Stürmer* (con una tirada de 800.000 ejemplares) publicaba en primera plana una viñeta que presentaba a un niño alemán atenazado por el frío en compañía de su padre y al lado de los depósitos de carbón de una mina. Con patética mirada, el niño preguntaba: «Padre, ¿por qué debemos helarnos en casa cuando aquí hay tanto carbón?». La respuesta del progenitor era clara y tajante: «¡Porque la mano del judío pesa duramente sobre el pueblo!».[50]

El nuevo régimen nacionalsocialista no tardó mucho tiempo en demostrar que su antisemitismo no iba a quedar reducido a un mero *prejuicio* informal e inocuo, como el existente con anterioridad a su toma del poder. También dejó claro que no iba a seguir la pauta de los habituales ataques físicos esporádicos contra personas y propiedades judías preferidos por los grupos de choque nazis en los años anteriores (aunque estos ataques nunca desaparecieron: en 1933 un total de 43 judíos perdieron la vida y cientos fueron heridos en apaleamientos, acosos y asaltos nunca atajados por la policía).[51] Ya firmemente instalado en el poder, Hitler autorizó la puesta en marcha de la segunda etapa de su programa antisemita, dirigida a la *discriminación* oficial de los judíos en el seno de la sociedad alemana. El sábado 1 de abril de 1933, apenas dos meses después de la llegada al poder, Goebbels y Streicher pusieron en marcha un boicot de cuatro días por toda Alemania a las propiedades de los judíos en cualquier forma (desde tiendas de comestibles y zapaterías hasta consultas médicas y bufetes de abogados). Militantes nazis se apostaron en la entrada de los comercios y casas designados e impidieron el acceso a las mismas con abundantes muestras de violencia física e intimidación. Los medios de comunicación controlados por las autoridades anunciaron que la medida era «una reacción defensiva del pueblo alemán contra los criminales judíos mundiales».[52]

El boicot a los negocios judíos fue la primera acción oficial de un Estado declaradamente racista que había abierto su particular «guerra

contra los judíos» con el propósito de eliminarlos de Alemania por cualquier medio posible (incluyendo sobre todo la presión para que emigraran fuera del país). Y no fue sino la más temprana de las casi 2.000 disposiciones oficiales (leyes, decretos, ordenanzas, regulaciones) aprobadas con posterioridad por el régimen nazi con ese propósito de presión y coacción que lograría expulsar del país antes de la guerra mundial a casi 250.000 de los 525.000 judíos residentes en Alemania en enero de 1933.[53] Al boicot le siguieron de inmediato otras medidas igualmente discriminatorias y humillantes: expulsión de los judíos de todos los cuerpos de funcionarios del Estado (7 de abril de 1933); prohibición de ejercicio de su profesión a los abogados (22 de abril), a los médicos (22 de abril) y a los dentistas judíos (6 de mayo); limitación de acceso de los judíos a la enseñanza superior y universitaria (25 de abril); expulsión de los centros y empresas de actividades artísticas, literarias y cinematográficas (28 de septiembre); prohibición para ejercer la profesión de granjero y agricultor (29 de septiembre) o de editor de prensa y libros (4 de octubre).

Ese aliento oficial de la discriminación contra los judíos muy pronto fue asumido entusiásticamente por la población y la sociedad civil, multiplicándose las medidas discriminatorias de modo autónomo y espontáneo: el 13 de abril de 1933 los sindicatos estudiantiles de Alemania suscribían un manifiesto declarando que «nuestro mayor adversario es el Judío»; poco después, muchos ayuntamiento decretaban la prohibición de acceso a sus piscinas y parques para los judíos, y muchas poblaciones y ciudades optaban por colocar en sus calles y vías de acceso anuncios como los siguientes: «No queremos judíos» (en Múnich ya en mayo), «Los judíos no son aquí bienvenidos» y «Los judíos que entren en este lugar lo hacen por su cuenta y riesgo».[54] La población judía alemana apreció de inmediato el efecto perverso que había tenido para su situación el ascenso al poder del nacionalsocialismo. Como recordaría años después un reputado intelectual judío, el editor literario Fritz Goldberg, su medio social se transformó casi de la noche a la mañana:

> La gente con la que uno tenía buenas relaciones comenzó a llevar inesperadamente la insignia del partido (nazi) en la solapa o a vestir de uniforme marrón. Después de algunos días, los que decían «hola» en las escaleras innumerables veces, ahora fingían no conocerte o pasaban a tu lado esbozando apenas un movimiento de cabeza. (...)
>
> De forma bastante comprensible, la mayoría de mis conocidos arios se hicieron cada vez más distantes, no tenían otra elección. Hasta nuestros amigos más íntimos comenzaron a tomar medidas de precaución. Daban gran valor a seguir estando en

contacto, pero ya no querían que los vieran con nosotros, por lo que preferían venir a visitarnos en cuanto se hacía de noche. Con mucho tacto, nos instaban a que no fuéramos a visitarles a sus casas nunca más. De forma que la gente no nos viera entrar en su vivienda. Les daba vergüenza decirlo y se andaban un poco por las ramas, pero nosotros entendíamos antes de que terminaran de hablar.[55]

Con esas medidas iniciales, Hitler había puesto en práctica una medida ampliamente demandada por el movimiento antisemita alemán desde hacía muchos años: la rescisión de las leyes de emancipación de los judíos decretadas por el liberalismo durante el siglo XIX. Pero no se quedaría ahí. Su objetivo no era restituir a los judíos a la mera condición de *parias* (personas de casta inferior, nociva y vil) como los habitantes de los guetos medievales, sino eliminar su presencia de la vida económica, social y cultural de Alemania por todos los medios posibles y disponibles. Por eso mismo, después de un breve receso durante el año 1934 (impuesto por las circunstancias internacionales que aconsejaban tranquilizar a las potencias extranjeras respecto a las intenciones agresivas del Tercer Reich), en 1935 Hitler ordenó proseguir la cruzada antisemita con renovado vigor y eficacia.

El 15 de septiembre de 1935, en medio de la euforia de la celebración del congreso del Partido Nazi en su ciudad preferida, el Führer firmó las llamadas «Leyes de Nüremberg», que redefinían la noción de ciudadanía alemana en términos raciales. A tenor de la primera, titulada «Ley para la Protección de la Sangre y el Honor Alemanes», quedaban prohibidos los matrimonios entre «judíos» y no judíos, así como quedaban anulados los enlaces anteriores y criminalizadas «las relaciones extra-maritales» entre «judíos» y no judíos. De acuerdo con la segunda, titulada «Ley de Ciudadanía del Reich», sólo eran miembros de la nación y ciudadanos reconocidos del Estado quienes ostentaban «sangre alemana o consanguínea», destituyendo por tanto a los judíos de sus derechos de ciudadanía y convirtiéndolos en «extranjeros» más o menos tolerados en Alemania. Un decreto posterior, de 14 de noviembre, especificaba sin duda alguna lo que debía entenderse por judío en el régimen nazi: «Judío es cualquiera que tenga al menos tres abuelos judíos» e incluso «el que sea descendiente de dos abuelos judíos».[56]

Las leyes de Nüremberg entronizaban el Estado racial y completaban la batería de medidas destinadas a asegurar la plena y radical discriminación de los judíos en el seno de la sociedad alemana. Su efecto simbólico y material fue perverso y duradero, un verdadero proemio para medidas ulteriores más radicales, como ha recordado

> Todas las leyes, regulaciones y medidas de los años treinta servían para despojar a los judíos de sus medios de vida, hundirlos en un estado de desesperanza y aislarlos de la sociedad en la que se habían movido libremente sólo unos pocos años antes. (...) Esta separación social, con todos los componentes que contribuían a ella, y la violencia tanto verbal como física se complementaban y reforzaban mutuamente en sus efectos. (...) Juntas convertían a los judíos en seres socialmente muertos, en habitantes *de facto* de una comunidad de leprosos, una comunidad contra la que cualquier clase de actuación era permisible.[57]

La aplicación de las leyes de ciudadanía obligó a realizar un censo minucioso de los judíos residentes en el Tercer Reich y una investigación exhaustiva sobre sus propiedades y valores. Era la contrapartida fríamente burocrática para la puesta en práctica de dicha legislación y para su posterior ampliación, si Hitler así lo decidía y consideraba oportuno. Y esa oportunidad llegó a lo largo del año 1938, después de que el régimen hubiera conseguido grandes éxitos en su política exterior gracias a la política de «apaciguamiento» practicada por las grandes democracias occidentales. La claudicación de Francia y Gran Bretaña ante el desafío nazi se nutría básicamente de su común pavor ante la idea de otra «Gran Guerra» en Europa que exigiera una cuota de sangre humana como la de 1914-1918 y que pudiera resultar en una expansión del comunismo como la que había acompañado al final de aquella contienda. Por eso consintieron todas y cada una de las embestidas nazis sin respuesta eficaz: remilitarización de Renania (marzo de 1936); apoyo al general Franco en la guerra civil española (julio de 1936); consecución del apoyo de Mussolini y la Italia fascista con el establecimiento del Eje Roma-Berlín (octubre de 1936); anexión pacífica de Austria (marzo de 1938); y desmembramiento de Checoslovaquia en virtud del Acuerdo de Múnich sancionado por Francia y Gran Bretaña (septiembre de 1938).[58]

En la estela de esos éxitos diplomáticos incruentos, los síntomas de una próxima radicalización de la política antijudía del nazismo se percibieron con claridad ya a finales de 1937. En septiembre de ese año, con ocasión del congreso del Partido Nazi en Nüremberg, Goebbels había secundado la filípica de Hitler contra el «judeobolchevismo» con su retórica encendida y visionaria:

> Europa debe ver el peligro y reconocerlo. Señalaremos sin miedo al judío como inspirador e iniciador, como el que se lucra con esas espantosas catástrofes (las guerras)... Mirad, ahí está el enemigo del mundo, el destructor de civilizaciones, el

parásito entre los pueblos, el hijo del Caos, la encarnación del mal, el fermento de la descomposición, el demonio que causa la degeneración de la humanidad.[59]

Las palabras del ministro de Propaganda buscaban encender las pasiones de la multitud en preparación de las nuevas medidas que se estaban discutiendo en círculos oficiales. Y respondían a la voluntad del Führer, como anotó Goebbels en su diario el 30 de noviembre: «Los judíos deben salir de Alemania, de toda Europa, sí. Eso llevará algo de tiempo. Pero sucederá y debe suceder. El Führer está firmemente decidido a ello».[60] En consecuencia, el mariscal Goering, en su calidad de responsable de la movilización prebélica de la economía alemana, ordenó a lo largo de 1938 una serie de medidas dirigidas a «arianizar» la economía mediante el simple expediente del hostigamiento y expropiación de las propiedades judías. El 28 de marzo de dicho año se retiró a las comunidades judías su derecho a actuar como entidades legales (lo que las inhabilitaba para ser propietarias). Poco después, el 22 de abril, una ley perseguía las operaciones para camuflar la identidad de propiedades de judíos. Cuatro días después, un decreto imponía el registro oficial de los negocios pertenecientes a judíos. A mediados de agosto, otra ley prohibió a los judíos el uso de nombres «arios» y les obligó a incorporar como nombre propio el de «Israel», para los hombres, y «Sara», para las mujeres. Algo más tarde, otra ley impuso que todos los pasaportes y documentos de identidad de judíos fueran estampados de manera visible y ostensible con la letra «J» (de «Jude»: judío). Durante ese verano los judíos comenzaron a experimentar una nueva forma de presión y coacción: en junio de 1938 los 1.500 judíos que tenían abierta una ficha policial fueron remitidos a campos de concentración (que por entonces tenían ya una población de casi 7.000 internados, principalmente opositores políticos comunistas y socialistas).[61]

Las medidas tomadas intentaban acelerar la desaparición de las comunidades judías y forzar su emigración masiva de Alemania (y de la Austria recién anexionada). Pero sólo lograron parcialmente su objetivo porque el grave problema planteado a aquellas comunidades era su dificultad para encontrar abierto un destino de refugio seguro. A pesar de todas las ilusiones del movimiento sionista, Palestina no ofrecía entonces una alternativa viable porque estaba en manos británicas y no cabía asumir la comprensión de la medida por parte de su mayoritaria población autóctona árabe. Tampoco resultaba posible

la idea abrigada en algunos círculos nazis de recluir a todos los judíos en una isla remota y lejana, como si se tratara de una leprosería (el llamado «Plan Madagascar») y como paso intermedio hasta su extinción natural. De hecho, la conferencia internacional convocada por el presidente norteamericano Roosevelt y celebrada en el balneario de Evian (Francia) en julio de 1938 había terminado en un fiasco para las ilusiones emigratorias. Los delegados de los treinta y dos países participantes (desde Estados Unidos a Australia y Nueva Zelanda, pasando por Bélgica, Dinamarca o Suecia) no habían llegado a ningún acuerdo para aceptar o repartir la inmigración de masas de judíos depauperados. Goebbels anotó triunfante: «Nadie quiere la escoria».[62]

El fracaso de Evian tuvo honda transcendencia en la actitud de Hitler y del Tercer Reich porque arrumbó las escasas posibilidades de resolver el «problema judío» mediante la emigración masiva. De hecho, esa comprobación, junto con las renovadas muestras de hostilidad de la opinión pública de las democracias ante la dictadura alemana, posibilitó un giro radical en la política antisemita a mediados de noviembre de 1938, escasamente dos meses después de su triunfo diplomático en la conferencia de Múnich. En esencia, la fase de *discriminación* abierta desde 1933 daba paso a otra fase de simple y sencilla *exclusión*, con la progresiva deportación de la población judía a guetos urbanos delimitados y nuevos campos de concentración creados al efecto. Tal fue el significado último de la fatídica «Noche de los Cristales Rotos» que se extendió sobre Alemania entre el 9 y el 10 de noviembre de 1938.

La *Kristallnacht* fue un verdadero *pogromo* (palabra rusa que significa «devastación», acuñada hacia 1881 para describir los asaltos a los barrios judíos por parte de nativos de otra religión). De hecho, fue un asalto planificado por las autoridades y ejecutado por militantes nazis y antisemitas contra todas las juderías existentes en las ciudades y pueblos de Alemania y Austria, ante la pasividad de la policía y con la complacencia o indiferencia de una gran parte de la población civil. El resultado de ese pogromo («el más brutal conocido en Europa occidental desde hacía siglos», según Philippe Burrin) fue sencillamente aterrador. En Alemania, un centenar de judíos fueron brutalmente asesinados, miles apaleados y maltratados, decenas de sinagogas fueron incendiadas y demolidas, al menos ocho mil tiendas y negocios pertenecientes a judíos fueron destruidos, incontables casas y pisos particulares fueron devastados y unos 30.000 judíos fueron

arrestados y enviados a campos de concentración (en Dachau, Buchenwald y Sachsenhausen). En Austria, por su parte, el asalto cobró la vida de 27 judíos, supuso la destrucción de 42 sinagogas y el arresto de 7.800 personas remitidas a los campos de concentración habilitados. Al día siguente, 11 de noviembre, el órgano oficial del Partido Nazi, *Voelkischer Beobachter*, sentenciaba sombría y cínicamente: «Los judíos deben saber con certeza que la amargura del pueblo alemán contra su conducta de ningún modo queda apaciguada por los cristales rotos de las ventanas o las ruinas humeantes de las sinagogas».[63]

La operación fue un verdadero «cruce del Rubicón» por parte del régimen de Hitler, que conmocionó a la opinión pública exterior por su brutalidad y que motivó algunas críticas internas en Alemania a causa de las destrucciones materiales ocasionadas. El 12 de noviembre de 1938, el propio mariscal Goering se quejó en privado ante sus colegas de gobierno por ese motivo: «Hubiera preferido que matarais a doscientos judíos sin destruir unos bienes tan valiosos».[64] Pero en esa misma reunión, por orden de Hitler, Goering también anunció que en el futuro la cuestión judía «sería tratada de una forma centralizada y resuelta de un modo u otro». Entre otras cosas, y habida cuenta de las negativas repercusiones del pogromo en el exterior y ante una sección de la opinión pública alemana, ya no volvería a haber estallidos de violencia similares dentro del Tercer Reich: las cosas se harían con mayor cuidado y disimulo. Pero se harían. Para empezar, Goering impuso una multa astronómica de un billón de marcos a la comunidad judía alemana por razón de «la hostil actitud de la judería hacia la nación y el Estado alemanes». También aprobó con esa misma fecha de 12 de noviembre el decreto de eliminación inmediata de los judíos de toda la «vida económica alemana» y la prohibición total para los judíos de «asistir a escuelas alemanas».[65]

Las medidas tomadas eran radicales, sin duda, y así lo anotaría con júbilo Goebbels en su diario: «Ha triunfado el punto de vista radical».[66] Como igualmente radical lo sería la posterior decisión de recluir progresivamente a la población judía berlinesa (luego a toda la alemana) en espacios fijos de la ciudad (proto-guetos) y prohibir su circulación en horas determinadas (virtual toque de queda) y por específicos lugares de la ciudad («todos los teatros, cines, cabarets, conciertos públicos, salas de conferencias, museos, lugares de recreo...»).[67] Pero todavía había algo más ominoso y revelador en aquella reunión de la cúspide de las autoridades nacionalsocialistas el

12 de noviembre de 1938. Por indicación de Hitler, Goering anunció también a los presentes que tales medidas podrían no ser las últimas si la situación internacional lo demandaba en caso de estallido de una guerra (una contingencia que el mariscal sabía que el Führer ya contemplaba sin temor respecto a Polonia): «Si en un futuro previsible el Reich alemán se ve implicado en conflicto exterior, ni que decir tiene que nosotros, en Alemania, también pensaremos ante todo en llevar a cabo un ajuste de cuentas con los judíos».[68] Y por eso mismo la cuestión judía pasó a ser competencia de las SS dirigidas por Himmler, que habían absorbido todas las funciones de seguridad interior (incorporando la Gestapo, policía secreta; el SD, Servicio de Seguridad del Partido Nazi; y la Policía de Orden, fuerza tradicional). El lugarteniente de Hitler en el SD, Reinhard Heydrich, pasaría muy pronto a dirigir el macrodepartamento titulado Oficina Central para la Seguridad del Reich (RSHA por sus iniciales en alemán) y contaría para tratar la cuestión judía con la eficaz ayuda de su máximo experto, Adolf Eichmann, jefe de la llamada «Oficina Central del Reich para la Emigración Judía».[69]

La advertencia de Goering a sus colegas de gobierno sobre el previsible «ajuste de cuentas con los judíos» no era vana palabrería retórica. Así lo demuestra el hecho de que *Das Schwarze Korps*, el diario oficial de las SS, declarase abiertamente en su editorial del 24 de noviembre de 1938:

> Es preciso expulsar a los judíos de nuestros distritos residenciales, confinarlos en lugares donde estén entre ellos y tengan tan poco contacto con los alemanes como sea posible... Separados de ese modo, estos parásitos se verán... reducidos a la pobreza. (...) Sin embargo, que nadie imagine que nos quedaremos cruzados de brazos, limitándonos a observar el proceso. El pueblo alemán no se inclina lo más mínimo a tolerar en su país la presencia de centenares de millares de delincuentes, que no sólo aseguran su existencia por medio del delito sino que también quieren vengarse. Esos centenares de millares de judíos empobrecidos (serían) un semillero de bolcheviques y una colección de elementos infrahumanos políticamente criminales... En semejante situación, nos veríamos enfrentados a la cruda necesidad de exterminar al inframundo judío de la misma manera que, bajo nuestro gobierno de ley y orden, estamos acostumbrados a exterminar a cualesquiera otros criminales, es decir, por medio del fuego y la espada. El resultado sería el fin definitivo de los judíos de Alemania, su aniquilación absoluta.[70]

No fue ésa la única amenaza y advertencia siniestra sobre el negro futuro de los judíos sometidos al Tercer Reich. Con ocasión de su discurso conmemorativo del sexto aniversario de la llegada a la cancillería, el 30 de enero de 1939, el propio Hitler dio sanción oficial

a esa situación. Dirigiéndose solemnemente a los diputados nazis en el Reichstag, el Führer dejó clara su radical hostilidad hacia los judíos y su consideración de éstos como virtuales rehenes (para presionar a las democracias a aceptar sus demandas territoriales contra Polonia) y potenciales víctimas (en caso de oposición a sus demandas y consecuente estallido de la guerra). La declaración oficial, hecha más de ocho meses antes de la invasión de Polonia y del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, además de subrayar otra vez el vínculo entre guerra y exterminio que alentaba en la mente del Führer, supuso una de las más abiertas confesiones de propósito genocida hechas en público por Hitler durante todos sus años de gobierno:

> Europa no hallará la paz hasta que la cuestión judía haya sido solucionada. (...) He sido profeta muchas veces en mi vida y la mayoría se burló de mí. En la época de mi lucha por el poder fueron los judíos los primeros que recibieron sólo con risas mis profecías de que llegaría algún día a asumir la jefatura del Estado y de todo el pueblo de Alemania y que conseguiría también entonces, entre otras cosas, solucionar el problema judío. Creo que aquella risa hueca de la judería de Alemania ha debido de quedárseles ya atragantada. Hoy quiero ser de nuevo un profeta: ¡si la judería financiera internacional dentro y fuera de Europa consiguiese precipitar a las naciones una vez más en una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la tierra y con ello la victoria de la judería, sino la aniquilación de la raza judía en Europa![71]

La condición implícita en esa amenaza apenas velada de exterminio antisemita llegó a principios de septiembre de 1939, cuando las tropas alemanas invadieron y arrasaron Polonia y provocaron la declaración de guerra de Francia y Gran Bretaña. Era la primera de las grandes victorias que cosecharía el nazismo en los primeros dos años de la guerra, protegido en su flanco oriental por el insólito acuerdo de no-agresión firmado con el supuesto archienemigo, la Unión Soviética (el 23 de agosto de 1939), y en el flanco sur por la benévola posición de no-beligerancia adoptada por la Italia de Mussolini (hasta su entrada en guerra en junio de 1940). El punto culminante de esa triunfal carrera llegaría en el verano de 1940, cuando una serie de brillantes ofensivas bélicas llevaron a la ocupación de Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica y la propia Francia. Desde entonces, con la Italia fascista a su lado, Hitler emprendería una dura batalla en el Atlántico y el Mediterráneo contra una Gran Bretaña aislada, acosada y sólo apoyada en la neutralidad benévola dispensada por Estados Unidos (muy preocupados por la amenaza a sus intereses en el Pacífico planteada por el imperio del Japón, aliado ideológico y diplomático de Alemania e Italia).[72]

Ese estallido de la Segunda Guerra Mundial fue la ocasión propicia para que Hitler autorizara una primera tentativa genocida dirigida contra la propia población alemana: el programa de eutanasia denominado «Operación T-4» (por la dirección callejera de la sede de la oficina central de la operación, sita en *Tiergartenstrasse 4*). Preparado desde el verano de 1939 y dictado por un crudo materialismo biológico social-darwinista, dicho programa dispuso la eliminación en hospitales y residencias psiquiátricas de las «vidas sin valor» de casi 100.000 personas aquejadas de minusvalías físicas y psíquicas (incluyendo a unos 5.000 judíos). El método eliminatorio evolucionó desde el simple asesinato por negación de alimentos hasta el uso de inyecciones letales o la experimentación con gases de monóxido de carbono en cámaras selladas con apariencia de salas de duchas. El propósito de esa eutanasia forzada era doble y resultaba plenamente coherente con la ideología nazi: purificar la sangre alemana de impurezas físicas y mentales y limitar los gastos ocasionados por el mantenimiento de esas personas. El propio Hitler lo había advertido públicamente: «Si uno carece de la fuerza para luchar por su propia salud, pierde el derecho a vivir en este mundo de combates». El descubrimiento del programa y las fuertes protestas públicas suscitadas entre familiares y sectores eclesiásticos alemanes forzaron a Hitler a interrumpir provisionalmente su ejecución en el verano de 1941.[73] Pero, para entonces, sus enseñanzas técnicas ya estarían a disposición de otro programa más extenso, igualmente camuflado en público y nunca interrumpido bajo ningún concepto: el exterminio de la judería en manos del Tercer Reich.

Paralelamente a la «Operación T-4», el régimen nazi tuvo que afrontar el «problema judío» con mayor urgencia que nunca en función de sus propias victorias militares: un total de 1,9 millones de judíos residentes en Polonia cayeron en poder de los alemanes a partir de septiembre de 1939 (el otro millón de judíos polacos quedaron en manos de la Unión Soviética en aplicación del acuerdo secreto de división del país anexo al pacto de no-agresión germano-soviético). Tras los éxitos en Europa occidental, aproximadamente otros 300.000 judíos residentes en los países ocupados pasaron a estar al alcance de las autoridades nazis.[74] Ese fenómeno puso fin necesariamente a la política de presión para emigrar al exterior hasta entonces practicada (y obstaculizada por la guerra) y obligó a tomar otras medidas más radicales para hacer frente al vasto problema generado. En ese proceso se abrió paso gradualmente la cuarta y última etapa de la

política antisemita nazi: el *exterminio* de una población hasta entonces señalada por el prejuicio, primero, discriminada por las instituciones oficiales, después, y segregada y excluida de todo contacto con el resto de la sociedad, finalmente.

La primera decisión al respecto consistió en promover la concentración de toda esa masa (y de la restante población judía alemana, austríaca, checa, francesa, holandesa...) en una zona determinada de la Polonia oriental ocupada: el territorio virtualmente colonial del llamado «Gobierno General», un irregular triángulo con vértices en Varsovia, Cracovia y Lublín (la Polonia occidental fue simplemente anexionada al Tercer Reich). Dicha concentración impuso el comienzo de la forzosa evacuación y deportación de miles de personas, como si fueran bestias animales y sin ninguna facilidad humanitaria. Fue una labor eficazmente ejecutada por Adolf Eichmann desde la «Sección Judía» de la RSHA a través de un complejo sistema de transportes ferroviarios y consiguió llevar a casi toda la población designada a su destino para ser ubicada en masivos guetos creados en el seno de ciudades y en campos de concentración a modo de espacios de «reserva subhumana». Reinhard Heydrich dictó la resolución pertinente el 21 de septiembre de 1939 con una clara conciencia de que se trataba de medidas provisionales a la espera de la aplicación del «objetivo final»:

> Con referencia a la reunión que ha tenido lugar hoy en Berlín, quisiera subrayar una vez más que el conjunto de medidas proyectadas (es decir, el objetivo final) debe mantenerse rigurosamente en secreto.
>
> Es necesario distinguir entre:
>
> 1°. El objetivo final (que necesita plazos bastante largos para realizarse), y
>
> 2°. Las etapas necesarias para alcanzar ese objetivo (que deben llevarse a cabo en el plazo más corto posible).
>
> Las medidas propuestas requieren una preparación muy minuciosa, tanto desde el punto de vista técnico como económico. (...)
>
> La primera medida preliminar para alcanzar el objetivo final es la concentración de los judíos del campo en las grandes ciudades.[75]

El carácter interino y provisional de esa deportación y reclusión en macro-guetos y «reservas» fue abiertamente confesado por Hans Frank, nombrado gobernador del «Gobierno General», en una alocución dirigida a sus colaboradores el 25 de noviembre de 1939. Se trataba, en sus propias palabras, de agrupar a una población infecta y peligrosa para garantizar su control y, mientras tanto, estimular su progresiva eliminación por medio del maltrato, la hambruna, el trabajo forzoso para los capacitados (orden dictada el 26 de octubre) y

la ausencia de tratamientos médicos para los enfermos:

> No perderemos mucho tiempo con los judíos. Es una fortuna que por fin podamos ajustar cuentas con la raza judía. Cuantos más mueran mejor. Golpearlos representa una victoria para nuestro Reich. Los judíos deben sentir que hemos llegado. Queremos colocar a la mitad o a tres cuartas partes de los judíos al este del río Vístula. Aplastaremos a estos judíos donde quiera que podamos. Todo está en juego. Sacar a los judíos del Reich, de Viena, de todas partes. No hay lugar para los judíos en el Reich.[76]

La misma concepción de la medida fue transmitida por el administrador civil de la ciudad de Lodz, Friedrich Übelhör, en una circular interna dirigida a las autoridades locales del Partido Nazi y de la policía con fecha 10 de diciembre de 1939:

> Naturalmente la creación del gueto es sólo una medida interina. Me reservo tomar en su momento la decisión sobre cuándo y cómo el gueto y, por tanto, la ciudad de Lodz, serán limpiados de judíos. En cualquier caso, el objetivo final deberá ser la extinción completa de esta peste bubónica.[77]

La deportación y reclusión en guetos y campos de concentración y trabajo forzado se llevó a cabo con rapidez y eficacia en medio de enormes violencias contra la población judía afectada y sin compasión ni piedad hacia su inenarrable sufrimiento y padecimiento. Para hacer más visible su presencia y favorecer su control, los judíos polacos fueron obligados desde noviembre de 1939 a salir a la calle siempre con un brazalete distintivo con la estrella de David pintada o grabada. La misma medida sería aplicada meses después a toda la judería europea residente en territorio alemán y zonas ocupadas por los alemanes. La imposición del toque de queda (las ocho de la tarde en invierno y las nueve en verano), así como el requisito de pases especiales para salir del gueto, viajar en tren o utilizar autobuses completaron las medidas de control gubernativo.[78] Las SS tuvieron un completo control del proceso no sólo en función de las atribuciones ya concedidas a Heydrich y Eichmann sino, sobre todo, por la decisión de Hitler, el 9 de octubre de 1939, de nombrar a su líder, Himmler, Comisario del Reich para el Fortalecimiento del Pueblo de Sangre Alemana.[79] En conjunto, durante toda la guerra mundial, el Tercer Reich construyó y operó en la Europa ocupada más de 10.000 campos y guetos para la población enemiga y cautiva (prisioneros de guerra, detenidos políticos, presos antisociales, homosexuales, gitanos, judíos...). De ellos, un mínimo de 941 fueron campos de trabajo forzado destinados básicamente a judíos capacitados para trabajar

como esclavos en tareas de apoyo a la guerra, además de los numerosos guetos urbanos: 399 en Polonia, 34 en Galiztia oriental y 16 en Lituania.[80]

Uno de los campos más famosos habría de ser el establecido en abril de 1940 en la pequeña localidad polaca de Oswiecim, a 65 kilómetros al oeste de Cracovia, en la zona suroccidental de Polonia incorporada al Tercer Reich. Rebautizado en alemán como Auschwitz, el campo crecería y se ampliaría con el paso del tiempo hasta formar un conjunto de tres campos diferentes: Auschwitz I, un campo de concentración ordinario; Auschwitz II o Auschwitz-Birkenau, un campo de exterminio inaugurado en octubre de 1941; y Auschwitz III o Auschwitz-Monovitz, un campo de trabajo forzado al servicio de la industria bélica. Este último, en particular, fue construido por la gran empresa química I. G. Farben para producir caucho sintético y empleó a unos 10.000 obreros en régimen de semi-esclavitud. Otras empresas alemanas como la Krupp, Siemens, Union y Deutsche Ausrüngswerke se aprovecharon de la oportunidad para instalar igualmente sus fábricas en esos espacios reservados de mano de obra gratuita y abundante. Su régimen laboral, aplicado con especial rigor a los judíos capacitados para trabajar, fue bien explicado al propio Himmler por Oswald Pohl, jefe de la sección económica de las SS:

> El comandante del campo es el único responsable de la mano de obra. Su explotación debe ser agotadora en el verdadero sentido de la palabra, de manera que el trabajo pueda alcanzar el mayor grado de rendimiento. La duración del trabajo es ilimitada.[81]

En consonancia con esa cruda filosofía que hacía del trabajo una forma de castigo, la población judía fue sometida en los campos de concentración a unos niveles de sobreexplotación inimaginables y mucho más intensos que los aplicados a cualquier otro grupo de prisioneros. Esa diferenciación tenía un propósito claro de exterminio antijudío, como permite comprobar el análisis de las tasas de mortalidad de judíos y no judíos entre los prisioneros internados. A título de ejemplo, en el campo de Mauthausen (de concentración, no de exterminio) la mortalidad mensual de los judíos entre noviembre de 1942 y noviembre de 1943 fue del 100 por ciento (no sobrevivía ninguno), en tanto que la mortalidad mensual de los prisioneros políticos no superó el 3 por ciento y la de los polacos estuvo en torno al 5 por ciento.[82]

El mayor de los guetos fue establecido en el seno de la antigua

capital polaca, Varsovia, donde un total de cerca de 590.000 judíos fueron obligados a vivir en un distrito de no más de 403 hectáreas (esto es: el 30 por ciento de la población en el 2,4 por ciento del suelo urbano). Fue concebido como una auténtica reserva-prisión y vertedero subhumano con el propósito de promover la liquidación y extinción de sus habitantes de modo gradual e indirecto. Por eso mismo, como han señalado varios autores, cabe interpretar su constitución como parte de «un período de experimentación eliminadora» de naturaleza pre-genocida y como una clara indicación de que «los alemanes no tenían ninguna intención, a largo plazo, de mantener vivos a los judíos dentro de sus dominios».[83] La descripción elaborada por un alto funcionario nazi del distrito de Varsovia sobre las condiciones del gueto, fechada el 20 de enero de 1941, no deja lugar a dudas sobre los efectos letales de esa política proto-genocida:

> En el distrito residencial judío hay aproximadamente 27.000 apartamentos con un promedio de dos habitaciones y media por cada apartamento. El resultado es que hay una densidad de ocupación de 15,1 personas por apartamento y 6 ó 7 personas por habitación. El distrito judío está separado del resto de la ciudad mediante el uso de muros y el amurallamiento de calles, ventanas, puertas y huecos entre edificios. Los muros tienen tres metros de altura y se elevan otro metro más gracias a la alambrada de espino colocada en su parte superior. Están guardados por patrullas policiales motorizadas y a caballo. Al principio había 22 entradas en el muro para el tráfico peatonal necesario; ahora se han reducido a 15. Inicialmente las custodiaban fuerzas policiales alemanas, pero después fueron reemplazadas por unidades policiales polacas.[84]

Los desgraciados habitantes de aquel gueto superpoblado tuvieron que sobrevivir a duras penas con una ración oficial de alimentos de 300 calorías por día y persona, en comparación con la ración de 634 calorías establecida para los polacos y las 2.310 calorías fijadas para los alemanes. El resultado de la medida fue la lenta extinción de los judíos, atenazados por la enfermedad, el frío y la hambruna, con un promedio mensual de muertes que llegó a rondar las 5.000 a lo largo de 1941. En el momento de su destrucción, tras la sublevación desesperada de abril de 1943 (una de las escasas ocasiones de resistencia judía ante sus agresores), el gueto de Varsovia sólo albergaba a unas 45.000 personas famélicas y angustiadas.[85] En total, a lo largo de toda la guerra mundial, perecieron en los guetos y campos de trabajo un mínimo de medio millón de judíos.[86]

La triste suerte de los judíos europeos en manos del Tercer Reich quedó sellada definitivamente con la puesta en marcha de la

«Operación Barbarroja»: la invasión de la Unión Soviética iniciada por sorpresa el 22 de junio de 1941, punto culminante del programa nazi de búsqueda de *Lebensraum* para la raza aria purificada y dominadora. Hitler había planificado la campaña desde meses atrás con minuciosidad, considerándola su gran hazaña militar y muy consciente de que sólo el rápido aplastamiento del enemigo «judeo-bolchevique» podría darle la victoria completa en la guerra mundial porque garantizaría su retaguardia continental y los suministros agrícolas y petrolíferos exigidos por el esfuerzo bélico. En marzo de 1941 había advertido a sus generales y asesores militares que la guerra en el este sería «una guerra de exterminio» virtualmente santificada como una Cruzada secular y racial (una *Glaubenskrieg*: «Guerra doctrinaria»): «La lucha será muy diferente de la entablada en el oeste. En el este la dureza ahora significa dulzura en el futuro. Los mandos deben hacer el sacrificio de superar sus escrúpulos». Y los generales de la *Wehrmacht* (Ejército alemán) obraron en consecuencia y emitieron unas «directivas para la conducta de las tropas en Rusia» que hacían honor al «deseo del Führer» y demostraban el éxito logrado en la «nazificación» de las fuerzas armadas: «La lucha requiere una acción enérgica e implacable contra los agitadores bolcheviques, la guerrilla, los saboteadores, los judíos y la eliminación total de toda resistencia activa o pasiva».[87]

La consecuente «Guerra Total» y de exterminio racial en el frente oriental abriría así las puertas por completo al genocidio de masas contra los judíos y a la matanza generalizada de la población soviética y eslava capturada en los territorios atacados (empezando por los «comisarios» soviéticos y los militantes y líderes comunistas). Y habría de ser un asesinato en gran escala de judíos por una razón bien sencilla y ya aprendida en la Polonia ocupada: la Unión Soviética albergaba la mayor comunidad judía del mundo y con ella no sería posible la emigración, la deportación ni el reasentamiento provisional y temporal. No en vano, aparte de los dos millones de judíos que habitaban en Bielorrusia, Ucrania y Crimea, había otros 250.000 judíos en la costa báltica (tres quintas partes en Lituania; el resto en Letonia y Estonia), un millón y medio en la Polonia oriental recién anexionada y hasta 350.000 refugiados judíos que habían huido del avance nazi en Europa central. Y casi toda esa inmensa población judía residía en los territorios que iban a ser objeto del ataque y conquista de la *Wehrmacht* alemana y que se convertirían en sangriento campo de batalla, con el 90 por ciento de los judíos

viviendo en las ciudades diseminadas por todo ese espacio comprendido entre el Báltico y Crimea.[88] Como ha señalado Arno J. Mayer:

> La catástrofe se forjó en la intersección de esta irreversible pero desfalleciente *Glaubenskrieg* («guerra doctrinaria»). Esta cruzada secular proporcionó el ámbito espacial, el tramo temporal y el clima de violencia que los nazis necesitaban para perpetrar el judeocidio.[89]

Para emprender esa operación exterminadora antijudía, Hitler autorizó la formación de unidades especiales móviles de las SS llamadas *Einsatzgruppen* (Grupos de Acción Especial) que se incorporarían a la retaguardia de las tropas regulares y tendrían la misión de ejecutar a los resistentes y enemigos capturados. Serían la punta de lanza de una matanza en masa organizada de judíos y se estructurarían en cuatro sectores: Einsatzgruppen A para las operaciones en los países bálticos; B para Bielorrusia; C para Ucrania norte y central; y D para Ucrania sur, Besarabia y Crimea. Cada «Grupo de Acción Especial» contaba con unos 3.000 hombres (12.000 en total inicialmente), subdivididos en comandos y provenientes de las *Waffen* SS (sección militar de las SS), la Gestapo y la policía de orden. Su preparación, instrucción, adoctrinamiento y equipamiento quedaron ultimados entre marzo y mayo de 1941, como parte de los dispositivos bélicos generales exigidos por la campaña.[90]

No consta la existencia de ninguna orden escrita y firmada por Hitler que explícitamente encomendara a esas unidades la tarea que iban a acometer según avanzaran por tierras rusas las tropas regulares alemanas.[91] Sin embargo, sí constan las órdenes verbales y las directrices de conducta emanadas de Himmler y de Heydrich para los comandantes de cada Grupo y sus comandos, antes del comienzo de la «Operación Barbarroja» y en las semanas y meses que siguieron a la misma. Y en todas esas órdenes y directrices se alude como fuente de autoridad última y decisiva al «deseo» y las «instrucciones» del propio Führer, lo que impide mantener ninguna duda razonable sobre el hecho de que Hitler fuera «el iniciador y el actor dominante» (palabras de Hermann Graml) en el proceso genocida de exterminio abierto contra los judíos. Por ejemplo, Otto Ohlendorf, jefe del *Einsatzgruppe* D, declararía a los oficiales aliados que le interrogaron tras su captura al final de la guerra que había recibido la orden de «ejecución de los judíos» en dos ocasiones y en sendas reuniones donde estaban los otros tres comandantes de *Einsatzgruppe*: antes del inicio de la invasión

de Rusia, en mayo de 1941 y por «los conductos reglamentarios» (Heydrich); y después de su inicio, en septiembre de 1941 y por medio de Himmler en persona que declaró «a los reunidos que él sólo, junto con Hitler, era responsable». Otro alto mando de las SS, Walter Blume, que dirigía uno de los comandos del grupo A, reiteró en su interrogatorio independiente a los oficiales aliados a finales de 1945 la misma información:

> Heydrich en persona nos explicó (en mayo de 1941) que la campaña rusa era inminente, que era de esperar la guerra de guerrillas y que en aquella región vivían muchos judíos a los que era preciso liquidar hasta exterminarlos a todos. Cuando uno de los reunidos preguntó: «¿Cómo vamos a hacerlo?», Heydrich respondió: «Ya lo descubriréis». Explicó además que los judíos del Este, como criadero del mundo judío internacional, debían ser aniquilados. Debíamos entender sin ningún error que todos los judíos tenían que ser exterminados, al margen de su edad o sexo.[92]

En el mismo sentido, cabría mencionar la orden transmitida por Goering a Heydrich, con fecha de 31 de julio de 1941, encomendándole la preparación de todas las medidas necesarias, «materiales, técnicas y organizativas», para acometer «la solución final de la cuestión judía que deseamos».[93] Ese momento culminante del verano de 1941, en plena euforia por el inicial éxito de la «Operación Barbarroja» vuelve a ser mencionado por Rudolf Hoess, comandante de Auschwitz, al recordar en 1946, ya capturado por los aliados, la orden transmitida por Himmler de empezar a construir un nuevo campo para el exterminio de judíos en sus dominios:

> En el verano de 1941, no puedo recordar la fecha exacta, fui llamado repentinamente por el ayudante del Reichsführer de las SS para acudir a su presencia. Himmler me recibió en solitario y me dijo: «El Führer ha ordenado que sea solucionada la cuestión judía de manera definitiva y ha encomendado a las SS que la ejecutemos. Los centros de exterminio que existen ahora en el este no están en condiciones de llevar a cabo las operaciones a gran escala que tenemos previstas. Por eso he elegido Auschwitz para ese propósito.[94]

Como se había previsto, el éxito que acompañó durante los primeros tres meses a la ejecución de la Operación Barbarroja permitió poner en práctica el exterminio de la población judía capturada a una escala sin precedentes. En su canónico estudio de la relación entre el Holocausto y la «Operación Barbarroja», Arno J. Mayer ha subrayado con acierto: «durante las primeras cinco semanas de la campaña oriental fueron asesinados o perdieron la vida más judíos que durante los veintidós meses transcurridos hasta entonces desde el inicio de la

guerra».[95]

La primera matanza registrada tuvo lugar el tercer día después del comienzo de la invasión por un comando del *Einsatzgruppen* A en la localidad fronteriza lituana de Garsden.[96] En los días y semanas siguientes, del Báltico a Crimea, con la complicidad voluntaria o forzada de antisemitas lituanos, letones y ucranianos, los batallones alemanes de fusilamiento continuaron sus tareas genocidas con eficacia mortal y entusiasmo indeclinable. Dichos batallones actuaron en el frente hasta bien avanzado el año 1943, aun cuando para entonces no eran ya la única forma de exterminio en operación. Al finalizar su campaña, los fusilamientos en operaciones móviles a cargo de los distintos *Einsatzgruppen* habían cosechado una cifra total de judíos asesinados que probablemente osciló entre 1,4 y 2,2 millones de muertos.[97] Una de sus proezas más famosas tuvo lugar en las afueras de la ciudad de Kiev, que opuso una tenaz resistencia al avance alemán y sólo fue capturada tras numerosas bajas a finales de septiembre de 1941. La venganza sobre la población judía de la ciudad fue terrible. Todos los que cayeron bajo el poder alemán fueron eliminados en el célebre barranco de Babi-Yar, en las afueras de Kiev, en «sacas» continuas de pequeños grupos de personas desnudas y desvalidas. El comandante a cargo de la operación informó de su desarrollo a Berlín con fría concisión: «En represalia por el incendio de Kiev, fueron detenidos todos los judíos y el 29 y el 30 de septiembre fueron ejecutados un total de 33.771».[98]

Existen innumerables pruebas documentales de sus operaciones genocidas, diligentemente transmitidas por los comandantes de las unidades a las autoridades centrales en Alemania y capturadas por los aliados vencedores después de mayo de 1945: informes oficiales de operaciones, solicitudes de órdenes y respuestas del alto mando, cartas de miembros particulares remitidas a familiares, fotos oficiales o privadas tomadas durante las operaciones... También existen las declaraciones testificales de esos mandos detenidos e interrogados a partir de esa fecha y antes del inicio de actividades en Nüremberg del Tribunal Militar Interaliado encargado de perseguir los «crímenes de guerra» y «crímenes contra la Humanidad» cometidos (noviembre de 1945-octubre de 1946). Uno de esos testimonios procede de un policía integrante del Batallón 101, que operó en la Polonia oriental y que fue responsable del destino letal de más de ochenta mil judíos de la zona. Su declaración, corroborada por otros integrantes de los restantes batallones de fusilamiento, no deja lugar a dudas sobre el carácter

genocida y atroz de sus operaciones:

> Nuestra tarea principal consistía en la aniquilación de los judíos. En estas «acciones» se liquidaba a los judíos que vivían en pequeñas localidades, pueblos y fincas. De vez en cuando, bajo la dirección del sargento Steinmetz, la sección partía en camiones... Se registraban las casas de los pueblos en busca de judíos. Una vez más, los inválidos y enfermos eran liquidados en las casas y los restantes judíos en las afueras de la población. En cada una de esas operaciones se liquidaban entre diez y cuarenta personas, número que variaba según el tamaño de la localidad. Los judíos tenían que tenderse y se les mataba de un tiro en la nuca. En ningún caso se cavaban fosas. El comando no se ocupaba del entierro. En total debieron de hacerse unas diez operaciones de esta clase, dedicadas exclusivamente a la aniquilación de los judíos. [99]

A título de ejemplo, una de las cartas particulares que se hicieron eco de las matanzas en curso sería remitida a su hermana por un soldado regular alemán de 27 años el 20 de mayo de 1942. En la misiva, el cabo Heinz afirmaba sin pudor alguno:

> Vamos a vencer, y tenemos que vencer; si no, tendremos problemas. La canalla judía mundial se vengaría salvajemente de nuestro pueblo, ya que aquí han sido ejecutados cientos de miles de judíos, para dar al mundo al fin paz y tranquilidad. Un poco antes de llegar a la ciudad donde estamos hay dos fosas comunes masivas. En una yacen 20.000 judíos y en la otra otros 40.000 rusos. Al principio eso impresiona; pero cuando se piensa en la gran idea, entonces debe creer uno mismo que era necesario. En todo caso, las SS han hecho un gran trabajo y hay mucho que agradecerles.[100]

El método operativo de los fusilamientos de masas pronto se reveló excesivamente lento y costoso para acometer la «Solución Final del Problema Judío». Y no porque encontrara fuerte resistencia de las víctimas: «Se hallaban anonadados a más no poder, asustadísimos, petrificados, de modo que uno podía hacer con ellos lo que le viniera en gana» (recordaría uno de los ejecutores encargados de la tarea entrevistado en 1990 por Laurence Rees). Tampoco porque faltaran muestras de entusiasmo y disposición por parte de esos mismos ejecutores. Como anotarían varios miembros de los *Einsatzgruppen* en los interrogatorios ante los oficiales aliados: «Que yo sepa, los fusilamientos eran siempre voluntarios» y «No recuerdo un solo caso en que a un policía hubiera que ordenarle una ejecución». Aún más: «Debo admitir que sentíamos cierta alegría cuando cogíamos a un judío al que uno podía matar». La razón era simple y sencilla y sería recurrentemente utilizada en los testimonios de todos los encausados por su participación en esas operaciones: «No reconocíamos que el judío fuese un ser humano»; «estaba convencido de los judíos no eran

inocentes sino culpables»; «eran criminales e infrahumanos y habían causado la decadencia de Alemania». Y ello incluía al judío de cualquier edad: «Los niños no son, por el momento, enemigos: el enemigo es la sangre que corre por sus venas; el enemigo es el hecho de que crezcan para convertirse en judíos peligrosos. Por eso también ellos recibían el mismo trato». Ante el tribunal de Nüremberg, el general de las SS Erich von dem Bach-Zelewski disculparía su responsabilidad y la de sus hombres con ese mismo razonamiento:

> Si durante años, durante décadas, uno predica que la raza eslava es inferior, que los judíos no son en absoluto seres humanos, entonces el inevitable resultado final tiene que ser una explosión semejante.[101]

En todo caso, muy pronto quedó claro que la fórmula de los fusilamientos a cargo de batallones especiales de ejecutores no resultaba tan eficaz y rápida como exigía la situación, sobre todo una vez que la campaña militar, a finales de septiembre de 1941, empezó a perder vigor y a demostrar que la resistencia de Stalin y la Unión Soviética era mucho mayor de la prevista y calculada. El angustioso descubrimiento de que la guerra iba a ser larga y muy costosa y la súbita conciencia de que el enemigo iba a resistir hasta extremos increíbles de heroísmo y sufrimiento, fueron un tremendo golpe a la moral del alto mando militar y de la dirección política del Tercer Reich. En esas condiciones, la búsqueda de otros métodos y fómulas más rápidas, eficaces y económicas para ejecutar la «Solución Final» se abrieron paso casi por necesidad. Himmler en persona ordenó esa búsqueda ya a mediados de agosto de 1941, durante una visita a Minsk en la que contempló la ejecución mediante fusilamiento de varias decenas de judíos. Fue para él una experiencia tan impresionante que casi perdió el conocimiento. Comprendió así la veracidad de algunos informes que aludían al «desgaste psicológico» que esas operaciones causaban en sus hombres, además de las dificultades para ocultar la matanza al público, del alto coste en munición que empezaba a escasear y de la lentitud de resultados cosechados.[102] Ohlendorf, en particular, reconocería con posterioridad que «estas ejecuciones producían mucho nerviosismo, no sólo entre los ejecutores, sino también en los que iban a ser fusilados».[103] También Hans Frank lamentaba por aquel invierno de 1941 que no fuera posible «fusilar a esos 3,5 millones de judíos», ni tampoco «envenenarlos», lo que hacía indispensable encontrar «medidas que conduzcan de una forma u otra a conseguir su exterminio».[104]

La primera respuesta a la demanda de búsqueda de nuevas fórmulas de exterminio procedió de la sección de las SS que había puesto en marcha el programa de eutanasia contra los inválidos y enfermos mentales en Alemania. A finales de septiembre de 1941 ya estaban preparados unos camiones tipo furgones herméticamente cerrados de unos dos metros de ancho por cinco de largo. Conformaban así una cámara cerrada en la que cabían un máximo de 40 personas y en la que entraban directamente los gases emitidos por el motor de combustión en marcha (gases de monóxido de carbono que lograban la muerte por asfixia de los allí atrapados en pocos minutos). Su primera prueba con éxito se hizo con prisioneros de guerra soviéticos en el campo de Sachsenhausen a principios del otoño de 1941. Desde entonces, los *Einsatzgruppen* utilizaron unos quince furgones de gasificación similares durante los tres años siguientes, complementando con este método la práctica de los fusilamientos en masa de población judía.[105]

Pero los furgones de gas móviles no fueron la única fórmula de exterminio rápida y económica proyectada y aplicada. Muy pronto cedió su protagonismo a otra modificación del sistema de gasificación más efectiva y económica: las instalaciones permanentes con cámaras de gas. La razón del progresivo desplazamiento hacia este nuevo método operativo ha sido bien expuesta por Daniel J. Goldhagen:

> Las instalaciones de gas permanentes eran preferibles a las móviles porque tenían una mayor capacidad y permitían a los alemanes llevar a cabo las matanzas sin el inconveniente de los espectadores que inevitablemente habían contemplado las carnicerías del *Einsatzkommando* en la Unión Soviética, y podían albergar dependencias para deshacerse de los cadáveres [hornos crematorios], una tarea que había constituido un problema para las dos instituciones itinerantes de ejecución: los comandos de fusilamiento y los furgones de gas.[106]

Los detalles últimos para la puesta en práctica de esta nueva modalidad genocida fueron abriéndose paso a medida que la suerte de las armas empezaba a inclinarse contra Alemania. El ataque japonés a Pearl Harbour el 7 de diciembre de 1941 había provocado la entrada en el conflicto de un coloso hasta entonces dormido como era Estados Unidos, que empezarían a luchar al lado de Gran Bretaña en el Atlántico con renovado vigor y progresivo éxito. Por su parte, «el general invierno» había paralizado los avances en el frente oriental mientras las tropas soviéticas mostraban crecientes signos de fortaleza e incluso contraatacaban con cierto éxito en distintos puntos. La rabia y la frustración en los círculos dirigentes nazis por esa desventajosa

lucha en dos frentes (que alimentaba las peores pesadillas de 1914-1918), fueron seguidas de una reactivación incontrolada de la furia antisemita. Hitler en persona dio pábulo a esa explosión en la reunión celebrada en la Cancillería de Berlín con sus más próximos colaboradores el 12 de diciembre (como recogió Goebbels en su diario):

> Con respecto a la cuestión judía, el Führer está dispuesto a resolverla de una vez. Profetizó que si traían otra guerra mundial sería su aniquilación. No era sólo una frase. La guerra mundial está ahí. La aniquilación de la judeidad ha de ser la consecuencia necesaria. Hay que enfocar este asunto sin ningún sentimentalismo.[107]

Y sin sentimentalismo trató sobre «la Solución Final del Problema Judío» la conferencia del más alto nivel celebrada en la villa de Wannsee, un idílico lago en las afueras de Berlín, el 20 de enero de 1942. Estuvo presidida por Heydrich y fue atendida por quince responsables de diversos departamentos implicados, desde los ministerios de Asuntos Exteriores, Justicia e Interior, hasta la Policía y la sección judía del RSHA (representada por su jefe, Eichmann, que fue el redactor del acta final). Todos los participantes sabían que el genocidio judío era una política de Estado ya en marcha. Su cometido era proceder a la coordinación de las distintas esferas de la administración para la mejor ejecución de aquella empresa de proporciones apocalípticas. Heydrich anunció que toda «Europa sería limpiada de Oeste a Este» y calculaba que un total de 11 millones de judíos (incluyendo los británicos y los turcos, fuera todavía del alcance alemán) serían objeto de la deportación forzosa hacia los campos y guetos orientales donde se emplearía a los útiles en trabajos forzados «hasta su extinción por desgaste natural» y el resto «serían tratados convenientemente» (eufemismo para el exterminio inmediato por el modo que fuera). También se informó a los participantes de que ya estaban avanzados «ciertos trabajos preparatorios» para que la ejecución de la «Solución Final» pudiera llevarse a cabo «sin causar graves molestias a la población» (esto es: fuera del dominio público y sin derramamientos de sangre masivos e inquietantes para los ejecutores y espectadores).[108]

Era muy cierto. Desde finales de diciembre de 1941 había empezado la experimentación del exterminio masivo por gaseamiento en el campo de Chelmno (rebautizado en alemán como Kulmhof), a unos 50 kilómetros de la ciudad polaca de Lodz (incorporada al Tercer Reich). El gas utilizado dejó de ser el monóxido de carbono en favor de una derivación mortal del insecticida «Zyklon B» (compuesto por cianuro de hidrógeno o ácido prúsico con derivados clorados y bromados: «un poderoso veneno de la sangre para todos los animales superiores»). Estaba elaborado por las grandes compañías químicas alemanas (en particular, Degesch, una subsidiaria de I. G. Farben, y Tesch und Stabenow) y era fácilmente transportable desde sus fábricas en latas y botes herméticos.[109]

Aparte de Chelmno, que siguió en uso hasta principios de 1944 y donde probablemente fueron gaseadas un total de más de 200.000

personas (la vasta mayoría judíos, además de miles de prisioneros de guerra soviéticos y gitanos), los restantes campos de exterminio creados en el Este fueron cinco: Belzec, Sobibor, Treblinka, Madjanek y Auschwitz-Birkenau. Todos ellos, situados básicamente en lo que había sido territorio polaco hasta la guerra, estaban muy bien comunicados por vía férrea y en lugares apartados pero cercanos a las grandes ciudades donde se habían creado los guetos. Y todos ellos estaban dotados, al margen de los habituales barracones y dependencias anexas propias de todo campo, con sus correspondientes cámaras de gas ocultas como salas de ducha y sus hornos crematorios disfrazados como panaderías o semiocultos.[110]

El campo de exterminio de Belzec fue inaugurado a finales de diciembre de 1941 en una pequeña villa al sureste de la ciudad de Lublín y comenzó sus operaciones de gasificación el 17 de marzo de 1942. Continuó sus trabajos hasta principios de 1943 y para entonces había consumido al menos un total de 600.000 víctimas judías. El campo de Sobibor, emplazado al este de Lublín, entró en operación en mayo de 1942 y siguió en activo hasta agosto de 1943, un corto período que sirvió sin embargo para la gasificación de unos 250.000 judíos. Por su parte, el campo de Treblinka, situado a unos cien kilómetros al este de Varsovia y al norte de Lublín, entró en funcionamiento en julio de 1942 y sólo cesó sus actividades en agosto de 1943, después de haber consumido las vidas de unos 900.000 judíos. En las cercanías de la propia ciudad de Lublín se emplazó en septiembre de 1942 (y hasta julio de 1944) el campo de exterminio de Majdanek, donde perecieron unos 60.000 judíos en el seno de las 200.000 víctimas gaseadas en sus instalaciones. Finalmente, el campo de Auschwitz-Birkenau, en operación desde enero de 1941 hasta octubre de 1944, se cobró la vida de entre 1 y 1,2 millones de víctimas, casi totalmente judíos procedentes de la Europa occidental, meridional y suroriental.[111]

No todas las víctimas mortales apuntadas perdieron la vida en las cámaras de gas de esos campos de exterminio. También siguió cobrando su cuota de sangre la desnutrición, el trabajo forzado, el maltrato sistemático (incluyendo la falta de tratamientos médicos) y una nueva fórmula si cabe más inhumana: la experimentación médica sobre seres humanos vivos con propósito bélico o eugenésico. Los experimentos realizados por el doctor Josef Mengele en Auschwitz con niños gemelos son particularmente conocidos por su perversidad. Sin embargo, esa experimentación médica sobre cobayas humanas fue una práctica más extendida de lo habitualmente pensado. Un médico checo que trabajó en Dachau, el doctor Franz Blaha, enumeró después de la guerra los ensayos que había conocido en persona: «unas 500 operaciones en prisioneros sanos» para que los médicos y estudiantes de medicina de las SS aprendieran la cirujía de «estómago, vesícula, bazo y garganta»; experimentos dirigidos por el doctor Klaus Schilling sobre reacciones a la malaria «en unas 1.200 personas» que «eran obligadas a someterse a estos actos» y sufrieron muerte o enfermedad; experimentos dirigidos por el doctor Sigmund Rascher para

determinar el efecto de cambios de presión atmosférica con unos 500 prisioneros en los que se comprobaba «los efectos de la altitud elevada y los descensos rápidos en los paracaidistas»; los ensayos del doctor Brachtl sobre «punción hepática con individuos sanos y con individuos que padecían del estómago», unas 175 personas a las que se operaba sin anestesia alguna; y los experimentos de los doctores Schutz y Kieselwetter con entre 600 y 800 sujetos sanos a los que inyectaron venenos para comprobar su difusión y efectos.[112]

La disposición de esos eminentes científicos a practicar operaciones criminales de ese carácter estaba legitimada y determinada por su cosmovisión nazi. Así lo declararía en la postguerra uno de aquellos «doctores nazis», Fritz Klein, sin asomo de remordimiento:

> Por supuesto, soy un doctor y mi deseo es preservar la vida. Por respeto a la vida humana, sería capaz de extirpar un apéndice gangrenoso de un cuerpo enfermo. Los judíos son el apéndice gangrenoso del cuerpo de la humanidad.[113]

Con la instalación y funcionamiento de los seis campos de exterminio el programa genocida nacionalsocialista había dado un salto crucial: se había pasado de la artesanía del homicidio mediante fusilamientos, maltratos y hambrunas a la práctica industrial de la matanza de masas según cadenas de montaje. El *modus operandi* del proceso genocida en las fábricas de la muerte fue muy bien descrito por el comandante de Auschwitz, Rudolf Hoess, en abril de 1946, tras su captura por la policía militar británica en la Polonia meridional donde se había ocultado como bracero agrícola.[114] Según su testimonio, todo comenzaba con la llegada de los trenes que transportaban a los judíos como bestias salvajes y con la «selección» de dos grupos iniciales una vez examinados: los válidos para el trabajo y los inválidos (niños, ancianos, mujeres y enfermos):

> Pregunta: ¿Qué se les decía sobre lo que iba a sucederles allí?
>
> Respuesta: Se les decía que se estaban preparando para darse una ducha y para despiojarse y desinfectarse, y los rótulos que se veían eran los correspondientes a estos servicios.
>
> P.: Se desnudaban y dejaban a un lado sus cosas tal como me contó usted ayer, tal como había sucedido en las granjas.
>
> R.: Sí.
>
> P.: ¿A cuántas personas podía gasearse a la vez en una cámara de una instalación fija?
>
> R.: En una cámara, a dos mil.
>
> P.: ¿Un cargamento entero?
>
> R.: Sí.
>
> P.: ¿Y cómo se efectuaba el gaseamiento?

R.: Todo era bajo tierra. En el techo de las cámaras de gas había tres o cuatro aberturas protegidas por una rejilla que llegaba hasta el suelo de la cámara y por estas aberturas se vertía el gas en las cámaras de gas.

P.: ¿Y qué ocurría después?

R.: Lo que ya le he dicho que ocurría en las granjas. Dependía del tiempo. Si no llovía y había mucha gente en la cámara de gas, era relativamente rápido.

P.: ¿Cuánto tiempo duraba el gaseamiento?

R.: Como ya he declarado, entre tres o cinco minutos y un cuarto de hora.

P.: ¿Y cómo sabían ustedes que estaban todos muertos?

R.: Había una abertura, una mirilla por la que se podía observar.

P.: ¿Y se oían ruidos desde el exterior?

R.: Sí, pero amortiguados, porque las paredes eran de hormigón y muy gruesas, de modo que era casi imposible oír nada.

P.: ¿Y al cabo de cuánto tiempo se abrían las puertas?

R.: Al cabo de media hora, igual que en los demás sitios. (...)

P.: ¿Adónde llevaban los cadáveres?

R.: Al crematorio que estaba situado encima. (...). Había cuatro crematorios. Los dos mayores tenían cinco crisoles dobles y podían quemar a dos mil seres humanos en doce horas.

P.: ¿Qué combustible utilizaban?

R.: Coque.[115]

El progreso tecnológico de esas insólitas fábricas de la muerte fue realmente impresionante. Las cámaras inicialmente construidas a principios de 1942 comenzaron teniendo una capacidad para 450 personas por sesión de gases y, sin embargo, en Treblinka en 1943, terminaron pudiendo albergar a casi 4.000 a un tiempo y sesión. Por su parte, en Auschwitz-Birkenau, los primeros hornos crematorios apenas podían incinerar a 340 cadáveres por día, mientras que los últimos tenían ya capacidad para 2.000 diariamente.[116] Y todos ellos siguieron en funcionamiento a pleno rendimiento y hasta que la suerte adversa de las armas selló su destino y obligó a su cierre y parcial destrucción. El último, más importante y más occidental de los campos, Auschwitz-Birkenau, fue ocupado el 27 de enero de 1945 por la avanzadilla de las tropas soviéticas que se acercaban a las fronteras sureñas de Alemania. Pocas horas antes, las SS habían terminado de cumplir en gran medida las últimas órdenes procedentes de Berlín: la ejecución de todos los prisioneros posibles, la quema de los archivos administrativos y la destrucción de todas las instalaciones más comprometedoras. Pudieron llevar a cabo sus propósitos de ocultación del carácter genocida del campo sólo en parte y los soviéticos todavía encontraron con vida a unos 7.000 presos y gran parte de las instalaciones de gaseamiento y crematorios.[117]

En estas condiciones de voluntad genocida hasta el final, no resulta sorprendente el volumen y rapidez de judíos exterminados durante el

corto período de casi cinco años de gobierno nacionalsocialista en casi toda Europa continental y en el contexto de una guerra total que Hitler creyó tener ganada y acabó perdiendo. Aunque sigue siendo una tarea extraordinariamente difícil establecer un cómputo definitivo sobre las pérdidas humanas del Holocausto, no cabe duda que oscilaría entre cinco y seis millones de judíos. Como ya hemos mencionado, según los estudios fidedignos de Raul Hilberg una cifra ligeramente superior a los cinco millones parece la más verosímil. Los muertos en campos de concentración y exterminio ascenderían a casi tres millones de víctimas. Sólo el de Auschwitz-Birkenau tuvo más de un millón y por eso mismo se ha erigido en símbolo preclaro del conjunto del Holocausto. Los muertos por fusilamiento y otras operaciones móviles alcanzarían el millón cuatrocientos mil. Y otros 600.000 judíos perdieron la vida en los guetos.[118] De ese conjunto total mínimo de cinco millones de víctimas, aproximadamente dos millones estaban compuestos por niños menores de edad, absolutamente inocentes y en ningún caso amenaza bélica para los verdugos y sus cómplices.[119]

Tan difícil como establecer el cómputo de víctimas es la fijación del número de perpretadores y ejecutores directos de esa inmensa matanza. Desde luego, no fueron Hitler y un puñado de «nazis» los que llevaron a cabo esa empresa genocida en solitario: los poco menos de 200 procesados por el Tribunal Militar Internacional operante en Nüremberg (ante el que no pudieron presentarse, por haberse suicidado, los principales responsables: Hitler, Himmler o Goebbels). De acuerdo con los análisis de Simon Wiesenthal, un mínimo de 100.000 alemanes tomaron parte en las operaciones de exterminio en sus variadas formas (de los cuales sólo 10.000 fueron procesados después de la guerra por los tribunales aliados y los respectivos de sus países de origen).[120] Sin embargo, para Daniel J. Goldgahen, la cifra hubo de ser mayor y pudo llegar al medio millón de personas involucradas. No en vano, el campo de Auschwitz por sí solo contó con más de 7.000 guardianes entre su personal permanente (de los que sólo 750 recibirían algún tipo de castigo en la postguerra), mientras que Dachau, en abril de 1945, seguía contando con 4.100 empleados entre guardianes y administradores. Por su parte, los Einsatzgruppen empezaron con 3.000 miembros por cada uno de los cuatro grupos, pero fueron sufriendo bajas y reemplazos durante sus años de actividad. En estas circunstancias, la cifra de alemanes, nazis o «alemanes corrientes», involucrados en el Holocausto no es inferior

al mínimo de las 333.082 fichas personales que abriga el centro coordinador de las investigaciones y procesamientos de los crímenes nazis (*Zentrale Stelle der Landesjustizverwaltungen zur Aufklärung nationalsozialisticher Verbrechen*), establecido desde 1958 en Ludwigsburg (Baden-Württemberg, Alemania).[121] En todo caso, las sanciones impuestas en virtud de las leyes de «desnazificación» (básicamente detenciones provisionales, multas o restricciones de empleo) alcanzaron a algo más de medio millón de personas en Alemania y unas 53.000 en Austria.[122] No es una cifra excesiva teniendo en cuenta que, entre 1925 y 1945, nada menos que 7,2 millones de alemanes pidieron afiliarse al Partido Nazi y fueron admitidos oficialmente como disciplinados militantes del mismo.[123]

Y si de los perpretadores y ejecutores directos pasamos a los espectadores y testigos de la matanza, el número no dejará de ascender hasta los millones de personas, en Alemania y fuera de Alemania. Así, por ejemplo, una estimación de 1947 señalaba que los tribunales alemanes de postguerra encargados de la «desnazificación» habían abierto investigaciones sobre nada menos que 11,6 millones de personas (de las que sólo seis millones habían sido objeto de investigación completa y únicamente 168.696 serían llevados a juicio formal).[124] Por supuesto, después de la guerra y conociendo la estupefacción horrorizada de los aliados ante el descubrimiento del Holocausto, casi todos los líderes políticos y militares capturados negaron su particular «responsabilidad» en el genocidio y lo atribuyeron casi en exclusiva a Hitler y Himmler, ambos muertos por suicidio antes de la derrota, y a «los nazis» o «las SS»: «sobre eso yo no sabía nada en absoluto» (Walther Funk, presidente del Banco Central de Alemania); «No tengo nada que ver con ellos, en absoluto» (Robert Ley, líder de los sindicatos oficiales); «No tengo noticia de que las Fuerzas Armadas cometieran ningún acto criminal» (general Heinz Guderian, penúltimo Jefe de Estado Mayor de la Wehrmacht). Sólo los mandos de las SS asumieron su responsabilidad por mera imposibilidad de otra alternativa, como protestaría el general Bach-Zelewski durante su interrogatorio en marzo de 1946:

> Todas las autoridades gubernamentales alemanas, a algunas de las cuales se acusa hoy, sabían desde el principio lo que iba a pasar. Himmler está muerto, claro. Ellos lo sabían y sabían también que no podrían defenderse, por lo tanto su táctica es culpar de todo a Himmler y exculparse ellos.[125]

Por lo que respecta al conjunto de la población alemana, tampoco

cabe dudar que era público y notorio el maltrato dado a los judíos desde 1933 y, desde el verano de 1941, el destino mortal que esperaba a los deportados a los campos del Este. Era imposible no saber y conocer hechos como las matanzas públicas de los *Einsatzgruppen*, las súbitas desapariciones de los residentes judíos que dejaban intactos sus pisos y negocios, los rumores y comentarios de quienes volvían del frente oriental y daban cuenta de la «Solución Final» en curso. En este sentido, la divisoria entre perpretadores ejecutores y testigos pasivos o indiferentes fue muy pequeña en el caso de Alemania. Y la complicidad con las autoridades y su programa de genocidio se apoyó en múltiples razones y pretextos: el mero beneficio material derivado de la usurpación de los bienes incautados a judíos (decenas de miles de apartamentos fueron entregados a ciudadanos «arios», con sus muebles y pertenencias); la tradición prusiana de respeto y obediencia ciega al poder político, a la autoridad constituida y al Estado y sus dirigentes; el temor a colaborar con el enemigo y caer en el crimen de traición a la patria en plena guerra, etc.[126]

En todo caso, el antisemitismo estaba tan arraigado y era tan popular entre la población que, en palabras de Ian Kershaw, se puede decir que los alemanes corrientes estaban ya «nazificados» y que aceptaban pasivamente la triste suerte deparada a los judíos: «La ruta hacia Auschwitz fue construida por el odio pero estuvo pavimentada por la indiferencia» (y algunos añaden que por la «complicidad pasiva»).[127] En este punto, sin duda, «ningún país de Europa era como Alemania» (Raul Hilberg) y, «en general, la población era muy consciente de lo que estaba sucediendo» y no había protestado contra esas medidas (Laurence Rees).[128] No en vano, según cálculos fidedignos del historiador alemán Frank Bajohr, como mínimo la cuarta parte de la población alemana de los años de la guerra (y quizá el 40 por ciento del total) «estaba enterada del asesinato en masa de los judíos».[129] Así lo confirmarían con cierta sorpresa y consternación las autoridades de ocupación norteamericanas al cabo de más de un año de la victoria. Para entonces, una encuesta confidencial realizada entre la población alemana a finales de 1946 revelaba que más del 60 por ciento de los interrogados estaban dispuestos a confesar sus sentimientos antisemitas y casi un 20 por ciento se consideraban todavía nacionalistas. La conclusión del informe, difundido sólo internamente entre las autoridades militares de ocupación, era deprimente por lo que hacía al éxito de las medidas de «desnazificación»:

En resumen: cuatro de cada diez alemanes están tan saturados de antisemitismo que es muy dudoso que pusieran objeciones a una acción abierta contra los judíos, aunque no todos ellos participasen en tales acciones... Menos de dos de cada diez probablemente ofrecerían resistencia a un comportamiento tan patente.[130]

Y ni siquiera las Iglesias alemanas, protestantes o católicas, habían intervenido en público o en privado, como instituciones, para tratar de paliar el sufrimiento de aquellos seres humanos convertidos en parásitos subhumanos susceptibles de todo tipo de maltrato y crueldad. Al contrario en muchos casos, como cuando en diciembre de 1941 los mandatarios de la Iglesia evangélica protestante emitieron una proclamación colectiva instando a las autoridades a que «sean adoptadas las medidas más severas contra los judíos y que se les expulse de las tierras alemanas».[131] A este respecto, numerosos autores han subrayado que ningún obispo o arzobispo alemán, durante la guerra mundial, alzó su voz para condenar las atrocidades como hizo, por ejemplo, el anciano obispo de Toulouse, Louis Saliège, en agosto de 1942 (con motivo de las deportaciones de judíos franceses):

Queridísimos Hermanos:

Existe una moral cristiana, existe una moral humana que impone deberes y reconoce derechos. Estos deberes y estos derechos están implícitos en la naturaleza del hombre. Éstos vienen de Dios. Pueden violarse. No está en poder de ningún mortal suprimirlos.

Que niños, mujeres, hombres, padres y madres sean tratados como un vil rebaño, que los miembros de una misma familia sean separados los unos de los otros y embarcados hacia un destino desconocido: estaba reservado a nuestro tiempo contemplar este triste espectáculo. (...).

En nuestra diócesis, han tenido lugar escenas conmovedoras en los campos de Noè y Récédenon. Los judíos son hombres. Las judías son mujeres. No está permitido todo contra ellos, contra estas mujeres, contra estos padres y madres de familia. Forman parte del género humano. Son hermanos como muchos otros. Un cristiano no puede olvidarlo.

Francia, patria amada, Francia, que llevas en la conciencia de todos tus hijos la tradición del respeto a la persona humana. Francia caballerosa y generosa, yo no lo dudo, tú no eres responsable de estos horrores.[132]

La denuncia de este prelado católico francés se hizo pública cuando ya era evidente que el genocidio judío estaba en marcha. Hasta entonces, cabía admitir que las denuncias eran infundadas, que formaban parte de la clásica guerra de propaganda de atrocidades (como la desatada en 1914-1918) y que resultaba imposible su realidad por excesivamente malvada o por meramente antieconómica. Pero desde finales de 1941, El Vaticano ya tenía información fidedigna de que el

exterminio de los hebreos era una política oficial sistemáticamente aplicada en el frente oriental y en los territorios ocupados. El nuncio apostólico en Bratislava, capital de la Eslovaquia aliada al Tercer Reich, avalaba esa información gracias a las confesiones de oficiales eslovacos católicos que regresaban de la Unión Soviética. Y los capellanes italianos que atendían a los soldados de Mussolini no tardaron en revalidar las increíbles noticias que se acumulaban en las oficinas de la Santa Sede. A pesar de ello, el Papa Pío XII no quiso exponerse a la denuncia italo-germana de complicidad con los aliados y en su transcendental mensaje de Navidad de 1942 sólo condenó oblicuamente el genocidio al hacer constar su pesar por las víctimas que «por razones de nacionalidad o estirpe, son destinadas a la muerte o a un progresivo deterioro».[133] Ese exceso de prudencia diplomática, tan poco edificante y mantenido hasta el final contra viento y marea, lastraría desde entonces la reputación del Pontífice romano y le ocasionaría duras acusaciones de cruda indiferencia o virtual complicidad en los años posteriores a la derrota del nazismo.

En todo caso, a la altura de mayo de 1945, tras el suicidio de Hitler y la rendición incondicional de Alemania, el Holocausto llegaba a su fin. Entonces y sólo entonces pudo saberse y comprobarse que, para la judería del continente, la Europa ocupada por los nazis se había convertido en un gigantesco cementerio. Y sólo entonces se empezó a comprender en toda su extensión el hecho de que la planificación y ejecución de aquella barbarie genocida había estado condicionada ideológicamente.

El régimen nacionalsocialista alemán se había propuesto y había tratado de exterminar a los judíos a su alcance porque se les identificaba con el mal absoluto y con una conspiración secreta para degenerar la humanidad y destruir la raza aria. Y hubo una notable continuidad en ese propósito por encima de las diversas coyunturas atravesadas por el nazismo entre el momento de su constitución y el de su caída. De hecho, apenas conformado el NSDAP como partido, estando en la más dura oposición, una de sus primeras proclamas anunciaba en 1920 la voluntad de combatir al judío, «la tuberculosis racial de las naciones», y el convencimiento de que «la convalecencia sólo podrá empezar cuando se elimine esta bacteria».[134] Más tarde, ya en el poder y antes de comenzar el exterminio al compás de la guerra mundial, la prensa nazi alemana reclamaba en octubre de 1938 su necesidad con metáforas biológicas del tenor siguiente: «No debemos tolerar las bacterias, los parásitos y la peste. La limpieza y la

higiene nos obligan a hacerlos inofensivos exterminándolos».[135] Y ya a punto de terminar la guerra mundial y el exterminio, un Hitler enfermo y abatido todavía dictaba su delirante «testamento político» el 29 de abril de 1945 aludiendo al único culpable de la guerra y al precio mortal que le había hecho pagar por su maldad:

> Pasarán siglos, pero de las ruinas de nuestras ciudades y monumentos culturales surgirá siempre renovado el odio contra los responsables finales a los que tenemos que dar las gracias por todo: la judería internacional y sus colaboradores. (...) Dije con claridad que, si las naciones de Europa iba a ser consideradas de nuevo como meros paquetes de acciones de esos conspiradores del dinero y de las finanzas internacionales, también tendría que rendir cuentas esa raza que es la culpable en realidad de esta lucha criminal: ¡los judíos! Dejé también muy claro además que esta vez no morirían millones de niños de los pueblos arios de Europa, millones de adultos y no morirían quemados y bombardeados en las ciudades centenares de miles de mujeres y niños, sin que el verdadero culpable pagase su culpa, aunque de una forma más humana.[136]

Esas ideas y mitos racistas antisemitas fueron la fuerza motriz del Holocausto. Antes de que comenzara a ejecutarse, fue necesaria la sinuosa penetración del odio racial en las mentes de una gran parte de la población alemana y europea, hasta el punto de hacer a muchos individuos partícipes entusiastas de la obra o testigos pasivos e indiferentes de ese genocidio. Por eso mismo, cabe subrayar que fueron las ideas racistas las que generaron fanáticos asesinos y fueron unas condiciones socio-económicas y políticas propicias las que permitieron que esas ideas se volvieran operativas y mortíferamente factibles. Los mitos racistas, desde luego, no operaron en el vacío social y en el limbo político. El Holocausto germinó precisamente en esa conexión entre ideas racistas sistematizadas y un contexto de condiciones históricas críticas y extremas: las condiciones de «Guerra Total», a vida o muerte, que implantó el nazismo entre 1941 y 1945 durante su ofensiva contra la Unión Soviética. Y la cosecha de sangre recaudada en esa catástrofe exige examinar con mayor detalle sus antecedentes históricos, las bases de gestación del antisemitismo racial, atendiendo a dos fenómenos concurrentes. Por un lado, la cristalización y evolución de las ideas y mitos raciales a lo largo del siglo XIX y sobre el trasfondo del antijudaísmo de raíz tradicional clásica. Por otro, las condiciones objetivas socio-económicas y políticas que hicieron aceptables y ulteriormente practicables esas ideas y mitos potencialmente genocidas.

CUADRO I

Estimación del número de judíos asesinados por el Tercer Reich según su nacionalidad y porcentaje del total existente antes de la guerra mundial

---

Fuente: Israel Gutman (ed.), *Encyclopedia of the Holocaust*, Nueva York, Macmillan, 1990, vol. 4, p. 1.799.

3. LA IDEA DE «RAZA»: DE CATEGORÍA DE CLASIFICACIÓN TAXONÓMICA A NÚCLEO DE LA DOCTRINA RACISTA

El estudio de los antecedentes genéticos del Holocausto como fruto último y atroz del antisemitismo contemporáneo plantea la necesidad imperiosa de abordar con precisión el significado y sentido histórico-cultural del vocablo «raza» y de su derivación fundamental: el «racismo». Como hemos de ver con cierto detalle a continuación, ese vocablo de «raza», entendido como concepto clasificatorio aplicado a la especie humana, sólo se desarrolló desde mediados del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX al compás del surgimiento y expansión de las nacientes ciencias de la biología y de la antropología. Por su parte, el racismo, como doctrina y cosmovisión de la naturaleza humana articulada sobre el concepto de «raza», se perfila en ese mismo periodo y no parece haber existido como tal con anterioridad a esas fechas.

La inexistencia del «racismo» antes del siglo XVIII no significa, ni mucho menos, que no se hubieran registrado previamente en la historia de la humanidad fenómenos y movimientos análogos o similares. De hecho, siguiendo una amplia convención historiográfica, cabría subrayar que el racismo es una categoría específica, aunque sea la más extrema, de una categoría general envolvente en la que se incluye y de la que forma parte: la xenofobia. Dicho en otras palabras: el racismo, como el etnocentrismo, el clasismo, el sexismo y otras fórmulas de diferenciación cualitativa en el seno de las heterogéneas sociedades humanas, constituye una versión específica de la categoría general de fenómenos denotados con el concepto de «xenofobia».

La propia etimología griega original de este vocablo indica ya su sentido primario y básico: el sustantivo x˜noj o «xenos» (el extraño o el extranjero); y el verbo fob™w o «fobeo» (espantarse o sentir temor). Así pues, la xenofobia consiste, literalmente, en el sentimiento de temor, prevención, desconfianza u hostilidad que todo grupo humano definido (y cada uno de sus integrantes) puede albergar y manifestar hacia el extraño, el extranjero, el diferente, el desconocido, considerado tanto individual como colectivamente, por su carácter de potencial o real enemigo y amenaza para la seguridad del grupo

propio (y de cada uno de sus miembros).[137]

Los estudios de antropología comparada y psicología social demuestran que la xenofobia es un componente integral de todo grupo humano (pretérito y presente) y un elemento crucial de la dinámica de su identidad como tal. Su fundamento radica en la diferenciación etno-semántica entre un «Nosotros» y un «Ellos» de carácter colectivo por ser el hombre un animal gregario y vivir necesariamente en comunidad: un bebé humano abandonado y sin tutela de sus padres o análogos, no subsistiría y, en el caso de que lo hiciera, carecería de lenguaje y de patrones de aprendizaje social, asemejándose a un animal salvaje. Por tanto, esa diferenciación obligada entre «Nosotros» y «Ellos», esa primaria «categorización social» dualista y binaria, tiene como base una simple y sencilla regla de conducta: la conciencia de diferencia respecto al «Otro» y las consecuentes medidas de cautela y seguridad para precaverse contra el «extraño» y «desconocido» que bien podría ser el «enemigo».[138]

William Graham Sumner codificó hace ya bastante tiempo (1904) los dos principios operativos que siempre están presentes en la constitución de los grupos humanos desde la más temprana Prehistoria: el sentimiento de «pertenencia» al grupo y el sentimiento de «exclusión» del grupo. De esta manera, mediante la dinámica binaria formada por los pares «Dentro» (del grupo) o «Fuera» (del grupo), se crea el «Nosotros *versus* Ellos», sobre la base de las diferencias visibles de lengua, cultura, apariencia física, conducta, formas de parentesco, ceremonias y ritos religiosos, hábitos culinarios, rasgos indumentarios, etc. En palabras de Sumner:

> La concepción de la «sociedad primitiva» que debemos formarnos es la de pequeños grupos distribuidos por un territorio. El tamaño del grupo está determinado por las condiciones de la lucha por la existencia. La organización interna de cada grupo corresponde a su tamaño. Un grupo de grupos puede tener alguna relación recíproca (parentesco, vecindad, alianza, intercambio de mujeres y comercio) que los agrupa o que los diferencia de otros. Así surge la diferenciación entre nosotros, el grupo propio o grupo de pertenencia, y todos los otros, los grupos ajenos, los grupos de exclusión. Los pertenecientes a un grupo propio están en relación de paz, orden, ley, gobierno, industria, con cada uno de los integrantes del grupo. Su relación con los excluidos y con los otros grupos ajenos es de guerra y saqueo, a menos que algún acuerdo haya modificado la situación. Si el grupo es exogámico, sus mujeres habrán nacido en algún lugar ajeno. El resto de los extranjeros que puedan encontrarse serán personas adoptadas, amigos invitados o esclavos.[139]

No cabe duda, por consiguiente, que la xenofobia, la prevención hacia el extraño por desconocido y potencialmente hostil, es un fenómeno

universal en todas las culturas humanas y en todos los grupos sociales generados por ellas (desde los más básicos, la familia, la tribu o el vecindario, hasta los más complejos, la nación, la agrupación política estatal o la comunidad religiosa e ideológica). Pero procede subrayar que no es el único de los fenómenos que está presente en la dinámica social de las colectividades humanas. Porque, sencillamente, junto a esa pulsión xenofóbica etológica (probable origen de la violencia intraespecífica y aun de la guerra) también se encuentra el fenómeno de la sociabilidad y de la cooperación intergrupal (probable origen, asimismo, del intercambio exogámico y de la transición histórica del estadio de las tribus al Estado). Dicho en otras palabras: los individuos y los grupos humanos también presentan, como característica innata de su conducta y comportamiento, la tendencia a juntarse con otros individuos y grupos similares y la pulsión a favor de la colaboración intergrupal (en gran medida derivada de la capacidad de aprendizaje y del uso del lenguaje articulado).[140]

En definitiva, el desarrollo y despliegue de unas u otras pulsiones latentes en el seno del grupo es el resultado de los contextos sociales, políticos, culturales y económicos en los que se conforman y configuran. Los grupos humanos, en tanto que tales, pueden tener conductas xenófobas y agresivas tanto como cooperativas y asociativas: pueden obrar movidos por el temor ante el «extraño» (con su correlato, el odio que alimenta la agresión y la violencia) o por la piedad ante el «semejante» (con su derivado, la compasión que nutre la filantropía y la fraternidad). Por consiguiente, es la historia, no la naturaleza biológica preprogramada, la que da cuenta de las formas de evolución de las sociedades humanas y de sus variadas conductas y actuaciones, ya sea xenófobas ya cooperativas, en mayor o menor grado. En palabras recientes del filósofo José Sanmartín:

> La biología nos hace agresivos; pero es la cultura la que nos hace pacíficos o violentos. (...)
>
> Decir que somos agresivos por naturaleza no conlleva, pues, aceptar que también por naturaleza seamos violentos. No hay violencia, si no hay cultura. La violencia no es un producto de la evolución biológica, de la bioevolución como se dice frecuentemente. Es un resultado de la evolución cultural.[141]

El vocablo «raza», en castellano y en el resto de las lenguas romances y europeas (*race* en francés e inglés; *razza* en italiano; *raça* en portugués; *rasse* en alemán) es una palabra relativamente moderna. Procede del término latino clásico *ratio, rationis* («cálculo» o «cuenta»,

pero también «índole», «modalidad», «especie» o «naturaleza»). No procede, por tanto, como a veces se ha apuntado, del término igualmente clásico *radix, radicis* (raíz, origen), ni tampoco del vocablo longobardo *raiza*, del que se deriva en alemán antiguo *reiza* (línea, linaje). El estudio etimológico de sus orígenes revela que se introdujo en las lenguas romances a través de la variante italiana a partir del siglo XIV: «capitano di franca razza» (de carácter franco). En la literatura castellana aparece registrado y utilizado en el siglo XV (*El Corbacho* del Arcipreste de Hita, 1438), mientras que en francés sólo desde 1500 (el caso más tardío de incorporación de la palabra a su léxico). Y, ya desde el principio, en castellano pasó a tener una connotación negativa aplicado a las personas porque probablemente se asoció al término preexistente *raça* o *raleza*: «defecto en el paño cuando una parte del tejido está más rala que el resto». Por eso mismo, en el siglo XVI pueden encontrarse frases como la siguiente: «ningún cuerdo quiere muger con *raza* de judía ni de marrana».[142]

En todo caso, a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII, ese vocablo moderno pasó a definir dentro de la naciente ciencia de la Biología una categoría taxonómica y clasificatoria de los animales: cada uno de los grupos en que pueden subdividirse las especies botánicas y zoológicas, basando esa subdivisión de las especies en los caracterers físicos diferenciales que se perpetúan por herencia.

Fue el médico y naturalista sueco Carl von Linnaeus (Linneo) quien emprendió la tarea de la clasificación taxonómica en el área botánica con criterios rigurosos (nomenclatura binaria con dos nombres, uno genérico y otro específico) y tomando como parámetro los caracteres morfológicos. Y fue el mismo Linneo el que aplicó esa metodología taxonómica a todo el ámbito zoológico, incluyendo la especie humana, en su obra *Systema Naturae* (publicada en 1758). Linneo, en particular, agrupó a los hombres y a los monos en un «orden» propio (el de los «primates») y distribuyó la «especie» (los «hombres»: el *Homo Sapiens*) en cuatro categorías definidas inicialmente por una combinación de criterios geográficos y rasgos físicos (color de piel) y psicosociológicos (temperamento y postura): *Homo Europeus* (piel blanca, pelo rubio, labios finos, ingenioso y postura musculosa); *Homo Americanus* (piel rojiza, pelo negro liso, ventanas nasales dilatadas, mentón casi imberbe, colérico y postura erecta); *Homo Asiaticus* (piel cetrina, pelo oscuro, ojos rojizos, melancólico y postura rígida) y *Homo Afer* (piel negra, pelo negro crespo, nariz simiesca, labios gruesos y postura relajada). Pocos años después, otro naturalista, el conde de Buffon

tuvo en Francia la idea de utilizar la palabra «raza» para denotar esas categorías de la especie definidas por sus variedades morfológicas en su libro *Histoire Naturelle* (que vio la luz en 1778).[143]

Apenas inaugurado el uso biológico de la palabra (muy pronto extendido a los usos veterinarios y a la cría del ganado por selección de cruces fértiles), la también naciente ciencia de la Antropología recurrió al concepto clasificatorio de «raza» para tratar de organizar el cuadro de las variedades de la especie humana conservadas por herencia y utilizando como criterio los caracteres morfológicos según afinidades de rasgos anatómicos. Esto es: utilizando como parámetro de distinción los caracteres fenotípicos (los rasgos físicos, somáticos, que son externos y visibles) correspondientes a cada grupo. Quizá uno de los primeros y más influyentes antropólogos en seguir esa vía taxonómica racial fue el médico alemán Johann Friedrich Blumenbach, que en 1795 presentó su clasificación de la especie humana en cinco grandes razas: caucásica (europeos, blanca); mongólica (asiáticos, amarilla), etiópica (africana, negra); americana (cobriza) y malaya (morena).[144] Blumenbach atribuyó el extraño nombre de «caucásica» a la raza blanca en virtud de la supuesta «belleza superior de las gentes de esa región». Y, a pesar de ser un confeso monogenista (creyente en la unidad de la especie humana y sus diversas razas), no dudó en adjudicarle el puesto superior en la emergente jerarquía tácita o expresa de las razas humanas:

> En primer lugar, ese linaje (caucásico) exhibe ... la forma más hermosa de cráneo, a partir de la cual, como de un tipo medio y originario, las demás divergen mediante las gradaciones más naturales... Además, es de color blanco, que podemos asumir legítimamente que ha sido el color primitivo de la especie humana, puesto que ... es muy fácil que éste degenerase en pardo, pero mucho más difícil que lo oscuro se convirtiera en blanco. (...)
>
> He otorgado el primer lugar a la caucásica ... lo que hace que la estime la originaria. Ésta diverge en ambas direcciones en dos más alejadas y muy distintas entre sí: por una parte, a saber, la etiópica y, por la otra, la mongólica. Las dos restantes ocupan las posiciones intermedias entre la variedad originaria y estas dos variedades extremas; es decir, la americana entre la caucásica y la mongólica y la malaya entre la caucásica y la etiópica.[145]

Desde Blumenbach, la «raza» pasó pues a ser un concepto de clasificación taxonómica de los grupos de la especie humana teniendo como criterio divisorio los caracteres morfológicos, anatómicos y fisiológicos transmitidos por herencia y descendencia. Estos rasgos utilizados como criterios para la diferenciación racial eran varios y fueron surgiendo y combinándose a medida que los estudios

antropológicos se sucedían durante el siglo XIX. El primero y fundamental, el más visible de todos ellos, fue el *color de la piel*. A tenor del mismo, las razas humanas parecían ser básicamente tres, según el grado de presencia del pigmento de la melanina en la capa epidérmica: blancos (o leucodermos); amarillos (o xantodermos) y negros (o melanodermos). Junto a este parámetro muy pronto también pasaron a utilizarse como criterios los siguientes factores:

1°) El *pelo*, según su textura (lacio, ondulado o crespo) y su color (rubio, castaño, moreno o negro);
2°) Los *ojos*, a tenor de su forma (el grado de abertura horizontal del párpado) y su color (la variación del pigmento del iris desde el negro hasta el azul claro);
3°) La *nariz* (estrechas o leptorrinas, medianas o mesorrinas y anchas o platirrinas);
4°) La *estatura* y proporciones del tronco y extremidades (bajos o camaesomes; medianos o mesosomes y altos o hipsisomes);
5°) La *pilosidad corporal* mayor o menor (desde la escasez de los lisótricos a la abundancia de los cimótricos, pasando por el término medio de los ulótricos);
6°) El grado de *prognatismo* del macizo facial y la mandíbula (medido según el llamado índice gnático); y
7°) El *índice cefálico*, ideado en 1842 por el médico sueco Anders Retzius como la relación entre el ancho máximo del cráneo y su largo máximo (que ofrece tres gradiantes: dolicocéfalos de cabezas largas o estrechas, mesocéfalos de cabezas medianas y braquicéfalos de cabezas cortas o anchas).
8°) El *ángulo facial*, medida ideada por el anatomista holandés Peter Camper en 1793 basándose en la pendiente de la frente colocando el cráneo de perfil (con medidas angulares humanas entre el 70, propias de los negros, y el 100, propias de los antiguos griegos: el canon de belleza de la «nariz griega»).[146]

A estos rasgos fenotípicos de carácter morfológico-anatómico se les añadió desde mediados del siglo XIX los grupos sanguíneos, una vez que el desarrollo de la medicina y de las operaciones de transfusiones de sangre revelara la existencia de incompatibilidades entre colectivos humanos con tipos de sangre distintos (A, B, AB, O). Lo mismo sucedió en gran medida a partir de 1865, cuando se hicieron públicos los primeros trabajos del clérigo y biólogo austríaco Gregor Mendel sobre

las leyes de la herencia biológica y sus patrones normativos.[147] A partir de entonces, el poder místico del mandato imperativo del respeto a la sangre y a la herencia refrendó las clasificaciones raciales como una evidencia científica indubitable y respetable. Las «razas» pasaron a ser categorías naturales fijas, casi inmutables, compuestas por individuos humanos surgidos en su seno por herencia y descendencia, como un hecho natural objetivo, inevitable e irreversible.

Sobre la base de esta idea «científica» de la raza, el «racismo» se fue desarrollando y cristalizando como un tipo extremo de xenofobia. Con anterioridad, las conductas xenófobas siempre se habían apoyado en un motivo de diferenciación visible pero reversible y hasta contingente: el lenguaje, la religión, la apariencia física, la conducta cultural, etc. Como ha escrito al respecto Christian Delacampagne: «ni griegos ni romanos veían una señal de oprobio en el color de la piel». Para ellos, los negros, como los persas o los escitas, eran «bárbaros», pero «no lo eran ni más ni menos que los demás bárbaros». Y el «bárbaro» es el «otro» sin civilizar, pero civilizable, «enemigo» real o potencial, pero también hombre sometible e incorporable al ámbito de civilización clásica: «esa oposición griegos-bárbaros, al mismo tiempo lingüística, cultural y política, no implica en caso alguno una oposición biológica»; y «durante el Imperio las uniones interraciales fueron bastante comunes en Roma sin que ese fenómeno produjera condenas especiales».[148]

Sólo a partir del Renacimiento en el siglo XV, tras la circunnavegación de África y el descubrimiento de América, comienza a extenderse en el mundo occidental un prejuicio contra el color de la piel de los negros. Fue un fenómeno virtualmente contemporáneo del proceso de esclavización de la población africana por parte de los conquistadores europeos para llevar mano de obra forzada a los territorios del nuevo mundo americano: una cifra mínima de 10 millones de esclavos negros fue así transportada al continente americano desde África entre el siglo XVI y el XIX.[149] En ese proceso de agudización del etnocentrismo blanco por la extraordinaria intensificación de los contactos directos con otros grupos humanos diferentes se produjo el surgimiento de las ideas raciales. Como ha señalado Adam Hochschild:

Los europeos, con los portugueses en cabeza, no comenzaron a aventurarse sistemáticamente en el sur hasta el siglo XV, en los albores de la época de la navegación oceánica. (...) En unas pocas décadas, el hemisferio occidental se

convirtió en un mercado de esclavos africanos inmenso, lucrativo y casi insaciable. Se les puso a trabajar por millones en las minas y plantaciones de café brasileñas, así como en las islas del Caribe, donde otras potencias europeas comenzaron a utilizar enseguida aquella tierra exhuberante y fértil para cultivar caña de azúcar.[150]

El nuevo y creciente prejuicio hacia la población del África subsahariana tenía raíces estéticas (el negro como color del mal en oposición al blanco), económicas (identificador de la población destinada a la trata de esclavos) y hasta teológicas (marca de los descendientes de Cam, el hijo de Noé maldito por Dios). En palabras certeras de Basil Davidson: «Forjada por el tráfico de esclavos, el arma del racismo vino a mermar la tolerancia de tiempos anteriores».[151] Y ese proceso conquistador y colonizador fue también el contexto previo inexcusable para el surgimiento de la «ciencia racial» durante el tránsito del siglo XVIII al XIX:

La Antropología racial como ciencia propiamente dicha emerge como consecuencia de los contactos y de las conquistas citadas, cuando los estudiosos europeos se vieron forzados a considerar y a determinar el lugar de los africanos y de los indios en la «cadena de los seres». (...) Las clasificaciones raciales y las diversas nociones sobre la raza y la etnia en general no influyen sobre la organización de la sociedad hasta que los contactos entre pueblos culturalmente distintos comienzan a provocar grandes debates, y hasta que la conquista obliga a una reflexión política sobre la manera de gobernar las sociedades poliétnicas.[152]

A diferencia de las previas actitudes xenofóbicas genéricas, el racismo se fundamentaba en un motivo y criterio de naturaleza biológica: la herencia; un dato natural, inmutable e invariable. Como indicaba el aforismo entonces acuñado: «El leopardo no puede borrar sus pintas y tampoco el negro puede cambiar el color de su piel». Con un añadido ponderativo crucial porque la nueva doctrina racista atribuirá a esas diferencias biológicas, naturales, un valor cultural, intelectual y moral: sostendrá que bajo esas diferencias somáticas y fenotípicas late y subyace una diferencia de capacidad, de moralidad y de inteligencia para cada una de las razas. En otras palabras: la cultura y los valores morales se transmiten única y exclusivamente por herencia biológica dentro de cada raza y no son características aprendidas o modificables. La cultura, así pues, se lleva en la sangre, se transmite hereditariamente y no es objeto de aprendizaje ni de cultivo social o personal.

El corolario lógico de esa premisa de partida no deja de ser obligado y coherente: hay razas superiores y razas inferiores, como demuestra fehacientemente el distinto estado civilizatorio entonces

existente. No en vano, desde finales del siglo XVIII, el avance tecnológico derivado de la industrialización otorga al mundo occidental una ventaja civilizatoria crucial sobre el resto de las culturas y sienta las bases de los imperios europeos extendidos por todo el globo terráqueo. Por consiguiente, según la doctrina racista, la naturaleza impone a unas razas la inferioridad y concede a otras razas la superioridad. En palabras de Ruth Benedict: «El racismo es el dogma según el cual un grupo étnico está condenado por la naturaleza a la inferioridad congénita en tanto que otro grupo está destinado a la superioridad congénita». Y una buena prueba de esa dogmática racista puede verse en la siguiente afirmación del pensador francés Gustave Le Bon en su afamado tratado *La psicología de las masas*, publicado en 1895. En la misma, el poder genuinamente «creador» e «inventivo» de la raza blanca se contrapone con la capacidad «mimética» y «copiadora» de la raza amarilla (dejando de lado a la raza negra, meramente capaz de obedecer y usufructuar):

> Un japonés puede muy bien lograr un título universitario o convertirse en abogado. Sin embargo, el tipo de barniz adquirido de ese modo es bastante superficial y no tiene influencia alguna en su constitución mental. Lo que la educación no puede darle, porque sólo se crea mediante la herencia, son las formas de pensamiento, de lógica y, sobre todo, el carácter de un hombre occidental.[153]

En atención a esos presupuestos doctrinales, la ideología del racismo sostiene como principio básico indudable la creencia de que la preservación de la civilización superior depende del mantenimiento de la pureza racial de la raza superior como grupo aislado y endogámico, a fin de mantener la tipología anatómica y la salud de la sangre en su estado óptimo. Por tanto, desde esta perspectiva, el mayor peligro para la civilización radica en la mezcla racial, en el mestizaje, puesto que conlleva la degeneración racial y cultural de la civilización superior al verse «contaminada» por las aportaciones de las razas inferiores: el híbrido de la mezla fértil entre dos individuos de raza diferente sería siempre, por las leyes de la herencia, un ser inferior a su progenitor racial superior.[154] Todavía en 1965, en pleno debate en Estados Unidos sobre los derechos civiles de los negros, un prestigioso psicólogo, el doctor Henry E. Garret, afirmaba con insólito aplomo:

> No pueden mezclarse las dos razas y mantenerse los estándares de la civilización blanca, de igual modo que no pueden sumarse 80 (el Coeficiente Intelectual promedio de los negros) y 100 (el CI promedio de los blancos), dividir por dos y

obtener 100. Surgiría una raza de 90, y es ese diez por ciento la clave de la diferencia entre un chapitel y una cabaña de barro; 10 por 100—o menos—es el margen de «beneficio» de la civilización, la diferencia entre una sociedad culta y el salvajismo. De aquí se sigue que si la mezcla de razas sería perjudicial para los blancos, sería también mala para los negros, porque si se derrumba el liderazgo, todo cae.[155]

Quizá sea necesario añadir que la doctrina racista no tiene el menor fundamento científico positivo (no ya ético o moral). Por supuesto, como toda ideología mítica, tiene un asomo aparente de verdad basado en dos hechos irrefutables. Por un lado, la innegable diversidad fenotípica (por apariencias visibles observables) de la especie humana: las diferencias de color y pigmentación de la piel, de tipo y textura de los cabellos, de forma de los ojos o la nariz, de estatura y medidas antropométricas, etc., que son hereditarias por lo menos en gran parte. Por otro lado, los distintos grados de evolución cultural de los miembros de la especie humana: el registro histórico del éxito tecnológico de las poblaciones «blancas» (caucasoides) en comparación con el menor éxito hasta tiempos recientes de las poblaciones «amarillas» (mongoloides) y aún más de las poblaciones «negras» (negroides). No en vano, el racismo es una ideología visual, ocular, que se basa en la percepción sensible de esas diferencias visibles y se categoriza en la generación de los correspondientes estereotipos y prejuicios de superioridad e inferioridad. Y su simplicidad y claridad perceptiva y explicativa es clave y crucial para su éxito y su circulación expansiva. No en vano, el «prejuicio» (como actitud adversa previa a la experiencia contrastada) fundamenta el consecuente «estereotipo» (en su calidad de neologismo del siglo XVI derivado del griego *stereòs* (rígido) y *tùpos* (impresión) para denotar los moldes de impresión para la reproducción de formas fijas de letras y signos ortográficos.) Los «estereotipos» socio-raciales constituyen, así pues, virtuales «marcos cognitivos» de interpretación, con sus imágenes fijas simplificadoras ya disponibles y capaces de activarse de inmediato para procesar la información social con mayor facilidad y celeridad, funcionando como verdaderos «atajos mentales» que reducen el esfuerzo cognitivo y permiten aprehender ilusoriamente la complejidad del mundo.[156]

Sin embargo, el desarrollo en las últimas décadas de la genética de poblaciones ha demostrado la vacuidad de las premisas científicas del racismo al destruir sus supuestas bases biológicas y al modificar el sentido del concepto tradicional de «raza». Esa disciplina bioquímica,

enormemente desarrollada en los últimos cincuenta años, ha estudiado el material hereditario radicado en los cromosomas (todo ser humano tiene 46 cromosomas que forman 23 pares), cada uno de los cuales consta de un largo filamento muy delgado de un compuesto llamado ADN (ácido desoxirribonucleico). El ADN está formado por una serie larguísima de elementos llamados «nucleótidos» que son de cuatro clases: A (adenina), C (citosina), G (guanina) y T (timina). Por tanto, el cromosoma es una especie de texto muy largo escrito con un alfabeto de cuatro letras y un segmento de este texto con una función biológica particular es lo que se llama «gen». El análisis comparativo de ese patrimonio genético de las poblaciones humanas actuales, sobre todo del ADN mitocondrial (las mitocondrias son orgánulos presentes en todas las células de los organismos superiores que se ocupan de la producción energética) ha deparado tres resultados trituradores de las pretensiones científicas racistas.[157]

En primer lugar, ha demostrado más allá de cualquier duda razonable que todas las poblaciones de seres humanos, sea cual sea su «raza», están emparentadas y comparten una misma genealogía. De hecho, el estado actual de los patrimonios genéticos humanos sólo puede comprenderse y explicarse sobre la base de un origen común próximo que se remonta a unos 150.000 años. Este origen único de todos los seres humanos desmiente la hipótesis poligenética de los racistas porque no corrobora la idea de que cada «raza» actual sea el resultado de una especie evolutiva distinta y diferente: la «blanca» la más evolucionada, la «negra» la menos evolucionada (hasta el punto de que el cruce de un blanco y un negro pudiera ser calificado de «mulato», remedo del «mulo» surgido por el cruce de un «caballo» y un «asno»). Además, ha demostrado igualmente que todos los seres humanos (los integrantes del «género *Homo*») pertenecen a una misma «especie» (*Sapiens*) y «subespecie» (*Sapiens Sapiens*), cuyas poblaciones pueden mezclarse sin restricciones de manera fértil y fecunda y lo han estado haciendo desde siempre y sin dificultades naturales. Se trata de todo un desmentido radical a la hipótesis racista del carácter antinatural y degenerativo de la mezcla racial, puesto que la naturaleza no sólo no sanciona sino que alienta el hecho de que las «razas» se crucen y procreen sin riesgos ni impedimentos biológicos.

El genetista Luigi Luca Cavalli-Sforza ha subrayado las consecuencias de este descubrimiento científico sobre la existencia de una «Eva africana», metáfora de la población femenina antecesora de toda la humanidad que vivió en África suroriental antes de que su

progenie se extendiera por todo el globo en migraciones sucesivas:

> Entre todas las poblaciones humanas la fecundidad es completa y sin limitaciones, lo que nos permite concluir no sólo que todos pertenecemos a la misma especie, sino también que la separación entre grupos humanos debe ser muy reciente, pues de lo contrario notaríamos una disminución de la fecundidad entre individuos de grupos distintos, es decir, el principio de la formación de especies distintas. (...) un modelo de grandes migraciones que, partiendo de África, llegaron primero a Australia, luego a Asia, luego a Europa y a América, está de acuerdo con estas distancias (genéticas), y también está de acuerdo con los datos arqueológicos.[158]

En segundo lugar, la genética de poblaciones ha demostrado que los caracteres visibles (fenotipos) utilizados tradicionalmente como «marcadores raciales» (color de piel, forma de ojos, tipo de cabello...) no coinciden con los caracteres ocultos (genotipos) cuya información encierra los secretos de la historia evolutiva de nuestra especie. De este modo, ningún indicador visible del físico de un individuo permite predecir su grupo sanguíneo y, viceversa, el conocimiento del grupo sanguíneo de un individuo no permite adscribirle a ningún grupo racial o étnico. Cavalli-Sforza ha recordado al respecto que «los caracteres somáticos» (fenotipos, visibles) característicos de una población reflejan básicamente «las condiciones ambientales que conocieron estas poblaciones en el período más reciente». Sin embargo, añade, «los genes que se prestan mejor al estudio de la evolución son los no sensibles a la selección natural», y por tanto, los caracteres somáticos no aluden necesariamente a las «relaciones genealógicas, que son las que nos interesan para reconstruir la evolución».[159]

En otras palabras: son los caracteres ocultos (genotípicos), no los visibles (fenotípicos), los únicos que permiten entender el proceso de raciación como proceso de diferenciación geográfica en varias poblaciones genéticas subordinadas, que difieren por la frecuencia de aparición de algunos genes del fondo común de la especie. El paradójico corolario antirracista de esta falta de correspondencia entre fenotipos y genotipos ha sido bien expresada por Alberto Hidalgo Tuñón:

> Como todo el mundo sabe hoy, la estatura de una población puede variar de una forma muy rápida (en dos o tres generaciones) por efecto combinado de la dieta, mejoras de vivienda con calefacción, etc. De manera que el aspecto físico de las poblaciones no nos informa sobre su parentesco histórico y genético, sino sólo acerca de ciertas similitudes artificiales, que en biología se llaman «convergencias». Un ejemplo notable de «convergencia» es la que se da entre las poblaciones de África central y de Papúa (Nueva Guinea, Oceanía), ambas de talla media-baja, piel oscura

y pelo crespo, indistinguibles a simple vista, pero cuyos patrimonios genéticos son de los más desemejantes del mundo, pues con certeza sus antepasados se separaron hace más de 60.000 años. No menos engañosas que las semejanzas son las diferencias físicas que se dan entre poblaciones con patrimonios genéticos muy semejantes, cuyos ancestros se han separado hace poco, pero se han instalado bajo climas muy diferentes. Es el caso de los escandinavos y los portugueses o de los amerindios del Canadá respecto a los zapotecos de México.[160]

La tercera enseñanza letalmente antirracista de la genética de poblaciones hace referencia al hecho de que esos «marcadores raciales» que eran las diferencias físicas visibles carecen de rigor para discriminar razas humanas porque constituyen meramente el producto de contingencias ambientales y varían en función de su localización geográfica, adaptación a factores climatológicos y procesos de selección natural, sexual o cultural. Dicho de otro modo: las variantes de color de la piel, tipo y textura del cabello, forma de los ojos y la nariz y otras medidas antropométricas sólo son indicadores de los espacios ecológicos frecuentados por los antepasados de las poblaciones humanas actuales. Nuevamente la reflexión fundamentada de Cavalli-Sforza resulta pertinente al respecto:

Esta clase de diferencias (fenotípicas) nos influyen mucho, porque saltan a la vista y son claras e indiscutibles. ¿A qué se deben? Lo sabemos: casi todas se deben a las diferencias climáticas que encontraron los hombres en su expansión por todo el mundo a partir de su región de origen, África. (...)

El color negro de la piel protege a los que viven cerca del Ecuador de las inflamaciones cutáneas causadas por los rayos ultravioletas de la radiación solar (que pueden causar también tumores malignos, como los epiteliomas). La alimentación casi exclusivamente a base de cereales de los europeos propicia el raquitismo, debido a la falta de vitamina D en estos alimentos. Pero los blancos la pueden producir en cantidad suficiente, a partir de los precursores contenidos en los cereales, porque su piel, con pocos pigmentos melánicos, permite el paso de los ultravioletas, que en los estratos subcutáneos transforman estos precursores en vitamina D.

La forma y el tamaño del cuerpo están adaptados a la temperatura y a la humedad. En los climas cálidos y húmedos, como en el de la selva tropical, conviene ser pequeño para aumentar la superficie con respecto al volumen. La evaporación del sudor, que refresca el cuerpo, tiene lugar en la superficie. En ciertos ambientes tropicales ser pequeño ayuda a tener menos calor en el interior del cuerpo al moverlo. De este modo se puede disminuir la posibilidad del recalentamiento, para evitar un golpe de calor. Por eso los habitantes de la selva tropical, y no sólo los pigmeos, son pequeños. El pelo crespo retiene el sudor y prolonga el efecto refrescante de la transpiración.

En cambio, la cara y el cuerpo mongólicos están conformados para proteger del frío, muy intenso en la parte de Asia donde viven estos pueblos. El cuerpo, sobre todo la cabeza, tienden a ser redondos, y el volumen del cuerpo es mayor. Todo esto disminuye la superficie en relación con el volumen corporal y reduce la pérdida de calor hacia el exterior. La nariz es pequeña—menos peligro de congelación—, así como sus orificios, de modo que el aire tarda más en llegar a los pulmones y le da

tiempo a humedecerse y calentarse. Los ojos se protegen con los párpados, que son verdaderas bolsas de grasa (proporcionan un aislamiento término excelente) y dejan una abertura muy fina, a través de la cual los orientales pueden ver mientras permanecen protegidos de los vientos helados del invierno siberiano.[161]

En conclusión, el desarrollo de la genética de poblaciones ha triturado el sueño racista de que las razas humanas constituyan tipos físicos compactos respecto de los cuales sus integrantes serían casi una mera copia hereditaria y predeterminada. Por el contrario, ha venido a demostrar que las razas sólo podrían considerarse como conjuntos difusos y fluidos de poblaciones mendelianas que pertenecen a la misma especie biológica y que sólo difieren entre sí por la frecuencia de aparición de algunas variantes genéticas del fondo común. Y, además, que como cualquier organismo vivo, el individuo humano es el producto único de la interacción entre los genes hereditarios y el medio ambiente de desarrollo. En palabras reveladoras de Hidalgo Tuñón:

Puesto que herencia y medio ambiente son procesualmente indisociables, la genética molecular usa una distinción crucial para tenerlos siempre presentes: el *fenotipo* del organismo, que es la suma de propiedades morfológicas, fisiológicas y conductuales, cuyo cambio y desarrollo se manifiesta continuamente, y el *genotipo* del organismo, que es el estado de sus genes y permanece invariable. El fenotipo específico que se desarrollará para cada genotipo como consecuencia de una cadena concreta de circunstancias ambientales ni está determinado de antemano en su *resultado* global, ni puede asegurarse que tenga un *límite* hasta el que pueda llegar.[162]

Estas precisiones conceptuales sobre las categorías de xenofobia, raza y racismo son absolutamente pertinentes a la hora de analizar el fenómeno del antisemitismo en la Europa contemporánea. Ante todo, porque permiten diferenciar claramente entre el racismo antijudío que surge en el siglo XIX y la xenofobia antijudía que se registra en la historia occidental desde la Antigüedad clásica. De hecho, el nuevo racismo antijudío decimonónico, que adopta sólo entonces el nombre de «Antisemitismo», desprecia y margina a los judíos por su condición de raza inferior e infecta. Por el contrario, la vieja hostilidad occidental contra los judíos se fundamentaba en la animadversión contra su religión y sus costumbres culturales y es propiamente un caso de xenofobia religioso-cultural. Por eso se denomina «Antijudaísmo» o «Judeofobia» y debe distinguirse claramente del posterior «Antisemitismo racial». Un breve repaso a la secuencia histórica de lo que a veces se ha llamado «el odio más antiguo» permite comprender esa diferencia cualitativa entre una y otra forma

xenofóbica aplicada al pueblo judío.

II

EL ANTIJUDAÍSMO DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

1. FUNDAMENTOS DEL ANTIJUDAÍSMO EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

El origen histórico del pueblo judío se remonta al principio del segundo milenio antes de Cristo. Fue entonces cuando un pastor semita natural de la región de Ur (en la baja Mesopotamia) rompió con las concepciones animistas y politeístas de sus predecesores y contemporáneos, abandonó su tierra en dirección a Canán (costa mediterránea de la actual Palestina-Israel) y se convirtió en el patriarca Abraham, primer servidor de Yavé (Jehová), único Dios creador de todas las cosas, omnisciente y omnipotente. La aparición de esta primera religión monoteísta y monolátrica supuso una verdadera y crucial revolución religiosa y cultural en la historia de la humanidad, que hasta entonces había conocido dos estados previos ahora definitivamente superados: la fase de las religiones primarias (animistas, naturalistas y zoomórficas: fundadas en démones, númenes y espíritus afincados en lugares o encarnados en animales) y la fase de las religiones secundarias (politeístas: basadas en una pluralidad de dioses particulares de cada pueblo que ostentaban algún poder o capacidad singular, como los dioses del panteón egipcio, del Olimpo griego o de la tríada capitolina romana).[163]

El pacto originario entre ese nuevo dios único, personal e inmaterial y su primer servidor humano se narra concisa y brevemente en el relato bíblico llamado libro del *Génesis*, donde la promesa de protección de Yavé/Jehová a su «Pueblo Elegido» y la aceptación de Abraham de su destino quedan ratificadas por la prueba física de la circuncisión de los herederos del patriarca. Se constituía así la nueva estirpe adoradora de un Dios único que era también universal, que imponía la monolatría más estricta, que demandaba al pueblo-testigo el activo proselitismo de la nueva fe hasta convertir a toda la humanidad y que, por eso mismo, eclipsaba y anulaba como inferiores y falsos a los seres animistas y a los dioses politeístas:

Dijo Yavé a Abraham:
«Salte de tu tierra,

De tu parentela,
De la casa de tu padre,
Para la tierra que yo te indicaré;
Yo haré un gran pueblo,
Te bendeciré y engrandeceré tu nombre, (...)
Y serán bendecidas en ti todas las familias de la tierra». (...)
«Este es mi pacto, que guardaréis entre mí y vosotros y entre la descendencia después de ti: circuncidad todo varón, circuncidad la carne de vuestro prepucio, y ésa será la señal de mi pacto entre mí y vosotros.»[164]

Los avatares históricos del nuevo pueblo monoteísta judío (originariamente llamado «hebreo», por la lengua semítica que hablaban) no fueron inicialmente muy felices y prometedores, dado el contexto de una época donde dominaban abrumadoramente las religiones politeístas.[165] Desde luego, no se trataba de un grupo biológico diferente (menos aún de una raza) dentro del conjunto de pueblos semíticos que habitaban aquel espacio histórico crucial conocido como el Creciente Fértil, en el que tuvo lugar la Revolución Neolítica y el inicio de las civilizaciones agrarias (Mesopotamia, Asia Menor y Egipto). Aquellos judíos de los primeros tiempos del patriarca y sus herederos, al igual que sus descendientes posteriores, no formaban ni formaron una nueva raza, ni compartían ni compartieron un rasgo genético o biológico identificable como «judío» y transmisible por herencia natural. Eran adeptos a una nueva religión monoteísta (creyentes en un solo Dios) y monolátrica (adoradores de un solo Dios que no podía representarse bajo forma humana), unidos por esa nueva fe religiosa en la que no se «nacía» sino que se adoptaba, abierta a la conversión de infieles, inclinada al proselitismo entre los contemporáneos, y generadora de unas prácticas y tradiciones culturales que sí son propia y perceptiblemente «judías».

Los descendientes de Abraham, con Isaac y luego Jacob (quien adoptó por voluntad de Yavé el nombre de Israel) a su frente, emigraron a las fértiles tierras de Egipto, se asentaron en el Delta del Nilo y sufrieron durante siglos las penas y alegrías que relata el texto bíblico en los cinco primeros libros denominados *Pentateuco* (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio). A tenor de dicha fuente y de la exégesis bíblica, hacia el siglo XIII a. C. los fieles a la religión hebrea (llamados también entonces israelitas) emprendieron el regreso a la «tierra prometida» de Canán (*Erez Israel*: «La Tierra de Israel»)

bajo el liderazgo de Moisés, que renovó en el monte Sinaí la alianza con Yavé al recibir personalmente la tabla de los «diez mandamientos». Poco después Moisés procedió a redactar los cinco libros sagrados mencionados, que constituyen la *Torá*, el conjunto de las enseñanzas divinas que deben seguir los fieles y que incluye sus peculiares normas y costumbres para el culto y la vida social. Entre estas prescripciones y reglas, símbolo externo de la confesión religiosa, están las prohibiciones dietéticas (la abstinencia del cerdo; la separación en las comidas de la carne y la leche), las leyes matrimoniales y hereditarias (como la obligación de casarse sólo con fieles y de circuncidar a la progenie para asegurar la continuidad de la fe), los ritos ceremoniales y litúrgicos (incluyendo el veto tajante a prestar honores o culto a otros dioses y la imposibilidad de representar a Yavé bajo formas humanas), la observancia del *Sabbath* (el descanso sabático en honor a Yavé por el séptimo día de la Creación), etc.

Instalados en Canán bajo la dirección de Josué, los israelitas acabarían por constituir su propio Estado unificado en los siglos XI y X a. C. de la mano de los reyes Saúl, David y Salomón, con Jerusalén como capital y sede del Templo a Yavé en el monte de Sión, donde se guardaban las tablas del Sinaí en el «Arca de la Alianza». Pero la efímera unidad no pudo soportar el peso de las tensiones internas: en el 931 a. C., tras la muerte de Salomón, el reino se dividió en dos partes enfrentadas: Israel, con capital en Samaria; y Judea, con capital en Jerusalén. Esas divisiones sólo lograron agudizar las crecientes presiones exteriores. En el año 587 a. C. el rey caldeo Nabucodonosor conquistó Jerusalén, destruyó aquel primer templo y desterró a los judíos (ahora llamados así con más frecuencia que israelitas o hebreos) obligándolos a asentarse en Babilonia. Esta *Primera Diáspora* (dispersión forzada de un grupo étnico o religioso) apenas duró medio siglo porque en el 539 a. C. los judíos fueron autorizados para regresar a Israel/Judea.[166] Desde entonces y hasta el 70 de nuestra era, la historia de los judíos se entretejió con el convulso devenir del Asia Menor y el Mediterráneo oriental e impidió la reconstitución de un reino unificado y autónomo como en tiempos pretéritos (aunque no impidió la construcción de un Segundo Templo en Jerusalén).

Primero bajo el imperio de Alejandro Magno, luego bajo las dinastías helenísticas de los Lágidas, los Tolomeos y los Seleúcidas, y más tarde bajo la tutela de Roma, el territorio judío fue dominado por conquistadores extranjeros o fraccionado entre Estados judíos hostiles o mal avenidos, con frecuentes conflictos bélicos muy violentos. Todo

ello favoreció una creciente migración de fieles (a veces voluntariamente, muchas otras forzada) hacia otras zonas mediterráneas del mundo clásico greco-romano: la *Segunda Diáspora*, más numerosa, importante y permanente que la anterior. Hacia el siglo III a. C. ese pueblo tenazmente monoteísta y disperso por todo el ámbito mediterráneo estaba compuesto por unos tres millones de personas (un millón de los cuales estaba afincado ya al oeste de Grecia).

Finalmente, en el año 70 después de Cristo, tras una última sublevación suicida contra el poder romano, la tierra de los judíos perdió toda autonomía, el Segundo Templo fue arrasado y el futuro emperador Tito constituyó en su lugar la provincia imperial de Palestina. Fue entonces cuando se produjo otra masiva dispersión de los judíos de Israel/Judea, que emigraron y se asentaron por todos los territorios del Imperio Romano (Italia, Egipto, Galia, Hispania) y sus zonas fronterizas (Arabia, Georgia, Crimea...). Y fue entonces cuando el culto judío dejó de tener lugar en el destruido templo para alojarse en las nuevas casas de oración llamadas *sinagogas* (lo que ya se había hecho con ocasión de la diáspora babilónica), al igual que los sacerdotes dejaron paso como guías espirituales de las dispersas comunidades de creyentes a los *rabinos* (estudiosos de la Torá y del *Talmud*: el registro escrito de la tradición oral explicativa de los ritos y ceremonias judíos codificado durante los primeros tiempos de las diásporas).[167]

Los primeros atisbos de una actitud especialmente hostil y adversa hacia los judíos aparecen registrados en la época helenística, una vez iniciada la segunda diáspora que generó centenares de comunidades judías emigradas en ciudades y regiones del ámbito mediterráneo oriental y central. Se trata de un «antijudaísmo» o «judeofobia» (en tanto que prevención negativa contra una religión y sus fieles) que parece tener su primer registro histórico en Egipto durante la época tolemaica. Para comprender su gestación y eclosión hay que recordar nuevamente las dos características básicas del pueblo judío en aquellos tiempos: 1°) su condición de pueblo emigrante emplazado como minoría cultural y religiosa muy visible dentro de otras sociedades anfitrionas; y 2°) su condición de pueblo de religión monoteísta y monolátrica, claramente distinta de las religiones politeístas, animistas y sincréticas dominantes en la época.

Las comunidades judías de la diáspora crearon colonias relativamente prósperas y compactas en aquellos lugares donde

obtuvieron permiso para asentarse o donde fueron enviadas forzadamente por las autoridades, básicamente las ciudades y puertos del Mediterráneo. Allí trataron de preservar su identidad cultural y religiosa en la medida de sus posibilidades: casándose entre los fieles, respetando sus normas dietéticas, circuncidando a su progenie, observando el *Sabbath*... Y allí procuraron especializarse en profesiones y ocupaciones accesibles para ellos con mayor facilidad (y de mayor provecho en caso de tener que volver a emigrar con mínimas pertenencias a cuestas): la práctica del comercio (local o de gran alcance, aprovechando sus contactos con otras comunidades hermanas de fe), el negocio de los préstamos (peligrosamente asociado a la usura), la medicina (arriesgadamente cercana a la magia), el conocimiento de las técnicas constructivas, la artesanía noble (de metales o piedras preciosas) u ordinaria (como la ebanistería y cantería), etc. Dicha especialización urbana y profesional fue suficiente para provocar una incipiente xenofobia contra los inmigrados, sobre todo cuando su éxito afectó a las posibilidades de los competidores nativos en esos oficios y actividades.

Sin embargo, el dato decisivo que acentuó la hostilidad contra ellos fue su peculiar religión. No en vano, el estricto monoteísmo y monolatría de los judíos era una innovación religiosa radical: no sólo negaba la existencia de otros dioses considerados ídolos falsos, sino que concebía a los judíos como «Pueblo Elegido» por la divinidad para lograr la conversión de la humanidad al culto de Yavé. Lo recordaba taxativamente la divinidad a través del profeta Isaías: «Antes de mí no fue formado dios alguno, ninguno habrá después de mí. Yo, yo soy Yavé, fuera de mí no hay salvador. (...) Yo soy el primero y el último y no hay otro Dios fuera de mí».[168] El consiguiente «exclusivismo» religioso (el sentido de orgullo y superioridad moral derivado del monoteísmo) y la práctica de un activo proselitismo fueron los factores que provocaron la mayor hostilidad de los fieles de otras religiones contra los judíos. Como ha escrito recientemente Ronnie S. Landau:

Su radical monoteísmo, la creencia en un dios único, omnipotente y espiritual (el principal legado del judaísmo bíblico a la civilización occidental) estaba en radical oposición con el politeísmo del resto del mundo por aquel entonces (y más tarde). Algunos estudiosos del Holocausto consideran que el origen del antisemitismo radica en la fuerza de este desafío que el judaísmo plantea desde sus inicios. El dios de los hebreos no era, como el de los otros, hecho a imagen de los humanos y sometido a los mismos apetitos de alimento, sexo y poder. Por el contrario, en la teología judaica los humanos estaban hechos a imagen de Dios y alcanzaban su mayor

elevación cuando, en prueba de veneración y temor hacia el ser que les había creado, demostraban su amor, moderación, justicia y compasión, destellos de la propia divinidad.[169]

El propio relato bíblico recoge en el libro de *Ester* el perfil y motivos de este incipiente antijudaísmo y judeofobia que tenía por origen esa radical declaración de monoteísmo tan contraria al sincretismo y tolerancia politeísta dominante en la época. En el mismo se relata el peligro de exterminio que corrió el pueblo elegido durante el reinado en Persia de Jerjés (Asuero en el relato bíblico), en el siglo V a. C. En esencia, Amán, el ministro del rey y nativo de un pueblo enemistado con los hebreos, consiguió del monarca un decreto que imponía la muerte a todos los fieles de la religión judía. Pero Ester, la mujer de Asuero, de ascendencia judía oculta, consiguió con la ayuda de Yavé atajar la medida, castigar con la muerte a Amán y a sus colaboradores y elevar al cargo de ministro a su tío y tutor, Mardoqueo. Lo más interesante del relato desde el punto de vista histórico es el discurso que Amán pronuncia ante Asuero para justificar la matanza:

Hay en todas las provincias de tu reino un pueblo disperso y separado de todos los otros pueblos, que tiene leyes diferentes de las de todos los otros y no guarda las leyes del rey. No conviene a los intereses del rey dejarlos en paz. Si al rey le parece bien, escríbase orden de exterminarlos y yo pesaré diez mil talentos de plata en manos de los superintendentes de la hacienda para que se ingresen en el tesoro real.[170]

En Egipto, donde la comunidad judía en época helenística llegó a ser el 10% de la población del país, fue donde por primera vez cristalizó el antijudaísmo como verdadera judeofobia. Y probablemente de las filas de los sacerdotes egipcios surgieron las primeras denuncias y estereotipos que tendrían un amplísimo curso en la historia. De hecho, en el siglo III a. C., el sacerdote helipolitano Manetho (o Manetón), afamado codificador de las dinastías faraónicas, también fue el autor de una revisión de la historia del éxodo bíblico de los tiempos mosaicos que atribuía la marcha de los hebreos a una expulsión por parte del faraón para salvaguardar la salud de los habitantes de Egipto: los hebreos habrían sido un peligroso pueblo de leprosos, una enfermedad temida y odiada, considerada hereditaria, que acarreaba la humillación y segregación total de sus portadores.[171] Aparte de ese estigma de constituir el vector de una degradante enfermedad epidémica y supuestamente hereditaria, la publicística antijudía en Egipto acusaba a los hebreos de ser culpables de insociabilidad,

exclusivismo, soberbia y falta de apego a la tierra de acogida (tema del supuesto «judío errante», siempre extranjero en el lugar en el que vive). No en vano, se negaban a sacrificar ofrendas en sus altares (ni siquiera mediante el sincretismo de asociar a su dios con alguna otra deidad nativa) y, en privado, se burlaban de los dioses zoomórficos egipcios y los consideraban ídolos risibles y falsos. Además, observaban prohibiciones dietéticas extrañas y practicaban ritos distintos a los de los demás pueblos conocidos (particularmente la circuncisión y el Sabbath). Finalmente, se les acusó incluso de practicar el deicidio (el asesinato de un dios), dado que uno de sus ritos principales (la Pascua) exigía el sacrificio de un carnero vivo, precisamente el animal sagrado del dios Amón, la principal deidad del panteón egipcio.

En ese contexto, puede comprenderse que fuera Alejandría, la ciudad mediterránea con mayor presencia de judíos (en torno a cien mil, quizá el 40 por ciento de su población), uno de los primeros escenarios de incidentes violentos antijudaicos. En el año 38 de nuestra era, siendo emperador Calígula, los judíos alejandrinos sufrieron lo que podría calificarse como un letal pogromo.[172] Es muy probable que tuviera como motivo principal el fuerte resentimiento de los egipcios hacia la dominación foránea y que los judíos sólo fueran el chivo expiatorio y cabeza de turco sobre la que descargar la ira acumulada: se les consideraba beneficiarios de ese poder usurpador por su buena posición económica y su especial condición social (los Tolomeos les habían otorgado el cargo de recaudadores de impuestos, atrayendo el odio popular hacia ellos; en tanto que Julio César les había eximido de practicar cultos cívicos contrarios a su religión). La agitación que precedió a esa matanza de miles de hebreos fue bien preparada por un influyente autor, Apión de Alejandría, cuyo *Tratado contra los judíos* recogió y difundió toda la tópica judeofóbica entonces existente. De hecho, esta publicística demagógica y simplista sistematizaba las viejas acusaciones de soberbia exclusivista y las combinaba con novedosas calumnias llamadas a tener un insólito éxito y continuidad:

> Los principios del judaísmo obligan a odiar al resto de la humanidad. Una vez por año toman un no-judío, lo asesinan y prueban de sus entrañas, jurándose durante la comida que odiarán a la nación de la que provenía la víctima. En el Sancta Santorum del Templo Sagrado de Jerusalén hay una cabeza de asno dorado que los judíos idolatran. El Sabbath se originó porque una dolencia pélvica que los judíos contrajeron al huir de Egipto los obligaba a descansar el séptimo día.[173]

El Egipto helenístico y romano fue así la cuna del «odio más antiguo» registrado en la historia, en palabras certeras de Robert S. Wistrich.[174] No en vano, la tópica judeofóbica cristalizada entonces sobre las comunidades judías de la diáspora mediterránea se convirtió en un fenómeno duradero, profundo y persistente: un verdadero y polivante arsenal de argumentos y acusaciones contra los judíos. Y esa misma extraordinaria continuidad a lo largo del tiempo, desde la época helenística hasta prácticamente nuestros días, ha sido un factor decisivo de su propio éxito, de su permanente renovación y repetición discursiva e iconográfica, de su carácter proteico, adaptable y acomodable a muy cambiantes circunstancias y coyunturas históricas. Como ha subrayado al respecto Gustavo Daniel Perednik: «Problablemente no haya odio más antiguo, más generalizado, más permanente, profundo, obsesivo, peligroso, quimérico y fácil que la judeofobia».[175]

Efectivamente, los motivos antijudaicos egipcios fueron recogidos, divulgados y apenas modificados por autores griegos y romanos de la Antigüedad clásica. Y así se materializó un antijudaísmo definido básicamente por la hostilidad al orgullo religioso judío (el «exclusivismo soberbio» de sus detractores) y a sus peculiares costumbres culturales (especialmente, la práctica de la circuncisión y la observancia del Sabbath). En el caso de los romanos de época imperial, a esas críticas también se les añadió la censura a los judíos por su negativa radical a ofrecer sacrificios a la tríada capitolina y a los emperadores divinizados. Sin olvidar el hecho de que el judaísmo, como religión proselitista y abierta a la conversión potencial de toda la humanidad, tuvo un gran éxito en el marco religioso de la Antigüedad y llegó a conformar una masa de fieles muy extensa (probablemente unos 10 millones en el inicio de la era cristiana). Lo que no dejaba de acrecentar el recelo reactivo ante la misma, como ha recordado acertadamente Robert S. Wistrich:

> El antisemitismo vulgar e intelectual del mundo helenístico siempre pudo apoyarse en el hecho de que ninguna otra nación aparte de los judíos rehusaba tan tenazmente reconocer a los dioses de sus vecinos, tomar parte en sus sacrificios y llevar ofrendas a sus templos, menos aún comer, beber o casarse con ellos. Como si se quisiera agravar la ofensa, estos «enemigos de la humanidad» reclamaban la superioridad sobre el resto de los mortales en la esfera religiosa y estaban embarcados en una amplia y bastante fructífera campaña de proselitismo. Al igual que mucho del antisemitismo romano que se desarrolló en el siglo I de nuestra era, la literatura antijudaica greco-egipcia, representada por autores como Apión, (...) era

en gran parte una reacción contra esta intensa campaña de conversiones judías. [176]

A título ilustrativo, cabe recordar que gran parte de los escritores y pensadores del mundo romano demostraron una latente o patente hostilidad hacia esa fe religiosa extraña y tan opuesta a la mentalidad pagana politeísta dominante. Políticos como Cicerón o los emperadores Tiberio, Claudio y Adriano, filósofos y escritores como Séneca y Plinio, literatos como Juvenal y Horacio, geógrafos como Estrabón, repitieron o afinaron algunos de los estereotipos negativos sobre los judíos con distinto grado de hostilidad y animadversión. Quizá el más reputado caso fue el del historiador Cornelio Tácito (circa 55-120 d. C), que en el libro V de sus *Historias* (crónica de los emperadores Flavios) escribe párrafos muy duros contra la presencia notable de judíos (originarios de Israel o latinos convertidos) en el Imperio y su peligro de subversión de las antiguas costumbres y creencias romanas paganas:

En efecto, las peores gentes, despreciando las religiones de sus padres, amontonaban allí (en la sinagoga) tributos y donativos, con lo que se engrandeció el poder de los judíos; también porque entre ellos practican una lealtad inquebrantable y una misericordia siempre pronta, y en cambio sienten un odio hostil hacia todos los demás. En los banquetes se sientan separados, y también tienen aparte sus dormitorios. Aunque son hombres muy proclives a las pasiones, se abstienen de trato carnal con las extranjeras; entre ellos nada es ilícito. Tienen prescrita la circuncisión de los genitales para reconocerse por esa diferencia. Los que se han convertido a sus costumbres siguen la misma práctica. Nada se les inculca antes que el desprecio a los dioses, el desamor a la patria y el tener a padres, hijos y hermanos por cosa sin valor. (...) Tienen por impíos a quienes fabriquen imágenes de dioses con materiales perecederos y con apariencia de hombres; aquel ser supremo y eterno suyo no es imitable ni puede perecer. En consecuencia, no hay en sus ciudades estatua alguna, ni tampoco las ponen en sus templos. Esa clase de adulación no la practican con los reyes, ni rinden tal honor a los Césares. (...) los usos de los judíos son grotescos y sórdidos.[177]

2. EL ANTIJUDAÍSMO DE RAIGAMBRE RELIGIOSA CRISTIANA

La animosidad antijudía del mundo clásico de la Antigüedad constituyó un sustrato fértil que nutrió y abasteció (transformándose en el proceso) la creciente judeofobia de la Iglesia Cristiana a partir del siglo I de nuestra era y prácticamente hasta bien avanzada la época contemporánea. Es un fenómeno comprensible y explicable: la Iglesia es hija de la Sinagoga y está unida a ella por lazos históricos y teológicos tan indisolubles como problemáticos. No en vano, el cristianismo surgió inicialmente como una secta del judaísmo: sus primeros protagonistas eran judíos (empezando por Jesucristo, la Virgen y San José), al igual que sus primeros seguidores (los doce apóstoles) y sus primeros lugares de predicación y culto (el Templo de Jerusalén, las sinagogas y la tierra de Israel). Sin embargo, esa genealogía no fue motivo de fraternidad porque la Iglesia de Cristo quedó irremediablemente enfrentada a la religión judía desde el principio y sin posibilidad de enmienda.

El núcleo de ese enfrentamiento acerbo y crucial era la naturaleza, divina o humana, del propio Jesús de Nazareth, el eje teológico de la cristología (siendo *Khristos* la traducción griega del hebreo *Mashiaj*, el Mesías, el ungido de Dios).[178] Para los cristianos, era evidente e innegable que Jesús era «el Cristo», el Mesías, el Hijo de Dios hecho carne, cuyo sacrificio y muerte en la cruz había cerrado la Antigua Alianza y había dado comienzo a la universalización del mensaje salvífico con la Iglesia como agente sucesor y transmisor. Para los judíos que permanecieron en la ortodoxia, esa doctrina era una burda herejía contraria a la tradición mosaica y Jesús de Nazareth era un mero impostor y falsario, no el Mesías prometido por Yavé que habría de llegar para salvar al mundo al final de los tiempos. La incompatibilidad doctrinal era, pues, total y la conexión genealógica entre ambas religiones sólo acentuaba sus diferencias. Para los cristianos, auto-concebidos como herederos de la tradición judía y de sus Sagradas Escrituras, la negativa a reconocer al Mesías y la Nueva Alianza era tan desconcertante como incomprensible excepto por razones de maldad cuasi diabólica. Para los judíos, apegados a su

tradición inmemorial, la nueva herejía quebraba los tres preceptos de su fe sin motivo ni razón alguna: las leyes bíblicas, la visión de un único Dios trascendente e incorpóreo y la espera en el Mesías del final de los tiempos. En ese contexto, la lucha entre la Iglesia y la Sinagoga adquirió el dramatismo fratricida de una secta rebelde que emergía de la matriz del judaísmo para definirse a sí misma frente y contra la religión materna de la que abjuraba.[179]

El libro de los *Hechos de los Apóstoles*, integrado en el Nuevo Testamento de la Biblia cristiana, recoge la intensidad de ese conflicto teológico y cristológico que habría de resultar vital para la historia religiosa de la humanidad y para la fractura entre el judaísmo y el cristianismo. El relato de las prédicas de San Pablo por Tesalónica, Atenas y Corinto refleja sin ambages la dureza del debate entre judíos conversos a la nueva fe y judíos contrarios a la innovación. No en vano San Pablo, como judío que aún era y se consideraba (por tanto, albergado por hermanos de fe), predicaba en las sinagogas de ésas y otras ciudades la buena nueva con éxito relativo. Hasta que en Corinto optó por desistir del esfuerzo de lograr la conversión de los judíos y emprendió la senda de la evangelización universal:

> Después de esto, Pablo se retiró de Atenas y vino a Corinto. Allí encontró a un judío llamado Aquila, originario del Ponto, recientemente llegado de Italia con Priscila, su mujer, a causa del decreto de Claudio que ordenaba salir de Roma a todos los judíos. Pablo se unió ellos y como era del mismo oficio que ellos se quedó en su casa y trabajaban juntos, pues eran ambos fabricantes de lonas. Los sábados disputaban en la sinagoga, persuadiendo a los judíos y a los griegos. Mas luego que llegaron de Macedonia Silas y Timoteo, se dio del todo a la predicación de la Palabra, testificando a los judíos que Jesús era el Mesías. Como éstos le resistían y blasfemaban, sacudiendo sus vestiduras, les dijo: *Caiga vuestra sangre sobre vuestras cabezas; limpio soy yo de ella. Desde ahora me dirigiré a los gentiles.* Y salió, yéndose a la casa de un prosélito de nombre Ticio Justo, que vivía junto a la sinagoga.[180]

La respuesta judía a lo que consideraban una afrenta herética cristiana no se privó de manifestar su furia condenatoria, por supuesto. A título de ejemplo, Rabí Tarfón, uno de los grandes maestros del siglo I de nuestra era, cuyas enseñanzas entraron a formar parte de la tradición talmúdica, consideraba al cristianismo el peor enemigo del judaísmo, a gran distancia de la propia idolatría pagana: «Los Evangelios deben ser quemados ya que el paganismo es menos peligroso para la fe judaica que las sectas judeocristianas. Preferiría buscar refugio en un templo pagano que en una asamblea judeocristiana».[181]

El intenso conflicto entre la nueva Iglesia y la antigua Sinagoga se extendió desde el siglo I hasta el siglo IV, cuando la conversión del

emperador Constantino al cristianismo hizo de éste una religión oficial del Estado romano y determinó la derrota del judaísmo y la práctica proscripción de su derecho a captar prosélitos y practicar libremente sus ritos ceremoniales.[182] A partir de entonces, los tópicos habituales (culturales) de la tradición del antijudaísmo clásico se vieron enormemente reforzados y agudizados por nuevos motivos teológicos mucho más transcendentales. Incluso cabría apuntar que la judeofobia precedente pagana, de raíz socio-cultural, poco organizada y asistemática, recibió una santificación religiosa de enorme calado y trascendencia.[183] Si el pagano había sido judeófobo por razones de repugnancia cultural (hacia la circuncisión, las normas dietéticas o la práctica del Sabbath), los cristianos serían judeófobos por razones teológicas de «odio sagrado». Si para los paganos el judío había sido un antisocial enemigo del hombre, para los cristianos devendría también un virtual enemigo de Dios.[184]

Según las fuentes novotestamentarias y los escritos de los Padres de la Iglesia, el principal crimen religioso de los judíos no conversos radicaba en su pecado de deicidio: en su responsabilidad en el asesinato de Cristo. Eran, por eso mismo, el «Pueblo del Error» y de la falsedad, porque a pesar de haber sido el pueblo elegido por Dios para recibir su promesa, ignoraron al Mesías y lo asesinaron, convirtiéndose en siervos de Satán. La versión canónica del Nuevo Testamento recoge ampliamente esta culpabilidad colectiva judía que se transmitía hereditariamente entre su progenie. No en vano, el propio Cristo antes de su muerte habría reprochado a los judíos su falta de respuesta a su predicación salvífica:

> Díjoles Jesús (a los judíos): si Dios fuera vuestro padre, me amaríais a mí; porque yo he salido y vengo de Dios, pues yo no he venido de mí mismo, antes es Él quien me ha enviado. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oir mi palabra. *Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre*. Él es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él. Cuando habla la mentira, habla de lo suyo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, porque os digo la verdad, no me creéis.[185]

Y el relato evangélico sobre la prisión y condena de Jesús reiteraba esa maldad de los fieles judíos que no apreciaron la divinidad de Cristo y exigieron su muerte y crucifixión con tenacidad y violencia, aún al precio de salvar la vida a un delincuente criminal como era Barrabás. Así lo recuerda San Mateo con detalle:

Tomando la palabra el procurador (Poncio Pilato), les dijo: ¿A quién de los dos queréis que os dé por libre? Ellos respondieron: A Barrabás. Díjoles Pilato: Entonces, ¿qué queréis que haga con Jesús, el llamado Mesías? Todos dijeron: ¡Crucifíquenle! Dijo el procurador: ¿Y qué mal ha hecho? Ellos gritaron más, diciendo: ¡Crucifíquenle! Viendo, pues, Pilato que nada conseguía, sino que el tumulto crecía cada vez más, tomó agua y se lavó las manos delante de la muchedumbre, diciendo: Yo soy inocente de esta sangre; vosotros veáis. Y todo el pueblo contestó diciendo: *Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos*. Entonces soltó a Barrabás; y a Jesús, después de haberle hecho azotar, se lo entregó para que le crucificaran.[186]

Dentro de los numerosos escritos de la patrística sobre el tema *Adversos Judaeos*, sobresale por su virulencia condenatoria San Juan Crisóstomo («boca de oro»), que vivió entre los años 347 y 404, cuando se oficializó el triunfo del cristianismo como religión oficial, y llegó a ser patriarca de Constantinopla, la nueva capital oriental del Imperio. En sus homilías, con una coherencia tan implacable como cerril, San Juan Crisóstomo no dejaría de azotar a los judíos por su condición de apóstatas impenitentes que habían traicionado su papel de pueblo elegido para recibir al Mesías y se habían vendido al diablo:

La sinagoga no sólo es un burdel y un teatro, es también una cueva de ladrones y un antro de bestias salvajes. (...) Si los judíos no han reconocido al Padre, si han crucificado al Hijo y si rechazan la gracia del Espíritu Santo, ¿quién no tendrá el valor de declarar que la sinagoga es la morada del diablo? Allí no se adora a Dios. ¡Lejos de ello! Se ha convertido en templo de idolatría. (...)

De hecho, la sinagoga merece menos respeto que cualquier taberna. No sólo es la cueva de ladrones y de tramposos sino que es el antro de los demonios. Esto es verdad no sólo de la sinagoga sino también del alma de los judíos. (...)

Si las ceremonias judías son venerables y sagradas, las nuestras deben ser falsas. Pero si las nuestras son verdaderas, y lo son en verdad, las suyas son fraudulentas. No hablo de las Sagradas Escrituras. ¡Dios no lo permita! Pues las Sagradas Escrituras nos conducen a Cristo. Hablo de la impiedad y de la locura actual de los judíos. En verdad ha llegado el momento de demostrar que los demonios moran en la sinagoga y no sólo en ese lugar sino también en el alma de los judíos. (...) ¿Debo recordaros su afán de pillaje, su codicia, su desprecio de los pobres, sus hurtos, sus fraudes en el comercio? (...)

La diferencia entre los judíos y nosotros no es pequeña. (...) Crucificaron al Cristo que adoramos como Hijo de Dios. ¿No véis cuán grande la diferencia es? (...)

Vosotros, judíos, asesinásteis a Cristo, levantásteis con violencia vuestra mano contra el Señor, vosotros derramásteis su preciosa sangre. Por eso no tenéis posibilidad de arrepentimento, excusa o defensa. En tiempos antiguos vuestros actos impíos se dirigieron contra sus siervos, contra Moisés, Isaías y Jeremías. Aunque había impiedad en vuestros actos, todavía vuestra osadía no había llegado a coronar el crimen. Pero ahora habéis relegado a la sombra los pecados de vuestros padres. Vuestra cólera criminal contra Cristo, el Hijo de Dios, es un pecado que no admite superación. Por eso la pena que estáis pagando ahora es mayor que la que pagaron vuestros padres.[187]

Eran casi textualmente las mismas acusaciones que lanzaba casi

contemporáneamente en Milán su patriarca, San Ambrosio (340-397), que denunciaba a la sinagoga como «lugar de perfidia, casa de impiedad, receptáculo de la locura». Corría el año 388 y San Ambrosio se expresaba así para justificar el asalto de fieles cristianos a la sinagoga judía de Calínico (pequeña urbe a orillas del Éufrates), consiguiendo además que el emperador Teodosio I el Grande aceptara la inmunidad de los atacantes y la prohibición de reconstruir la sinagoga destruida.[188] Apenas pocas décadas después, otro Padre de la Iglesia, San Agustín de Hipona (354-430), reforzaría esa condena teológica en su tratado *Contra Judaeos* con una nueva justificación apoyada en las propias escrituras sagradas de los judíos recogidas en el Antiguo Testamento. A tenor de la misma, la Sinagoga apóstata y la Iglesia universal estaban pre-figuradas en la historia de Isaac y su descendencia con Rebeca. No en vano, Yavé ya había advertido lo que pasaría con los dos hijos de Rebeca, el mayor, Esaú (la Sinagoga) y el menor, Jacob (la Iglesia):

> Dos pueblos llevas en tu seno.
> Dos pueblos que al salir de tus entrañas se separarán.
> Una nación prevalecerá sobre la otra nación.
> Y el mayor servirá al menor.[189]

De este modo, la victoria de la Iglesia sobre la Sinagoga en la última fase de existencia del Imperio romano, supuso la condena teológica del judaísmo y significó la marginación social de sus fieles, que pasaron a convertirse en auténticos «parias» de la sociedad, en una suerte de «leprosos» aborrecidos y despreciados, sólo aptos para ocupaciones y actividades humillantes y degradantes. El resultado de esa marginación (y de las conversiones, forzadas más que voluntarias) fue un declive demográfico de los efectivos de la judería europea muy notable y persistente durante toda la Edad Media: a su término en el siglo XV sólo residían en Europa poco más de 300.000 judíos (un pueblo de no más de un millón en todo el mundo, básicamente asentado en el Oriente Medio).[190]

La representación figurativa e iconográfica de la Sinagoga en las artes cristianas medievales recoge fielmente este proceso de subordinación forzada y humillante que hizo de los judíos una verdadera «anomalía social» en el seno de la Cristiandad. Así lo atestiguan, a título ilustrativo, las vidrieras de la catedral de Bourges, las esculturas de la portada de la catedral de Chartres o las páginas miniadas de muchos códices como el *Hortus deliciarum* de Herrad de

Landsberg. En todos ellos, la Sinagoga es una doncella que aparece con la corona a punto de caerse, con una venda en los ojos que le impide ver la verdad y con un cetro roto, al contrario que la doncella que simboliza la Iglesia de Cristo, con sus atributos reales en su lugar y con los ojos abiertos porque ha visto la verdadera luz. Otras veces la Sinagoga se encarna en una doncella igualmente vendada o ciega que cabalga a lomos de un mulo, símbolo de su terquedad y obstinación, cuando no es la reactualización del bíblico personaje de la mujer de Putifar, adúltera, peligrosa y falsa.[191]

Siguiendo las indicaciones de los Padres de la Iglesia, se toleró la presencia de los judíos dentro de la Cristiandad porque eran testigos del deicidio y sus penas del presente eran la justa retribución por su culpabilidad pasada. Y también porque la Iglesia nunca perdió la esperanza (ni dejó de propiciarla) de la conversión de todos o parte de esos fieles de la religión mosaica, convencida de que el sacramento del bautismo simbolizaría el renacer espiritual de los conversos y haría irrelevante la marca de la circuncisión. Pero a pesar de ello y mientras se producía la conversión por la gracia del bautismo, se les impuso severas inhabilitaciones sociales, culturales y políticas, como correspondía al mandato bíblico que condenaba al hijo mayor, Esaú, a ser el siervo de su hermano menor, Jacob. Entre ellas, la prohibición estricta de hacer proselitismo entre la población cristiana, de acceder a oficios públicos, de celebrar sus ritos y ceremonias fuera de lugares acotados, de comprar o poseer propiedades agrarias y tener como servidores a cristianos, etc. Esas mismas prohibiciones e inhabilitaciones fueron empujando a los judíos a su tradicional especialización ocupacional y urbana, centrada en el comercio de corta y larga distancia, en la práctica del préstamo (condenado por la Iglesia como usura), de la medicina y las artes farmacéuticas (consideradas casi una forma de magia), del artesanado refinado (trabajos de filigrana, de tallado de piedras preciosas...). Y esa misma especialización les hizo objeto de sospechas y resentimiento por parte del común de la población cristiana, mayormente campesina y rural, reforzando el fortísimo antijudaísmo religioso con motivos económicos más primarios y perentorios.

Por otra parte, la denuncia pública y la marginación institucional fueron convirtiéndoles en culpables potenciales de todos los males sobrevenidos y en víctimas propiciatorias para el castigo en coyunturas de tensión social: una suerte de monstruo casi satánico que practicaba una religión diferente e irritante. De hecho, a lo largo de

toda la Edad Media, la situación de los judíos fue empeorando progresivamente a medida que la Cristiandad se afianzaba en Europa tras la descomposición del Imperio romano y la formación de los estados bárbaros sucesorios. Y ese empeoramiento fue acentuado por el grave desafío que supuso, desde el siglo VII, la aparición del Islam y su rápida y violenta expansión por Asia Menor y el norte de África, arrebatando esos espacios ya para siempre al ámbito cultural romano-cristiano. Durante esos siglos medievales, la acosada y vulnerable comunidad judía fue dividiéndose en dos grandes ramas progresivamente diferenciadas en sus costumbres, liturgias y hasta idioma vernáculo (aparte del hebreo, lengua de culto religioso): los sefarditas y los askenazis. Los primeros, pobladores de la Península Ibérica y territorios circundantes occidentales europeos (Norte de África incluida), tuvieron como centros culturales y religiosos las ciudades de los reinos hispánicos y desarrollaron un idioma latino llamado el sefardí. Los segundos, dispersos por Europa central y oriental, se fueron concentrando en las grandes llanuras germano-polacas y rusas y desarrollaron un idioma germánico denominado *yiddish*.

El deterioro de la posición social y jurídica de los judíos en la Europa medieval cristiana puede seguirse a través del catálogo de medidas que fueron implantándose para reducir sus efectivos y limitar su presencia. Durante los siglos de la Alta Edad Media (del V al X), la situación fue relativamente tranquila y las medidas no incluían actos de violencia mortal generalizada contra la comunidad: imposición de conversiones colectivas más o menos forzosas (en España, el rey Sisebuto ordenó en el 613 el bautismo de todos los judíos del reino visigodo so pena de expulsión); deterioro de sus estatutos jurídicos en el seno de los reinos cristianos (en este mismo país, el rey Recesvinto decretaría en el 633 la obligación para los judíos de acudir a juicio en sábado y la nulidad de las sentencias rabínicas para la comunidad de creyentes).[192] Sin embargo, a partir del siglo XI y durante toda la Plena y Baja Edad Media, con la renovación del empuje de la Cristiandad frente a la amenaza islámica (convertida en «el turco»), la situación empezó a agravarse muy seriamente en Europa central y occidental, al compás de una radicalización de la política cristiana hacia las comunidades judías. El contexto histórico tardomedieval favoreció ese proceso porque la potente expansión urbana, diversificación social y auge de la economía monetaria de esos siglos acentuaron la visibilidad del judío en el seno de la sociedad cristiana.

El hito decisivo de esa nueva coyuntura tuvo lugar el año emblemático de 1096, fecha de inicio de la Primera Cruzada.

Con ocasión de esa novedosa campaña militar, al grito de *Deus Vult* («Dios lo quiere») dictado por el pontífice Urbano II, los caballeros y fieles que partieron de Clermont-Ferrand hacia Tierra Santa para liberar Jerusalén de los musulmanes ajustaron sus cuentas con las comunidades judías que encontraron a su paso por Francia, Alemania, Bohemia y hasta llegar a la ciudad sagrada de la Biblia. La justificación moral y teológica de esta inédita forma de «guerra santa» fue proporcionada por varios religiosos de las nuevas órdenes creadas al compás del renacimiento occidental, como haría el abad Pedro de Cluny para la Segunda Cruzada (1146):

> ¿Para qué emprender viaje al fin del mundo, con cuantiosa pérdida de hombres y de dinero, para combatir a los sarracenos, si mientras tanto permitimos que vivan entre nosotros otros infieles que son mil veces más culpables hacia Cristo que los mahometanos?[193]

En el año 1096, la población judía en Europa no alcanzaba el medio millón de personas, con toda probabilidad. En total, una cifra cercana a los 3.000 fieles, hombres, mujeres, ancianos y niños, perdieron la vida en los violentos asaltos a las juderías cometidos por los cruzados en Rouen, Ratisbona, Tréveris, Maguncia, Worms, Praga y Jerusalén (donde Godofredo de Bouillon hizo prender fuego a la sinagoga repleta de fieles).[194] La actitud de la jerarquía eclesiástica estuvo a tono con el fervor combativo de aquella Iglesia militante que utilizaba la espada y la cruz para someter a sus enemigos. Así se expresó el obispo de Maguncia ante el rabino de la comunidad judía de su ciudad que pedía protección y amparo ante la llegada de los cruzados:

> No puedo salvaros, porque Dios os ha abandonado y no desea que queden huellas ni rastro de vosotros. Ya no tengo poder para rescataros o ayudaros en el futuro. Desde ahora tendréis que decidir entre creer en nuestra fe o sufrir las consecuencias de la maldad de vuestros antepasados.[195]

La matanza de Maguncia en mayo de 1096 fue «el primer homicido masivo de judíos dentro de Europa sancionado por la Iglesia» y cosechó más de mil víctimas mortales: «hombres, mujeres y niños fueron asesinados y la mayor parte de la ciudad fue incendiada».[196] La crónica testimonial de Salomón bar Simón sobre lo sucedido en la ciudad permite atisbar la crueldad de la operación contra una comunidad indefensa y la angustia generada por aquellas dramáticas

jornadas que quedaron grabadas a fuego en la memoria judía posterior: «¿Por qué los cielos no se oscurecieron y las estrellas apagaron su fulgor? ¿Por qué el sol y la luna no cejaron de brillar?». [197]

Las matanzas de 1096 fueron los peores pogromos sufridos por la judería europea desde la Antigüedad y sirvieron como hito e indicador del endurecimiento de la posición cristiana hacia esa comunidad de irredentos fieles a una religión proscrita y asediada. De hecho, a partir de entonces y hasta el siglo XV, la tradicional animosidad contra los judíos de raíz cultural y religiosa se vería enormemente reforzada por el surgimiento de nuevos motivos de denuncia e inculpación hacia los hebreos cada vez más nocivos y potencialmente letales.

Quizá la primera novedad bajomedieval en el largo y viejo repertorio de rasgos negativos atribuidos a los judíos fue el llamado «libelo de la sangre»: la acusación de practicar asesinatos rituales de cristianos (niños preferentemente) durante la celebración de la Pascua para obtener sangre y recordar así el asesinato de Cristo. La primera acusación de ese tipo, reelaboración del crimen «deicida» original, se produjo en la ciudad inglesa de Norwich (1144) y sería pronto seguida de otros casos similares en las ciudades bávaras de Würzburg (1147), Múnich (1286) y muchas otras de toda la Europa cristiana. El episodio de Norwich fue como sigue:

> En la tarde del Viernes Santo se descubrió en el bosque el cuerpo de un joven aprendiz. El rumor popular apuntó que había sido asesinado por los judíos para imitar la pasión de Cristo. Según la tradición, este asesinato había sido planeado por una asamblea de rabinos reunida en Narbona. Aunque las autoridades eclesiásticas intentaron proteger a la comunidad judía, se desató un pogromo y una personalidad judía relevante fue asesinada por un caballero que era también su deudor. El caso dio origen a un culto local y las reliquias del joven asesinado (San Guillermo) se convirtieron en centro de peregrinación. [198]

Aunque la Iglesia desmentiría oficialmente que el rito de la Pascua judía exigiese el derramamiento de sangre cristiana y los Papas Inocencio IV (en 1247) y Gregorio X (en 1272) condenaran el asesinato de judíos basándose en esa «fábula», los incidentes siguieron prodigándose por la Europa cristiana con posterioridad. Todavía en 1475 se reprodujo en Trento con la muerte del niño de poco más de dos años llamado Simón, de la que se acusó a los judíos locales con un resultado de nueve ejecutados después de haberse confesado culpables tras la preceptiva tortura. El pequeño sería beatificado un siglo después por Gregorio XIII como San Simón de Trento. [199] A lo largo

de esos últimos siglos medievales se llegaron a registrar más de ciento cincuenta procesos por acusación de asesinato ritual a manos judías, lo que revela «las dimensiones de un miedo» tan irracional como extendido.[200] De hecho, la creencia popular cristiana en este «libelo de sangre» fue tan grande que llegó incluso a tener su reflejo en la legislación formal. Así, por ejemplo, las *Partidas* (nombre de la codificación legislativa castellana auspiciada por Alfonso X el Sabio entre 1256 y 1265) recogía en su partida VII, título XXIV, ley II, la siguiente ordenanza:

> Mansamente et sin bollicio malo deben vevir et facer vida los judíos entre los cristianos, guardando su ley et non diciendo mal de la fe de nuestro señor Jesucristo que guardan los cristianos. Otrosí se deben mucho guardar de non predicar nin convertir a ningunt cristiano que se torne judío, alabando su ley et denostando la nuestra; et cualquier que contra esto ficiere, debe morir por ende et perder lo que ha.
>
> Et porque oyemos decir que en algunos lugares los judíos ficieron et facen el día del Viernes Santo remembranza de la pasión de nuestro señor Jesucristo en manera de escarnio, furtando los niños et poniéndolos en la cruz, o faciendo imágines de cera et crucificándolas cuando los niños non pueden haber, mandamos que si fama fuere daquí adelante que en algunt lugar de nuestro señorío tal cosa sea fecha, si se pudiere averiguar, que todos aquellos que se acertaren en aquel fecho que sean presos, et recabdados et aduchos antel rey, et después que él sopiere la verdad, débelos mandar matar aviltadamente cuantos quier que sean.[201]

De parecido tenor al «libelo de sangre» fue la acusación de que los judíos, con ocasión también de la Pascua, trataban de robar hostias consagradas para profanarlas y repetir así la muerte de Cristo y el crimen de deicidio. La primera supuesta profanación de este tipo tuvo lugar en Belitz, en las cercanías de Berlín, en 1243 y por su causa sufrieron la pena de muerte un grupo de judíos y judías considerados culpables. La acusación volvería a repetirse recurrentemente en otras ciudades de toda Europa: París (1290); Barcelona (1367), Bruselas (1370, con veinte judíos quemados en la hoguera por esa causa), Segovia (1415), Trento (1473), Toledo (1490), Berlín (1510), etc. En total, durante la Edad Media se registrarían más de cien procesos judiciales por profanaciones de hostias cometidos por judíos.[202] Al compás de estas acusaciones se difundieron por toda la Cristiandad durante esos siglos de la Plena Edad Media pequeñas obras literarias religiosas muy sencillas y populares (los llamados *exempla*) que tomaron recurrentemente como motivo negativo al judío para encumbrar frente a su figura nociva el valor y verdad de la liturgia y doctrina cristiana. Uno de los cuentos de una colección de Milagros de

la Virgen (compilada entre 1187 y 1247), recordaba el poder sobrenatural de la hostia de este modo:

> Un niño, hijo de judíos, entra con unos compañeros en una iglesia consagrada a la virgen y recibe con ellos la eucaristía. El padre al saberlo lo arroja a un horno encendido. La madre, desesperada, pide socorro. Unos cristianos acuden para combatir el fuego y comprueban que el niño se encuentra ileso. Arrojan al fuego al padre que queda inmediatamente consumido. El niño cuenta que la Virgen lo protegió del fuego con su manto. El niño, la madre y muchos otros judíos se convierten.[203]

Para entonces, también había surgido una nueva acusación letal al compás de la devastación causada por la Peste Negra (peste bubónica, septicémica y neumónica) que azotó Europa a partir de 1347 y llegó a matar probablemente a casi cien millones de personas (un tercio de la población continental de la época). Entre las múltiples explicaciones populares y cultas ofrecidas para dar cuenta de aquel azote demográfico insólito e imprevisto (castigo divino por los pecados cometidos, conjunción astral, etc.), una de las más inmediatas y recurrentes tuvo a los judíos como causa y motivo: habían envenenado los pozos y fuentes de agua potable para destruir la Cristiandad y vengar su humillación por decisión de sus rabinos. Los efectos de la acusación fueron inmediatos y terribles: en Saboya y Ginebra, ya en 1348, se produjeron matanzas de sus respectivas comunidades judías; y por toda Europa occidental, desde Estrasburgo hasta Colonia, los asaltos violentos a los respectivos barrios judíos fueron norma común. En la ciudad de Estrasburgo, a título de ejemplo, dos mil judíos sufrieron la pena de muerte en la hoguera por decisión del consejo municipal y en razón de su culpabilidad por el supuesto envenenamiento de las aguas de la ciudad.[204] En gran medida como resultado de esa oleada homicida, comenzó una lenta pero constante emigración de judíos europeos hacia los territorios más deshabitados y despoblados de Polonia, donde existían mayores posibilidades de asentamiento y vida en paz.

Poco antes de que la Peste Negra propiciara un recrudecimiento de los pogromos antijudíos, en el siglo XII había proseguido la labor de deshumanización del judío con la invención de la leyenda de Ausero (también Asheverus o Cartaphilus), «el judío errante», supuestamente un zapatero hebreo que había insultado a Cristo durante su ascensión al Calvario y al que éste había condenado a «errar eternamente por la Tierra» hasta el Juicio Final.[205] Culpable y errante por decisión divina, Ausero/Asheverus pasó a convertirse en los siglos posteriores

en un símbolo del pueblo judío utilizado en todo tipo de libelos, opúsculos, representaciones iconográficas y obras literarias. Con un efecto nada inocuo:

> Indefinido en el espacio, en su edad, en su tiempo, en su ubicación y tamaño, el aislamiento del Judío Errante está remarcado por el tema, común a las muchas versiones de la leyenda, de que no puede permanecer quieto sino que siempre debe estar moviéndose de aquí para allá.[206]

Los ataques contra el Talmud emprendidos por la jerarquía de la Iglesia a partir del siglo XIII fueron parte integral de este proceso denigratorio de la figura del judío en la cosmovisión cristiana bajo medieval. Esos comentarios y glosas a la ley mosaica iniciados durante la Diáspora, escritos en hebreo arameico y sólo entendidos por los rabinos judíos y los estudiosos del tema, llegaron a considerarse como «un gran repositorio de herejías, incluso de magia y maleficios» y convirtieron al Talmud «probablemente en el libro más vilipendiado de la historia humana».[207] En 1242 tuvo lugar en París la primera quema pública de millares de volúmenes del Talmud por iniciativa de los frailes dominicos y franciscanos. En años posteriores proliferaron por toda la Europa cristiana actos similares hasta que en 1320 el Papa Juan XXII condenó la obra y prohibió su estudio (condena ratificada por Alejandro V en 1409). Un estímulo añadido para esa decisión radical fue el descubrimiento de la abundante literatura judía medieval dedicada a combatir las acusaciones cristianas mediante la exégesis bíblica, un género literario que había derivado también en opúsculos contra el dogma cristiano como herejía absurda y contraria a la ley divina.[208]

El corolario lógico de esa intensificación de acusaciones contra los judíos que tuvo lugar en los siglos finales de la Edad Media fue la reactivación y reformulación de la vieja acusación teológica crucial contenida tanto en el Nuevo Testamento como en la Patrística (por ejemplo, San Juan Crisóstomo): el judío era un agente del Diablo, perpetuamente conjurado para lograr la destrucción de la verdad de Cristo. Sobre la base del clima milenarista religioso de la época, la intensificación de la devoción a Cristo y la Santa Virgen como figuras milagrosas, protectoras y benignas tuvo como correlato la recuperación de la figura del Diablo como agente del Mal y de la magia: el ser del rencor, la oscuridad y la envidia, el Anti-Cristo. Este ser tenía sus servidores terrenales: el hereje, el judío y el musulmán, entre otros, porque «todo lo que es demoníaco es herético» y «toda

herejía y todo hereje son demoníacos» (en palabras de Jean Delumeau). Todos ellos quedaban ligados a su señor por un pacto y alianza secreta y vituperable para destruir la Cristiandad: el *contubernio satánico*. Dentro de esa tríada de servidores, el judío fue con mucho la representación más utilizada por la publicística cristiana de la época para representar «el mal absoluto» en todas sus formas: textos impresos, iconografía religiosa, homilías dominicales, tradición oral, folklore popular.[209] El judío, en suma, llegó a personificar la maldad por antonomasia: «demonio, engaño, mujeres, tentación de la carne, amistad o amor depravado, con un acento puesto en el mal femenino y el mal sexual. Este es el lado del judío».[210] Y de esa idea de contubernio diabólico fue surgiendo también la noción de que los judíos estaban gobernados en secreto por una especie de sanedrín o consejo de rabinos mundial: «un consejo de rabinos en la España musulmana que, según se decía, dirigía una guerra clandestina contra la Cristiandad en la cual su arma principal era la brujería».[211] En definitiva, desde el siglo XIII, como ha subrayado Steven T. Katz, la posición del judío en el imaginario colectivo medieval cristiano fue adquiriendo virtualmente caracteres mágicos y satánicos:

> La representación plenamente diábolica del judío, hecha sin asomo de ironía o sospecha, asume la forma siguiente: cuenta con cuernos y frecuentemente posee rabo y barba; despide un olor pestilente (el *foetor judaicus*), un hedor vinculado a Satán; es deforme y exhibe una serie de características anormales e incluso inhumanas (quizá la más curiosa es la creencia de que los hombres judíos padecen la menstruación). Esta desfiguración física es la visualización externa de la distorsión interior espiritual y teológica que el judío encarna. Subrayan el hecho de que el judío no es obra de Dios sino el hijo, el valido, el vasallo, el siervo y el adorador del Príncipe de las Tinieblas. Asheverus, el judío errante—el consumado enemigo que nunca envejece, nunca muere, nunca se arrepiente—, es la representación carnal por excelencia de esta grotesca imagen, el símbolo vivo de la persistente enemistad de «El Judío».[212]

En ese proceso de diabolización, «la idea cristiana del judío como criatura impura pasa al primer plano y cada vez más se afirma la voluntad de la Iglesia de vedar los contactos e intercambios entre judíos y cristianos».[213] Jean Delumeau ha subrayado con acierto el crucial papel demonológico asumido por los judíos en Europa durante los siglos XIV y XVI, mientras la Cristiandad vivió una coyuntura de cambio, expansión y transición no exenta de riesgos y peligros (la amenaza del turco, las divisiones religiosas, la afirmación de los Estados modernos...). En ese contexto, la tradicional función de constituir el conveniente chivo expiatorio sobre el que descargar

culpas y responsabilidades se reforzó con nuevos papeles negativos tan denigrantes como importantes para el equilibrio del resto de la sociedad cristiana:

> Usureros feroces, sanguijuelas de los pobres, envenenadores del agua que beben los cristianos: así se los imaginan frecuentemente los burgueses y el bajo pueblo urbano de finales de la Edad Media. Son la imagen misma del «otro», del extranjero incomprensible, obstinado en una religión, comportamientos y estilo de vida diferentes de los de la comunidad que le acoge. Esta extranjería sospechosa y tenaz los designa como los chivos expiatorios en tiempos de crisis.[214]

En efecto, como reflejo y derivación obligada de ese intenso aumento del prejuicio antijudío cristiano, durante los años finales de la Edad Media también se incrementaron las medidas de discriminación jurídica y exclusión y segregación social contra las comunidades judías. Su inspiración y aliento fueron las consignas derivadas de opúsculos como el titulado y muy divulgado *Pugio Fidei* (Puñal de la Fe), del dominico Raimundo Martín: «Es bueno que los cristianos tomen en su mano la espada de sus enemigos los judíos y que los golpeen con ella».[215]

El Tercer Concilio de Letrán (1179) oficializó las primeras medidas para asegurar esa separación y segregación física entre cristianos y judíos, prohibiendo que éstos se afincaran y vivieran libremente en las villas y ciudades. De este modo, la previa tendencia de los judíos a agruparse conjuntamente en sus barrios y aljamas para facilitar la práctica de su religión fue sancionada como obligación formal de residir en zonas acotadas, valladas y normalmente de acceso limitado y vigilado: las juderías o guetos (palabra derivada de *borghetto*, diminutivo de *borgo*, ciudad, la nueva judería inaugurada en Venecia en 1516). Las *Partidas* de Alfonso X el Sabio se hicieron pronto eco de esta legislación de intención profiláctica:

> Judíos son una manera de homes que como quier que non creen la fe de nuestro señor Jesucristo, pero los grandes señores de los cristianos siempre sufrieron que viviesen entre ellos. (...) Et la razón porque la Eglesia, et los emperadores, et los reyes et los otros príncipes sufrieron a los judíos vivir entre los cristianos es ésta: porque ellos viviesen como en cativerio para siempre, et fuese remembranza a los homes que ellos vienen del linage de aquellos que crucificaron a nuestro señor Jesucristo. (...) Otrosí defendemos que el día del Viernes Santo ningún judío non sea osado de salir de su barrio, mas que estén y encerrados fasta el sábado en la mañana, et si contra esto ficieren, decimos que del daño o de la deshonra que de los cristianos recibieren, entonces non deben haber emienda ninguna.[216]

El siguiente paso en esa progresiva exclusión del judío de la sociedad

cristiana fue sancionado por el IV Concilio de Letrán (1215), que afrontó resolutivamente los problemas creados por el hecho de que «los cristianos no se distinguen de los judíos y de los sarracenos» y por ese motivo se habían «producido relaciones entre cristianos y judíos o sarracenos y viceversa». La solución acordada fue la imposición a los judíos de la obligación de llevar un signo distintivo amarillo, una pieza de atuendo especial, cuando salieran de su casa y su gueto: un círculo (rodela o rodete) en países latinos y un sombrero cónico para los hombres y un velo para las mujeres en países germánicos.[217] A partir de ese momento, el judío se hizo visiblemente perceptible como ser deshonroso y deshonrado porque su atuendo lo distinguía y su color dorado recordaba la traición de Judas a Cristo (vendido por treinta denarios). También las *Partidas* asumieron esta medida profiláctica con presteza y precisión:

> Muchos yerros et cosas desaguisadas acaescen entre los cristianos et los judíos, et las cristianas et las judías, porque viven et moran de so uno en las villas, et andan vestidos los unos así como los otros. Et por desviar los yerros et los males que podíen acaescer por esta razón, tenemos por bien et mandamos que todos cuantos judíos et judías vivieren en nuestro señorío, que trayan alguna señal cierta sobre las cabezas, que sea atal porque conoscan las gentes manifiestament cuál es judío o judía. Et si algunt judío non levase aquella señal, mandamos que peche por cada vegada que fuese fallado sin ella diez maravedís de oro; et si no hobiere de que los pechar, reciba diez azotes públicamente por ello.[218]

La dinámica de medidas antijudías no terminaría con esas prescripciones de segregación física e identificación individual, sino que llegaría muy pronto, en medio de recurrentes pogromos, a su corolario lógico en forma de decretos de expulsión de los reinos cristianos. Aunque las medidas de expulsión no eran nuevas y se habían aplicado local o regionalmente en épocas pasadas, los decretos de expulsión puestos en marcha desde finales del siglo XIII eran diferentes porque buscaban la desaparición total de esa comunidad del seno de los reinos cristianos bajo la disyuntiva de convertirse o emigrar.

El primer decreto de expulsión fue firmado por Eduardo I de Inglaterra en 1290, provocando un éxodo de casi 20.000 judíos que partieron hacia el continente. Poco después, Francia siguió la estela con varias expulsiones parciales que culminaron en la total decretada por Carlos VI en 1394. Los distintos principados alemanes practicaron iguales medidas a lo largo del siglo XIV (el Palatinado en 1394) y XV (Austria en 1420, Sajonia en 1432), al igual que los Estados italianos

(Sicilia en 1492). La última de las grandes expulsiones se produjo en marzo de 1492 cuando los Reyes Católicos de España ordenaron la salida de todos los judíos que rehusaran la conversión y el bautismo: entre cincuenta y cien mil judíos (menos de la mitad de los existentes en el país) optaron por abandonar Sefarad para asentarse en Portugal (de donde serían expulsados en 1496) y terminar en algunas zonas de Italia, el norte de África, los Balcanes (Salónica sería destino preferente) y Constantinopla. La consecuencia básica de esas medidas tomadas por los reyes de la Cristiandad occidental fue la práctica eliminación de la judería en sus territorios y un masivo éxodo de la misma hacia territorios bajo el poder islámico (incluyendo la tierra de Israel, donde los otomanos practicaban una política de mayor tolerancia) y hacia la Europa oriental (donde el rey de Polonia acogió a los exiliados para fortalecer demográficamente sus territorios).[219]

Sin embargo, a pesar de su dureza y crueldad, las expulsiones, como las restantes medidas antijudías tomadas en la Europa cristiana occidental y central, seguían respondiendo a esa matriz de antijudaísmo religioso y socio-cultural, sin asomo de tintes raciales (menos aún exterminacionistas). No en vano, la conversión a la verdadera fe, la aceptación del bautismo, el reconocimiento en suma del error teológico del judaísmo, era reconocido como acto suficiente para escapar del oprobio y la persecución. La conversión permitía la incorporación a la Iglesia porque la Gracia Divina tenía el poder de borrar las culpas y perdonar los pecados. Y gran parte de esas medidas de presión tenían precisamente la voluntad de lograr esa unificación religiosa concebida como complemento inexcusable del nuevo Estado moderno basado en la autoridad absoluta de los monarcas cristianos.

La eliminación de la presencia judía en el corazón de Europa y su relegación a los márgenes orientales no terminó con las querellas religiosas en el seno de la cristiandad, ni mucho menos. A partir de 1517, de la mano del exfraile agustino Martín Lutero, arrancó en Alemania un proceso de crítica a la autoridad pontificia y a las prácticas corruptas de la Iglesia de Roma que daría origen al fenómeno de la Reforma protestante. Desde entonces y hasta mediados del siglo XVII, Europa se vería envuelta en una pugna, muchas veces sangrientamente bélica, entre católicos y protestantes de una intensidad y dureza desconocida en las filas de la Cristiandad hasta entonces. El nuevo contexto fratricida aminoró en parte la animosidad antijudía (en la medida en que el enemigo inmediato para los nuevos combatientes sería el «papista» o el «hereje»). Pero no la

destruyó ni arrumbó porque sus bases teológicas y socio-culturales siguieron presentes en los discursos públicos y en el imaginario colectivo de católicos y protestantes.

En la propia Alemania, el cambio de parecer de Lutero respecto a los judíos es un buen ejemplo de la persistencia de ese antijudaísmo de raíz teológica y socio-cultural. En un principio, Lutero y sus seguidores mostraron una actitud benévola hacia el judaísmo por su tradición de resistencia a las presiones romanas y en atención al giro protestante hacia las fuentes hebreas bíblicas como parte de su crítica al Papado. De este modo, en su opúsculo *Jesucristo nació judío* (de 1523), Lutero sostenía que era comprensible la negativa judía a aceptar como intérpretes evangélicos a «esos brutos de testa de burro» que eran los papas y sacerdotes católicos, que «no les han enseñado ni la doctrina cristiana ni la manera de vivir cristiana» y que los habían calumniado «como si de anatemas se tratara, que no tienen nada en común con la humanidad».[220] Pero expresaba su «esperanza» de que ahora, con la Reforma en marcha, pasaran «a ser cristianos dignos» una vez descubiertos los errores evangélicos de la Iglesia romana. Sin embargo, veinte años después, una vez demostrado que la mayoría de los judíos no se convertían en masa al protestantismo ni abjuraban de su fe tradicional, la animosidad de Lutero contra ellos rebrotó con mayor intensidad incluso que la existente en los tres últimos siglos medievales. De hecho, en su opúsculo titulado *Acerca de los judíos y sus mentiras* (1453), el padre espiritual de las Iglesias reformadas se expresaba con insólita virulencia sobre aquellos ingratos, perezosos, ciegos a la nueva fe y otra vez tildados de hijos de Satanás:

¿Qué debemos hacer, nosotros cristianos, con los judíos, esta gente rechazada y condenada? Dado que viven con nosotros, no osamos tolerar su conducta ahora que estamos al tanto de sus mentiras, sus injurias y sus blasfemias. De hacerlo, nos convertiríamos en cómplices de sus mentiras, maldiciones y blasfemias. Ése no es el modo de extinguir el insaciable fuego de la ira divina del que hablan los profetas, ni es el modo tampoco de convertir a los judíos. Con plegarias y el temor de Dios debemos practicar una intensa piedad para intentar salvar de las llamas al menos a algunos. (...) He aquí mi sincero consejo:

En primer lugar, debemos prender fuego a sus sinagogas o escuelas y enterrar y tapar con suciedad todo lo que no quememos, para que ningún hombre vuelva a ver de ellas piedra o ceniza. Esto ha de hacerse en honor a Nuestro Señor y a la cristiandad, de modo que Dios vea que nosotros somos cristianos y que no aprobamos ni toleramos a sabiendas tales mentiras, maldiciones y blasfemias a su Hijo y a sus cristianos. (...)

En segundo lugar, también aconsejo que sus casas sean arrasadas y destruidas. Porque en ellas persiguen los mismos fines que en sus sinagogas. En cambio,

deberían ser alojados bajo un techo o en un granero, como los gitanos. Esto les hará ver que ellos no son los amos en nuestro país, como se jactan, sino que están viviendo en el exilio y cautivos, como incesantemente se lamentan de nosotros ante Dios. (...)

En tercer lugar, aconsejo que sus libros de plegarias y escritos talmúdicos, por medio de los cuales se enseñan la idolatría, las mentiras, maldiciones y blasfemias, les sean quitados.

En cuarto lugar, aconsejo que de ahora en adelante se les prohiba a los rabinos enseñar sobre el dolor de la pérdida de la vida o extremidad. Pues con razón han perdido el derecho a tal oficio al tener cautivos a los judíos inocentes con el dicho de Moisés en el cual les ordena que obedezcan a sus maestros so pena de muerte (...).

En quinto lugar, que la protección en las carreteras sea abolida completamente para los judíos. No tienen nada que hacer en las afueras de las ciudades dado que no son señores, funcionarios, comerciantes, ni nada por el estilo. Que se queden en casa. (...)

En sexto lugar, aconsejo que se les prohiba la usura, y que se les quite todo el dinero y todas las riquezas en plata y oro, y que luego todo esto sea guardado en lugar seguro. La razón para una medida como ésta, como ya se dijo, es que no tienen otro medio de ganarse la vida que no sea la usura, por medio de la cual nos han hurtado y robado todo lo que poseen. (...)

En séptimo lugar, recomiendo poner o un mayal o una hacha o una azada o una pala o una rueca o un huso en las manos de judíos y judías jóvenes y fuertes y dejar que coman el pan con el sudor de su frente, como se le impuso a los hijos de Adán. Porque no es apropiado que nosotros, malditos goy, trabajemos sin descanso con el sudor de nuestras frentes mientras ellos, la santa gente, se pasan las horas haraganeando junto al hogar, dándose festines y expeliendo sus ventosidades, y por si fuera poco, haciendo alarde con blasfemias de su señoría por encima de los cristianos por medio de nuestro sudor. No, debemos deshacernos de estos perezosos delincuentes por las asentaderas de sus pantalones. (...)

Por tanto, de cualquier modo, ¡afuera! (...) emulemos el sentido común de otras naciones como Francia, España, Bohemia, etc. (...) Cristo sabe que estos judíos son engendros de víboras, hijos del demonio, es decir, gente que nos concederá los mismos beneficios que su padre, el demonio, y ya tendríamos que haber aprendido tanto de las Escrituras como de la experiencia, cristianos, cuánto desea que nos vaya bien.[221]

Habida cuenta de la violencia de esas diatribas luteranas cargadas de odio hacia el judaísmo, cabe comprender la conducta de las Iglesias protestantes alemanas siglos después, cuando el nazismo anunciara que sólo venía a cumplir los consejos de Lutero. Pero no fue menor la animosidad católica o de la Iglesia ortodoxa oriental en la Edad Moderna hacia los tradicionales chivos expiatorios de todos los males. En el caso católico, buena prueba de la persistencia del código cultural antijudío en un país, sin embargo, libre de judíos desde hacía más de un siglo, son los escritos de Francisco de Quevedo. En 1633 Quevedo dedicó al rey Felipe IV una *Execración contra los judíos* en la que le felicitaba por la expulsión decretada por sus antepasados y recordaba que los hebreos eran «enemigos de la luz, amigos de las tinieblas, hediondos, asquerosos, subterráneos», en suma, una «ralea» de

«perfidia execrable», «esclava, vil y abatida», que «en justo castigo de haber crucificado a Jesucristo», merecían el peor castigo: «Perezcan, Señor, todos y todas sus haciendas. Escoria es su oro, hediondez su plata, peste su caudal».[222] Era sólo la versión culta de una animosidad grabada a fuego en el folklore popular y en el refranero español: «El judío y la mujer, vengativos suelen ser»; «El gato y el judío a cuanto ven dicen mío»; «Ni músico en sermón ni judío en procesión»; «Fiéme del judío y echóme al río».[223]

Por lo que hace al ámbito ortodoxo, de hecho, en su seno se registró uno de los más grandes y devastadores pogromos sufridos por la judería europea antes de la época contemporánea. Tuvo lugar en las tierras rusas y ucranianas que en 1648 pertenecían al reino de Polonia (antes de su desaparición a fines del siglo XVIII). Allí, con ocasión de una revuelta de los cosacos rusos y ucranianos (de religión ortodoxa) contra sus señores polacos (de religión católica), las comunidades judías sufrieron una masacre de casi 10.000 víctimas mortales a manos de las huestes campesinas comandadas por Bogdan Chmielnicki. En gran medida, esa vesania homicida contra el judío derivaba del siempre latente odio religioso pero también de factores socio-económicos más premiosos: los judíos habían recibido protección del rey polaco (considerado una autoridad ilegítima invasora) y se habían destacado por su papel de recaudadores de impuestos para los odiados terratenientes polacos y de prestamistas para los campesinos rusos y ucranianos. En todo caso, las masacres de Chmielnicki fueron un mal augurio para las comunidades judías askenazis, que habían hecho de las planicies polacas y ruso-ucranianas el centro vital de la judería internacional y el supuesto refugio seguro frente a las persecuciones y expulsiones habituales en otras zonas.[224] No en vano, hacia 1700, vivían en esa zona unos 570.000 judíos, más del 50 por ciento de toda la judería mundial estimada en 1,1 millones de personas (de las cuales 146.000 vivían en Europa centro-occidental, 405.000 en Asia, unos 5.000 en Palestina, 165.000 en el norte de África y otros 10.000 en el continente americano).[225]

3. LA ILUSTRACIÓN Y EL NUEVO ENFOQUE DEL «PROBLEMA JUDÍO»

El antijudaísmo de matriz religiosa y socio-cultural permaneció, por tanto, muy activo en toda Europa durante la Edad Moderna. Y fue así hasta bien avanzado el siglo XVIII, cuando sus bases y fundamentos comenzaron a debilitarse debido a la expansión de la Ilustración. Este complejo movimiento intelectual quedó definido, entre otros, por los siguientes rasgos: apelación a la razón humana como único criterio de conocimiento y autoridad; concepción cosmopolita y universalista del saber; idea de la naturaleza como ámbito ordenado y predecible; prestigio del método científico experimental, etc. No cabe duda que el iluminismo dieciochesco era el reflejo y agente de las profundas transformaciones históricas operadas durante aquella centuria: expansión de la colonización europea en Asia y Oceanía; notable crecimiento demográfico y urbano europeo; enriquecimiento y fortalecimiento de las capas sociales burguesas; ampliación del público lector y de la producción bibliográfica y hemerográfica; reformismo institucional de los déspotas ilustrados; e inicio de la crisis política del Antiguo Régimen. En todo caso, la Ilustración supuso un hito crucial para la historia del pueblo judío y del antijudaísmo cristiano. Un hito, además, no exento de cierta ambivalencia y ambigüedad.

Por una parte, la Ilustración significó la difusión de una crítica de la intolerancia religiosa que tuvo como efecto la amortiguación de la judeofobia de la cultura cristiana por mero debilitamiento de sus postulados teológicos más extremos y del arraigo de los mismos entre los sectores cultos y populares. En particular, la crítica de la superstición religiosa y del fanatismo irracional supuso un paliativo muy eficaz para las difundidas visiones demonológicas del judío, que veía así restablecida *de facto* su condición meramente humana. Baste recordar, a título ilustrativo, el éxito y prestigio del *Tratado sobre la tolerancia* publicado en Francia en 1763 por Voltaire, genuino azote del integrismo religioso católico: «La superstición es el más deleznable de los azotes de la humanidad».[226] La consecuente llamada a la tolerancia y a la compasión frente a los judíos fue bien reflejada por

otra gran figura ilustrada, el barón de Montesquieu, que recogía en sus *Cartas persas* (1721) la siguiente exhortación «a los Inquisidores de España y Portugal»:

> Os conjuramos, no en nombre del Dios poderoso al que servís y servimos, sino en nombre del Cristo que según vosotros adoptó la condición humana para proponeros algunos ejemplos que deberíais seguir, os conjuramos a que obréis con nosotros como él lo habría hecho si todavía estuviera en el mundo. Queréis que seamos cristianos cuando ni siquiera vosotros lo sois. (...)
>
> Nos causáis la muerte porque aunque creemos en lo mismo que vosotros creéis, no creemos todo lo que vosotros creéis. Sabéis que Dios amó la religión que seguimos: estamos convencidos de que todavía la ama y vosotros pensáis que ya no. Porque sustentáis esa convicción pasáis a espada y fuego a los que se encuentran en un error tan perdonable como creer que Dios sigue amando algo que amó un día. [227]

Quizá el monumento literario más sublime y eficaz de esta producción ilustrada a favor de la tolerancia religiosa sea la pieza teatral titulada *Natán el Sabio*, obra de G. E. Lessing, el más influyente representante de la Ilustración en Alemania después de Immanuel Kant y J. W. Goethe. Publicada en 1754, la obra se basaba en la parábola de los tres anillos, una historia del *Decamerón* de Boccaccio redactada entre 1348-1353. En ella se presentaba al judaísmo, al cristianismo y al Islam como los hijos de un padre benévolo que daba a cada uno y por separado un anillo idéntico, aunque cada uno clamara después de su muerte que sólo el suyo era el auténtico y se enzarzaran en una dura lucha fratricida. Lessing elaboró la figura de Natán, un símbolo de los ideales ilustrados de tolerancia y hermandad universal, tomando como referencia a su amigo, el filósofo judío Moisés Mendelssohn (abuelo del músico Félix Mendelssohn). No en vano, la obra termina con las siguientes palabras de lección moral:

> Mi consejo es éste.
> Deja las cosas como están.
> Cada uno con el anillo entregado por su padre.
> Y que cada uno crea que sólo el suyo es el verdadero.
> Porque es posible que el padre no quisiera tolerar
> La tiranía de un solo anillo sobre su familia.
> Y que no deseara que dos vivieran en la opresión
> Por favorecer a un tercero. [228]

Sin embargo, por otra parte, el movimiento ilustrado también se centró en la denuncia del oscurantismo, la superstición y el

exclusivismo de las comunidades judías tradicionales, reactivando así los juicios negativos cristalizados en la Antigüedad Clásica y antes del surgimiento del cristianismo. De hecho, Voltaire, en sus artículos del *Diccionario filosófico* (1764) no dejó de fustigar a la religión judía y a sus fieles por ser «un pueblo ignorante y bárbaro, que han combinado siempre la más sórdida avaricia, la más detestable superstición y el más invencible de los odios contra los pueblos que los toleran y los enriquecen». Aunque su humanitaria mordacidad le permitía concluir: «Con todo, no debemos quemarlos en la hoguera». Y no era sólo Voltaire quien así se expresaba. El mismo barón de Montesquieu que predicaba la piedad, repetía en sus *Cartas persas* el tópico de la avaricia judía («en cualquier sitio donde haya dinero, hay judíos») y la denuncia de su necedad religiosa («los judíos dan testimonio de una testarudez invencible, cercana a la locura, en lo que a su religión se refiere»).[229]

La alternativa ofrecida por los ilustrados ante el llamado «problema judío» era bien diferente de las soluciones ya planteadas con anterioridad: o bien la conversión religiosa o bien la expulsión hacia los márgenes de la civilización. Se trataba de la asimilación cultural al compás de la emancipación política, con el objetivo de convertir al judío en uno más de los ciudadanos que habrían de conformar la base de los nuevos Estados dirigidos por la razón y la búsqueda del bienestar público. De hecho, por medio de la asimilación cultural, los ilustrados esperaban lograr la integración de esas comunidades en el seno de una sociedad civil en vías de secularización, difuminando su condición de minorías religioso-culturales aisladas y muy definidas dentro del conjunto general. Por su parte, mediante la emancipación política, esperaban poner fin a la secular marginación de las comunidades judías en la sociedad europea, eliminando las prohibiciones jurídicas y socio-económicas que habían hecho de los judíos los parias y chivos expiatorios tradicionales.

En ese nuevo contexto intelectual de mayor racionalismo y tolerancia fueron surgiendo las primeras demandas para modificar la situación socio-política de los judíos en el seno de la Europa cristiana. Quizá la primera de ellas fue la propuesta de una «Ley de Naturalización» (*Naturalization Bill*) de los judíos presentada al Parlamento británico en 1753, que abría la puerta de la nacionalidad a los judíos regresados a Inglaterra desde mediados del siglo XVII (tras la Revolución puritana) y levantaba las prohibiciones para su

actividad socio-económica (prohibición de comprar tierras, servir en cargos públicos, participar en el comercio ultramarino...). Para entonces hacía ya más de medio siglo desde la Gloriosa Revolución de 1688 y de la proclama de John Locke en sus *Cartas sobre la Tolerancia*: «Ni los paganos, ni los mahometanos, ni los judíos deberían ser excluidos de los derechos civiles de la comunidad a causa de su religión». Aunque la ley no fue aprobada por las resistencias encontradas, su mera presentación y discusión racional simbolizaban el cambio de perspectiva adoptado sobre el asunto.[230]

Más éxito tuvo la legislación emanada de los déspotas ilustrados. Por ejemplo, el emperador austríaco, José II, emitió en 1782 el llamado «Edicto de Tolerancia» relativo a los judíos vieneses y de los restantes territorios austríacos, checos y húngaros. Aunque el mismo no les concedía igualdad de derechos a los del resto de los súbditos, sí que decretaba que fueran «aceptados y tolerados en nuestros estados» y que compartieran «el bienestar público que tenemos la intención de promover». Dos años después, en esa misma estela, Luis XVI promulgó una ley que reconocía a los judíos de Alsacia como súbditos del rey de Francia. Y en la propia Prusia luterana, incluso un leal funcionario como Christian Wilhelm Döhm había tenido el coraje de escribir en 1781 un tratado titulado *Sobre la mejoría cívica de los judíos*, que provocó un intenso y prolongado debate. En esencia, Döhm sostenía que el exclusivismo y cerrazón de los judíos era el resultado de la opresión a que se les había sometido durante siglos y que la supresión de las medidas antijudías permitiría su integración en el Estado y el aprovechamiento de sus potencialidades materiales y espirituales. En otras palabras: la emancipación jurídica y política llevaría a la asimilación cultural y, en consecuencia, al engrandecimiento de la Patria que los acogía en su seno.[231]

En todo caso, a pesar de los bienintencionados proyectos de Döhm y de los mensajes tolerantes de Lessing, parece evidente que el alcance de los esfuerzos ilustrados fue relativamente pequeño a la hora de cambiar la percepción popular de los judíos a finales del siglo XVIII. En la propia Alemania, por ejemplo, dejando a un lado los sectores cultos e ilustrados de la estructura social, la situación se mantuvo como ha señalado Pierre Sorlin: «Para el resto de los alemanes, el judío sigue siendo el hombre del ghetto, que utiliza una lengua incomprensible, lleva barba y roba a los que le toman dinero a préstamo».[232] En gran medida, a ese resultado contribuyó no poco el hecho de que en tierras germánicas el destello racional y universalista de la Ilustración

fue muy pronto eclipsado por el fulgor emocional y particularista del Romanticismo. Y por eso mismo allí surgió una crítica secular, romántica y conscientemente nacionalista de profunda mordacidad y agresividad contra las tentativas de mejora de la condición de los judíos, acusados de ser «un Estado dentro del Estado» peligroso para la construcción y supervivencia de una Alemania unificada. Quizá el filósofo Johann Gottlieb Fichte, que habría de ser uno de los grandes ideólogos de la unificación en torno al principio del *Volksgeist* (espíritu del pueblo) germánico original, fue también el mayor exponente de esta corriente intelectual judeófoba en virtud de su patriotismo. En 1793 publicó una larga y meditada diatriba cuyos ecos resonarían con posterioridad:

En medio de casi todos los países de Europa, se encuentra un Estado poderoso, impregnado de sentimientos hostiles, perpetuamente en conflicto con los demás, y que, en ocasiones, irrita considerablemente a los ciudadanos: quiero referirme a los judíos. No creo que este Estado sea peligroso hasta tal punto porque constituye un Estado separado y coherente, sino porque se asienta sobre el odio a todo el género humano. De un pueblo cuyo más humilde miembro busca sus antecesores en un pasado muy anterior a aquél en que nosotros mismos vamos a buscar la fuente de nuestra historia, y ve en un emir mucho más antiguo que ésta a su fundador (una leyenda que también nosotros hemos aceptado como artículo de fe); que descubre en todos los pueblos a los descendientes de los que los expulsaron de su querida patria; que se ha condenado y que seguirá condenado a un comercio degradante para el cuerpo y mortal para la apertura del espíritu sobre todo sentimiento noble; que, por el vínculo más poderoso que conozca la Humanidad, por su religión, se ha excluido de nuestras comidas, nuestras alegrías, de este suave contacto de corazón a corazón; que hasta en sus deberes y en sus derechos, hasta en el alma del padre común, nos mantiene alejado de sí; de un pueblo tal, ¿se podía esperar otra cosa que lo que vemos, es decir, que en un Estado en el que el rey, a pesar de su poder absoluto, no puede arrebatarme mi casa paterna, en el que yo sostengo mi derecho contra el ministro todopoderoso, el primer judío que se lo proponga pueda despojarme impunemente? Todo esto vosotros lo veis del mismo modo que yo, no podéis negarlo, y utilizáis las palabras muy suaves de tolerancia, de derechos del hombre, de derechos del ciudadano, mientras que vosotros violáis en nosotros los primeros derechos del hombre (...). ¿No os acordáis ya de que se trata del Estado dentro del Estado? ¿No se os ha ocurrido pensar, en consecuencia, que los judíos, que sin vosotros son ciudadanos de un Estado más sólido y más poderoso que todos los vuestros, arrastrarán por el suelo a todos vuestros demás ciudadanos? (...).

¡Que el viento de la intolerancia sople lejos de estas hojas, como sopla lejos de mi corazón! (...) Es necesario que posean los derechos de los hombres, aunque ellos no nos los concedan, porque son hombres y porque su injusticia no nos confiere el derecho de ser como ellos. (...) De ahí a conferirles los derechos de ciudadanos, no veo para ello más que una solución: cortarles la cabeza a todos en una noche y reemplazársela por otra que no contenga ninguna idea judía. En caso contrario, la mejor solución para defendernos de ellos sería la de conquistarles la tierra prometida y enviarlos a todos allí.[233]

Y fue precisamente en esa misma centuria ilustrada cuando la difusión de la prensa, el libro y las volantinas impresas permitió que cristalizara un nuevo rasgo exterior atribuido a los judíos en su conjunto que habría de tener una inmensa repercusión en la iconografía publicística posterior: la nariz ganchuda o «nariz judía». Probablemente fue el orientalista germano Johann Schudt el primer autor que hizo mención del asunto en su obra *Jüdische Merckwürdigkeiten* (Peculiaridades judías), publicada en 1711, que contenía así mismo las tradicionales acusaciones judeófobas medievales de soberbia, misantropía, sensualismo y codicia. El esterotipo nasal tuvo enorme éxito y desde entonces una infinidad de textos, dibujos y grabados popularizó la imagen del judío de nariz ganchuda, mentón afilado y rostro afeado, pura oposición al ideal de belleza clásica armónica y «nariz griega» que Johann Joachim Winckelmann describió en 1764 en su crucial tratado *Historia del Arte en la Antigüedad*. Si hasta entonces la imagen del rostro y cuerpo del judío había sido representada en las artes figurativas con cierto realismo a pesar de su connotación negativa (como sucedía en los grabados medievales y de la época moderna), en adelante sería distorsionada para acomodar su fealdad física a su vileza moral, de acuerdo con los principios de la fisiognómica. Y no sólo serían dibujantes populares y caricaturistas vulgares quienes se apropiarían con deleite del nuevo recurso visual denigratorio. En la propia Gran Bretaña, adalid del progreso y del liberalismo dieciochesco, pintores e ilustradores de la talla de William Hogarth, Thomas Rowlandson, James Gillray o George Cruikshank también se dejarían llevar por el nuevo esterotipo.[234]

A pesar de esas inquietantes sombras surgidas en el Siglo de las Luces, la trascendencia de los proyectos teóricos ilustrados radicaría en el hecho de que, muy poco después, iban a convertirse en el programa que los movimientos liberales tratarían de implantar en toda Europa durante el siglo XIX para acabar de una vez por todas con el problema judío y el antijudaísmo religioso tradicional.

III

EL ANTISEMITISMO EN LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

1. DE PARIAS MARGINADOS A CIUDADANOS EMANCIPADOS: LOS JUDÍOS EUROPEOS EN EL SIGLO XIX

Desde el comienzo de las revoluciones liberales, burguesas y constitucionalistas a finales del siglo XVIII, la emancipación de los judíos fue un proceso constante aunque de ritmo diferencial en toda Europa y en el mundo occidental. Este vínculo esencial entre el liberalismo como doctrina socio-política y la emancipación judía como práctica legal se refleja claramente en la cronología y denota su íntima conexión.

Como ya se ha hecho notar, el primer proyecto frustrado de emancipación se formuló en 1753 en Gran Bretaña, precisamente en el país donde los principios de gobierno liberal (separación de poderes estatales, representación electoral del pueblo, imperio de la ley codificada, igualdad de derechos de los ciudadanos, garantías de ejercicio de libertades civiles...) se habían ido asentando firmemente después de la doble revolución inglesa del siglo XVII. Paradójicamente (y muy a tono con la evolución política del país hacia la plena democracia), tras ese fracaso prematuro la emancipación de los judíos británicos llegó en etapas a lo largo del siglo XIX: 1835 (admisión a cargos públicos municipales); 1858 (autorización para ocupar cargos parlamentarios), 1870 (eliminación de trabas para acceder a las universidades), 1890 (plena igualdad civil). Sin embargo, su aceptación social quedó simbolizada por el ascenso de Benjamin Disraeli (judío converso al anglicanismo) al cargo de primer ministro conservador (en 1868 y nuevamente entre 1874 y 1880).

La nueva república de Estados Unidos de América, surgida de la guerra de Independencia frente a la metrópoli británica, fue el segundo escenario, y el más radical, de ese proceso emancipador. No en vano, en diciembre de 1785, la Asamblea General del Estado de Virginia aprobó una *Ley de Libertad Religiosa* redactada por Thomas Jefferson que eliminaba cualquier tipo de inhabilitación civil por razones religiosas (y cuya esencia sería incorporada por la Constitución de EE.UU. de 1787):

Ningún hombre será obligado a frecuentar o apoyar ningún culto, servicio o entidad religiosa, ni será forzado, limitado, molestado o agraviado en su cuerpo o sus bienes, ni sufrirá de ninguna manera por sus creencias u opiniones religiosas. Por el contrario, todos los hombres serán libres para profesar y defender con argumentos sus opiniones en materia religiosa, sin que por ello se vean limitados, engrandecidos o afectados sus derechos civiles.[235]

Con la Gran Revolución del verano de 1789 en Francia, la antorcha liberal se trasladó de nuevo al continente europeo. Aunque la plena emancipación de los judíos franceses tuvo que esperar un par de años: el 28 de septiembre de 1791 la Asamblea Nacional decretó «la anulación de todas las restricciones y excepciones» que todavía afectaba a «los individuos de credo judío».[236] Fue el final de la obligación de vivir en el gueto y de todas las restantes inhabilitaciones que limitaban los derechos civiles de los judíos franceses. Casi de inmediato, el estallido del largo ciclo de guerras revolucionarias y napoleónicas (1792-1815) llevaron esa emancipación, al igual que los principios liberales, a todos los países ocupados por el ejército francés en Europa occidental: Holanda (1797), Bélgica (1797), Venecia (1797), Renania-Westfalia (1807), Hamburgo (1807), etc.[237]

A medida que nos desplazamos hacia el este de Europa, la emancipación judía sufrió los mismos avatares y retrasos que la propia revolución liberal. Por eso mismo, dejando a un lado los decretos emancipatorios impuestos por Napoleón y revocados parcialmente tras su derrota, en la Confederación Germánica y en el Imperio Austríaco hubo que esperar al triunfo de la revolución de 1848 para poner en prácticar *de facto* la emancipación de los judíos de esas sociedades. Y sólo después de 1867 y 1870, respectivamente, el Imperio austro-húngaro y el recién formado Imperio alemán decretarían la plena emancipación de todos los judíos de su territorio. Algo más tarde, con motivo de la reunión del Congreso de Berlín en 1878, esa misma medida fue aprobada en Serbia, Grecia y Bulgaria. En el caso del inmenso Imperio ruso de los zares, la conexión entre el liberalismo y la emancipación judía, o mejor aún entre el antiliberalismo y el antijudaísmo, fue incluso más clara y tajante. Allí las medidas emancipadoras se retrasaron hasta bien entrado el siglo XX, durante la efímera revolución democrática de 1917 que puso fin a la autocracia zarista y precedió al triunfo bolchevique y al comienzo de la guerra civil rusa.

Esta notoria diferencia cronológica entre la emancipación judía en Europa occidental y en Europa centro-oriental es doblemente

significativa porque desde aproximadamente el siglo XVII la población judía europea estaba concentrada abrumadoramente en la zona oriental del continente. Y, para entonces, como desde hacía siglos, Europa era el hogar del 90 por ciento de la judería mundial (poco más de dos millones y medio de personas).[238]

En efecto, en los países de Europa occidental, durante todo el siglo XIX, las comunidades judías, de procedencia sefardita, eran pequeñas en términos numéricos, bastante integradas en el plano socio-cultural y poco visibles y amenazantes para el resto de la población en términos simbólicos y de imaginario popular. Así, por ejemplo, en 1860, Gran Bretaña apenas contaba con una comunidad judía de 60.000 personas: el 0,2% de la población total. Si bien para 1900 la judería británica había crecido hasta los 200.000 efectivos (en gran medida por inmigración procedente de Europa oriental), seguían siendo sólo un 0,5 por ciento de una población total que había experimentado un crecimiento también muy notable y sostenido. Por su parte, Francia contaba en 1860 con una población judía de sólo 70.000 personas, el 0,2 por ciento de su población. Cuarenta años más tarde la cifra había ascendido hasta los 80.000 efectivos, permaneciendo en la misma proporción su porcentaje demográfico dentro de la población francesa. En el caso de los Estados italianos, a mediados de siglo XIX no contaban con más de 25.000 judíos en su conjunto, un mero 0,1 por ciento de la población total peninsular. A la altura de 1900 esa cifra había ascendido hasta los 35.000 judíos pero seguía manteniéndose en la misma proporción respecto al total de habitantes de la Italia unificada. El resto de los países europeos occidentales oscilaba entre la práctica ausencia de comunidades judías (caso de Portugal y España) y el estimable número de judíos acogidos en los Países Bajos desde los tiempos de la Reforma calvinista (unos 104.000 a principios del siglo XX: el 2 por ciento de la población holandesa).[239]

Por el contrario, a medida que tornamos la mirada hacia el centro y el este del continente, vemos aumentar el número de efectivos de la población judía y podemos apreciar su menor integración social y cultural y el mayor recelo y hostilidad que abrigan hacia ella las poblaciones nativas. Además, las filas de esta judería askenazi experimentaron un notable incremento demográfico durante todo el siglo XIX y con posterioridad.

A título de ejemplo, en 1860 en los territorios de Alemania residían 450.000 judíos que representaban el 1 por ciento de la

población total; en 1900 esa cifra había ascendido a 587.000 judíos y se mantenía en la misma proporción respecto del total de población alemana. Por lo que respecta al Imperio austríaco (desde 1867 Imperio austro-húngaro), las cifras son aún más importantes y su crecimiento más intenso. Mientras que a principios de siglo XIX la parte alemana del imperio apenas cuenta con población judía, a finales de la centuria su número alcanza ya la cifra de 200.000 almas (casi el 5 por ciento de la población total de esa parte del Imperio que gravitaba en torno a Viena). Y en la parte húngara el perfil es aún más acusado: mientras que a mediados del siglo XIX estaban registrados 450.00 judíos en ese territorio (el 3,3 por ciento de la población), en 1900 la cifra había ascendido a 850.000 personas y representaba el 5 por ciento de la población total húngara.[240]

Pero, sin duda, era en el Imperio ruso de los zares donde se concentraba la mayor población judía de Europa y la más empobrecida, aislada y tradicional. De hecho, tras el reparto y desmembración de Polonia en 1772, la mayoría de la población judía del mundo vivía bajo la soberanía de los zares en la llamada «Zona de Establecimiento Judío Autorizado» (el *Pale*), un amplio círculo que comprendía la Polonia oriental, la zona báltica de Lituania, partes de la Rusia blanca y el oeste de Ucrania. En el año 1900, el *Pale* era el área de residencia de la mitad de los 10,6 millones de judíos del mundo: 5.190.000 millones de personas que representaban el 4,1 por ciento de la población total del imperio.[241] Se trataba de comunidades de judíos ortodoxos, que seguían dejándose crecer la barba y los rizos, vistiendo caftanes negros y calcetines blancos, hablando básicamente el *yiddish* (un dialecto germánico medieval) y cultivando una mentalidad religiosa de fortaleza asediada en un mundo inmutablemente hostil.

En gran medida, la miseria y persecución sufridas por esta inmensa población judía rusa provocarían la constante emigración durante el siglo XIX y principios del siglo XX de los *Ostjuden* (en alemán: «judíos orientales») hacia los países de Europa central y occidental, incrementando el número de las comunidades judías alemanas y austro-húngaras con unos recién llegados empobrecidos, muy tradicionalistas en el plano religioso-cultural y muy visibles y contrastados en su dimensión social. De hecho, entre 1881 y 1914 casi 2,5 millones de judíos rusos abandonarían el *Pale* para emigrar a zonas menos hostiles (casi dos millones a EE.UU., el resto a países europeos, americanos y africanos, incluyendo unos 70.000 a

Palestina).[242]

Dejando a un lado esa inmensa y dispersa «reserva» judía de la Rusia zarista, a pesar de que la población judía en Europa occidental y central no era excesiva, su concentración en las grandes ciudades magnificaba su número y hacía más visible y notoria su presencia en el seno de las sociedades anfitrionas. De hecho, durante todo el siglo XIX, más de la mitad de la población judía de Gran Bretaña y de Francia tuvo su residencia en Londres y París: hacia 1880, 45.000 de los 60.000 judíos británicos vivían en la capital británica, en tanto que 40.000 de los 80.000 judíos franceses lo hacían en la capital gala.[243]

En el caso de Alemania, la creciente comunidad judía se concentraba en las grandes ciudades del norte y del este: Berlín, Hamburgo, Breslau, Leipzig, etc. En la capital de Prusia y luego del Imperio alemán, la población judía saltó de 3.373 personas a principios del siglo XIX (1816) hasta 86.152 a finales de siglo (1895). Para entonces, los judíos habían llegado a representar el 5,1% de una población berlinesa de 1,67 millones de habitantes. La atracción de Berlín fue tan intensa que en 1910 más de una cuarta parte de los judíos residentes en Alemania vivían en la capital. Con una crucial particularidad en su composición: una gran parte de esos nuevos berlineses eran judíos inmigrantes ortodoxos procedentes del este de Europa. Y esa transformación no afectaba sólo a Berlín. En Leipzig, por ejemplo, hacia 1910, sobre un total de poco más de 9.000 judíos residentes, nada menos que 6.000 eran inmigrantes recientes provenientes de Rusia. En la ciudad de Dresde la proporción era similar: de los 3.700 judíos empadronados en torno a 2.000 eran *Ostjuden*.[244]

También en el Imperio austro-húngaro tuvo lugar el mismo proceso de concentración de la judería en las ciudades y expansión demográfica mayormente mediante inmigración desde el este. Incluso cabría decir que en el solar de la Monarquía Dual el proceso fue de mucha mayor intensidad y rapidez. Buen ejemplo es lo sucedido en la propia capital imperial: a mediados del siglo XIX (hacia 1857), en Viena sólo residían 6.217 judíos, un mero 1,3 por ciento del casi medio millón de habitantes empadronados. Sin embargo, en 1890 la cifra se había multiplicado hasta superar los 118.000 judíos: el 8,7 por ciento de los 1,3 millones de habitantes. Probablemente el 70 por ciento de esos nuevos judíos vieneses eran inmigrantes procedentes de la zona oriental del continente.[245]

En la otra capital del Imperio, las cifras son todavía más elocuentes. En 1869 Budapest contaba con 44.890 judíos que representaban ya un 16,6 por ciento de los habitantes de la ciudad. Apenas cuarenta años más tarde, en 1910, la capital húngara acogía a 203.687 judíos que suponían el 23,1 por ciento de todos sus habitantes. Esa escalada numérica hasta alcanzar casi la cuarta parte del padrón le valió a la ciudad el sobrenombre coloquial (y apenas veladamente peyorativo) de «Judapest».[246]

Incluso en el Imperio de los zares, a pesar de su relativo estancamiento económico y débil modernización productiva, se produjo el mismo proceso de concentración urbana de la judería. No en vano, Varsovia (entonces parte de la Polonia rusa) fue casi siempre durante el siglo XIX y hasta la ocupación nazi la mayor aglomeración urbana europea con presencia judía: unos 219.000 en el año 1900, lo que suponía el 34 por ciento de la población total de la ciudad. También era muy significativa la situación en Odesa, donde los 139.000 judíos existentes en 1900 representaban también el 34 por ciento de la población de ese puerto ucraniano. El caso de Cracovia era todavía más relevante: allí unos 26.000 judíos constituían el 39 por ciento de su población urbana. En la propia capital imperial, Moscú, la situación era notable: el número de judíos moscovitas en 1900 alcanza las 8.500 personas, un limitado 0,8 por ciento del total de habitantes.[247] En conjunto, los judíos que residían dentro del *Pale* de Rusia, aunque sólo eran el 11 por ciento del total de habitantes en ese territorio, proporcionaban el 40 por ciento de su población urbana.[248]

Por consiguiente, resulta incontestable que la emancipación de la judería europea a lo largo del siglo XIX fue paralela a un proceso de concentración de sus efectivos en las ciudades, lo que los hizo más visibles y palpables a ojos de sus convecinos de otra fe y confesión. Y ese mismo proceso fue completado y profundizado con una evidente concentración de los judíos en ciertas ocupaciones y profesiones cuyas puertas les habían quedado abiertas a raíz de la propia emancipación y de la eliminación de los guetos y las trabas tradicionales. Desde luego, además de seguir practicando con renovado éxito las funciones comerciales, financieras y artesanales tradicionales, los judíos emancipados comenzaron a ejercer las nuevas oportunidades abiertas en el campo de la actividad económica, de las profesiones liberales, del periodismo, de las artes e incluso de la política. El afán por aprovechar las nuevas posibilidades y el característico tesón cultivado

por una antigua minoría marginada y ascética, les deparó grandes triunfos en esos nuevos campos y les integró resueltamente en las nuevas capas burguesas generadas por el desarrollo capitalista. El consecuente ascenso social de los judíos se tornó así en un fenómeno perceptible ligado a la modernización económica y socio-política impulsada por las revoluciones liberales. No todos los judíos europeos participaron igualmente de ese proceso, evidentemente: el ascenso fue menor al este que al oeste y en particular en el seno de las comunidades de la Europa oriental, donde seguía siendo importante la dedicación campesina y agraria (una actividad ausente entre los judíos en Europa occidental pero que todavía ocupaba al 27 por ciento de los judíos ucranianos en 1921).[249] Sin embargo, en general, la participación de la judería en el proceso de modernización capitalista continental y los beneficios conseguidos resultaron clamorosos para la imagen popular y colectiva de unos parias marginados devenidos ahora en ciudadanos burgueses activos y emprendedores. Como ha señalado al respecto Albert S. Lindemann:

> El bienestar material y el éxito social de los judíos, la emergencia de una numerosa burguesía judía en la Europa occidental y en Estados Unidos a finales del siglo XIX, fueron parte de una notable ascensión de la judería a partir de los últimos decenios del siglo XVIII, cuando empezaron a obtener la igualdad civil. (...) La extraordinaria energía emanada del pueblo judío en su conjunto y, más palpablemente, de innumerables individuos prominentes de ascendencia judía, es uno de los más importantes y a veces olvidados fenómenos de los tiempos contemporáneos.[250]

En efecto, un mero repaso a algunas magnitudes bastará para demostrar el perfil y entidad de ese éxito social y profesional de los judíos emancipados, que llevó aparejada una sobrerrepresentación judía en ciertas ocupaciones y oficios ligados a la modernidad decimonónica. De hecho, como no han dejado de subrayar distintos autores y analistas, los judíos «desempeñaron un papel considerable en el impulso industrial» y destacaron en los negocios, las finanzas y las actividades profesionales urbanas. Así, por ejemplo, en Alemania, durante la segunda mitad del siglo XIX, los banqueros judíos proporcionaron en algunos momentos hasta dos tercios de los puestos en el consejo de administración del Banco Central de Alemania. La fama y fortuna de los Rothschild era así sólo la punta del iceberg de un fenómeno asombroso aunque explicable. Más aún: hacia 1880 más de la mitad de los diarios berlineses eran propiedad de empresarios judíos; en 1907 el 8 por ciento de los periodistas alemanes tenían origen judío. Y apenas terminada la primera década del siglo XX, los

disciplinados jóvenes judíos proporcionaban nada menos que el 6% del alumnado de la enseñanza superior, a pesar de que sólo constituían el 1% de la población alemana. El reverso de esos éxitos de los hijos y nietos de los emancipados, siempre basados en la voluntad de promoción social a través del esfuerzo personal, puede verse en la situación de los judíos en el Ejército alemán y en la administración civil del Estado. Aunque servirán como reclutas y soldados, los judíos nunca conseguirán llegar a la cima de la jerarquía y ninguno de ellos logrará siquiera entrar en su Estado Mayor. De hecho, en 1907, sólo se contarán 16 judíos en un cuerpo de oficiales de 33.000 hombres. Por lo que respecta a la burocracia imperial, en ese mismo año de 1907, del total de 12.600 personas que componen sus efectivos, sólo 244 serán de origen judío.[251]

En el caso del Imperio austro-húngaro, las cifras que denotan la vinculación entre presencia judía, desarrollo económico y reforzamiento burgués, son todavía más reveladoras. En 1881, en Viena los judíos representaban el 61 por ciento de los médicos practicantes, constituían el 58 por ciento de los abogados en ejercicio y proporcionaban casi un 80 por ciento de los empresarios banqueros. Diez años después, el 33,6 por ciento de los estudiantes de la Universidad de Viena eran judíos. Por lo que respecta a Hungría, las cifras son igualmente abrumadoras: en 1920 los judíos proporcionaban el 51 por ciento de los abogados, el 60 por ciento de los médicos practicantes, el 39 por ciento de los ingenieros y químicos, el 34 por ciento de los periodistas, el 23 por ciento de los actores y músicos y una gran mayoría de los hombres de negocios del comercio y las finanzas. Además, representaban «más de la mitad» de los directores y propietarios de fábricas.[252]

En definitiva, tras la emancipación los judíos se habían convertido en promotores y practicantes visibles (también en competidores temibles) de ocupaciones y profesiones asociadas al proceso de modernización económica y socio-política que tuvo lugar en toda Europa durante el siglo XIX. Y en esa asociación y éxito profesional radicó, paradójicamente, su vulnerabilidad como grupo y su renovada exposición al prejuicio y la denuncia. No en vano, en calidad de minoría recién emancipada con el liberalismo y muy activa en las actividades capitalistas urbanas, los judíos cosecharon el odio y el resentimiento de aquellos grupos urbanos y rurales que percibían con desconfianza y angustia el nuevo curso de los acontecimientos o se habían visto perjudicados por el rápido ritmo del cambio histórico.

Para todos ellos, el judío se convirtió en el símbolo del liberalismo, del capitalismo y, en suma, de la Modernidad: los agentes y beneficiarios de unas transformaciones y de un nuevo sistema que tanto les hacía padecer y sufrir. Incluso en el emblema de algo más denigrante y aborrecible: «el símbolo del capitalismo apátrida y egoísta»; «los portadores de la subversión social y cultural y cerebros grises de las revoluciones políticas»; «el enemigo interno». [253]

Por mera sobrerrepresentación numérica, en la Europa central y oriental esa conexión entre judíos y Modernidad fue mucho más evidente y, en consecuencia, el resentimiento hacia ambos fue tanto mayor y progresivamente más colérico. En esencia, el judío emancipado se fue convirtiendo en objeto de crítica y denuncia por parte de muchos sectores sociales y políticos muy heterogéneos y diversos: las clases nobles y terratenientes parcialmente desplazadas del poder político por el nuevo régimen del liberalismo; los pequeños y medianos campesinos amenazados por la dinámica del mercado agrario capitalista; los pequeños y medios artesanos cuyos oficios peligraban por el avance del maquinismo industrializador; las pequeñas burguesías comerciales y profesionales de las ciudades que debían competir con un recién llegado activo y voluntarioso; los clérigos y fieles de religiones antes hegemónicas y ahora socavadas por los procesos de secularización racionalista; etc. De sus filas y sobre sus prejuicios surgiría la base social latente e interesada del nuevo antisemitismo racial moderno. Y sobre sus temores y odios fue reactualizándose la imagen del judío que ya no era el villano tradicional del drama de la pasión cristiana, sino el símbolo de todo lo negativo de la modernidad, del capitalismo, del liberalismo, de la ciudad, del ateísmo secularizador, de la incertidumbre de los nuevos tiempos: el judío siempre errante y por siempre desarraigado, de nariz ganchuda, mentón prominente, mirada furtiva, orejas puntiagudas, cuerpo alargado, pies planos, manos húmedas y olor desagradable. El judío imaginado pero tallado sobre la pobreza y miseria del *Ostjuden* o sobre la fortuna y riqueza de los Rothschild, según conviniera al prejuicio y al estereotipo.

Este nuevo papel plurivalente del judío como paria y chivo expiatorio de todos los males y vicios presentes en la nueva sociedad de la Modernidad fue recogido fielmente por Leo Pinsker en su libro *Autoemancipación*, publicado anónimamente en Alemania en 1882. Su autor era entonces un oscuro médico judío ruso que había sido testigo en Odesa de los sangrientos pogromos desatados a finales de siglo en

el imperio de los zares. Y bajo la desoladora impresión dejada por esos crímenes había escrito el primer alegato pre-sionista a favor de la fundación de un nuevo país para acoger a los judíos perseguidos en todo el mundo:

> Para los vivos, el judío es un hombre muerto; para los nativos, es un extranjero errante; para los propietarios, es un mendigo; para los pobres y explotados, es un millonario; para los patriotas, es un apátrida; para todas las clases, es un rival.[254]

Sus afirmaciones no estaban muy lejanas de la realidad, lamentablemente, y abundarían las pruebas aducibles a este respecto. A título impresionista, sería suficiente citar tres casos representativos de esa percepción del judío emancipado como un peligroso rival. Ya a finales del siglo XVIII, cuando Döhm hizo pública su obra sobre el mejoramiento cívico de los judíos prusianos, el pastor luterano Schwager había respondido a sus propuestas de progresiva emancipación con una pregunta inquisitiva: «¿Y por qué debemos tomar medidas tan radicales para transformar el espíritu de los judíos y hacerlos así aptos para ciertos puestos, cuando tenemos ya suficiente número de candidatos con el espíritu apropiado?».[255] Pocos años más tarde, en 1817, a la vista de la tenue emancipación que siguió a la ocupación napoleónica, un magistrado de la ciudad de Frankfurt advertía que los judíos salidos del gueto «buscan denodadamente riquezas, honor, poder e influencia política» y que, si no se atajaba el proceso, pronto llegaría el momento en el que «tendremos abogados judíos, jueces judíos, inspectores tributarios judíos, maestros judíos y finalmente ministros judíos y quizá hasta algún tipo de dinastía judía de gobernantes».[256] Tres décadas después, en medio de las convulsiones de la revolución liberal-democrática de 1848, el gremio de zapateros de Viena se manifestaba resolutivamente en contra de la emancipación de los judíos de la ciudad con el siguiente argumento que testimonia tanto sus prejuicios ideológicos como su hondo temor a la nueva competencia:

> Si los judíos, en condiciones de dependencia y opresión, han sido capaces de elevarse hasta casi convertirse en los dueños del dinero en todo el mundo, ¿qué sucederá cuando se eliminen las últimas barreras que todavía contienen su indestructible espíritu de especulación?[257]

El éxito social y la fortuna económica cosechados por los antiguos marginados tras la emancipación pareció corroborar esos vivos temores y refrendar la validez de los viejos prejuicios. El campo

quedaría así abonado para la reactualización transformada de la judeofobia tradicional, que progresivamente devendría, gracias a la ciencia y a la mística de la raza, en el nuevo y moderno antisemitismo.

2. LA DOCTRINA DEL ANTISEMITISMO RACIAL: ENTRE EL CIENTIFISMO NATURALISTA Y LA METAFÍSICA DE LA RAZA

Sobre el mencionado contexto histórico del éxito socio-económico y cultural de los judíos emancipados tuvo lugar la cristalización de las nuevas doctrinas racistas antisemitas a lo largo del siglo XIX. Unas doctrinas muy diferentes ya del antiguo antijudaísmo basado en motivos de raíz cultural y religiosa, siempre reversibles mediante la asimilación o la conversión. En adelante, el antisemitismo racial no admitirá posibilidad alguna de «enmienda» o «salvación» para los afectados por el judaísmo porque el mal se lleva en la sangre, es hereditario, forma parte integral de su raza y responde a la ley de hierro de la naturaleza. Y en su calidad de nuevo sistema doctrinal, de conjunto de ideas trabadas en forma de sistema formal y coherente, el racismo surgió de la progresiva combinación y fusión entre dos corrientes intelectuales confluyentes: el cientifismo reduccionista de base naturalista biológica y la metafísica romántica de la raza.

La primera de las corrientes derivaba del pensamiento naturalista que había impulsado el desarrollo de la Biología y la Antropología desde los años finales del siglo XVIII, con los trabajos pioneros ya mencionados de Linneo, Buffon y Blumenbach, entre otros. Según este nuevo paradigma científico, el estudio y clasificación de los individuos y de las razas humanas era una parte más de los estudios zoológicos y debía atenerse a sus rigurosos métodos taxonómicos. El consecuente enfoque «naturalista» dejaba de lado las viejas nociones de conciencia, voluntad electiva y libre albedrío del individuo para centrar su interés en las inexorables leyes de «herencia» y «determinismo» que regían la vida de los «organismos» humanos con una lógica fatalista y preprogramada. El hombre dejaba así de ser un agente consciente y dotado de voliciones y opciones libres para devenir un objeto de análisis donde cabía registrar las pulsiones y normas derivadas de la naturaleza inexorable de su propio organismo biológico.[258] Como ha señalado con acierto el paleoantropólogo Stephen Jay Gould, este «determinismo biológico» implicaba el postulado de que:

...tanto las normas de conducta compartidas como las diferencias sociales y económicas que existen entre los grupos—básicamente, diferencias de raza, de clase y de sexo—derivan de ciertas distinciones heredadas, innatas, y que, en este sentido, la sociedad constituye un reflejo fiel de la biología.[259]

Una primera consecuencia de este reduccionismo naturalista, con su implícita fascinación por el número y la medición rigurosa, sería la aparición de pseudo-disciplinas científicas antropológicas llamadas a tener un amplio eco social y popular. Por ejemplo, en 1796 un médico anatomista alemán, Franz Joseph Gall, inauguró la craneoscopia bajo el nombre de *Frenología* (neologismo formado por los vocablos griegos que denotan «inteligencia» y «lógica»): la ciencia del análisis de las formas y estructuras del cráneo para determinar el carácter moral e intelectual de los individuos y sus comportamientos. Basándose en el supuesto de que la forma del cráneo responde a la conformación del cerebro (o lo que es lo mismo: que la forma exterior revela el fondo interior), Gall dedicó sus investigaciones a descubrir las configuraciones craneales para determinar las funciones específicas de cada órgano cerebral según su posición. En sus estudios pioneros se basarían con posterioridad médicos y antropólogos decimonónicos como el sueco Anders Retzius (inventor del «índice cefálico») o los franceses Georges Vacher de Lapouge y Paul Broca para efectuar múltiples mediciones craneales y antropométricas como base científica de su taxonomía racial.[260] Algunas veces esas investigaciones resultaron fructíferas y prestigiaron a sus autores y, de paso, a la disciplina, como cuando Broca descubrió en 1864 que la facultad del habla en los humanos se asienta en la tercera circunvolución del lóbulo frontal (conocida todavía hoy como «área de Broca»). Pero sus trabajos seguían atrapados en unos prejuicios y postulados ideológicos que distorsionaban frecuentemente sus resultados científicos. A título de ejemplo, el propio Broca partía del supuesto erróneo de que las medidas del cráneo eran la clave de la inteligencia y de la jerarquización de géneros y razas:

En general, el cerebro es más grande en los adultos que en los ancianos, en los hombres que en las mujeres, en los hombres eminentes que en los de talento mediocre, en las razas superiores que en las razas inferiores. (...) A igualdad de condiciones, existe una relación significativa entre el desarrollo de la inteligencia y el volumen del cerebro. (...) Un rostro prognato [proyectado hacia adelante], un color de piel más o menos negro, un cabello lanudo y una inferioridad intelectual y social, son rasgos que suelen ir asociados, mientras que una piel más o menos blanca, un cabello lacio y un rostro ortognato [recto], constituyen la dotación normal de los grupos más elevados de la escala humana. (...) Ningún grupo de piel

negra, cabello lanudo y rostro prognato ha sido nunca capaz de elevarse espontáneamente hasta el nivel de la civilización.[261]

Casi a la par que se constituía la frenología craneoscópica, el pastor y anatomista suizo Johann Caspar Lavater inauguraba en 1772 la moderna *Fisiognómica*: la disciplina pseudo-científica que asume como principio que la apariencia externa del hombre, en particular su cara y rostro, refleja la condición moral e intelectual de los individuos y permite su clasificación tipológica rigurosa. En otras palabras y como señalaba el viejo dicho popular desde época clásica: «la cara es el espejo del alma». Casi al mismo tiempo, el también anatomista y naturalista holandés Pieter Camper había avanzado en esa misma estela fisiognómica mediante la elaboración de un índice de estudio y taxonomía del rostro humano: «el ángulo facial». Los posteriores cultivadores de la Fisiognómica operarían bajo el supuesto de que la apariencia externa anatómica y biológica es el fiel reflejo de la condición interior de los hombres y que puede explicarse el carácter y conducta de un individuo mediante la observación y análisis de sus rasgos, sus labios, sus gestos, etc.[262] De este supuesto partiría el famoso médico italiano Cesare Lombroso en la segunda mitad del siglo XIX para fundar la *Criminología* o *Antropología Criminal* con su estudio *L'uomo delincuente* (1876). En el mismo declaraba y trataba de probar (sobre la base del estudio de los delincuentes en Sicilia) que el criminal innato llevaba en el rostro los síntomas físicos de su degeneración moral, asumiendo que la base de la alteración de la conducta social estaba en razones de tipo biológico. Y, por supuesto, esos síntomas físicos eran hereditarios e incorregibles: los criminales atávicos eran virtualmente simios que vivían entre nosotros, «individuos marcados por los estigmas anatómicos del atavismo».[263] Lombroso prestaría un gran servicio al racismo al postular, igualmente, que esas características «anormales» y «desviadas», esos «estigmas simiescos», siempre tenían una base racial incontestable:

Cuando se piensa que el bandidaje en Sicilia se concentra, casi todo, en aquel famoso valle de la Cuenca de Oro, donde las rapaces tribus beréber y semita tuvieron las primeras y más tenaces estancias, y donde el tipo anatómico, las costumbres, la política y la moral conservan una impronta árabe, ... es fácil persuadirse que la sangre de aquel pueblo conquistador y rapaz, hospitalario y cruel, inteligente aunque supersticioso, móvil siempre e inquieto y desdeñoso de freno, debe tener su parte en formentar las súbitas e implacables sediciones, y en perpetuar el bandidaje, que, justo como en los primeros árabes, allí se confunde no pocas veces con la política, e incluso fuera de ésta, no suscita el horror ni la aversión que suele en pueblos mucho menos inteligentes, pero más ricos en sangre aria, incluso de la

misma Sicilia, por ejemplo de Catania, Mesina.[264]

A este respecto, es muy significativo que muchos de los síntomas de degeneración física y corporal señalados por Lombroso para detectar al criminal innato fueran ya rasgos iconográficos aplicados al estereotipo del judío desde hacía muchos años: nariz ganchuda, mirada torva, mentón prominente, orejas puntiagudas, sudoración excesiva, manos húmedas, etc.[265]

Sin embargo, a pesar del temprano éxito de la frenología y la fisiognómica, el verdadero triunfo de la «ciencia racial» sólo se produjo a mediados del siglo XIX, tras la publicación en 1859 de la obra del naturalista inglés Charles Darwin titulada *El origen de las especies por medio de la selección natural*. En ella, Darwin demostraba el principio biológico de la evolución de las especies mediante una selección natural basada en «la supervivencia de los más aptos en la lucha por la vida». La obra tuvo un impacto crucial en los medios intelectuales y populares porque suponía el entronamiento de la ciencia biológica como parámetro explicativo de la vida (el evolucionismo) y arrumbaba o eclipsaba las viejas teorías religiosas y místicas inmemoriales (ancladas en el creacionismo divino). No en vano, su deducción más preclara no dejaba inmune a ningún contemporáneo: los hombres ya no éramos los hijos singulares de un Dios creador, dotados de alma y libertad desde el principio, sino más bien los vástagos de la ameba por medio de otros animales evolucionados en un medio hostil. Desde entonces, la «naturaleza», entendida antaño como ámbito de orden, armonía y equilibrio, pasó a ser un reino en continua evolución y en gran medida terrible y tiránica desde el punto de vista humanitario.[266]

Las tesis evolucionistas de Darwin no tardaron en ser adaptadas miméticamente al campo de la antropología y la sociología, dando origen al llamado «darwinismo social» y «darwinismo racial». Como subrayaría el biólogo alemán Ernst Haeckel en 1868: «el hombre no es sino el animal vertebrado más desarrollado y todos los aspectos de la vida humana tienen su paralelo en el reino animal». El propio Darwin se había apuntado en 1861 a esa trasposición de planos (del biológico al antropológico) al sostener que «una cantidad incontable de razas inferiores serán eliminadas por las razas superiores civilizadas en todo el mundo». Y el filósofo Herbert Spencer popularizó la noción «de la supervivencia de los más aptos» como clave explicativa del progreso de la sociedad, a través de la competencia ineluctable entre los

distintos individuos y los grupos humanos.[267]

Basándose en esos principios, los antropólogos racial-darwinistas sostendrían que la humanidad era una rama más de las especies biológicas, que estaba sometida en todo a sus leyes y valores, y que el progreso humano era el resultado de una evolución natural donde sólo las especies y las razas más aptas sobrevivían a los desafíos. En otras palabras: los más aptos mostraban su superioridad, en términos de salud, fuerza e inteligencia, allí donde fracasaban las especies y razas menos aptas e inferiores en todos esos planos. En consecuencia, el sujeto de la selección natural y de la lucha por la vida ya no era la especie humana ni el individuo humano considerado aisladamente, sino las especies y las razas humanas en su pluralidad y en su «positiva» jerarquía. Porque, además, el racial-darwinismo impugnaba la idea monogenésica de que la humanidad fuera el producto de un mismo antepasado (ya fuera «el mono» darwiniano o la pareja bíblica de Adán y Eva) y sostenía la hipótesis poligenésica (cada raza viviente era el resultado de una especie distinta con proceso evolutivo diferente). Una cita del biólogo británico Karl Pearson ya en el año 1900 puede ilustrar claramente el supuesto refrendo científico que esta versión del darwinismo social prestó a la doctrina racista:

> La historia nos demuestra un único modo en el que se produce un estado de civilización. A saber: la lucha de una raza contra otra raza y la supervivencia de la raza más apta mental y físicamente. (...) Esta dependencia de la supervivencia de la raza más apta, terrible como pueda parecer a alguien, proporciona a la lucha por la vida sus rasgos redentores; es la terrible prueba de la que surje el mejor acero. (...) El camino del progreso está sembrado de despojos de las naciones; por todas partes hay restos visibles de la hecatombe de las razas inferiores y de las víctimas que no encontraron el estrecho camino hacia la mayor perfección.[268]

Como derivación casi inevitable de esa concepción racial de estirpe social-darwinista, surgió la preocupación por garantizar el buen funcionamiento de las leyes de la naturaleza en el ámbito evolutivo humano, asegurando que la «lucha por la vida» depurara los especímenes e individuos superiores, únicos dignos de supervivencia y continuidad, a tono con el principio de selección natural. El científico británico sir Francis Galton, primo y admirador de Darwin y maestro de Pearson, fue el primero en tratar de aplicar las leyes biológicas de la herencia para contribuir al perfeccionamiento de la especie humana. Su influyente libro *El genio hereditario*, de 1869, sostendría el carácter hereditario de la inteligencia humana e inauguraría así una nueva disciplina pseudocientífica: la *Eugenesia* (de la combinación de

los vocablos griegos «bien» y «engendramiento»). En esencia, la doctrina eugenésica pretendía asegurar que las crías humanas recibieran mediante la herencia genética sólo los mejores rasgos de sus progenitores, para mejorar así el capital racial de la descendencia, evitando mediante distintos recursos (principalmente la esterilización) la posible descendencia de individuos lastrados física o psíquicamente. Galton pretendía sobre todo atajar la amenaza para el bienestar social que suponía la ilimitada capacidad para procrear del «incompetente, el enfermizo, el desesperado». Y por eso su éxito social e institucional fue inmediato y gran parte del mundo occidental conoció la difusión de centros oficiales para la implantación de medidas eugenésicas profilácticas.[269]

Pero esa misma preocupación podía aplicarse a las razas y ya no sólo a los individuos. Y bajo ese mismo impulso eugenésico, en Alemania, desde finales del siglo XIX proliferaron los «Institutos de Higiene Racial», cuyo objetivo era precisamente la preservación de la pureza racial mediante la evitación de su mayor peligro y amenaza: la degeneración por medio de la hibridación y el mestizaje, el supuesto efecto inevitable del cruce fértil entre individuos de distinta raza. En efecto, la «degeneración» ocasionada por la fertilidad de uniones interraciales fue un temor omnipresente desde finales del siglo XIX en los medios científicos dedicados al estudio de la eugenesia racial. Y se hizo también un temor popular al difundirse su aura de verdad científica incontestable en el momento álgido de la constitución de imperios coloniales europeos (que implicaban un mayor contacto interracial): la mezcla entre razas distintas siempre produce un vástago «degenerado» porque las leyes de la herencia imponen la devaluación de la descendencia. El famoso anatomista escocés Robert Knox, autor del influyente libro *Las razas humanas* (1850), se convertiría en uno de los principales defensores del poligenismo y uno de los mayores debeladores de la mezcla racial por su peligro para el bienestar social de la humanidad. En 1861 publicaba en la prestigiosa *Anthropological Review* de Londres un artículo que contenía una cruda advertencia al respecto:

> Las variadas especies del hombre constituyen una gran familia natural. Cada especie o raza tiene un cierto grado de antagonismo con las otras, con algunas más, con otras menos. Ellas nunca se cruzan; y, si un accidente origina un entrecruzamiento, finalmente se separan en sus elementos primitivos. La historia original de la humanidad es hasta ahora desconocida. (...) es en los caracteres externos principalmente donde debemos buscar las diferencias específicas.[270]

Y no sería el único ni el menos influyente de los científicos que traspasaban con armas y bagaje la línea divisoria que separa el conocimiento científico de la propaganda ideológica. Por aquellos mismos años, el presidente de la honorable *Sociedad Etnológica* de la capital británica, el doctor John Crawfurd, aludía directamente a la «raza judía» y afirmaba con tanta convicción como aplomo:

> La unión de una raza superior con una inferior degenera. (...) La unión de las especies superior e inferior de la raza humana conduce a una progenie intermedia, inferior a la primera y superior a la última. (...)
>
> Allá donde los judíos se han mezclado con las razas asiáticas, el resultado ha sido el deterioro. No así en Europa, porque aquí ni han sufrido ellos el mismo deterioro, ni han perjudicado a la raza con la que se han cruzado. Aquí se están enfrentando en términos de igualdad con las razas entre las que se han establecido.[271]

De esos pronunciamientos hechos por científicos reputados y respetados surgiría la noción popular del «pecado contra la sangre» y contra la naturaleza implícito en la hibridación y el mestizaje, que podría conducir a la destrucción de la raza superior y de su civilización si no se evitaba y atajaba a tiempo y con los recursos estatales disponibles.[272] Su corolario explícito sería la imposibilidad biológica de suprimir las diferencias raciales por ningún medio, ni siquiera la educación y la cultura, como subrayaría el filósofo materialista francés Jules Soury apenas comenzado el siglo XX:

> El producto fecundado del huevo de un ario o de un semita deberá reproducir los rasgos biológicos de la raza o de la especie, cuerpo y alma, con la misma seguridad que el embrión, el feto, el joven y el adulto de cualquier otro mamífero. Criad un judío en una familia aria desde su nacimiento (...) ni la nacionalidad ni el lenguaje habrán modificado ni un átomo de las células germinales de este judío, ni por consiguiente de la estructura y de la textura hereditaria de sus tejidos y sus órganos.[273]

Frente a esas declaraciones rotundas sancionadas por una parte de la comunidad científica, poco pudieron hacer por entonces los antropólogos menos doctrinarios y más libres de prejuicios raciales o anteojeras nacionalistas. A título de ejemplo, en 1886, en pleno auge de esa ideología cientifista racial, un eminente antropólogo alemán, Rudolf Virchow, publicó los resultados de sus dilatadas investigaciones de más de un decenio sobre las características antropométricas (cráneo, pelo y ojos) de un total de 6.760.000 niños alemanes (incluyendo separadamente a 75.377 niños judíos residentes

en Alemania). Para escarnio de los profetas del racismo científico, el trabajo de Virchow demostraba que no había uniformidad racial alemana alguna, como tampoco uniformidad racial judía. No en vano, de los niños alemanes investigados sólo el 31,8 por ciento eran rubios puros, en tanto que los morenos netos eran el 14,05 por ciento y los tipos intermedios dominaban claramente con el 54,15 por ciento del total. En el caso de los niños judíos examinados, el 11 por ciento eran rubios puros, los morenos netos representaban el 42 por ciento y los tipos intermedios suponían también la amplia mayoría con el 47 por ciento del total.[274]

En principio, la exhaustiva investigación de Virchow debería haber anulado las controversias sobre la existencia de razas puras en Alemania (y por extensión en toda Europa). Pero no fue así, ni mucho menos, porque la idea de raza se había fundido tan profundamente con los mitos, estereotipos y prejuicios cultos y populares que resultaba virtualmente indestructible ante cualquier refutación racional y científica. Por eso mismo, el prestigo pseudo-científico y popular de la craneología y del cráneo dolicocéfalo como propio de las razas superiores no padeció mengua o rebaja alguna. A pesar de que a finales del siglo XIX un eminente antropólogo norteamericano, Franz Boas, logró demostrar que el índice craneal variaba muchísimo entre los sujetos adultos del mismo grupo, así como en el transcurso de la vida de un mismo individuo. Y pocos años después el mismo Boas remataría la validez científica de ese prejuicio frenológico con otra investigación todavía más relevante:

> Además, descubrió diferencias significativas entre el índice craneal de padres de inmigrantes y el de sus hijos nacidos en Norteamérica. Así, la inmutable estupidez del braquicéfalo procedente del sur de Europa podía variar hacia la norma dolicocéfala nórdica en el transcurso de una sola generación nacida en un medio diferente.[275]

La segunda corriente intelectual que, junto al reduccionismo científico-naturalista, dio origen a la doctrina racista decimonónica fue la metafísica romántica de la Raza. Los formuladores y teóricos de esta corriente no eran ya investigadores que se apoyaban en supuestas verdades derivadas del cultivo de las ciencias biológicas y antropológicas, sino que tendían a orillar esa fundamentación racionalista y científica para apelar a credos e intuiciones metafísicas, que subrayaban el misterio irracional, telúrico e insondable de la raza.

Quizá el primero y más famoso de sus cultivadores fue un

aristócrata y diplomático francés muy singular: el conde Arthur de Gobineau, autor del libro *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, publicado en volúmenes entre 1853 y 1855, después del reflujo de la revolución de 1848, que le había disgustado mucho por los aires plebeyos, igualitarios y antiaristocráticos implícitos en el liberalismo democrático. Su punto de partida radicaba en la identificación de la «raza» como criterio y patrón crucial de explicación de «todo el curso de la historia humana»: «Me he convencido gradualmente de que la raza eclipsa a todos los otros problemas de la historia y que constituye la clave de los mismos». Para él, la existencia de razas superiores (los blancos) e inferiores (negros y amarillos) era casi una mera constatación estética, en la medida en que su raza superior coincidía exactamente con el tipo ideal de belleza clásica griega (incluyendo su «nariz» y el canon anatómico de altura del cuerpo equivalente a siete veces la cabeza, según las tipologías de Winckelmann). El conde de Gobineau tuvo también la trágica fortuna de calificar al «mejor» segmento de esa raza blanca superior como «raza aria», utilizando un término recién acuñado por la ciencia lingüística que denotaba a los hablantes de las lenguas indoeuropeas (sánscrito, iranio, griego, latín, todas ellas derivaciones de una previa lengua común generatriz: el indoeuropeo) y que no tenía ninguna pretensión racial u antropológica.[276] De nada valió que el prestigioso lingüista Max Müller, uno de los grandes especialistas decimonónicos en lingüística indoeuropea, saliera al paso de ese uso abusivo del término «ario», que sólo significaba «cultivadores de tierra» y carecía de connotación racial o anatómica alguna:

> Declaro una vez más que cuando digo «arios» no quiero decir sangre ni huesos ni pelo ni cráneo; quiero decir simplemente aquéllos que hablaban una lengua aria. Cuando hablo de ellos no me refiero a ninguna característica anatómica. Para mí, un etnólogo que habla de la raza aria, de la sangre aria, de los ojos y pelo arios, es un pecador tan grande como el lingüista que habla de un diccionario dolicocéfalo o de una gramática braquicéfala.[277]

Una mera cita de un párrafo de la obra cumbre de Gobineau servirá para apreciar esa curiosa mezcla de juicios estéticos y elucubraciones metafísicas que fundamentaba su concepción racial:

> La raza blanca tenía originariamente el monopolio de la belleza, la inteligencia y la fortaleza. Mediante su mezcla con otras variedades se generaron híbridos que eran bellos sin fortaleza, fuertes sin inteligencia o, si inteligentes, tanto débiles como feos.

[278]

Como segundo cultivador influyente de esta nueva metafísica romántica de la raza cabría mencionar al músico alemán Richard Wagner, amigo personal de Gobineau y ferviente admirador público de su obra. Su animosidad contra los judíos fue paralela a su abandono de la antigua fe liberal para abrazar el nacionalismo germánico racialista entonces en proceso de configuración. De hecho, en 1850 ya había escrito anónimamente y bajo pseudónimo su ensayo *El judaísmo en música*, que contenía una «revulsión emocional contra las características físicas del judío del tipo tradicional» y denunciaba vehementemente la supuesta «*judeización* del arte moderno» implícita en el éxito de autores por él despreciados como eran sus contemporáneos Felix Mendelssohn y Giacomo Meyerbeer. Según Wagner, los judíos carecían de creatividad artística y sólo eran capaces de imitaciones eclécticas nunca originales: «El judío habla la lengua de la nación en la que vive generación tras generación, pero siempre la habla como un extranjero».[279] Y esa diatriba no excluía a su antiguo conocido y admirado autor, Heinrich Heine, uno de los grandes poetas líricos del idioma alemán en la primera mitad del siglo XIX, a pesar de su conversión al luteranismo: «Heine era la conciencia del judaísmo del mismo modo que el judaísmo es la conciencia diabólica de nuestra moderna civilización». Su hostilidad había devenido en claro antisemitismo racial hacia 1869, cuando Wagner publicó nuevamente su obra con ampliaciones y bajo su propia firma. Para entonces, su denuncia del control judío sobre la cultura y la vida de Alemania contenía ecos de mayor dramatismo y urgencia:

> De acuerdo con la constitución actual de este mundo, el judío está en verdad más que emancipado; gobierna y gobernará en tanto que el dinero siga siendo el poder ante el que todos nuestros actos y labores pierden su fuerza. (...) El judío, que como todo el mundo sabe tiene un Dios para él solo, en la vida ordinaria nos sorprende básicamente por su apariencia exterior que, no importa a qué nación europea pertenezca, tiene siempre algo aborreciblemente extraño a esa nación. Instintivamente buscamos evitar contactos con un hombre que tiene esa apariencia; un hombre cuya apariencia tenemos que considerar inadecuada para el genio artístico (no sólo esta o aquella personalidad sino todos los de su raza en general); y que tampoco podemos considerar capaz de ninguna realización artística de esencia puramente humana.[280]

Durante aquel tercio final del siglo XIX, la residencia de Wagner en la pequeña ciudad bávara de Bayreuth se convirtió en el centro de animación espiritual de una nueva metafísica nacionalista racial y

furibundamente antisemita. Allí se estrenarían sus óperas *El anillo del nibelungo* y *Parsifal*, como parte de festivales nacionalistas que pasaron a constituir verdaderas ceremonias laicas de una secularizada religión teutónica y germánica. Una religión laica según la cual Dios se había encarnado en la raza alemana, en tanto que Satán había tomado cuerpo en la raza judía.[281]

El tercer cultivador del misticismo racial antisemita sería el yerno del propio Wagner e ideológo del círculo de Bayreuth, el ensayista anglo-germánico Houston Stewart Chamberlain. De su mano surgiría en 1899 el libro *Los fundamentos del siglo xix*, la justificación pseudofilosófica del racialismo teutónico wagneriano mediante metáforas simbióticas de juicios estéticos y supuestos metafísicos. Por ejemplo, según Chamberlain las características somáticas e intelectuales de la raza aria o teutónica seguían siendo las de la Grecia clásica idealizada:

> Los grandes ojos de color azul celeste, el pelo rubio, la estatura alta, el desarrollo muscular simétrico, el cráneo alargado (que un cerebro siempre activo e inquisitorio ha extendido hacia el frente, modificando las formas redondas propias de los animales), el porte noble exigido por una elevada vida espiritual como soporte de su expresión. (...) Sólo por una vergonzosa indolencia intelectual o por reprobable falsedad histórica puede negarse la evidencia de que la entrada de las tribus germánicas en la historia mundial significó el rescate de una humanidad agónica de las fauces de una eternidad bestial.[282]

Y el complemento negativo de esa raza excelsa era precisamente la raza judía, su auténtico reverso, que había violado la «ley de la sangre», «la santidad de las leyes físicas», para extender su poder e influencia por todo el mundo mediante la expansión de «un rebaño de mestizos pseudo-hebraicos, un pueblo que más allá de toda duda está degenerado física, mental y moralmente». Según Chamberlain, a pesar de la retórica liberal que hablaba de «la humanidad» y predicaba su fraternidad, la realidad era que teutones y judíos libraban «una lucha a vida o muerte» para asegurar su descendencia y posición jerárquica: «Y donde la lucha no es a cañonazos se presenta en forma silenciosa dentro de las sociedades: matrimonios, supresión de las distancias para fomentar las uniones...». El tema final del prolijo y confuso ensayo era una llamada a la liberación de ese yugo impuesto por la judería internacional sobre la raza teutónica germánica:

> Pero este pueblo extranjero, eternamente extraño porque está unido a una ley ajena que es hostil a todos los otros pueblos, este pueblo extranjero se ha convertido precisamente en el curso del siglo XIX en un factor constitutivo

desproporcionadamente importante y en muchas esferas actualmente dominante de nuestras vidas. (...) Nuestro gobierno, nuestras leyes, nuestra ciencia, nuestro comercio, nuestra literatura, nuestro arte... prácticamente todas las ramas de nuestra vida han devenido más o menos voluntariamente en esclavas de los judíos.[283]

En el caso alemán, esta metafísica esteticista y romántica de la raza se entretejió durante todo el siglo XIX con la llamada ideología *völkish* (nacional-populista). Para comprender su gestación y potencia, debe recordarse que Alemania era entonces «una expresión geográfica» carente de cualquier tipo de unidad política (a finales del XVIII estaba compuesta por más de trescientas entidades independientes) y sólo definida por una comunidad lingüística de variantes dialectales bastante heterogénea y en vías de superación mediante la conformación de una norma culta superior. En ese contexto de falta de unidad político-cultural y aspiración a su consecución plena, desde finales del siglo XVIII, para los teóricos del nacionalismo alemán el *Volk* no era simplemente el «pueblo» en cuanto que agregado de individuos, sino el organismo que contenía la esencia inmaculada de la Nación y la Patria y que vivía a través de sus hijos y transcendía su propia individualidad, arraigada siempre en un suelo naturalizado como solar nacional y manifestada a través de los rasgos de su «carácter y espíritu nacional» (*Volksgeist*). El pueblo alemán era así, pese a su división coyuntural, una comunidad orgánica viviente que comprendía en sí misma a «todos los pequeños individuos», «una totalidad única» forjada mediante la «fusión interna de todos los rasgos de su carácter, en un modo uniforme de manifestación de éstos: en su pensamiento, su lengua, su fe y su devoción a su constitución (histórica)».[284]

Desde los escritos iniciales de Johann Gottfried Herder, J. G. Fichte y Friedrich Ludwig Jahn hasta los más tardíos de Paul de Lagarde y Heinrich von Sybel, todos los teóricos nacionalistas *völkish* subrayaban la singularidad racial, lingüística y cultural de un pueblo alemán ligado a través de los tiempos históricos por dos elementos claves y constantes: la sangre y la tierra (*Blut und Boden*). Un pueblo orgánico, un sujeto colectivo vivo, cuyo carácter, destino e intereses era superior al de cada uno de sus miembros individuales porque era condición de posibilidad del propio individuo, la fuente matriz de su vida como persona auténtica. El individuo específico era así la emanación derivada del *Volk*, no su fundamento inicial y previo, porque era, en palabras de Herder, «una planta natural lo mismo que una familia, sólo que ostenta mayor abundancia de ramas».[285] El mismo Herder

acuñaría la palabra *Volk* para denotar esa entidad colectiva viva y orgánica anterior y superior a sus hijos individuales: «Maravillosa, extraordinaria cosa es lo que se llama espíritu genético y carácter de un pueblo. Es inexplicable e inextinguible; tan viejo como la nación, tan viejo como el país que habita» (Herder). Y añadiría su casi contemporáneo Friedrich Schelling: «Es la metafísica la que crea los estados orgánicos y hace que una masa de seres humanos llegue a ser un solo corazón y un solo alma, o sea un pueblo. En una palabra, toda metafísica descansa sobre el sentido de totalidad».[286] El consecuente grado de suprema satisfacción racial y nacionalista, un auténtico complejo de superioridad compensatorio, llegaría a su cumbre con multitud de obras populares o pseudo-científicas que atribuían a la raza y nación germánicas todas las virtudes humanas y todas las hazañas de la historia y la civilización. A título de ejemplo, a principios del siglo XX un manual de *Antropología política* del profesor Ludwig Woltmann apuntaba las razones históricas por las que «la raza germánica ha sido seleccionada para dominar la tierra»:

> El conjunto de la civilización europea, incluso en los países eslavos y latinos, es un logro de la raza germánica. Francos, normandos y burgundios en Francia, visigodos en España, ostrogodos, lombardos y bajuvaris en Italia, plantaron las semillas antropológicas de la cultura medieval y moderna de esos estados. El Papado, el Renacimiento, la Revolución Francesa y el dominio mundial napoleónico fueron logros del espíritu germánico.[287]

Para esa ideología *völkish*, esa verdadera «fe germánica», el enemigo esencial de la nación alemana era el judío, el enemigo interno que vivía sobre el suelo de la patria y corrompía la sangre de sus hijos: «una excrecencia parasitaria en el tronco de otros pueblos» (Herder); «un Estado dentro del Estado» (Fichte); «un bacilo que impide la realización de la misión racial del pueblo alemán» (Lagarde); «un cuerpo extraño»... De los círculos *völkish* surgió a lo largo de todo el siglo XIX la inmensa publicística que reinventó el estereotipo de judío con elementos del antijudaísmo tradicional y del nuevo antisemitismo racial. Se trataba otra vez del judío errante, siempre extranjero, de nariz ganchuda, mentón prominente, mirada furtiva y olor desagradable. Un estereotipo al que daba visos de realidad la persistente llegada de judíos askenazis del Este, los *Ostjuden*, claramente diferenciados por su vestimenta, sus costumbres y su extraña lengua incomprensible. Un tratado alemán sobre la raza «semítica» de 1914 todavía sentenciaba así los rasgos raciales propios

del miembro de la raza judía:

> Es característica su mirada aviesa y lo que se denomina la señal de Caín sobre la frente, alrededor de la base de la nariz, lo mismo que una deformación frecuente de la pelvis en las judías. Una señal particularmente característica es el brillo fascinante del iris ocular, sobre todo en las mujeres. Herder también observó los pies planos de los judíos. En cuanto a su costumbre de gesticular con las manos manteniendo los codos pegados al cuerpo, siempre se la ha señalado (...), lo mismo que se reconoce su jerga particular que siempre se ha ridiculizado.[288]

También en estos círculos *völkish* se reactualizó el antiguo mito medieval del contubernio judío con Satán, convirtiéndolo en el mito laico de una secreta conspiración judía universal para lograr el dominio de las naciones del mundo y el sometimiento de la raza aria. Al margen de sus antecedentes medievales y modernos (la obsesión por la caza de «brujas» y persecución de los «herejes»), el mito de «la conjuración judía universal» formó parte de las variadas «teorías conspirativas de la historia» generadas en Europa durante el tránsito del Antiguo Régimen a la nueva sociedad liberal burguesa.[289]

Su primera manifestación probablemente fue la obra de un jesuita, el padre Augustin Barruel, que en 1797-1798 publicó desde el exilio en Londres una densa explicación sobre el origen de la Revolución Francesa llamada a tener amplio eco y curso en los ámbitos conservadores antiliberales del continente. A tenor de la misma, el proceso revolucionario y su inaudita violencia no tenían su origen en supuestos problemas reales de la sociedad y de la Iglesia prerrevolucionaria (opresión feudal, tiranía real o corrupción eclesiástica), sino que respondían al propósito consciente de una minoría secretamente conjurada para la destrucción del orden social y la religión cristiana: los masones teístas y los filósofos ilustrados. El científico John Robinson asumió y difundió muy poco después esa explicación sencilla y omnicomprensiva en Gran Bretaña, como lo haría contemporáneamente en el ámbito germánico el pastor luterano Johann August Starck y en el Imperio austríaco el periodista Leopold Hoffmann. No en vano, esas teorías conspiratorias resultaban «una explicación reconfortante de los males de la época» en cuanto que absolvían a los atacados de cualquier responsabilidad en el ataque sufrido y definían «el enemigo único, indivisible y omnipresente» cuya actuación siempre podría atajarse mediante la resistencia oportuna, la represión preventiva y la censura profiláctica.[290]

La aplicación de esa nueva y secularizada teoría histórica de la conspiración al ámbito judío, con la consecuente modificación del

mito demonológico medieval, sostendrá la existencia de un gobierno secreto judío mundial que, mediante redes y organismos camuflados (partidos, sindicatos, prensa, bancos), persigue tenazmente un objetivo único: la dominación de todos los países y todos los gentiles. En su versión moderna, el mito apenas se insinúa en la producción de Barruel (sostenedor de la conjura masónica, más que judeo-masónica), pero cobra forma definitiva por vez primera en una novela titulada *Biarritz*, publicada en 1868 por el escritor antisemita prusiano Hermann Goedsche (que utilizaba el pseudónimo de «Sir John Retcliffe»). El libro contenía un capítulo que relataba un tenebroso encuentro nocturno en «el cementerio judío de Praga» en el que «el hijo del maldito» se entrevistaba con los «jefes de las doce tribus de Israel» y recibía el informe de las actividades judías durante el último siglo para lograr la esclavización de las naciones del mundo. Dos testigos involuntarios que escucharon las conversaciones, un erudito alemán y un judío bautizado, juraron dedicar su vida a desenmascarar esa diabólica conspiración judía.[291]

La gravedad de la obra de Goedsche residió en que la ficción novelada en ese capítulo pronto se divulgó como un documento histórico verdadero: el llamado «discurso del rabino». Y su credibilidad se vio acrecentada por el surgimiento de una renovada campaña católica antijudía de la mano de un noble francés, Henri Gougenot des Mousseaux, autor en 1869 del afamado libro *El judío, el judaísmo y la judeización de los pueblos cristianos*. Según él, la judería era una religión secreta que rendía culto al Diablo desde los comienzos y pretendía establecer el dominio mundial mediante el uso de toda clase de recursos (desde el oro hasta el asesinato, desde las herejías hasta la masonería). El apoyo prestado por la Santa Sede a esa nueva difamación del judío emancipado como el gran enemigo de la Iglesia que estaba detrás de la descristianización europea fue crucial para el éxito del mito. En 1893 la prensa católica francesa advertía: «cualquiera que pretenda ignorar a Jesús ya es judío por una faceta principal». Y ese mismo año el arzobispo de Port-Louis (isla Mauricio), monseñor Léon Meurin, daba a la imprenta su obra *La Franc-Masonería, Sinagoga de Satán*, codificando ya el mito de la secreta conjura judeo-masónica responsable de todos los males de la época: «Algún día narrará la historia cómo todas las revoluciones de los últimos siglos tuvieron su origen en la secta masónica bajo el mando secreto de los judíos».[292] Su difusión fue extraordinariamente rápida y efectiva. En 1898, a título de ejemplo, la prensa católica

española afirmaba lo siguiente sin asomo de duda:

> La Masonería y el Judaísmo caminan al mismo fin y participan mancomunadamente del odio a Cristo crucificado y a su Iglesia. Es más: esa mancomunidad de ideas y ese concierto en los procedimientos es un nuevo testimonio añadido a los recopilados por los escritores católicos que se han dedicado a desenmascarar a la infame secta, de que ésta debe su origen a los judíos, que judíos son los que la dirigen, y que el fin que persiguen el Judaísmo y la Masonería es uno y el mismo.[293]

El mito de la secreta conspiración judía mundial llegaría a su culminación atroz a principios del siglo XX, cuando alcanzó ya niveles de popularidad y credibilidad enormes gracias a la publicación de *Los Protocolos de los Sabios de Sión*. Se trataba de las supuestas actas de una reunión secreta del gobierno judío mundial (los Sabios de Sión) celebrada en Basilea en 1897, en la que se había discutido y aprobado un malévolo plan para la conquista del mundo y la implantación de la era mesiánica: el reino universal de un judío de la Casa de David. Publicado en Rusia mediante artículos periodísticos a partir de 1903 y luego en forma de libro en 1905, fue pronto traducido a todos los idiomas más importantes del mundo. Su autor nominal era el abogado y místico ruso Serge Nilus, colaborador de la *Ojrana,* la policía política de la Rusia zarista. En realidad, el autor real del folleto era el periodista Mathieu Golovinski, que actuaba bajo las órdenes del delegado en Francia de la policía zarista, Pyotr Ratchovski, y que redactó la obra hacia 1897, en medio del agitado proceso Dreyfus y como parte de una campaña antisemita oficial. Golovinski había confeccionado su obra tomando como base libros previos a los que fusionó: por un lado la novela *Biarritz* de Goedsche y, por otro, la sátira contra la autocracia de Napoleón III elaborada por el escritor Maurice Joly, publicada en 1864 y titulada *Diálogo en el Infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*. Golovinski copió casi el 40 por ciento de la obra de Joly, redujo los diálogos de 25 a 24, los convirtió en actas de una sesión secreta y sustituyó a Napoleón III por los sabios judíos a la hora de exponer los más crudos principios de conducta política cínica y amoral. La superchería sería descubierta pocos años después y denunciada por la prensa liberal y democrática de todo el mundo mediante el simple y sencillo procedimiento de comparar los textos de los Protocolos y los textos del *Diálogo* y de *Biarritz*. En esas circunstancias, haste el propio zar Nicolás II, que los había adoptado como «su manual político», llegó a reconocer su falsedad con notable pesar.[294]

Sin embargo, la fe en la autenticidad de los Protocolos proseguiría intacta dentro de los movimientos antisemitas porque, a tono con la teoría conspirativa inherente a su doctrina, reflejaban la maldad judía en todo su esplendor y ese postulado era un artículo de fe, no de razón (*credo quia absurdum*). El propio Serge Nilus blindaría cualquier crítica sobre su carácter fraudulento con un contraargumento tan delirante como auto-justificativo: «El poder de Dios actúa por conducto de la debilidad humana. Reconozcamos que los Protocolos son espúreos. Pero ¿no puede Dios utilizarlos para desenmascarar la iniquidad que se está preparando? (...) ¡De igual modo puede poner el anuncio de la verdad en una boca mentirosa!».[295]

Era esa misma concepción del mundo alucinatoria y demonizada la que prestaba valor de veracidad y autenticidad a un texto insólitamente absurdo, como permiten apreciar los siguientes párrafos de las supuestas sesiones secretas de los Sabios de Sión:

Nosotros, los judíos, queremos formar un gobierno central y fuerte, de modo que podamos siempre tener en nuestras manos todas las fuerzas sociales. Con nuevas leyes, reglamentaremos la vida política de nuestros súbditos, como si cada uno de ellos formara parte de los engranajes de una máquina. (...)

Somos el manantial del terror que se ha extendido por todas partes. Tenemos a nuestro servicio a personas de distintas opiniones y de diferentes partidos, hombres que desean restablecer monarquías, socialistas, comunistas y partidarios de toda clase de utopías. A todo nos hemos sujetado en nuestro trabajo; cada uno a su manera deshace los restos del poder y trata de destruir las leyes existentes. (...)

Dios nos ha dado a nosotros, su pueblo elegido, la dispersión, y en esta debilidad de nuestra raza se ha concentrado nuestra fuerza, la que nos ha traído hoy a las puertas del dominio universal. (...)

Cuando nuestro reinado haya llegado, no reconoceremos la existencia de ninguna otra religión que no sea la de nuestro único Dios, con el cual nuestro pueblo está unido, porque somos el pueblo escogido, y por el cual nuestro destino está unido al destino del mundo.[296]

3. CRISTALIZACIÓN Y DESARROLLO DEL MOVIMIENTO POLÍTICO Y CULTURAL DEL ANTISEMITISMO RACIAL HASTA EL TRIUNFO DEL NACIONALSOCIALISMO ALEMÁN

Sobre la base firme de los procesos sociales y científico-culturales descritos, cabe comprender las razones del surgimiento y cristalización de un potente movimiento político antisemita en casi toda Europa durante el último cuarto del siglo XIX. Se tratará de un movimiento que será atajado en mayor o menor medida en los países de la Europa occidental gracias a la fuerte implantación de los principios del liberalismo democrático, pero que arraigará con innegable fuerza popular en los países de Europa central y oriental hasta la Segunda Guerra Mundial.

En el caso paradigmático de Alemania, el año clave para la súbita aparición de este nuevo movimiento político fue 1879: «un hito decisivo para la historia moderna judía: señala el comienzo del moderno antisemitismo» (Jacob Katz).[297] No cabe olvidar que fue precisamente en ese año cuando se apreció por vez primera en el recién unificado Imperio alemán, con toda su intensidad, los efectos de la crisis financiera y de la crisis agraria finisecular, reactivando las denuncias contra los judíos como chivos expiatorios de todos los males y turbulencias causados por la industrialización, la implantación del régimen liberal, el enorme éxodo rural, el acelerado crecimiento de las ciudades y la inquietante efervescencia cultural e ideológica inherente a los procesos de modernización en curso. Para entonces, la judería alemana seguía reteniendo sus básicas características de subgrupo social reconocible por su origen étnico, su concentración económica, su comparativo aislamiento social y su práctica de una religión minoritaria. Seguían siendo, en fin, lo que el sueño de la asimilación no había conseguido eliminar: una especie de anomalía social en el seno de Alemania. Y, en ese contexto, las creencias preexistentes en la población sobre la naturaleza diferente y peligrosa del judío hicieron posible la canalización hacia ellos y contra ellos de sus frustraciones, sus inquietudes y sus temores.

En efecto, en ese año crucial de 1879 se produjeron tres hechos

simultáneos que señalaron el nacimiento de un nuevo movimiento político explícitamente contrario a los judíos y decidido a conseguir la derogación de su emancipación jurídica y política, empeñado en neutralizar su influencia en la vida alemana e incluso orientado a lograr su expulsión física del cuerpo de la nación soberana. En otras palabras: el largo período de incubación doctrinal había dado paso a la germinación de un movimiento político y social antisemita que absorbía los mitos, las fórmulas y el resentimiento popular hacia los judíos mediante su encauzamiento programático.

El primer detonante de la nueva coyuntura fue la publicación en febrero de 1879 en Berlín del panfleto firmado por el periodista y ensayista Wilhelm Marr titulado *La victoria del judaísmo sobre el germanismo*. Antes de terminar el año, el texto había registrado más de doce ediciones masivas, convirtiéndose en el primer éxito de ventas antisemita de la historia europea. Su estilo sencillo, sus descripciones tremendistas y su título intrigante fueron suficientes para satisfacer un clima social saturado de antisemitismo y presto a consumir un ataque contra los judíos basado en los nuevos fundamentos raciales y nacionalistas que habían germinado en las décadas previas. Wilhelm Marr tuvo también la trágica fortuna de acuñar un nuevo vocablo para diferenciar su oposición racial y secular a los judíos de la vieja judeofobia religiosa y cultural: «*antisemitismo*». Para ello utilizó confusamente el término «semita», que en las ciencias filológicas definía tan sólo a un grupo de lenguas afroasiáticas emparentadas (hebreo, árabe, arameo, asirio...) a partir del nombre bíblico de «Sem», uno de los hijos de Noé.

A juicio de Marr, los judíos no eran los fieles de una religión, los hablantes de una lengua o los practicantes de unos hábitos culturales aborrecibles, pero asimilables si los abandonaban o si se convertían a las religiones cristianas. Eran integrantes de una raza unida por esa cultura, lengua y religión: «No ha lugar aquí para mostrar prejuicios religiosos cuando se trata de una cuestión racial y cuando la diferencia radica en la sangre». Una raza, además, perjudicial para la salud de la raza alemana y que requería unas medidas terapéuticas inmediatas para atajar sus peligros: «el problema social es simplemente el problema judío» y la solución de este *Judenfrage* («problema judío») sería la panacea de todos los males que asolaban la patria; una especie de remedio de alquimista para curar todas las enfermedades. A tono con sus proclamas catastrofistas, Marr procedió a crear de inmediato una Liga Antisemita (*Antisemitenliga*) para canalizar el apoyo popular a

sus demandas de acción inmediata y resolutiva (incluso violenta) si se quería evitar el tenebroso futuro en ciernes:

> El control judío de la política y la sociedad, así como su dominio práctico del pensamiento religioso y eclesiástico, está todavía en su primera etapa de desarrollo, orientándose hacia la realización de la promesa de Jehová: «Os daré a vosotros todos los pueblos». (...) Sí, a través de la nación judía, Alemania se convertirá en una gran potencia mundial: una nueva Palestina occidental. (...)
>
> La «cuestión judía» es una cuestión socio-política. La judaización del mundo germano ha hecho nacer unas ideas, unas teorías, sobre una «Libertad» socio-individual que no se puede llamar ya libertad, sino insolencia y cuyas consecuencias han llegado a ser insoportables incluso para el germanismo judaizado. (...)
>
> El Estado alemán se descompone de una manera muy rápida. Si la explosión que prevemos se produce, el Estado no tiene ninguna razón para proteger especialmente a los judíos contra el *ardor civium*. Como ya se produjo un número incalculable de veces, el brutal «Hepp-hepp» [sinónimo popular alemán para pogromo] se convertirá para el Estado en una «válvula de seguridad». Quizá no esté tan lejano el tiempo en que NOSOTROS, los «devoradores de judíos» por excelencia, tengamos que esforzarnos por proteger a los semitas extranjeros que nos han vencido contra el furor de las pasiones populares desatadas.[298]

Apenas unos meses después del insólito éxito publicístico de Marr, el pastor luterano Adolf Stöcker, capellán de la corte imperial del káiser Guillermo I (el primer soberano de la Alemania unificada), secundó la vía abierta con un resonante discurso pronunciado en el acto de refundación del llamado Partido Social Cristiano. Se trataba de un proyecto político auspiciado por las élites dirigentes imperiales y destinado a frenar la creciente expansión del socialismo entre las clases obreras y populares urbanas mediante el recurso al nacionalismo combinado con el antisemitismo como «válvula de escape» de las tensiones sociales y laborales. No en vano, Stöcker reiteraría una y otra vez que «la moderna judería era una gota de sangre extranjera en nuestro cuerpo nacional» y tenía «poder destructivo» sobre «nuestro genio nacional: el espíritu alemán, su carácter industrioso, su piedad: nuestro legado». La filípica de Stöcker, pronunciada el 19 de septiembre de 1879 y divulgada como panfleto bajo el título de *Lo que exigimos a la moderna judería*, reiteraba los juicios de Marr sobre el peligro judío y sobre la urgencia de darle solución completa. Su llamada de atención final combinaba por igual esperanzas de solución y veladas amenazas si el problema no se atajaba a tiempo y con resolución:

> Por supuesto que considero a la moderna judería como un gran peligro para la vida nacional alemana. (...)
>
> Si la judería moderna continúa usando el poder del capital y el poder de la

prensa para traer la desgracia a la nación, una catástrofe final será inevitable. Israel debe renunciar a sus ambiciones de convertirse en la señora de Alemania. Debe renunciar a su arrogante demanda de que el judaísmo es la religión del futuro, cuando está claro que sólo lo es del pasado. (...) La ortodoxia judía con su circuncisión es decrépita, en tanto que el judaísmo reformado no es en absoluto una religión judía. Una vez que Israel se haya dado cuenta de esto, habrá de abandonar lentamente su supuesta misión y tendrá que dejar de robar al pueblo cristiano que le ofrece su hospitalidad y sus derechos civiles. La prensa judía debe ser más tolerante (ésta es la primera premisa para mejorar la situación). Los abusos sociales causados por la judería deben erradicarse mediante una legislación sabia. No será tan fácil controlar el capital judío. Sólo una legislación exhaustiva podría lograrlo. (...)

O bien triunfamos en esta tarea y Alemania se levanta de nuevo, o bien el cáncer que sufrimos se extenderá todavía más. En ese caso, todo nuestro futuro está amenazado y el espíritu alemán se habrá judeizado. La economía alemana se empobrecerá. Estos son nuestros lemas: Retorno al poder germánico en leyes y negocios, retorno a la fe cristiana. Que cada hombre cumpla su deber y que Dios nos ayude.[299]

El tercer fenómeno que anunció la aparición del antisemitismo político en Alemania fue la publicación, en noviembre de 1879, del resonante artículo sobre la cuestión judía escrito por el historiador Heinrich von Treitschke, heredero de la cátedra de historia de Leopold von Ranke en la Universidad de Berlín. Aparecido en la prestigiosa revista académica *Preussische Jahrbuecher*, de la que Treitschke era editor, el texto suponía un claro refrendo a las nuevas exigencias antisemitas y dio al recién nacido movimiento la respetabilidad intelectual y el prestigio social de los que había carecido hasta entonces. No en vano, bajo una retórica de supuesta objetividad y ecuanimidad, el autor comprendía y respetaba los recientes movimientos antisemitas porque eran una «reacción brutal y odiosa, pero natural, de la conciencia nacional alemana contra un elemento extranjero que ha usurpado demasiado espacio de nuestras vidas». Y añadía:

Año tras año se infiltran por nuestra frontera oriental (...) desde la inagotable cuna polaca, una multitud de ambiciosos jóvenes vendedores de pantalones cuyos hijos y nietos tratarán en días venideros de dominar la bolsa y la prensa alemana. (...)

Lo que pedimos de nuestros compatriotas judíos es sencillo: que se conviertan en alemanes y que sean simple y llanamente alemanes. (...) No nos engañemos. El movimiento (antisemita) es profundo y fuerte. Unos pocos chistes sobre las palabras más o menos sabias de oradores callejeros de los cristianos sociales no bastarán para suprimirlo. Hasta en los círculos más educados, entre hombres que rechazarían con disgusto cualquier pensamiento de intolerancia eclesiástica o de orgullo nacionalista, podemos escuchar como si fuera una sola voz: «Los judíos son nuestra desgracia».[300]

La enorme impresión causada por el pronunciamiento antisemita de

Heinrich von Treitschke dio origen a una respuesta colectiva firmada por varios intelectuales alemanes de prestigio internacional encabezados por los también historiadores Theodor Mommsen y Gustav Droysen, además del antropólogo Rudolf Virchow y el ingeniero Werner von Siemens. En la llamada *Declaración de Notables* publicada en noviembre de 1880, esos exponentes de la más granada cultura alemana de raigambre liberal e ilustrada manifestaban su desazón por los últimos acontecimientos y reiteraban su adhesión a los principios igualitarios y secularizadores que habían alentado la emancipación. Y no dejaban de apuntar que ese brote de antisemitismo racial suponía no sólo un peligro para los judíos alemanes sino para todo el resto de la ciudadanía porque llevaba implícito el repudio de la concepción liberal e ilustrada del Estado y fomentaba el retorno a formas políticas autoritarias y dictatoriales:

> Ahora, de un modo inesperado y profundamente vergonzoso, el odio racial y el fanatismo de la Edad Media han resucitado en varios lugares, en particular en las grandes ciudades del Imperio, y se han dirigido contra nuestros conciudadanos judíos. Se ha olvidado cuántos de ellos han proporcionado honor y provecho a la patria, a través de su duro trabajo y talento, en los oficios y en la industria, en la ciencia y en las artes. Se ha ignorado el precepto legal y el imperativo honroso de que todos los alemanes son iguales ante la ley en derechos y deberes. El cumplimiento de esta igualdad no pertenece sólo al ámbito de los tribunales, sino también a la conciencia de cada ciudadano individual. Como si fuera una pestilencia peligrosa, el renacer de una locura antigua está amenazando con envenenar unas relaciones entre cristianos y judíos hasta ahora establecidas sobre la base de la tolerancia en la política y la parroquia, en la sociedad y en la familia. Si hasta el presente los líderes de este movimiento (antisemita) sólo predican la envidia y la malicia en abstracto, la multitud no dejará de sacar las conclusiones prácticas de ese vago discurso.
>
> Hombres que hubieran debido proclamar desde los púlpitos y las cátedras que nuestra cultura ha superado la exclusión de la raza que una vez enseñó al mundo la adoración de un único dios, están socavando el legado de Lessing. Ya hemos escuchado la demanda a favor de una legislación discriminatoria y de la exclusión de los judíos de esta o aquella profesión u oficio, honor o cargo. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que el rebaño clame por lo mismo? Todavía estamos a tiempo de hacer frente a la confusión y evitar una desgracia nacional; las pasiones artificialmente inflamadas de la multitud todavía pueden ser dominadas por la resistencia de hombres decididos. Nuestro llamamiento se dirige a los cristianos de todas las confesiones para quienes la religión es un heraldo de paz; nuestro llamamiento se dirige a todos los alemanes cuyos corazones guardan el legado de nuestros grandes príncipes, poetas y pensadores. Defended mediante declaraciones públicas y exposiciones meditadas los fundamentos de nuestra vida en común: respeto a todas las creencias, igualdad de derechos, competencia en igualdad de condiciones, reconocimiento equitativo de las capacidades e iniciativas para cristianos y judíos sin distinción.[301]

El llamamiento de Mommsen y sus colegas tuvo efectos limitados

porque ese mismo año de 1880 el movimiento antisemita logró su primer éxito popular destacable. Por iniciativa conjunta de un maestro, Bernhard Förster, y de un joven oficial del Ejército, Max Liebermann von Sonnenberg, empezaron a recogerse firmas para presentar a la Dieta de Prusia (la cámara de representación popular) una petición nacional sobre la «cuestión judía» que suponía la derogación de las leyes de emancipación aprobadas pocas décadas antes. De hecho, en la petición de 1880 se demandaba, en atención al peligro de «la preponderancia creciente» de los judíos en la vida nacional (cuyo origen estaba «en las cualidades raciales de los judíos»), una severa restricción de sus derechos y capacidades civiles: medidas para frenar la inmigración oriental, imponer la exclusión de las funciones públicas (en particular, la magistratura y la enseñanza) y elaborar un censo especial de población judía residente en Alemania. En abril de 1881, cuando fue presentada al canciller imperial, Otto von Bismarck, la petición había reunido más de 265.000 firmas. La mayoría de firmantes procedía del este del río Elba (donde la presión migratoria se vivía con especial intensidad). Pero, sobre todo, sus principales valedores se habían reclutado en los círculos de estudiantes universitarios: de los 4.500 estudiantes de la Universidad de Berlín, firmaron la petición nada menos que 1.400.[302]

En esa extraordinaria movilización estudiantil universitaria se apreció claramente el escaso eco de las prédicas de Mommsen y sus colegas liberales y demócratas. Por el contrario, esos mismos resultados revelaron la penetrante influencia de otros intelectuales que secundaron a Treitschke en su deriva antisemita y nacionalista filoautoritaria. Por ejemplo, el profesor y economista Karl Eugen Dühring, que publicó en aquel año 1880 su tratado sobre *La cuestión judía como problema de carácter racial*, un libro que tendría cinco ediciones antes de 1901 y que contenía una durísima requisitoria contra los judíos por su peligrosidad racial para la salud del resto de las naciones y razas humanas. Igualmente, el ingeniero Theodor Fritsch, uno de los más activos participantes en el «Primer congreso internacional antijudío», que se celebró en Dresde en 1882 con delegados alemanes, austríacos y húngaros y que daría origen a la *Alianza Antijudía Universal*.[303] Al año siguiente, Fritsch publicó en Leipzig un *Catecismo antisemita* que habría de ser el manual de texto de los militantes del movimiento durante muchísimos años (y que le valdría el honor de ser honrado por los nazis como su *Altmeister*, además de contar con 36 ediciones y millones de lectores antes de

1914). Bajo fórmulas catequéticas bien conocidas por la población cristiana, la obra de Fritsch destilaba consignas y obligaciones como las incorporadas en el «decálogo del racista»:

1. Enorgullécete de ser alemán y dedica todas tus fuerzas a la práctica de las virtudes inherentes a nuestro pueblo, el coraje, la fidelidad y la veracidad, e inspira y promueve estos sentimientos en tus hijos.
2. Debes saber que tú y todos tus hermanos alemanes, con independencia de su credo o fe, tenéis un enemigo común e implacable. Su nombre es el judío.
3. Debes mantener tu sangre pura. Considera un crimen devaluar la noble estirpe aria de tu pueblo mediante la mezcla con la estirpe judía. Porque debes saber que la sangre judía es resistente y crea una mancha en el cuerpo y el alma durante muchas generaciones.
4. Debes ayudar a tus compatriotas alemanes y apoyarles en todos los asuntos que no contradigan la conciencia alemana, sobre todo si están presionados por los judíos. Debes llevar a los tribunales cualquier ofensa o crimen cometido por los judíos de hecho, de palabra o por escrito, que llegue a tu conocimiento, para evitar que el judío abuse de las leyes de nuestro país con impunidad.
5. No debes tener relaciones sociales con el judío. Evita todos los contactos y encuentros con el judío y mantente tú y tu familia, especialmente tus hijas, lejos de ellos para evitar sufrir ninguna herida de sangre o de alma.

(...)

10. No debes usar la violencia contra los judíos porque no son merecedores de ella y va contra las leyes. Pero si un judío te ataca, aplasta su insolencia semítica con la ira germánica.[304]

A pesar del éxito popular y mediático conseguido con la petición de 1880 y con los pronunciamientos de sus prestigiosos valedores intelectuales, el curso posterior del movimiento político antisemita fue vacilante. En las elecciones de 1881 al Reichstag (Asamblea representativa del Imperio) sus divisiones internas les impidieron conseguir grandes triunfos excepto en la capital, Berlín, donde cosecharon 44.000 votos (el 26,5 por ciento de los sufragios emitidos). La cumbre de su popularidad llegaría con las elecciones generales del año 1898, cuando consiguieron reunir en toda Alemania la cifra de 284.300 votos (el 3,6 por ciento de todos los sufragios) y obtener trece escaños en el Reichstag.[305] Para entonces, el movimiento político antisemita estaba perfectamente caracterizado en sus bases sociográficas. Como ha señalado Pierre Sorlin, «sus animadores son intelectuales, profesores o periodistas. Suscita simpatizantes, por una parte entre los agricultores descontentos, y, por otra, entre los pequeños burgueses». De hecho, reitera Peter Pulzer, el movimiento «tuvo poco arraigo entre las clases trabajadoras y entre la aristocracia», pero sí lo obtuvo «en las clases medias y sobre todo en

una sección particular de ellas: los segmentos profesionales medios y bajos y los grupos empresariales pequeños y medianos».[306]

Sin embargo, la superación de la crisis económica finisecular y la adopción de tintes doctrinales antisemitas por el resto de los partidos conservadores significaron el declive transitorio de este nuevo antisemitismo político en el Imperio alemán desde los primeros años del siglo XX. Ahora bien: ese declive parcial no significará en modo alguno una rebaja de sus postulados político-ideológicos ni supondrá una moderación de su discurso y programa. Al contrario, antes de finalizar el siglo ya se escuchaban en sus filas llamadas al exterminio físico de la raza judía como única solución real y definitiva, además de terapéutica y sanitaria, del «problema judío». En palabras del orientalista Paul de Lagarde: «No se discute con la triquina o el bacilo, no se educa a la triquina o al bacilo, se los extermina lo más rápida y sistemáticamente posible». Y su colega y amigo, el crítico de arte August Julius Langbehn, añadiría en 1891: «Los judíos modernos y plebeyos son un veneno para todos y tendrán que ser tratados como tal».[307] Y esa radicalización discursiva no dejó de tener efectos de largo alcance porque, como han subrayado muchos autores, «los principales jefes nazis nacieron entre 1875 y 1900», cuando el antisemitismo político cristalizaba como movimiento y doctrina de amplio eco popular.[308]

En el caso de Austria, el año de fundación del antisemitismo como verdadero movimiento político fue escasamente posterior al de Alemania: surgió en 1881 de la mano de Georg von Schönerer, el pudiente hijo de uno de los ingenieros más célebres del imperio, ennoblecido por sus éxitos en el tendido ferroviario. Convertido al credo pangermanista (partidario de la integración de la Austria germana en el seno del Imperio alemán) y furibundo crítico del *statu quo* avalado por la corte imperial y la Iglesia católica austríaca, Schönerer fundó en ese año el Partido Nacional Alemán, de pura ideología *völkish*. A tono con sus postulados ideológicos, Schönerer fue sumamente crítico con el antijudaísmo católico tradicional porque oscurecía la gravedad del problema judío, dado que el bautismo y la conversión no eran soluciones ya que «la inmundicia se lleva en la raza». Sus relativos éxitos electorales nunca pudieron compararse con los de sus homólogos alemanes, en gran medida porque la oferta pangermanista resultaba inaceptable para grandes sectores de la población austríaca y para la propia autoridad imperial. A pesar de esas limitaciones, tuvo cierto protagonismo político como activo

demagogo en Austria hasta que su carrera terminó abruptamente casi con el siglo. En efecto, en 1899, después de asaltar con sus correligionarios la sede de un periódico liberal (acusado de ser «insolente prensa judía»), Schönerer fue detenido, condenado a tres meses de cárcel, inhabilitado para cargos políticos durante cinco años y privado de su condición nobiliaria. Al año siguiente su languideciente Partido Nacional Alemán se disolvía.[309]

Tras la desaparición de Schönerer, la vertebración del antisemitismo político en Austria no sería ya obra de los demagogos anticlericales y pangermanistas. La tarea pasó a manos del abogado conservador Karl Lueger, ferviente católico de ascendencia campesina, fundador y dirigente del Partido Social Cristiano en 1887. La hostilidad antijudía del movimiento de Lueger era, por tanto, de raigambre cristiana y no se oponía sino que se apoyaba en la influencia de la Iglesia católica austríaca, además de no comprometer la existencia y el futuro del Imperio austro-húngaro con soflamas pangermanistas. Lueger consiguió articular en Viena un movimiento populista que hizo frente con éxito a la creciente influencia de la socialdemocracia en la capital y en el país, motivo por el cual su populismo antijudío sería motejado como «el socialismo de los tontos». A pesar de las reservas del emperador hacia sus ademanes demagógicos, Lueger consiguió ser elegido alcalde de Viena en el año 1897 y permaneció en el cargo hasta su muerte en 1910, practicando una política municipal populista y tibiamente antisemita que frenó el ascenso de los socialistas durante años. Fue en aquella Viena de Lueger donde creció y forjó su cosmovisión ideológica Adolf Hitler, que reconocería haber aprendido del alcalde las artes de la demagogia antisemita. El carácter instrumental y demagógico del peculiar «antisemitismo» de Lueger (clave para su propio éxito) se puso de manifiesto en su confesión: «A mí me toca decidir quién es judío».[310] Pero no dejaba de asumir una carga potencial de gran violencia, como cuando en 1905, tras la revolución liberal en Rusia y los pogromos coetáneos, Lueger advirtió públicamente a los judíos austríacos de los peligros que conllevaría su apoyo a la socialdemocracia:

> Advierto a los judíos de la manera más clara: quizá lo mismo pudiera suceder aquí que en Rusia. Nosotros en Viena no somos anti-semitas (sic) ni desde luego nos gusta la muerte y la violencia. Pero si los judíos llegaran a amenazar nuestra patria, entonces no mostraríamos ninguna piedad.[311]

En efecto, en el inmenso y progresivamente atrasado imperio de los zares, también el antijudaísmo siguió siendo de raíz religiosa tradicional, pero fue mucho más violento en sus manifestaciones que en Austria o Alemania. En parte, esa circunstancia se debió a un hecho demográfico ya apuntado: allí residía la enorme mayoría de judíos de Europa, algo más de cinco millones de almas hacia 1900, con un ritmo de crecimiento vegetativo muy notable y algo superior al del resto de la población nativa. Era una comunidad recluida en las ciudades y villas del Pale de Asentamiento Autorizado que no había decidido emigrar a tierras rusas, sino que había sido incorporada a la soberanía del zar en virtud de la desaparición del antiguo y tolerante reino de Polonia. Por eso mismo, era una comunidad vista con recelo oficial por parte de las autoridades zaristas y que veía a esa misma autoridad con cierta desafección latente. La administración imperial rusa mantuvo una política muy dubitativa y variable respecto a esa judería compacta, creciente y nada inclinada a la asimilación cultural dado el atraso general de la sociedad rusa contemporánea. Por su parte, el pueblo ruso, ucraniano y bielorruso tendía a ver en el judío, además del hijo del «asesino de Cristo» que denunciaba la Iglesia ortodoxa, «un cuerpo cada vez más hostil, creciente, intratable y extranjero» que llegó a simbolizar «la amenaza de un occidente decadente y ajeno, del modernismo destructivo».[312]

En ese contexto crítico, el asesinato del zar Alejandro II en vísperas de la Semana Santa de 1881 fue la ocasión propicia para el estallido de una violenta oleada de pogromos populares contra las juderías rusas, acusadas de ser la causante del regicidio y de conspirar contra la Patria rusa y su Iglesia ortodoxa. La respuesta oficial a la crisis trató de combinar la represión de la violencia popular (considerada un peligro para el *statu quo*) con la legitimación de su causa. Como señalaría el propio zar Alejandro III: «Nunca debemos olvidar que los judíos crucificaron a Nuestro Señor, derramando su preciosa sangre». Las aspiraciones máximas de la burocracia imperial por lo que respecta al «problema judío» de Rusia fueron enunciadas por el ministro Pobiedonostsev, tutor del futuro zar Nicolás II: «Un tercio de los judíos emigrará, otro tercio se convertirá y el último tercio perecerá».[313] La dureza de las medidas antijudías decretadas después del regicidio se aprecia en las llamadas Leyes de Mayo de 1882 promulgadas por el general Ignatieff para el Pale de Asentamiento Autorizado:

1. Como medida temporal, y hasta la revisión general de las leyes que reglamentan la situación de los israelitas, se les prohíbe a éstos establecerse en el futuro fuera de las ciudades y de los pueblos. Hay una excepción favorable para las colonias israelitas ya existentes, en las que los israelitas se dedican a la agricultura.
2. Hasta nueva orden, no serán prorrogados los contratos efectuados por un israelita y que tuvieran por objeto la compra, la hipoteca o el alquiler de inmuebles rurales, situados fuera de las ciudades y de los pueblos. Igualmente, se considera nulo el permiso concedido a un israelita para administrar bienes de la naturaleza antes indicada o para disponer de ellos.
3. Se prohíbe a los israelitas dedicarse al comercio los domingos y días de fiesta de la religión cristiana, y las leyes que obligan a los cristianos a cerrar sus comercios durante dichos días serán aplicadas a los establecimientos comerciales de los israelitas.
4. Las medidas anteriores sólo son aplicables a los gobiernos que se encuentran dentro del territorio judío.[314]

Como resultado de esa presión oficial y hostilidad popular, la vida de la judería rusa hasta 1917 fue una verdadera odisea trágica, con fuertes corrientes emigratorias hacia Occidente, mínimas conversiones a la ortodoxia, creciente participación de los jóvenes judíos en movimientos de oposición a la autocracia zarista (lo que reforzaba el recelo oficial hacia la comunidad en su conjunto), y renovado sufrimiento colectivo en virtud de los recurrentes pogromos registrados. En conjunto, desde 1881 y hasta los progromos de 1905 (con ocasión de la efímera revolución liberal que siguió a la derrota rusa en la guerra contra Japón), aproximadamente unas 5.000 personas perdieron la vida en violentos asaltos populares a los barrios judíos de las ciudades y villas del *Pale*. En ese año crítico de 1905, un terrible pogromo en Kishniev (capital de Besarabia) provocó la muerte de 42 judíos (en una población de 50.000 judíos), en tanto que el pogromo de Odesa dejó un saldo de víctimas mortales de 300 judíos (para una población de 165.000).[315] Éste sería el trágico contexto donde surgió el mito del complot judío universal popularizado por el libelo titulado *Los Protocolos de los Sabios de Sión*. La «cuestión judía» se convertiría así en uno más de los elementos que acompañarían la lenta agonía de la autocracia zarista hasta su definitiva quiebra durante el esfuerzo bélico exigido por la Gran Guerra de 1914, que abriría las puertas a la doble revolución del año 1917 (la liberal de febrero y la bolchevique de octubre).

En la Francia que siguió a la caída de Napoleón III en 1871 y al establecimiento de la democracia con la Tercera República, el antijudaísmo también fue un fenómeno de naturaleza básicamente religioso y cristiano, aunque no faltaron manifestaciones del nuevo

antisemitismo racial más puro y duro. El profeta de este tipo de antisemitismo en Francia fue el periodista Édouard Drumont, autor del voluminoso libro *La Francia judía: ensayo de historia contemporánea*, publicado en 1886. Tuvo de inmediato un éxito resonante e insólito hasta el punto de ser considerado «el libro más leído en Francia» en el siglo XIX: 114 ediciones en un solo año, otras doscientas ediciones en los años siguientes y una edición popular abreviada, además de varias «continuaciones» bajo otros títulos progresivamente más truculentos (*La Francia judía ante la opinión pública*, *El fin de un mundo*, *La última batalla*, *El testamento de un antisemita*...). Su línea argumental era tan simple y sencilla como la más vieja teoría conspirativa del abate Barruel, pero aderezada convenientemente con anécdotas sabrosas, crónicas biográficas (los Rothschild), escándalos políticos y una furibunda crítica directa a la labor revolucionaria desde 1789: «El único que se ha beneficiado con la Revolución es el judío. Todo viene del judío; todo regresa al judío».[316]

El apogeo de la agitación antisemita en Francia tuvo lugar durante el escándalo suscitado por la investigación y condena del capitán Alfred Dreyfus, un oficial de Estado Mayor de ascendencia judía alsaciana, como culpable de vender secretos militares a Alemania en 1894 con muy escasas y dudosas evidencias. En noviembre de 1897, después de años de debate en la prensa y de larvado enfrentamiento entre el alto mando militar y las autoridades civiles de la República, la presión de las izquierdas republicanas y socialistas forzó la revisión de la pena al haber aparecido el verdadero culpable de la traición, otro oficial de pura cepa francesa, el comandante Esterhazy, que había seguido vendiendo secretos militares al enemigo alemán. El conflicto entre derechas e izquierdas, militaristas y civilistas, «Dreyfusards» y «anti-Dreyfusards», adquirió matices de verdadera oposición entre antisemitas y anti-racistas. No en vano, el escritor derechista Maurice Barrés había afirmado sin dudar: «Que Dreyfus es capaz de traicionar, lo deduzco por su raza». Y el prestigioso diario derechista parisino *Le Figaro* también había apostado por su culpabilidad porque esa «nariz ganchuda por sí sola es una partida de nacimiento».[317]

Los amagos de pogromos desatados en el año 1898 contra las pequeñas comunidades judías francesas en ciudades como París, Marsella, Lyon y, sobre todo, en Argelia, provocaron finalmente una reacción popular a favor del régimen republicano y del legado revolucionario liberal y democrático. El líder radical Georges

Clemenceau percibió con claridad su peligro y se prestó a atajarlo: «El antisemitismo sólo es un nuevo clericalismo que está cogiendo ventaja».[318] Emile Zola, el más famoso escritor francés del momento, escribió entonces su manifiesto en la prensa, *Yo acuso*..., denunciando a los mandos militares, líderes políticos y jefes religiosos que habían conspirado para condenar a un hombre inocente por su prejuicio racial. La recomposición de la alianza entre los sectores republicanos y las corrientes socialistas permitió superar mediante la victoria electoral el heterogéneo asalto radical-derechista contra la Tercera República. Ello supuso la derrota política del antisemitismo francés, trajo consigo la completa secularización del Estado e impulsó finalmente, en 1906, la plena vindicación del buen nombre y cargo del capitán Dreyfus.[319]

Un importante epifenómeno del «caso Dreyfus» fue el surgimiento del moderno movimiento político sionista. La conexión espiritual de los judíos de la Diáspora con Tierra Santa siempre había persistido en los ritos religiosos como aspiración mesiánica («El año próximo, en Jerusalén», terminaba la oración de la Pascua). Pero sólo con la formación de los modernos nacionalismos fue surgiendo la idea de un retorno a Palestina/Israel, como objetivo para terminar con la incómoda posición social de los judíos en los nuevos Estados contemporáneos. En 1862 el judío alemán Moses Hoess había propugnado en su libro *Roma y Jerusalén, el último problema de nacionalidad*, la constitución de un Estado judío en Palestina, entonces distante provincia otomana donde no habitaban más de 25.000 judíos en medio de una mayoría de población arabizada y musulmana que ostentaba todo el poder social y político. Con ocasión del «caso Dreyfus», Theodor Herzl, un periodista judío austríaco que siguió la controversia como corresponsal en París, acabó fundando el movimiento sionista con la publicación de su libro *El Estado judío*, de 1896. Para Herlz y los sionistas, la crisis antijudía en la patria de la Revolución y la injusticia cometida con Dreyfus era la última prueba, tras los sangrientos pogromos de Rusia y la agitación antisemita austro-alemana, de la imposibilidad de asimilación de los judíos en el seno de las sociedades occidentales. La solución era, pues, crear un Estado propio en la tierra de origen de los judíos, para asegurar la supervivencia de las comunidades perseguidas en el este y el oeste de Europa. Palestina, parte del moribundo imperio otomano y donde parecía haber oportunidades de compras de tierras para colonizar con permiso del Sultán, se convirtió en el destino soñado por un pequeño

número de intelectuales europeos judíos decepcionados por el fracaso de su integración. Herlz presidió en 1897 el primer congreso sionista en Basilea, que adoptó la tarea de promover «un hogar para el pueblo judío en Palestina garantizado por el derecho público». Por extraña paradoja, ese hito fundacional del sionismo sería el supuesto congreso donde, según los *Protocolos de los Sabios de Sión*, se había discutido el plan secreto judío para la conquista del mundo.[320]

En realidad, por aquellos años interseculares y hasta después de 1945, el sionismo seguiría siendo una corriente política sumamente minoritaria en el seno de la judería europea e internacional, que persistiría en su anhelo de integración en sus respectivos Estados nacionales como ciudadanos corrientes y ordinarios. Buen ejemplo de esta actitud es la posición pública del prestigioso economista, industrial y financiero judío alemán Walter Rathenau, prototipo de figura plenamente asimilada: «Que sean otros los que se vayan a Asia a fundar un reino; Palestina no nos atrae para nada».[321]

El desenlace del «caso Dreyfus», al igual que el fuerte crecimiento de la socialdemocracia en Alemania y Austria durante los primeros años del siglo XX, significó en gran medida el fracaso del movimiento antisemita europeo como proyecto político autónomo de masas. Sin embargo, ese fracaso en el ámbito político no supuso ni mucho menos la extinción del movimiento ni su desaparición como ideología de implantación popular y como empresa intelectual y cultural. Antes al contrario. En gran medida, en Europa central y oriental, el antisemitismo se disolvió en organizaciones de propaganda cuya ideología fue penetrando e informando al conjunto de los partidos conservadores y a la mayoría de los grupos sociales burgueses y campesinos. A este respecto, como ya se ha apuntado, es sumamente indicativo que los principales jefes del movimiento nacionalsocialista de los años treinta y cuarenta hubieran nacido entre 1875 y 1900, el momento de máximo esplendor del antisemitismo político.

Habría que esperar a la Primera Guerra Mundial (1914-1918), con su efecto sobre la brutalización de la conciencia europea, para que surgiera de nuevo un contexto propicio y favorable a la reactivación del mito racial antisemita. De hecho, el conflicto que enfrentó a las potencias aliadas (Gran Bretaña, Francia y Rusia, más Estados Unidos desde 1917) con los imperios centrales (Alemania, Austria-Hungría y el Imperio Otomano) supuso el primer caso histórico de «guerra total»: una contienda devastadora que provocó enorme desolación material, sangrías humanas antes desconocidas (casi 10 millones de víctimas

mortales), la destrucción del viejo orden socio-económico existente y la aceptación moral de la más extrema violencia como parte de la conducta humana y social. La consecuente explosión del más extremado e intolerante nacionalismo, al compás de la movilización bélica a vida o muerte, supuso la renovada puesta en cuestión de la integración de los judíos como ciudadanos normales y patriotas convencidos. Paradójicamente, en Alemania sería un poeta judío, Ernst Lissauer, el que captaría la nueva atmósfera de intransigencia nacionalista con su popular poema «Canto de odio contra Inglaterra»:

> ...Y algún día concluiremos la paz
> Pero a ti, te odiaremos por mucho tiempo
> Nunca disminuirá nuestro odio
> Odio en el mar, odio en la tierra
> Odio mental, odio manual
> Odio del herrero, odio del príncipe
> Odio feroz de setenta millones
> Unidos para amar, unidos para odiar
> Todos tienen un solo enemigo
> Inglaterra.[322]

A medida que la suerte de la guerra se decantaba contra los intereses de Alemania y sus aliados y que el alto mando militar asumía el poder político casi sin restricción, fue recrudeciéndose en ese país la hostilidad hacia sus compatriotas judíos, acusados de falta de entusiasmo nacionalista e incluso de simpatía hacia el enemigo. En octubre de 1916 el mariscal Ludendorff autorizó la realización del llamado «censo judío» (*Judenstatistik*): un cómputo de los jóvenes judíos movilizados en las filas del Ejército o inactivos en la retaguardia, para comprobar si era cierta la acusación antisemita de que los judíos trataban de evadirse del servicio militar en el frente. De nada valdría comprobar que los jóvenes judíos alemanes se habían movilizado como el resto de sus compatriotas y pagaban su cuota de sangre correspondiente: sobre 100.000 movilizados, 80.000 habían estado en el frente, 12.000 habían muerto en campaña, 35.000 habían recibido medallas por su conducta y 23.000 habían sido ascendidos (con 2.000 al rango de oficiales). Habían sido señalados con el dedo y singularizados como «cuerpo extraño», demostrando la persistencia del prejuicio antisemita y destruyendo la esperanza de que su contribución bélica sirviera como prueba de su lealtad nacional: «Ya nos han marcado, ya somos soldados de segunda zona» declararía el teniente Haas. Y Walter Rathenau, que había sido el hombre

providencial que preparó a la economía alemana para resistir hasta el final las consecuencias del bloqueo aliado, también escribía apesadumbrado: «Cuanto mayor sea la cantidad de judíos muertos en el frente, más se las arreglarán sus enemigos para demostrar que todos se quedaron en retaguardia, enriqueciéndose como usureros que son. El odio aumentará el doble y el triple».[323]

La aplastante derrota militar cosechada por Alemania en la guerra en noviembre de 1918 todavía acentuó más la hostilidad hacia los judíos, acusados ya abiertamente de haber sido agentes al servicio del enemigo y culpables de haber asestado «una puñalada por la espalda» a la patria alemana. Su conversión en el oportuno chivo expiatorio que cargaba con el peso de la derrota servía, desde luego, para eclipsar la responsabilidad de los líderes políticos y militares alemanes que habían decidido ir a la guerra y habían dirigido el esfuerzo bélico. Pero el hecho de que la derrota fuera seguida de amplias mutilaciones territoriales y de la creación de una república democrática basada en una constitución aprobada en Weimar en 1919 sirvió a esos elementos antisemitas como supuesta demostración de sus delirantes tesis: «la República era judía» porque era una imposición del enemigo que pagaba así la colaboración de los traidores entregándoles el poder y humillando a la Patria. Ludendorff en persona prestaría después de 1919 credibilidad a ese mito explicativo de la derrota («la puñalada por la espalda» judía) y popularizaría una creencia que iba ser dogma de fe para el nacionalismo alemán de entreguerras, abonando el campo para el surgimiento del nacionalsocialismo: «El gobierno supremo del pueblo judío actuaba de la mano de Francia y de Inglaterra. Quizá era el que guiaba a ambas». Las culpas y responsabilidades del Imperio alemán y de su elite dirigente quedaban así salvadas y condonadas: el culpable y responsable de la derrota y de la democracia era nuevamente el judío, eterno enemigo de la patria germana. Por eso mismo a finales de 1918 el líder de la Liga Pangermanista, Heinrich Class, ya había sugerido el inicio de «una resolutiva lucha contra la judería», hacia la que «debería dirigirse la legítima furia del pueblo». Y terminaba su proclama con una expresión desiderativa de los años de la guerra contra Napoleón tan popular como amenazante: «¡Matadlos, el tribunal mundial no os pregunta cuáles son vuestros motivos!»[324] Con indudable razón ha escrito al respecto el historiador Peter Pulzer: «El arsenal estaba ya repleto en 1918. Sólo era cuestión de esperar a la orden de disparar».[325]

El estallido de la Revolución Bolchevique en Rusia en octubre de

1917 y la consecuente guerra civil que duró hasta 1920 recrudeció todos los prejuicios hostiles antijudíos debido al destacado protagonismo de intelectuales judíos en la revolución y al hecho de que una de sus primeras medidas fuera la emancipación jurídica. La explicable simpatía judía hacia una revolución que terminaba con la odiosa represión zarista y les hacía ciudadanos de la nueva república se apreció en su contribución al esfuerzo bélico revolucionario: a finales de los años veinte todavía el 4,4 por ciento de los oficiales del Ejército Rojo eran judíos, una sobrerrepresentación que era dos veces y media superior al porcentaje medio que suponían en la población. Sin olvidar el hecho de que el artífice del Ejército Rojo y máximo estratega que logró la victoria en la guerra civil contra los blancos fuera León Trotsky, un judío plenamente rusificado y convertido en símbolo del cáracter «judío» del bolchevismo.[326] Así surgió, reformulado, el mito de la conspiración judeo-bolchevique, propagado nuevamente por los Protocolos de los Sabios de Sión, que se editaron a millares durante la postguerra en Alemania y otros países europeos (en gran medida gracias a los exiliados rusos «blancos»). Y la denuncia resultó creíble incluso en esferas liberal-democráticas espantadas ante la aparición del comunismo como fuerza política de entidad. Durante la propia guerra mundial, el diario conservador británico *The Times* trataba de explicar el colapso de Rusia y su petición de paz por separado con Alemania apelando a causas delirantes: «Lenin y varios de sus confederados son aventureros de sangre germano-judía, a sueldo de los alemanes».[327]

El efecto potencialmente genocida de esta asociación entre judíos y comunismo (la conjura judeo-bolchevique) pudo apreciarse ya durante la propia guerra civil rusa. Durante el verano de 1919, los ejércitos contrarrevolucionarios que marcharon sobre Moscú lo hicieron bajo la vieja consigna zarista: «Ataca a los judíos y salva Rusia». El general Denikin, uno de los máximos jefes militares de las unidades «blancas» antibolcheviques, recordaría en sus memorias: «La saña antijudía de las tropas había alcanzado una especie de furia rabiosa contra la que nada se podía hacer». Como resultado de esa saña furiosa, los ejércitos rusos blancos asesinaron a una cifra de entre 60.000 y 100.000 judíos por considerar que apoyaban tácita o explícitamente a los bolcheviques.[328] Era la mayor catástrofe sufrida por la judería europea desde la rebelión cosaca del siglo XVII y hasta el comienzo del Holocausto nazi. Y de nada había valido que los intelectuales rusos más afamados hubieran salido a la palestra pública desde 1915 para

denunciar esos crímenes con valor y coraje. Máximo Gorki, en particular, escribió al respecto:

> Nuestro pueblo, irritado por las derrotas y con tanta frecuencia inducido a error, quiere saber a quién incumbe la responsabilidad de nuestras desgracias militares. Le presentan al judío y le dicen: ¡Éste es el culpable! Nuestro pueblo lleva mucho tiempo oyendo que los judíos son un pueblo malo, que crucificó a Cristo. Se olvidan de recordarle que el propio Cristo era judío, que todos los profetas eran judíos, al igual que los apóstoles, aquellos pobres pescadores judíos que crearon el Evangelio. (...) La exasperación suscitada a causa de la guerra exige una víctima, y hay ciertas personalidades rusas que, en su intento de descargar su culpabilidad sobre cabezas ajenas, señalan al judío como autor de todos nuestros males.[329]

Tras el triunfo bolchevique en Rusia y el final de la Gran Guerra, la judería europea experimentó pocos cambios en su situación jurídica y social. El mayor de los cambios sufridos tuvo que ver con el reajuste de fronteras territoriales impuesto por la victoria aliada. No en vano, en virtud del restablecimiento en 1919 de la independencia de Polonia con unas fronteras orientales ampliadas, gran parte de los territorios del antiguo *Pale* quedaron de nuevo en su seno. Por eso mismo, hacia 1939 vivían en Polonia 3,2 millones de judíos y en Rusia sólo 2,8 millones (para un total de 9,4 millones de judíos en Europa y 16,7 millones de judíos en todo el mundo).[330] Ese cambio de jurisdicción, sin embargo, no resultó especialmente favorable para los nuevos ciudadanos polacos. De hecho, la nueva República de Polonia, firmemente adherida a su catolicismo más integrista, recogió el legado de la vieja judeofobia religiosa combinado con las nuevas acusaciones de subversión revolucionaria de inspiración racial. En el verano de 1920, durante la breve guerra ocasionada por la tentativa de invasión bolchevique del país, el episcopado polaco envió a los católicos del mundo un «grito de ayuda y rescate de Polonia» que contenía la siguiente afirmación:

> El verdadero objetivo del bolchevismo es la conquista del mundo. La raza que tiene en sus manos la dirección del bolchevismo ya ha subyugado anteriormente a todo el mundo por medio del oro y los bancos, y ahora, impulsada por la codicia imperialista sempiterna que corre por sus venas, trata de lograr el sometimiento de las naciones al yugo de su dominación... El odio del bolchevismo va dirigido en contra de Cristo y su Iglesia, debido en especial a que los dirigentes del bolchevismo llevan en la sangre el odio tradicional al cristianismo. El bolchevismo, en realidad, es la encarnación y la consagración del espíritu del Anticristo en la Tierra.[331]

En la turbulenta historia de la República de Weimar alemana, la «república judía» según sus enemigos, el momento cumbre de la

violencia antisemita se registró en el mes de junio de 1922, con el asesinato de Walter Rathenau, ministro de Asuntos Exteriores desde hacía escasamente seis meses, por obra de un grupo de acción antisemita integrado por jóvenes. Su nombramiento como integrante de un gobierno conservador presidido por el católico Joseph Wirth había sido acogido con enorme furia en los círculos derechistas antisemitas. Rathenau, una de las personalidades del Partido Democrático, fue sometido a una persistente campaña de difamación, acusándole de traición durante la guerra mundial y de formar parte del gobierno secreto de los Sabios de Sión. El propio Hitler había escrito en el periódico nazi *Völkische Beobacther* en enero de 1921 un artículo sobre Rathenau donde proclamaba: «Hay que evitar la subversión de nuestro pueblo, si es necesario recluyendo su virus instigador en campos de concentración». Y una canción popularizada tras su acceso al ministerio incitaba claramente a su asesinato:

> *Knallt ab den Walter Rathenau,*
> *Die gottverdammte Judensau*
> (Seguemos la cabeza de Walter Rathenau,
> el maldito cerdo judío).[332]

Cuando los asesinos acabaron con su vida el 24 de junio de 1922, su muerte fue recibida con enorme júbilo en las filas del movimiento *völkish* y del naciente movimiento nazi. No en vano, su asesinato señaló un punto y aparte en la historia del antisemitismo en Alemania. No era el primer asesinato político ocurrido durante los años de entreguerras. Pero sí fue el primero que tuvo como objetivo una personalidad tan destacada en el plano institucional y cuyo único crimen consistía en el hecho de ser judío. El proceso contra los dos asesinos detenidos (otros dos murieron durante el atentado) se celebró en Leipzig durante el mes de octubre de 1922. El juez encargado de la causa apreció en su sentencia condenatoria de los asesinos la influencia del racismo antisemita con unas palabras tan certeras y proféticas que todavía asombra su lectura:

> Tras los asesinos y sus cómplices levanta su rostro el principal culpable, el antisemitismo irresponsable y fanático, retorcido por el odio; un antisemitismo que vilipendia al judío por el hecho de serlo, independientemente de la persona de que se trate, con todos los medios calumniosos de los que es ejemplo ese grosero libelo titulado *Protocolos de los Sabios de Sión*, y así siembra en mentes confusas e inmaduras el impulso del asesinato. Ojalá la muerte sacrificial de Rathenau, que sabía muy bien a qué peligros se exponía cuando ocupó su puesto, ojalá las percepciones que ha aportado este juicio acerca de las consecuencias de unas

provocaciones sin escrúpulos (...) sirvan para purificar el aire infectado de Alemania y para elevar a Alemania, que hoy día se está hundiendo mortalmente enferma en esta barbarie moral, hacia su curación.[333]

A pesar de las advertencias y deseos del magistrado, las semillas de la barbarie siguieron germinando en Alemania. Después del proceso por el asesinato de Rathenau, la intensa agitación antisemita decreció momentáneamente en el país, al compás del fracaso del primer intento golpista organizado por Hitler en noviembre de 1923 y del inicio de la recuperación económica. Pero no se extinguió en modo alguno, como pudo apreciar un observador judío en la capital alemana en el año 1924:

En Berlín asistí a varios mítines consagrados exclusivamente a los *Protocolos*. Por lo general, el orador era un profesor, un maestro, un editor, un abogado o alguien así. El público estaba formado por personas de la clase educada: funcionarios, comerciantes, ex-oficiales, señoras, y sobre todo, estudiantes, estudiantes de todas las facultades y todos los cursos... Las pasiones estaban excitadas al máximo. Allí, frente a uno, en carne y hueso, estaba la causa de todos los males: los que habían hecho la guerra y causado la derrota y organizado la revolución, los culpables de todos nuestros sufrimientos. El enemigo estaba al lado, al alcance de nuestra mano, y sin embargo era el enemigo que se agazapaba en la oscuridad, y uno temblaba al imaginarse los secretos designios que estaría abrigando.

Observé a los estudiantes. Era posible que sólo unas horas antes hubieran estado ejercitando toda su energía mental en un seminario dirigido por un sabio de fama mundial para tratar de resolver un problema jurídico, o filosófico, o matemático. Ahora su sangre joven hervía, les brillaban los ojos, cerraban los puños, rugían con voces roncas de aplauso o de venganza. A veces se permitía que hablara alguien del público; si alguien osaba expresar una duda lo hacían callar a voces, a veces con insultos y amenazas. Si se hubieran dado cuenta de que yo era judío, dudo que hubiera podido escapar sin lesiones. Pero la erudición alemana permitía que la creencia en la veracidad de los *Protocolos* y en la existencia de la conspiración mundial judía calase cada vez más hondo en todos los sectores educados de la población alemana, de forma que ahora es sencillamente inerradicable.[334]

Pero el relativo eclipse del movimiento antisemita en Alemania después de 1923 sólo sería parcial y coyuntural: duraría el corto lapso de los «felices años veinte», hasta que la Gran Depresión de 1929 diera al traste con los precarios equilibrios que sostenían la República democrática de Weimar. El dramático cambio de coyuntura económica volvió a reactivar con más fuerza que nunca la respetabiliad intelectual y cultural de un antisemitismo racial que había echado firmes raíces en el seno de la sociedad alemana. Para entonces, se había convertido en artículo de fe y clave explicativa de toda la historia mundial reciente para amplios sectores de la población, dispuestos a escuchar las prédicas nacionalsocialistas con fervor. Y

contra esa creencia irracional pero interesada y utilitaria, de nada valdrían las exhortaciones científicas críticas del nuevo «mito racial», como sería el caso del biólogo británico Julian Huxley, autor en 1936 de una influyente y sarcástica diatriba antirracial y antinazi:

> Nuestros vecinos alemanes se han atribuido a sí mismos un tipo teutónico que es rubio, de cabeza alargada, alto y viril. Vamos a hacer la imagen compuesta de un teutón típico a partir de los exponentes más destacados de esta idea. Hagamos que sea tan rubio como Hitler, tan dolicocéfalo como Rosenberg, tan alto como Goebbels, tan esbelto como Goering y tan masculino como Streicher. ¿En qué se parecería al ideal alemán? (...) la ciencia y el espíritu científico pueden hacer algo señalando las realidades biológicas de la situación étnica y con su negativa a prestar su aprobación a los absurdos y los horrores perpetrados en su nombre. El racismo en un mito y, desde luego, un mito peligroso.[335]

No sabía Huxley cuán peligroso podría llegar a ser ese mito racial antisemita y no sólo para los indefensos judíos alemanes. En todo caso, para entonces, las semillas de la barbarie estaban ya más que dispuestas para su trágica floración durante el dramático período de existencia del Tercer Reich. En esencia, las espasmódicas escaramuzas antijudías desatadas durante la Gran Guerra de 1914-1918 iban a convertirse en la ofensiva frontal y total desplegada por el nazismo durante la década de los treinta y principios de los cuarenta del siglo XX.

EPÍLOGO

Este libro ha tratado de explicar la trayectoria histórica del intenso prejuicio antijudío cristalizado en la Antigüedad Clásica y desarrollado con desigual intensidad y formato hasta su culminación genocida en el Holocausto practicado por el régimen nazi alemán durante la Segunda Guerra Mundial. La tarea acometida con mejor o peor fortuna no ha sido, en todo caso, nada fácil. Ante todo porque la persistente continuidad de ese prejuicio hostil multiforme y proteico, «el odio más antiguo», representa un desafío intelectual de primer orden y una demostración trágica de la inercia adquirida por ciertos fenómenos y tópicos históricos cuando están bien arraigados y cumplen una función social utilitaria y relevante.

Desde luego, no cabe duda de que la génesis de la hostilidad hacia los judíos en los tiempos helenísticos tuvo una relación estrecha con su condición de primer pueblo tenazmente monoteísta y monolátrico, en abierto contraste con el resto de los pueblos animistas y politeístas entonces dominantes en el mundo. Esa crucial diferencia religiosa sentó las bases para un contraste vivo y profundo entre los fieles a ese Dios personal, único, inmaterial y carente de representación física, y el resto de los creyentes en dioses y númenes múltiples, dados a escala humana en sus vicios y pasiones, capaces de ser encarnados en estatuas visibles y susceptibles de venerable adoración. La consecuente acusación de «soberbia» teológica y «orgullo» despreciativo levantada contra los judíos por el resto de los creyentes de otras religiones fue mero corolario de esa diferencia cualitativa. En particular, la negativa de los judíos a adorar, siquiera como gesto cortés de buena voluntad, a los dioses de otros pueblos, fue percibida como una ruptura brutal de las costumbres y normas de convivencia y respeto por parte de los creyentes de las religiones politeístas. El judío, por el hecho de seguir el precepto religioso impuesto por su Dios, se hizo así acreedor de la acusación de soberbia, orgullo y exclusivismo hostil por parte de los «gentiles», una tópica que una vez cristalizada y divulgada habría de tener una continuidad asombrosa en el tiempo y en el espacio. Una tópica capaz incluso de pervivir en contextos históricos en los que las

religiones monoteístas se hicieron dominantes y compartieron ese principio monolátrico absoluto, con el añadido de que las más importantes, el cristianismo y el islamismo, no dejaban de ser derivaciones del tronco monoteísta judío original.

La diferencia religiosa mencionada no quedó circunscrita a una faceta más de la vida social y comunitaria de los judíos y de su relación con otros pueblos. La religión no era entonces un mero «asunto privado y particular» (como empezaría a ser en la contemporaneidad con el proceso de secularización), sino el eje vital de la cosmovisión y la conducta cultural de cada creyente y cada grupo social. Esa cualidad podría no haber tenido efectos históricos si los judíos hubieran permanecido en Israel como un pueblo extraño en su concepción religiosa, pero lejano en sus contactos diarios y cotidianos con otros pueblos y fieles politeístas. Pero no sucedió así. Antes al contrario.

Como resultado de los avatares históricos apenas apuntados en esta obra, el pueblo judío sufrió oleadas de diáspora (siempre más forzada que voluntaria) y se extendió por el ámbito mediterráneo como fragmentadas comunidades religiosas muy diferentes en ritos y costumbres a las practicadas por los pueblos nativos que ejercían como anfitriones. Las leyes dietéticas, la práctica de la circuncisión, la observancia del *Sabbath*, el imperativo de matrimonio entre fieles a la verdadera religión, la voluntad proselitista, etc., crearon las condiciones para una progresiva diferenciación entre el conjunto de la población y la nueva minoría acogida, muy llamativa por sus rasgos religiosos y muy compacta por su cohesión como grupo identitario. Las diferencias culturales descritas sirvieron como punto de apoyo de las primeras críticas xenofóbicas contra los judíos basadas en sus peculiares costumbres y tradiciones (consideradas despreciables o ininteligibles). Y esas mismas críticas de exclusivismo aislacionista y prácticas culturales perversas se fundieron y reafirmaron con las acusaciones derivadas de su supuesta soberbia religiosa.

Cuando las propias condiciones de la vida judía en la diáspora les llevaron a convertirse en comunidades urbanas y de especialización ocupacional básicamente terciaria (artesanado, comercio, finanzas, medicina, arquitectura...), el campo quedó abonado para nuevas acusaciones hostiles de raíz social o económica por parte de pueblos mayoritariamente campesinos y apenas veladamente hostiles a quienes no «arraigaban» en la tierra y no se asimilaban a la mayoría. El tópico del judío urbano por antinatural, codicioso en su amor al

dinero, peligroso por su afición al saber oculto, no dejó de circular con profusión desde la Antigüedad. Y, de hecho, se convertiría en una especie de profecía autocumplida cuando en el siglo XIX el judío alcanzara un protagonismo muy relevante en las nuevas tareas y ocupaciones asociadas al proceso de modernización abierto por la Revolución Industrial.

Sobre la base de ese triple asiento religioso, cultural y socio-económico, la tópica antijudía conoció una profunda transformación con el conflicto entre la Iglesia y la Sinagoga desatado en el siglo I de nuestra era. Desde entonces, al compás de la conversión del cristianismo en religión universal y triunfante en toda Europa, la judeofobia de raíces paganas se acrecentó por un motivo teológico supremo: la obstinada negativa judía a reconocer la divinidad de Cristo y su condición de Mesías. Relegado así a la condición de paria tolerado pero hostigado, el judío subsistió en el seno de la Cristiandad como virtual chivo expiatorio de todos los males humanos, a la espera de su conversión a la verdadera fe antes de la Segunda Venida de Jesucristo. Porque, al igual que los prejuicios antijudíos paganos de raíz cultural admitían enmienda (el mero abandono de esas costumbres perversas: la circuncisión, las leyes dietéticas, el Sabbath, etc.), la judeofobia cristiana tenía igualmente curación y alivio: la Gracia santificante del Bautismo siempre borraba el pecado y permitía la integración plena en la Iglesia de Cristo.

El consecuente legado de antijudaísmo cristiano, fundido con las fértiles raíces de la judeofobia pagana (a pesar de sus abiertas diferencias), no dejó de florecer durante toda la Edad Media y gran parte de la Edad Moderna. Y lo hizo porque ese complejo de ideas hostiles hacia los judíos resultaba operativo en el contexto histórico en la medida en que se adaptaba a los intereses vitales, a las expectativas primarias, a las demandas explicativas de los grupos sociales existentes y dominantes. Sin esa trabazón y conexión, las fantasías delirantes y fanáticas de tipo xenofóbico no hubieran tenido continuidad ni adeptos ni arraigo suficiente. Probablemente se hubieran disuelto como espejismos en el devenir de los siglos y con el cambio de costumbres y la relativización de creencias y opiniones religiosas. Pero no lo hicieron porque la judería era el único grupo no cristiano de entidad significativa emplazado en el seno de la Cristiandad y tolerado en la práctica de su religión maldita pero respetada como testimonio de la Antigua Alianza transformada por la venida de Cristo. Una categoría única que les exponía visiblemente a

la señalización como diferentes e inferiores, cuando no como hostiles y peligrosos. Se convirtió así al judío en el chivo expiatorio oportuno, la cabeza de turco conveniente, la válvula de escape de todas las tensiones socio-económicas, la anomalía social recurrente: un paria señalable con el dedo para acusarle de todos los males humanos o divinos en toda época o coyuntura de crisis y miedo al porvenir.

El panorama sólo cambiaría con la llegada de la Ilustración y a lo largo del primer siglo de la época contemporánea, cuando la emancipación política y la asimilación cultural ofrecieron una vía de integración de los judíos en el seno de las comunidades nacionales entonces en proceso de construcción y afirmación. Sin embargo, el proceso quedó en gran medida truncado porque el prejuicio antijudío derivado de la vieja judeofobia pagano-cristiana (el judío como asesino de Cristo y ser falso, exclusivista y codicioso) sería revitalizado por un nuevo antisemitismo racial infinitamente más letal y totalizador.

En efecto, la nueva doctrina asumía los viejos prejuicios, pero rechazaba la idea de que la asimilación cultural o la conversión a la verdadera fe pudieran limpiar el pecado de haber nacido judío porque se basaba en una nueva concepción racial y social-darwinista. A tenor de esta nueva «religión política secular», la humanidad estaba formada por razas que se definían por inamovibles factores biológicos hereditarios, eran cualitativamentes diferentes en sus capacidades morales e intelectuales, y estaban enfrentadas entre sí en una lucha por la supervivencia de las más aptas y por el sometimiento de las más débiles. De acuerdo con esta cosmovisión racista, el enemigo natural de la raza aria superior siempre había sido la raza judía, que vivía como un parásito sobre el suelo de la patria y corrompía la sangre de sus hijos mediante el mestizaje y la destrucción de la pureza racial. Y, supuestamente, la judería internacional combatía esta eterna verdad racial mediante estratagemas diversas como eran el capitalismo financiero que destruía la economía nacional, el bolchevismo comunista que subvertía las relaciones sociales, y el pacificismo derrotista que minaba la fortaleza militar de los Estados. Los judíos devinieron así en los proteicos chivos expiatorios de la inquietante modernidad: en su calidad de agentes del capitalismo egoísta y del liberalismo democrático disolvente, como promotores de la revolución social antinacional y destructiva de la paz interior, por su condición de virus infectos que rompían la armonía cultural y el equilibrio intelectual, todo ello a la par y sin contradicción apreciable.

En función de esas ideas delirantes y paranoides, propias de una fantasía fanática pero útil en el plano socio-político, el antisemitismo racial aplicado por los nazis en Alemania puso en marcha hasta su extremo lógico el proceso xenofóbico antijudío. Sobre la base del mero *prejuicio* popular, el Tercer Reich comenzó por ejecutar una primera etapa de *discriminación* institucional contra los judíos alemanes (1933-1938), en un intento eficaz de rescindir la emancipación y devaluar su condición socio-jurídica en el seno de la nación. Culminada esa fase, con el pogromo oficial de «La Noche de los Cristales Rotos» (*Kristallnacht,* noviembre de 1938), el régimen se embarcó en una etapa de *segregación* física radical, buscando la más completa separación de los judíos respecto del resto de alemanes mediante su deportación a campos de concentración y su encierro en guetos urbanos bien delimitados y clausurados. Y, finalmente, en el contexto de brutalización general ocasionado por el estallido de la guerra mundial, Hitler dio la orden de iniciar la última etapa xenófoba racial pendiente: el *exterminio* total y completo de aquella población asediada y estigmatizada.

La planificación y ejecución de este genocidio estuvo motivada ideológicamente y no fue el resultado de una exigencia estratégica o de una demanda política superior impuesta por la guerra mundial. Las ideas racistas nazis fueron la fuerza motriz del Holocausto y pudieron llevarse a la práctica con lógica infernal en el propicio contexto de «Guerra Total» desatada por los nazis durante la invasión de la Unión Soviética y con la complacencia de amplios sectores de la población alemana y continental infectada por esas doctrinas raciales extremistas o por el prejuicio religioso-cultural judeofóbico. El patente hilo de continuidad que vincula el mero prejuicio antisemita (que exige la discriminación) con la *Kristallnacht* (que inaugura la segregación) y con su derivación en Auschwitz (el simple exterminio) es una cruda advertencia de lo que puede volver a suceder si se toleran pasivamente los brotes de xenofobia racista y criminal y se permite que lleguen a sus corolarios lógicos más extremos. Por eso resulta imprescindible recordar la secuencia histórica para atajar a tiempo tanto la barbarie final de Auschwitz como su prólogo obligado de la *Kristallnacht* o su semilla temprana en forma de prejuicios tópicos y aparentemente inocuos («el judío errante» y soberbio). Aunque sólo sea por una razón bien explicada por el escritor italiano Primo Levi (Turín, 1919-1987) superviviente de Auschwitz y autor de páginas memorables sobre su inhumana experiencia como prisionero judío

condenado al genocidio: «Si el mundo llegara a convencerse de que Auschwitz nunca ha existido, sería mucho más fácil edificar un segundo Auschwitz. Y no hay garantías de que esta vez sólo devorase a judíos».[336]

Esa mera y simple razón serviría para justificar la necesidad de conocer lo que fue el Holocausto como cumbre de la barbarie humana y de precaverse contra las semillas teóricas y doctrinales que lo alentaron bajo la forma del antisemitismo y la judeofobia. La consecuente importancia cívica del conocimiento histórico de esos fenómenos inquietantes y trágicos fue expuesta de forma inigualable por el historiador francés François Furet poco antes de su fallecimiento. Sus certeras palabras merecen figurar como punto final y colofón de esta obra:

> Los crímenes del nazismo fueron tan grandes y resultaron, al final de la guerra, tan universalmente visibles que el mantenimiento pedagógico de su recuerdo desempeña un papel indiscutiblemente útil, y hasta necesario, mucho después de que hayan desaparecido las generaciones que los cometieron. Porque la opinión tuvo, más o menos concretamente, conciencia de que en esos crímenes había algo de específicamente moderno, que no carecían de relación con ciertos rasgos de nuestras sociedades, y que era menester velar cuidadosamente por evitar su regreso. (...) Las formas de rememoración que adopta (el recuerdo del Holocausto), el tipo de pedagogía que inspira, no siempre son muy profundos, y puede ser utilizada con finalidades políticas. Pero lo que esa desgracia expresa ha de tomarse como un sentimiento político esencial en los ciudadanos de los países democráticos en este fin de siglo. Al historiador, y más en general al intelectual, toca convertirla en una enseñanza más informada y menos partidaria. Confieso que no es fácil, pero es necesario.[337]

BIBLIOGRAFÍA

I. ESTUDIOS TEÓRICOS GENERALES SOBRE LOS FUNDAMENTOS DE LA XENOFOBIA Y EL RACISMO

ALLPORT, Gordon W. *La naturaleza del prejuicio*, Buenos Aires, Eudeba, 1962. Edición original inglesa de 1954.

AUTORES VARIOS. *La biología como arma social*, Madrid, Alhambra, 1982.

BANNISTER, Robert C. «The Survival of the Fittest is Our Doctrine: History or Histrionics?», *Journal of the History of Ideas*, vol. 31, n° 3, 1970, pp. 377-398.

BANTON, Michael. *The Idea of Race*, Londres, Tavistock, 1977.

— *Racial Theories*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

BARKAN, Elazar. *The Retreat of Scientific Racism. Changing Concepts of Race in Britain and the United States between the World Wars*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

BAUMAN, Zygmunt. «Racismo, antirracismo y progreso moral», *Debats* (Valencia), n° 47, 1994, pp. 51-58.

BENEDICT, Ruth. *Race and Racism*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983. Edición original, 1942.

CAVALLI-SFORZA, Luigi Luca. *Genes, pueblos y lenguas*, Barcelona, Crítica, 1997.

— y CAVALLI-SFORZA, Francesco. *¿Quiénes somos? Historia de la diversidad humana*, Barcelona, Crítica, 1999.

CHALK, Frank y JONASSOHN, Kurt (eds.). *The History and Sociology of Genocide*, New Haven, Yale University Press, 1990.

CHOROVER, Stephan L. *Del Génesis al Genocidio*, Madrid, Blume, 1982.

CHRISTEN, Yves. *El hombre biocultural. De la molécula a la civilización*, Madrid, Cátedra, 1989.

DELACAMPAGNE, Christian. *Racismo y Occidente*, Barcelona, Argos Vergara, 1983.

ESTEVA FABREGAT, Claudio. *Razas humanas y racismo*, Barcelona, Salvat, 1973.

FONTETTE, François de. *Le racisme*, París, Presses Universitaires de

France, 1975.
FOUCAULT, Michel. *Genealogía del racismo*, Madrid, Piqueta, 1992.
GALLACH, José M. y VALDÉS, Ramón (eds.). *Las razas humanas*, Barcelona, Compañía Internacional Editora S.A., 1981, 4 vols.
GOULD, Stephen Jay. *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Crítica, 1997.
GUILLAUMIN, Colette. *L'Idéologie raciste: Genèse et langage actuel*, París, Mouton, 1972.
HARRIS, Marvin. *Nuestra especie*, Madrid, Alianza, 1991.
HIDALGO TUÑON, Alberto. *Reflexión ética sobre el racismo y la xenofobia*, Madrid, Editorial Popular, 1993.
HIMMELFARB, Gertrude. *Darwin and the Darwinian Revolution*, Gloucester, Mass., Peter Smith, 1967.
HOROWITZ, Maryanne Cline (ed.). *Race, Class and Gender in XXth Century Culture*, Philadelphia, Library of the History of Ideas, 1991.
LERNER, Richard. *Final Solutions: Biology, Prejudice and Genocide*, University Park (PA), Pennsylvania State University Press, 1992.
LEWONTIN, R. C.; STEVEN, Rose y KAMIN, León J. *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*, Barcelona, Crítica, 1987.
MACMASTER, Neil. *Racism in Europe*, Londres, Macmillan, 2001.
MARQUER, Paulette. *Las razas humanas*, Madrid, Alianza, 1973.
MAZZARA, Bruno M. *Estereotipos y prejuicios*, Madrid, Acento, 1999.
MAYR, Ernst. *Una larga controversia: Darwin y el darwinismo*, Barcelona, Crítica, 2001.
MOSSE, George L. *Toward the Final Solution: A History of European Racism*, Madison, University of Wisconsin Press, 1987. Edición original, 1978.
PESET, José Luis. *Ciencia y marginación. Sobre negros, locos y criminales*, Barcelona, Crítica, 1983.
POLIAKOV, Léon. *The Aryan Myth: A History of Racist and Nationalist Ideas in Europe*, New York, Basic Books, 1974. Edición original, 1971.
— *La Causalidad Diabólica*, Barcelona, Muchnik, 1982.
SANMARTÍN, José. *La violencia y sus claves*, Barcelona, Ariel, 2000.
SOTELO, Ignacio. «Un viaje de ida y vuelta: del colonialismo al racismo», *Claves de Razón Práctica* (Madrid), n° 78, 1997, pp. 24-34.
TEMPRANO, Emilio. *La caverna racial europea*, Madrid, Cátedra, 1990.
TERNON, YVES. *El Estado criminal. Los genocidios en el siglo xx*, Barcelona, Península, 1999.

WALZER, Michael. *Guerras justas e injustas: un razonamiento moral con ejemplos históricos*, Barcelona, Paidós, 2001.
WIEVIORKA, MICHEL. *El espacio del racismo*, Barcelona, Paidós, 1992.

II. HISTORIAS GENERALES DEL PUEBLO Y LA RELIGIÓN JUDÍA

BARON, Salo Wittmayer. *Historia social y religiosa del pueblo judío*, Buenos Aires, Paidós, 1968, 8 vols.
BEN-SASSON, H. H. (dir.). *Historia del pueblo judío*, Madrid, Alianza, 1988, 3 vols.
COHN-SHERBOK, Dan. *The Blackwell Dictionary of Judaica*, Oxford, Blackwell, 1992.
— *Atlas of Jewish History*, Londres, Routledge, 1993.
COHN-SHERBOK, Lavinia y Dan. *A Popular Dictionary of Judaism*, Richmon, Surrey, Curzon Press, 1995.
DUBNOV, Simon. *Manual de historia judía*, Buenos Aires, Sigal, 1967. Edición original alemana, 1920.
EBAN, Abba. *Legado. La civilización y los judíos*, Madrid, Sheva, 1987.
Encyclopaedia Judaica, Jerusalén-Nueva York, Macmillan, 1971-1972, 2 vols.
FAST, Howard. *Los Judíos. Historia de un pueblo*, Vitoria, La Llave, 2000.
GILBERT, Martin. *Jewish History Atlas*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1992.
MENDES-FLORH, Paul y REINHARZ, Jehuda (eds.). *The Jew in the Modern World. A Documentary History*, Oxford, Oxford University Press, 1995.
SATZ, Mario. *El judaísmo. Cuatro mil años de cultura*, Barcelona, Montesinos, 1982.
VIDAL MANZANARES, César. *Textos para la historia del pueblo judío*, Madrid, Cátedra, 1995.

III. OBRAS GENERALES SOBRE EL ANTISEMITISMO

ALMOG, Shmuel (ed.). *Antisemitism Through the Ages*, Oxford, Pergamon Press, 1988.
ARENDT, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*, vol. 1, *Antisemitismo*, Madrid, Alianza, 1981.

COHN-SHERBOK, Dan. *The Crucified Jew. Twenty Centuries of Christian Anti-Semitism*, Londres, Harper-Collins, 1992.

FLANNERY, Edward H. *Veintitrés siglos de antisemitismo. Desde el mundo antiguo hasta la lucha por la emancipación*, Buenos Aires, Paidós, 1974. Edición original inglesa, 1965.

LAQUEUR, Walter. *The Changing Face of Anti-Semitism. From Ancient Times to the Present Day*, Oxford, Oxford University Press, 2006.

LAZARE, Bernard. *El antisemitismo: su historia y sus causas*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1986. Edición original francesa de 1894.

MESSADIÉ, Gerald. *Historia del antisemitismo*, Buenos Aires, Ediciones B, 2001. Edición original francesa, 1999.

PARKES, James. *Antisemitismo*, Buenos Aires, Paidós, 1965. Edición original inglesa, 1963.

PEREDNIK, Gustavo Daniel. *La judeofobia. Cómo y cuándo nace, dónde y por qué pervive*, Barcelona, Flor del Viento Ediciones, 2001.

POLIAKOV, Léon. *Historia del antisemitismo*, Barcelona, Muchnik, 1981-1986, 5 vols. Edición original francesa, 1977.

WISTRICH, Robert S. *Anti-Semitism. The Longest Hatred*, Londres, Thames Mandarin, 1992.

IV. ESTUDIOS SOBRE LA JUDEOFOBIA EN LA ANTIGÜEDAD, LA EDAD MEDIA Y LA MODERNIDAD

COHEN, Jeremy. *The Friars and the Jews: The Evolution of Medieval Anti-Judaism*, Ithaca, Cornell University Press, 1982.

COHEN, Mark R. *Under Crescent and Cross. The Jews in the Middle Ages*, Princeton, Princeton University Press, 1994.

DELUMEAU, Jean. «Los agentes de Satán: el judío, mal absoluto», en su libro *El miedo en Occidente (siglos xiv-xviii)*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 423-470.

EDWARDS, John. *The Jews in Christian Europe, 1400-1700*, Londres, Routledge, 1991.

GAGER, John. *Origins of Christian Anti-Semitism*, New York, Oxford University Press, 1983.

HAY, Malcolm. *The Roots of Christian Anti-Semitism*, Nueva York, Freedom Library Press, 1981.

— *Europe and the Jews: The Pressure of Christendom over 1900 years*, Chicago, Academy Chicago Publishers, 1992.

ISAAC, Jules. *The Teaching of Contempt: Christian Roots of Anti-Semitism*,

Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1964. Edición española: *Las raíces históricas del antisemitismo*, Buenos Aires, Paidós, 1966.

ISRAEL, Jonathan I. *European Jewry in the Age of Mercantilism, 1550-1750*, Oxford, Clarendon Press, 1985.

LE GOFF, Jacques. «El judío en los exempla medievales», en su libro *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1985, pp. 116-128.

MARCUS, Jacob R. *The Jew in the Medieval World. A Source Book, 315-1791*, Nueva York, Atheneum Publishers, 1969.

MITRE, Emilio. *Judaísmo y Cristianismo. Raíces de un gran conflicto histórico*, Madrid, Istmo, 1980.

MONTSERRAT TORRENTS, José. *La Sinagoga cristiana. El gran conflicto religioso del siglo i*, Barcelona, Muchnik, 1989.

PARKES, James. *The Conflict of the Church and the Synagogue. A Study in the Origins of Anti-Semitism*, Nueva York, Atheneum, 1969. Edición original inglesa, 1934.

RUETHER, Rosemary Radford. *Faith and Fratricide: The Theological Roots of Anti-Semitism*, Nueva York, Seabury Press, 1974.

SEVENTER, J. N. *The Roots of Pagan Antisemitism in the Ancient World*, Leiden, E. J. Brill, 1975.

STERN, Menahem. *Greek and Latin Authors on Jews and Judaism*, Jerusalén, The Israel Academy of Sciences and Humanities, 1974, 1980 y 1984, 3 vols.

STOW, Kenneth. *Alienated Minority: The Jews of Medieval Latin Europe*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1993.

TCHERIKOVER, Victor. *Hellenistic Civilization and the Jews*, Nueva York, Atheneum Publishers, 1970.

TRACHTENBERG, Joshua. *The Devil and the Jews: The Medieval Conception of the Jew and Its Relation to Modern Anti-Semitism*, New Haven, Yale University Press, 1943. Reedición: Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1983. Edición español: *El diablo y los judíos*, Buenos Aires, Paidós, 1975.

VALDEÓN BAROQUE, Julio. *El chivo expiatorio. Judíos, revueltas y vida cotidiana en la Edad Media*, Valladolid, Ámbito, 2000.

V. ESTUDIOS SOBRE EL ANTISEMITISMO EN LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

ALMOG, Shmuel. *Nationalism and Anti-semitism in Modern Europe, 1815-1945*, Oxford, Pergamon Press, 1990.

ALTMANN, Alexander (ed.). *Nineteenth Century Jewish Intellectual History*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1964.

BIRNBAUM, Pierre y KATZNELSON, Ira (eds.). *Paths of Emancipation: Jews, States and Citizenship*, Princeton, Princeton University Press, 1995.

CURTIS, Michael (ed.). *Antisemitism in the Contemporary World*, Boulder (CO), Westview Press, 1986.

FERRER BENIMELI, José Antonio. *El contubernio judeo-masónico-comunista*, Madrid, Istmo, 1982.

FRANKEL, Jonathan y ZIPPERSTEIN, Steven (eds.) *Assimilation and Community. The Jews in Nineteenth Century Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

HERTZBERG, Arthur. *The Zionist Idea. A Historical Analysis and Reader*, Nueva York, Atheneum Publishers, 1969.

KARADY, Victor. *Los judíos en la modernidad europea*, Madrid, Siglo XXI, 2000.

KATZ, Jacob. *From Prejudice to Destruction. Anti-Semitism, 1700-1933*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1980.

LAQUEUR, Walter. *A History of Zionism*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1972.

LEVY, Richard S. *Antisemitism in the Modern World. An Anthology of Texts*, Lexington (MA), D. C. Heath, 1991.

LINDEMANN, Albert S. *The Jew Accused. Three Anti-Semitic Affairs. Dreyfus, Beilis, Frank, 1894-1915*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

MALINO, Frank y SORKIN, David (eds.). *From East to West. Jews in a Changing Europe, 1750-1870*, Oxford, Basil Blackwell, 1992.

MENDES-FLOHR, Paul R. y REINHARZ, Jehuda (eds.). *The Jew in the Modern World: A Documentary History*, Oxford University Press, 1980.

STRAUSS, Herbert A. (ed.). *Hostages of Modernization: Studies on Modern Antisemitism, 1870-1933/39*, Berlín, Walter de Gruyter, 1993.

TAUR, Jacob. *El sionismo*, Madrid, Aguilar, 1980.

VAGO, Bela (ed.). *Jewish Assimilation in Modern Times*, Boulder, University of Colorado Press, 1981.

WISTRICH, Robert S. *Between Redemption and Perdition. Essays on Modern Anti-Semitism and Jewish Identity*, Londres, Routledge, 1990.

— (ed.). *Anti-Zionism and Anti-Semitism in the Contemporary World*, Nueva York, New York University Press, 1990.

ARAD, Yitzhak. *The Pictorial History of the Holocaust*, Londres, Macmillan, 1992.

— GUTMAN, Yisrael y MARGALIOT, Abraham (eds.). *El Holocausto en documentos. Selección de documentos sobre la destrucción de los judíos de Alemania y Austria*, Jerusalén, Yad Vashem, 1996.

BAER, Alejandro. *Holocausto. Recuerdo y representación*, Madrid, Losada, 2006.

BALDWIN, Peter (ed.). *Reworking the Past: Hitler, the Holocaust and the Historians' Debate*, Boston, Beacon Press, 1990.

BANKIER, David. *The Germans and the Final Solution: Public Opinion under Nazism*, Oxford, Blackwell, 1992.

— y GUTMAN, Israel (eds.). *La Europa nazi y la Solución Final*, Madrid, Losada, 2005.

BARTOV, Omer (ed.). *The Holocaust. Origins, Implementation, Aftermath*, Londres, Routledge, 2000.

— *Germany's War and the Holocaust: Disputed Histories*, Ithaca, Cornell University Press, 2003.

BAUER, Yehuda (ed.). *The Holocaust in Historical Perspective*, Seattle, University of Washington Press, 1978.

— *A History of the Holocaust*, New York, Franklin Watts, 1982.

BÉDARIDA, François. *Le Génocide et le Nazisme*, París, Presses Pocket, 1992.

BENSOUSSAN, Georges. *Historia de la Shoah*, Barcelona, Anthropos, 2005.

BROWNING, Christopher R. *The Origins of the Final Solution. The Evolution of Nazi Jewish Policy, 1939-1942*, Londres, Arrow Books, 2005.

— *The Path to Genocide: Essays on Launching the Final Solution*, Cambridge University Press, 1992.

— *Fateful Months. Essays on the Emergence of the Final Solution*, Nueva York, Holmes and Meier, 1985.

BURRIN, Philippe. *Hitler and the Jews. The Genesis of the Holocaust*, Londres, Edward Arnold, 1994.

CESARINI, David (ed.). *The Final Solution. Origins and Implementation*, Londres, Routledge, 1993.

COHEN, Asher. *La Shoah. El exterminio de los judíos de Europa (1933-1945)*, Bilbao, Editorial Desclée de Brouwer, 1992.

DAWIDOWICZ, LUCY S. *The War against the Jews, 1933-1945*, Harmondsworth, Penguin Books, 1987. Primera edición: Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1975.

Documents on the Holocaust: Selected Sources on the Destruction of the Jews of Germany and Austria, Poland, and the Soviet Union, Jerusalén, Yad Vashem-Pergamon Press, 1987.

EDELHEIT, Abraham J. y Hershel. *History of the Holocaust. A Handbook and Dictionary*, Oxford, Westview Press, 1994.

FISCHEL, Jack R. *The A to Z of the Holocaust*, Toronto, Scarecrow Press, 2005.

FLEMING, Gerald. *Hitler and the Final Solution*, Berkeley, University of California Press, 1984.

FRIEDLANDER, Henry. *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1995.

— y MILTON, Sybil (eds.). *The Holocaust: Ideology, Bureaucracy, and Genocide*. The San José Papers, New York, Kraus International Publications, 1980.

FRIEDLÄNDER, Saul. *¿Por qué el Holocausto? Historia de una psicosis colectiva*, Barcelona, Gedisa, 2004.

FURET, François (ed.). *Unanswered Question: Nazi Germany and the Genocide of the Jews*, Nueva York, Shocken Books, 1989.

GILBERT, Martin. *The Holocaust: A History of the Jews of Europe during the Second World War*, Londres, Collins, 1986.

— *The Macmillan Atlas of the Holocaust*, Nueva York, Macmillan, 1982.

— *Final Journey: The Fate of the Jews in Europe*, Londres, G. Allen & Unwin, 1979.

— *Never Again. A History of the Holocaust*, Londres, Harper-Collins, 2000.

GOLDHAGEN, Daniel Jonah. *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Taurus, 1997. Edición original norteamericana, 1996.

— *La Iglesia católica y el Holocausto*, Madrid, Taurus, 2002.

GRAML, Hermann. *Anti-Semitism and the Third Reich*, Oxford, Basil Blackwell, 1992.

GROBMAN, Alex y LANDES, Daniel (eds.). *Genocide. Critical Issues of the Holocaust. A Companion to the Film «Genocide»*, Los Angeles, Simon Wiesenthal Center, 1983.

GUTMAN, Israel (ed.). *Encyclopedia of the Holocaust*, Nueva York, Macmillan, 1990, 4 vols.

HILBERG, Raul. *The Destruction of the European Jews*, New York, Holmer & Meier, 1961. Traducción española: *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2005.

— (ed.). *Documents of Destruction: Germany and Jewry, 1933-1945,* Chicago, Quadrangle Books, 1971.

HIRSCHFEL, Gerhard (ed.), *The Policies of Genocide: Jews and Soviet Prisoners of War in Nazi Germany*, Londres, Allen & Unwin, 1986.

KATZ, Stephen T. *The Holocaust in Historical Context*, vol. 1, *The Holocaust and Mass Death before the Modern Age*, Oxford, Oxford University Press, 1994.

KOGON, Eugen. *The Theory and Practice of Hell*, New York, Farrar, Straus and Giroux, 1984. Edición original de 1950.

— LANGBEIN, Hermann y RÜCKERL, Adalbert (eds.). *Nazi Mass Murder: A Documentary History of the Use of Poison Gas*, New Haven, Yale University Press, 1993.

LANDAU, Ronnie S. *The Nazi Holocaust*, Chicago, Iván R. Dee, 1994.

LAQUEUR, Walter y BAUMEL, Judith Tydor. *The Holocaust Encyclopedia*, Yale, Yale University Press, 2001.

LANZMANN, Claude. *Shoah*, París, Fayard, 1985. Traducción española: *Shoah*, Madrid, Arena Libros, 2003.

LEVIN, Nora. *The Holocaust: The Destruction of European Jewry, 1933-1945*, Nueva York, Schocken Books, 1973.

MARRUS, Michael. *The Holocaust in History*, Harmondsworth, Penguin Books, 1993.

MAYER, Arno J. *Why Did the Heavens Not Darken? The «Final Solution» in History*, Londres, Verso, 1988.

MILLER, Judith. *One, by One, by One. Facing the Holocaust*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1990.

NEVILLE, Peter. *The Holocaust*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

NEWMAN, Aubrey. *The Holocaust*, Londres, Caxton, 2002.

NOAKES, Jeremy y PRIDHAM, Geoffrey (eds.). *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, *Foreign Policy, War and Racial Extermination*, Exeter, University of Exeter, 1988.

POLIAKOV, León. *Breviario del odio: Los judíos y el Tercer Reich*, Buenos Aires, Stilcograf, 1954. Traducción española de *Harvest of Hate: The Nazi Programme for the Destruction of the Jews of Europe*, Syracuse, Syracuse University Press, 1954.

— *Auschwitz. Documentos y testimonios del genocidio nazi*, Barcelona, Oikos-Tau, 1966.

PRESSAC, Jean-Claude. «Le Dossier des Chambres a Gaz. Pour en finir avec les négateurs», *L'Histoire* (París), n° 156, 1992, pp. 42-51.
— *Auschwitz. Technique and Operation of the Gas Chambers*, Nueva York, The Beate Klarsfeld Foundation, 1989.
RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis. «La memoria histórica y los campos de concentración nazis», *Sistema* (Madrid), n° 130, 1996, pp. 51-73.
SCHLEUNES, Karl A. *The Twisted Road to Auschwitz: Nazi Policy toward German Jews, 1933-1939*, Urbana, Illinois University Press, 1990.
SPIEGELMAN, Art. *Maus*, Barcelona, Planeta, 2002.
STEINBERG, Jonathan. *All or Nothing. The Axis and the Holocaust, 1941-1943*, Londres, Routledge, 1990.
STONE, Dan (ed.). *The Historiography of the Holocaust*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2005.
TORÁN, Rosa. *Los campos de concentración nazis*, Barcelona, Península, 2005.
VIDAL MANZANARES, César. *El Holocausto*, Madrid, Alianza, 1995.
YAHIL, Leni. *The Holocaust: the Fate of European Jewry, 1932-1945*, Oxford, Oxford University Press, 1990.
WEBER, Louis (ed.). *Crónica del Holocausto. Las palabras e imágenes que hicieron historia*, Madrid, Libsa, 2001. Edición original norteamericana, 2000.
WIEVIORKA, Annette. *Auschwitz explicado a mi hija*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001.
WISTRICH, Robert S. *Hitler y el Holocausto*, Barcelona, Mondadori, 2002.

VII. ESTUDIOS SOBRE EL ANTISEMITISMO EN PAÍSES INDIVIDUALES

ABRAMSKY, Chimen; JACHIMCZYK, Maciej y POLONSKY, Antony (eds.) *The Jews in Poland*, Oxford, Basil Blackwell, 1986.
ALDERMAN, Geoffrey. *The Jewish Community in British Politics*, Oxford, Clarendon Press, 1983.
— *Modern British Jewry*, Oxford University Press, 1992.
ÁLVAREZ CHILLIDA, Gonzalo. *El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002)*, Madrid, Marcial Pons, 2002.
— «El mito antisemita en la crisis española del siglo XX», *Hispania* (Madrid), n° 194, 1996, pp. 1.037-1.070.
ARKEL, Dirk Van. *Anti-semitism in Austria*, Leiden, Proefschrift, 1966.
AVNI, Haim. *España, Franco y los judíos*, Madrid, Altalena, 1982.

BAER, Yitzhak. *Historia de los judíos en la España cristiana*, Madrid, Altalena, 1981.

BARON, Salo W. *The Russian Jew under Tsars and Soviets*, 2ª ed., Nueva York, Macmillan, 1976.

BEINART, Haim. *Los judíos en España*, Madrid, Fundación Mapfre, 1992.

BELLER, Steven. *Vienna and the Jews, 1867-1938*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

BIRNBAUM, Pierre. *Anti-Semitism in France. A History from 1789 to the Present*, Oxford, Basil Blackwell, 1992.

BLUMENKRANTZ, Bernard (dir.). *L'Histoire des Juifs en France*, Toulouse, Privat, 1972.

BRAHAM, Randolph L. y MILLER, Scott (eds.). *The Nazis' Last Victims. The Holocaust in Hungary*, Detroit, Wayne State University Press, 1998.

BYRNES, Robert F. *Antisemitism in Modern France*, New Brunswick, N. J., Rutgers University Press, 1950.

CARO BAROJA, Julio. *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Madrid, Istmo, 1978, 3 vols.

COHN-SHERBOK, Dan y Lavinia. *The American Jew*, Londres, Harper-Collins, 1994.

DE FELICE, Renzo. *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo*, Turín, Einaudi, 1972.

EZERGAILIS, Andrew. *The Holocaust in Latvia*, Riga, Instituto Histórico de Letonia, 1996.

FEINGOLD, Henry L. *Zion in America: The Jewish Experience from Colonial Times to the Present*, Nueva York, Twayne Publishers, 1974.

FLENDER, Harold. *Rescue in Denmark*, Nueva York, Simon and Schuster, 1963.

FRAENKEL, Joseph (ed.). *Jews of Austria*, Londres, Valentine, 1967.

GAY, Ruth. *The Jews of Germany: A Historical Portrait*, New Haven, Yale University Press, 1992.

GONZALEZ GARCÍA, Isidro. *La cuestión judía y los orígenes del sionismo (1881-1905). España ante el problema judío*, Madrid, Universidad Complutense, 1991.

GOREN, Arthur A. *The American Jew*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1982.

GORDON, Harry. *The Shadow of Death. The Holocaust in Lithuania*, Lexington, The University Press of Kentucky, 2000.

GRAETZ, Michael. *Les juifs en France au XIXe siécle*, París, Seuil, 1989.

HOLMES, Colin. *Anti-Semitism in British Society, 1876-1939*, Londres,

Edward Arnold, 1979.
HUGUES, H. Stuart. *Prisoners of Hope. The Silver Age of the Italian Jews, 1924-1974*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1984.
HYMAN, Paula. *From Dreyfus to Vichy: The Remaking of French Jewry, 1906-1939*, Nueva York, Columbia University Press, 1979.
IOANID, Radu. *The Holocaust in Romania*, Chicago, Ivan Dee, 2000.
KATZBURG, Nathaniel. *Hungary and the Jews*, Ramat Gan, Bar Ilan University Press, 1981.
— *Antisemitism in Hungary, 1867-1914*, Tel Aviv, Dvir, 1969.
KIEVAL, Hillel J. *The Making of Czech Jewry*, New York, Oxford University Press, 1987.
KORZEC, Pawel. *Juifs en Pologne*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1980.
LEVIN, Nora. *The Jews in the Soviet Union since 1917. Paradox of Survival*, Nueva York, New York University Press, 2 vols. 1988-1990.
LEVY, Richards S. *The Downfall of the Anti-Semitic Political Parties in Imperial Germany*, New Haven, Yale University Press, 1975.
LIPMAN, V. D. *A History of the Jews in Britain since 1850*, Nueva York, Holmes & Meier, 1990.
LÓPEZ-IBOR, Marta. *Los judíos en España*, Madrid, Anaya, 1990.
LOW, Alfred D. *Jews in the Eyes of Germans: From the Enlightenment to Imperial Germany*, Filadelfia, Institute for the Study of Human Issues, 1979.
MARQUINA BARRIO, Antonio y OSPINA, Gloria Inés. *España y los judíos en el siglo xx*, Madrid, Espasa Calpe, 1987.
MARRUS, Michael R. *The Politics of Assimilation: A Study of the French Jewish Community at the Time of the Dreyfus Affair*, Oxford, Clarendon Press, 1971.
— y PAXTON, Robert. *Vichy France and the Jews*, Nueva York, Basic Books, 1981.
MASSING, Paul. *Rehearsal for Destruction. A Study of Political Anti-Semitism in Imperial Germany*, Nueva York, Harper, 1949.
MICHAELIS, Meit. *Mussolini and the Jews*, Oxford, Oxford University Press, 1978.
MILANO, Attilio. *Storia degli ebrai in Italia*, Turín, Einaudi, 1963.
PULZER, Peter. *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, 2ª ed., Londres, Peter Halban, 1988.
— *Jews and the German State. The Political History of a Minority, 1848-1933*, Oxford, Basil Blackwell, 1992.

QUINLEY, Harold E. y GLOCK, Charles Y. *Anti-Semitism in America*, Nueva York, Free Press, 1979.

REINHARZ, Jehuda. *Fatherland or Promised Land: The Dilemma of the German Jew, 1893-1914*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1975.

ROSENBLIT, Marsha L. *The Jews of Vienna, 1867-1914: Assimilation and Identity*, Albany, State University of New York Press, 1983.

ROTH, Cecil. *The History of the Jews of Italy*, Philadelphia, Jewish Publication Society, 1946.

SACHAR, Howard M. *A History of the Jews in America*, Nueva York, Knopf, 1992.

SACK, B. G. *History of the Jews in Canada*, Montreal, Harvest House, 1965.

SCHUNLIN, Ernst. *«The Most Historical of All Peoples». Nationalism and the New Construction of Jewish History in Nineteenth-Century Germany*, Londres, German Historical Institute, 1996.

SORLIN, Pierre. *El antisemitismo alemán*, Barcelona, Península, 1970.

WERTHEIMER, Jack. *Unwelcome Strangers: East European Jews in Imperial Germany*, Nueva York, Oxford University Press, 1991.

ZUCCOTTI, Susan. *The Italians and the Holocaust: Persecution, Rescue, Survival*, Nueva York, Basic Books, 1987.

VIII. BIOGRAFÍAS Y OBRAS SOBRE AUTORES Y TEXTOS RACISTAS Y GENOCIDAS

ARENDT, Hannah. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 1999. Edición original norteamericana de 1964.

BARTOV, Omer. *The Eastern Front, 1941-1945: German Troops and the Barbarization of Warfare*, Londres, Macmillan, 1985.

BIDDISS, Michael D. *Father of Racist Ideology: The Social and Political Thought of Count Gobineau*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1970.

BLACKBURN, Gilmer W. *Education in the Third Reich: Race and History in Nazi Textbooks*, Albany, State University of New York Press, 1985.

BREITMAN, Richard. *The Architect of Genocide: Himmler and the Final Solution*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1991.

BROWNING, Christopher R. *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona, Edhasa, 2002. Edición original inglesa, 1992.

— *The Final Solution and the German Foreign Office: A Study of Referat D III of Abteilung Deutschland, 1940-1943*, Nueva York, Holmes & Meier, 1978.

CARO BAROJA, Julio. *Historia de la Fisiognómica. El rostro y el carácter*, Madrid, Istmo, 1988.

CECIL, Robert. *The Myth of the Master Race. Alfred Rosenberg and Nazi Ideology*, Londres, Batsford, 1972.

COHN, Norman. *El mito de la conspiración judía mundial: Los Protocolos de los Sabios de Sión*, Madrid, Alianza, 1983.

CHAMBERLAIN, Houston Stewart. *Foundations of the Nineteenth Century*, Nueva York, John Lane, 1913, 2 vols.

DORPALEN, Andreas. *Heinrich von Treitschke*, New Haven, Yale University Press, 1957.

EPSTEIN, Klaus. *The Genesis of German Conservatism*, Princeton, Princeton University Press, 1966.

FERRER BENIMELI, José Antonio. *El contubernio judeo-masónico-comunista*, Madrid, Istmo, 1982.

FIELD, Geoffrey G. *Evangelist of Race. The Germanic Vision of Houston Stewart Chamberlain*, Nueva York, Columbia University Press, 1981.

GASMANN, Daniel. *The Scientific Origins of National Socialism. Social Darwinism in Ernst Haeckel and the German Monist League*, Nueva York, Elsevier, 1971.

GAY, Peter. *Freud, Jews and Other Germans: Masters and Victims in Modernist Culture*, Nueva York, Oxford University Press, 1978.

GOBINEAU, Conde Joseph Arthur de. *Gobineau: Selected Political Writings*, edited by M. D. Biddis, Nueva York, Harper and Row, 1970.

HILBERG, Raul. *Perpetrators, Victims, Bystanders. The Jewish Catastrophe, 1933-1945*, Londres, Lime Tree, 1993.

HITLER, Adolf. *Mi lucha*, Madrid, A. L. Mateos, 1993.

— *Hitler's Secret Book*, Nueva York, Grove Press, 1961.

— *Las conversaciones privadas de Hitler*. Edición e introducción de Hugh Trevor-Roper, Barcelona, Crítica, 2004.

HOESS, Rudolf. *Yo, comandante de Auschwitz*, Barcelona, Muchnik, 1979.

JÄCKEL, Eberhard. *Hitler's World View. A Blueprint for Power*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1995. Primera edición alemana, 1969.

KERSHAW, Ian. *Hitler*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

— *Hitler, 1889-1936*, Barcelona, Península, 2007.

— *Hitler, 1936-1945*, Barcelona, Península, 2007.

KNOPP, Guido. *Los niños de Hitler. Retrato de una generación manipulada*, Barcelona, Salvat, 2001.

KOGON, Eugen. *El Estado de las SS: el sistema de campos de concentración alemanes*, Barcelona, Alba Editorial, 2005.

LEVY, Alan. *The Wiesenthal File*, Londres, Constable, 1993.

LIFTON, Robert Jay. *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide,* Nueva York, Basic Books, 1986.

MOSSE, George L. *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, Nueva York, Schocken Books, 1981.

— *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars Through the Third Reich*, Nueva York, New American Library, 1975. Traducción española: *La nacionalización de las masas*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

MÜLLER, Ingo. *Hitler's Justice: The Courts of the Third Reich*, Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1991.

OVERY, Richard. *Interrogatorios: el Tercer Reich en el banquillo*, Barcelona, Tusquets, 2003.

PADFIELD, Peter. *Himmler: Reichsführer-SS*, Londres, Macmillan, 1990. Edición española: *Himmler, el líder de las SS y la Gestapo*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002.

PROCTOR, Robert N. *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1988.

REES, Laurence. *Los verdugos y las víctimas. Las páginas negras de la historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica, 2008.

ROSENBERG, Alfred. *Race and Race History*, edited by R. Pois, Nueva York, Harper and Row, 1974.

— *El mito del siglo xx*, Buenos Aires, Ediciones Odal, 1976.

SEGEV, Tom. *Soldiers of Evil: the Commanders of the Nazi Concentration Camps*, Nueva York, McGraw-Hill, 1987.

SERENY, Gitta. *El trauma alemán. Testimonios cruciales de la ascendencia y la caída del nazismo*, Barcelona, Península, 2005.

TAGUIEFF, Pierre-André. *Les Protocoles des Sages de Sion. Etudes et Documents*, París, Berg International, 1992, 2 vols.

WEGNER, Bernd. *The Waffen-SS: Organization, Ideology and Function*, Oxford, Basil Blackwell, 1990.

WILLIAMSON, Gordon. *Las SS: instrumento de terror de Hitler*, Madrid, Ágata, 1995.

ZIEGLER, Herbert F. *Nazi Germany's New Aristocracy: The SS Leadership,*

1925-1939, Princeton, Princeton University Press, 1989.
ZIMMERMANN, Moshe. *Wilhelm Marr. The Patriarch of Antisemitism*, Nueva York, Oxford University Press, 1986.

IX. CENTROS ARCHIVÍSTICOS Y DOCUMENTALES DE INFORMACIÓN SOBRE LA JUDEOFOBIA Y EL HOLOCAUSTO.

Centre for Holocaust Studies at Brookdale Community College. Instituto afincado en el Brookdale Community Center en Lincroft y sostenido por el Departamento de Educación del Estado de Nueva Jersey (Estados Unidos). Dirección telemática: *www.holocaustbcc.org*.

Centre de Documentation Juive Contemporaine. París. Instituto fundado en la capital francesa en 1949 para el estudio del antisemitismo y el Holocausto. Recientemente ha abierto un museo dedicado al Holocausto. Dirección telemática: *www.memorialdelashoa.org*.

Cybrary of the Holocaust. Página web fundada en 1995 por la organización Remember, con sede en Augusta (Georgia, Estados Unidos). Biblioteca especializada en el Holocausto y el antisemitismo. Dirección telemática: *www.remember.org.*

Foro de Coordinación de lucha contra el antisemitismo. Entidad oficial de Israel dedicada al seguimiento del antisemitismo en todo el mundo. Contiene diversos recursos útiles para la búsqueda de información documental y bibliográfica. Dirección telemática: *www.antisemitism.org.il.*

Internet Jewish History Sourcebook. Portal de la página web incorporada al «Internet History Sourcebook Project», editado por Paul Halsall y auspiciado por la Fordham University, la universidad jesuita de Nueva York. Contiene una vasta colección documental sobre historia judía y sobre el Holocausto. Dirección telemática: *www.fordham.edu/halsall/jewish/jewishsbook.html*.

Simon Wiesenthal Center. Centro establecido en 1977 en Los Ángeles (California, Estados Unidos) como instituto de investigación sobre el Holocausto y los movimientos antisemitas en todo el mundo. Dispone de un menú de acceso a la información en lengua española y está vinculado al Museum of Tolerance de esa ciudad californiana. Dirección telemática de ambas instituciones: *www.wiesenthal.com – www.museumoftolerance.com.*

The Spiro Institute. Holocaust Resource Centre. Instituto perteneciente

al Kings College de la Universidad de Londres y dedicado al estudio del Holocausto. Está integrado en el Spiro Institute for the Study of Jewish History, Culture and Language, fundado en el año 1978. Dirección telemática de acceso a través del portal del Kings College: www.kcl.ac.uk.

The Wiener Library. Como señala el portal de su página web, se trata de «la más antigua institución del mundo dedicada al Holocausto». Establecida en Londres en 1933 por iniciativa de judíos alemanes que huían del régimen nazi, contiene una colección bibliográfica y hemerográfica ingente sobre el antisemitismo y el nazismo. Dirección telemática: *www.wienerlibrary.co.uk*

United States Holocaust Memorial Museum. Museo inaugurado en la ciudad de Washington, capital federal de los Estados Unidos de América, en 1993 para conmemorar el Holocausto y propiciar su conocimiento e investigación. Cuenta con una espléndida enciclopedia virtual sobre el Holocausto que puede visitarse en lengua española. Dirección telemática: *www.ushmm.org.*

Yad Vashem-The Holocaust Martyrs' and Heroes' Remembrance Authority. Jerusalén (Israel). Instituto oficial israelí para el estudio y conmemoración del Holocausto, fundado en 1953. Dirección telemática: *www.yadvashem.org.*

YIVO Institute for Jewish Research. Institución creada en la ciudad de Nueva York en 1940 para la investigación del Holocausto y de la historia de la judería de Europa oriental. Cuenta con una vasta biblioteca y un archivo documental considerable. Su dirección telemática: *www.yivoinstitute.org.*

X. REVISTAS Y PUBLICACIONES PERIÓDICAS SOBRE EL HOLOCAUSTO

Holocaust and Genocide Studies. Publicación periódica cuatrimestral fundada en 1986 y actualmente editada por el United States Holocaust Memorial Museum en asociación con Oxford University Press. Cuenta con una dirección de acceso electrónica a parte de sus contenidos: *www3.oup.co.uk/holgen*.

Holocaust Studies Annual. Publicación de periodicidad anual creada en 1990 y actualmente editada en Buckingham (Virginia) por la Penkevill Publishing Co.

Holocaust Studies Series. Publicación de periodicidad irregular editada en Dordrecht (Holanda) por la Kluwer Academic Publishers.

Journal of Holocaust Education. Publicación semestral editada por la compañía editorial Frank Cass en Londres desde 1992 (al principio bajo el título de «British Journal of Holocaust Education»).

Legacy. The Yad Vashem Journal of Holocaust Education. Publicación cuatrimestral iniciada en 1996 por el Instituto israelí con sede en Jerusalén dedicado al estudio y conmemoración del Holocausto.

The Leo Baeck Institute Year Book. Anuario publicado desde 1956 por el instituto británico fundado en Londres dos años antes para fomentar los estudios judaicos y honrar la memoria de Leo Baeck (1873-1956), rabino liberal berlinés superviviente del Holocausto y presidente de la Unión Mundial del Judaísmo progresivo.

Simon Wiesenthal Center Annual. Los Angeles. Publicación anual editada por el centro homónimo desde 1984 a 1990.

Yad Vashem Studies on the European Jewish Catastrophe and Resistance. Publicación anual publicada desde 1957 patrocinada por el Instituto israelí con sede en Jerusalén dedicado al estudio y conmemoración del Holocausto.

APÉNDICE

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II CON MOTIVO DE LA PUBLICACIÓN DE «NOSOTROS RECORDAMOS: UNA REFLEXIÓN SOBRE LA SHOAH»

Al señor cardenal EDWARD IDRIS CASSIDY

En numerosas ocasiones, durante mi pontificado, he recordado con profundo pesar los sufrimientos del pueblo judío a lo largo de la Segunda Guerra Mundial. El crimen conocido como la *Shoah* sigue siendo una mancha imborrable en la historia del siglo que está a punto de concluir.

Al prepararnos para comenzar el tercer milenio de la era cristiana, la Iglesia es consciente de que la alegría de un jubileo es, sobre todo, una alegría fundada en el perdón de los pecados y en la reconciliación con Dios y con el prójimo. Por eso, estimula a sus hijos e hijas a purificar su corazón mediante el arrepentimiento de los errores y las infidelidades del pasado. Los invita a ponerse humildemente delante de Dios y a examinar la responsabilidad que también ellos tienen por los males de nuestro tiempo.

Abrigo la ardiente esperanza de que el documento «Nosotros recordamos: una reflexión sobre la *Shoah*», que la Comisión para las relaciones religiosas con el judaísmo ha preparado bajo su dirección, contribuya verdaderamente a curar las heridas de las incomprensiones e injusticias del pasado. Ojalá que permita a la memoria cumplir su papel necesario en el proceso de construcción de un futuro en el que la inefable iniquidad de la *Shoah* no vuelva a ser nunca posible. Que el Señor de la historia guíe los esfuerzos de los católicos y los judíos, así como los de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, para que trabajen juntos por un mundo donde se respeten de verdad la vida y la dignidad de cada ser humano, dado que todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios.

Vaticano, 12 de marzo de 1998

I. La tragedia de la 'Shoah' y el deber de la memoria

Se está concluyendo rápidamente el siglo XX y ya despunta la aurora de un nuevo milenio cristiano. El bimilenario del nacimiento de Jesucristo impulsa a todos los cristianos, e invita en realidad a todo hombre y a toda mujer, a tratar de descubrir en el devenir de la historia los signos de la divina Providencia que actúa en ella, así como los modos en los que la imagen del Creador en el hombre ha sido ofendida y desfigurada.

Esta reflexión atañe a uno de los sectores principales en que los católicos pueden tomar seriamente en consideración la exhortación que dirigió Juan Pablo II en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*: «Es justo que, mientras el segundo milenio del cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos recordando todas las circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se han alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, ofreciendo al mundo, en vez del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas formas de antitestimonio y de escándalo».

Este siglo ha sido testigo de una tragedia inefable, que nunca se podrá olvidar: el intento de régimen nazi de exterminar al pueblo judío, con el consiguiente asesinato de millones de judíos. Hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, niños e infantes, sólo por su origen judío, fueron perseguidos y deportados. Algunos fueron asesinados inmediatamente; otros fueron humillados, maltratados, torturados y privados completamente de su dignidad humana y, finalmente, asesinados. Poquísimos de los que fueron internados en los campos de concentración pudieron sobrevivir, y los que lo lograron han quedado aterrorizados para el resto de su vida. Ésa fue la *Shoah*: uno de los principales dramas de la historia de este siglo, un drama que nos afecta todavía hoy.

Frente a ese terrible genocidio, que los responsables de las naciones y las mismas comunidades judías encontraron difícil de creer cuando era cruelmente perpetrado, nadie puede quedar indiferente, y mucho menos la Iglesia, por sus vínculos tan estrechos de parentesco espiritual con el pueblo judío y por su recuerdo de las injusticias del

pasado. La relación de la Iglesia con el pueblo judío es diferente de la que mantiene con cualquier otra religión. Sin embargo, no se trata sólo de volver al pasado. El futuro común de judíos y cristianos exige que recordemos, porque «no hay futuro sin memoria». La historia misma es *memoria futuri.*

Al dirigir esta reflexión a nuestros hermanos y hermanas de la Iglesia católica esparcidos por el mundo, pedimos a todos los cristianos que se unan a nosotros para reflexionar en la catástrofe que se abatió sobre el pueblo judío, y en el imperativo moral de asegurar que nunca más el egoísmo y el odio puedan crecer hasta el punto de sembrar tal sufrimiento y muerte . Especialmente, pedimos a nuestros amigos judíos, «cuyo terrible destino se ha convertido en símbolo de las aberraciones adonde puede llegar el hombre cuando se vuelve contra Dios», que dispongan su corazón para escucharnos.

II. Lo que debemos recordar

El pueblo judío, al dar su singular testimonio del Santo de Israel y de la *Torah*, ha tenido que sufrir mucho en diversos tiempos y en numerosos lugares. Pero la *Shoah* fue, ciertamente, el peor sufrimiento de todos. La crueldad con que los judíos han sido perseguidos y asesinados en este siglo supera la capacidad de expresión de las palabras. Y todo ello se les hizo por el mero hecho de que eran judíos.

La misma magnitud del crimen suscita muchas preguntas. Historiadores, sociólogos, filósofos políticos, psicólogos y teólogos tratan de conocer más sobre la realidad y las causas de la *Shoah*. Quedan aún por hacer muchos estudios especializados. Pero ese acontecimiento no puede valorase plenamente sólo con los criterios ordinarios de la investigación histórica, pues exige una «memoria moral y religiosa» y, especialmente entre los cristianos, una reflexión muy seria sobre las causas que lo provocaron.

El hecho de que la *Shoah* se haya producido en Europa, es decir, en países de una civilización cristiana de largo tiempo, plantea la cuestión de la relación entre la persecución nazi y las actitudes de los cristianos, a lo largo de los siglos, con respecto a los judíos.

III. Las relaciones entre judíos y cristianos

La historia de las relaciones entre judíos y cristianos es una historia tormentosa. Lo ha reconocido el santo padre Juan Pablo II en sus repetidos llamamientos a los católicos a examinar nuestra actitud en lo que atañe a nuestras relaciones con el pueblo judío. En efecto, el balance de estas relaciones durante dos milenios ha sido, más bien, negativo.

En los albores del cristianismo, después de la crucifixión de Jesús, surgieron disputas entre la Iglesia primitiva y los judíos, jefes y pueblo, los cuales, por su adhesión a la Ley, a veces se opusieron violentamente a los predicadores del Evangelio y a los primeros cristianos. En el imperio romano, que era pagano, los judíos estaban legalmente protegidos por los privilegios otorgados por el emperador, y las autoridades al principio no hicieron distinción entre comunidades judías y cristianas. Sin embargo, pronto los cristianos fueron perseguidos por el Estado. Cuando, más tarde, incluso los emperadores se convirtieron al cristianismo, primero siguieron garantizando los privilegios de los judíos. Pero grupos de cristianos exaltados que asaltaban los templos paganos, hicieron en algunos casos lo mismo con las sinagogas, por influjo de ciertas interpretaciones erróneas del Nuevo Testamento relativas al pueblo judío en su conjunto. «En el mundo cristiano —no digo de parte de la Iglesia en cuanto tal— algunas interpretaciones erróneas e injustas del Nuevo Testamento con respecto al pueblo judío y a su supuesta culpabilidad han circulado durante demasiado tiempo, dando lugar a sentimientos de hostilidad en relación con ese pueblo». Esas interpretaciones del Nuevo Testamento fueron rechazadas, de forma total y definitiva, por el Concilio Vaticano II.

No obstante la predicación cristiana del amor hacia todos, incluidos los enemigos, la mentalidad dominante a lo largo de los siglos perjudicó a las minorías y a los que, de algún modo, eran «diferentes». Sentimientos de antijudaísmo en algunos ambientes cristianos y la brecha existente entre la Iglesia y el pueblo judío llevaron a una discriminación generalizada, que desembocó a veces en expulsiones o en intentos de conversiones forzadas. En gran parte del mundo «cristiano», hasta finales del siglo XVIII, los no cristianos no siempre gozaron de un status jurídico plenamente reconocido. A pesar de ello, los judíos, extendidos por todo el mundo cristiano, conservaron sus tradiciones religiosas y sus costumbres propias. Por eso, fueron objeto de sospecha y desconfianza. En tiempos de crisis, como carestías, guerras, epidemias o tensiones sociales, la minoría

judía fue a veces tomada como chivo expiratorio, y se convirtió así en víctima de violencia, saqueos e incluso matanzas.

Entre el final del siglo XVIII y el inicio del XIX, los judíos habían logrado, por lo general, una posición de igualdad con respecto a los demás ciudadanos en la mayoría de los Estados, y un buen número de ellos llegó a desempeñar funciones importantes en la sociedad. Pero en este mismo contexto histórico, especialmente en el siglo XIX, se desarrolló un nacionalismo exasperado y falso. En un clima de rápidos cambios sociales, los judíos fueron a menudo acusados de ejercer un influjo excesivo en relación con su número. Entonces comenzó a difundirse, con grados diversos, en la mayor parte de Europa, un antijudaísmo esencialmente más sociopolítico que religioso.

Durante el mismo periodo, comenzaron a surgir teorías que negaban la unidad de la raza humana, afirmando la diferencia originaria de las razas. En el siglo XX, el nacionalsocialismo en Alemania usó esas ideas como base pseudocientífica para una distinción entre las así llamadas razas nórdico- arias y supuestas razas inferiores. Además, la derrota de Alemania en 1918 y las condiciones humillantes que le impusieron los vencedores, impulsaron en ella una forma extremista de nacionalismo, con la consecuencia de que muchos vieron en el nacionalsocialismo una solución a los problemas del país y, por ello, colaboraron políticamente con ese movimiento.

La Iglesia en Alemania respondió condenando el racismo. Dicha condena se realizó por primera vez en la predicación de algunos miembros del clero, en la enseñanza pública de los obispos católicos y en los escritos de periodistas católicos. Ya en febrero y marzo de 1931, el cardenal Bertram de Breslavia, el cardenal Faulhaber y los obispos de Baviera, los obispos de la provincia de Colonia y los de la provincia de Friburgo publicaron sendas cartas pastorales que condenaban el nacionalsocialismo, con su idolatría de la raza y del Estado. El mismo año 1933, en que el nacionalsocialismo alcanzó el poder, los famosos sermones de Adviento del cardenal Faulhaber, a los que no sólo asistieron católicos, sino también protestantes y judíos, tuvieron expresiones de claro rechazo de la propaganda nazi antisemita. A raíz de la Noche de los cristales, Bernhard Lichtenberg, preboste de la catedral de Berlín, elevó oraciones públicas por los judíos; él mismo murió luego en Dachau y fue declarado beato.

El País, 22-III-1998

NOTAS

[1]. Steven T. Katz, *The Holocaust in Historical Context. I. The Holocaust and Mass Death before the Modern Age*, Oxford, Oxford University Press, 1994, p. 31.
[2]. Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Nueva York, Holmes & Meier, 1961. Traducción española: *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2005. La cifra de víctimas en la página 1.367 de la edición española.
[3]. Léon Poliakov, *Harvest of Hate. The Nazi Program for the Destruction of the Jews of Europe*, Syracuse (N.Y.), Syracuse University Press, 1954. Traducción española: *Breviario del odio: Los judíos y el Tercer Reich*, Buenos Aires, Stilcograf, 1954. Lucy Dawidowicz, *The War against the Jews, 1933-1945*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1975. Segunda edición revisada: Harmondsworth, Penguin Books, 1987.
[4]. Las estadísticas demográficas sobre la población judía antes de la guerra mundial en Victor Karady, *Los judíos en la modernidad europea. Experiencia de la violencia y la utopía*, Madrid, Siglo XXI, 2000, pp. 294-295. Los porcentajes en S. T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, p. 69; L. Dawidowicz, *The War against the Jews, 1933-1945*, p. 480; y R. Hilberg, *La destrucción de los judíos europeos*, pp. 1.163-1.164.
[5]. S. T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, pp. 10 y 28. Subrayados originales.
[6]. *Sagrada Biblia*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1972. Edición de Eloino Nacar Fuster y Alberto Colunga Cueto.
[7]. Yves Ternon, *El Estado criminal. Los genocidios en el siglo xx*, Barcelona, Península, 1995, pp. 133-134. Según la enciclopedia editada por Louis Weber (*Crónica del Holocausto*, Madrid, LIBSA, 2002, p. 3), el término *Shoah* fue utilizado por primera vez en «un folleto publicado en Jerusalén en 1940 por el Comité Unido de Ayuda a los Judíos en Polonia».
[8]. Arno J. Mayer, *Why Did the Heavens not Darken? The «Final Solution» in History*, Nueva York, Verso, 1990, pp. 3-17 (para su defensa del concepto y su crítica del vocablo «Holocausto»).
[9]. Raphael Lemkin, *Axis Rule in Occupied Europe*, Washington, Carnegie Endowment for World Peace, 1944. Una breve semblanza de Lemkin en Louis Weber (ed.), *Crónica del Holocausto*, p. 572.
[10]. Y. Ternon, *El Estado criminal. Los genocidios en el siglo xx*, p. 15. Cfr. A. Dirk Moses, «The Holocaust and Genocide», en Dan Stone (ed.), *The Historiography of Holocaust*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2005, cap. 24.
[11]. Y. Ternon, *El Estado criminal. Los genocidios en el siglo xx*, p. 97.
[12]. Joanna Bourke, *La Segunda Guerra Mundial. Una historia de las víctimas*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 33 y 110-111. Ronnie S. Landau, *The Nazi Holocaust*, Chicago, Ivan R. Dee, 1994, p. 243. L. Weber (ed.), *Crónica del Holocausto*, p. 108 (para los homosexuales) y p. 171 (para los testigos de Jehová). Michael Marrus, *The Holocaust in History*, Harmondsworth, Penguin Books, 1993, pp. 24 y 52.
[13]. J. Bourke, *La Segunda Guerra Mundial. Una historia de las víctimas*, pp. 10 y 167.
[14]. Gabrielle Tyrnauer, «Mastering the Past: Germans and Gypsies», en Frank Chalk y Kurt Jonassohn (eds.), *The History and Sociology of Genocide. Analysis and*

Case Studies, New Haven, Yale University Press, 1990, pp. 366-377. Cfr. Ian Hancock, «Romanies and the Holocaust: A Re-evaluation and overview», en D. Stone (ed.), *The Historiography of the Holocaust*, cap. 17.
[15]. Para la génesis y uso de «Untermensch» (Sub-hombre) en la retórica racista nazi véase la voz en *Wikipedia. The Free Encyclopedia* (*http://en.wikipedia.org*). También la voz «Judío» en Rosa Sala Rose, *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, Barcelona, Acantilado, 2003.
[16]. La cita de 1924 en la página 57 del capítulo tercero («The Elimination of the Jews») de la obra clásica de Eberhard Jäckel, *Hitler's World View. A Blueprit for Power*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1995 (ed. original alemana, 1969). Igualmente, véase Ian Kershaw, *Hitler. 1936-1945*, Barcelona, Península, 2004, pp. 462-463.
[17]. Reproducido en Laurence Rees, *Auschwitz. Los nazis y la «Solución Final»*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 36. Mayúsculas en el original.
[18]. Declaraciones ante su amigo y colaborador, Heinrich Himmler, jefe de las fuerzas policiales y de las SS, en la tertulia de sobremesa celebrada el 22 de febrero de 1942. *Las conversaciones privadas de Hitler* (introducción y edición de Hugh Trevor-Roper), Barcelona, Crítica, 2004, p. 261.
[19]. Véanse las colaboraciones de Richard G. Hovannisian y Robert Melson en F. Chalk y K. Jonassohn (eds.), *The History and Sociology of Genocide*, pp. 249-289. Y. Ternon, *El Estado criminal*, pp. 181-205. George Hintlian, «El genocidio armenio», *Historia y Política* (Madrid), n° 10, 2003, pp. 65-94.
[20]. F. Chalk, «The Ultimate Ideological Genocide», en F. Chalk y K. Jonassohn (eds.), *The History and Sociology of Genocide*, p. 324.
[21]. R. Hilberg, *La destrucción de los judíos europeos*, p. 1140.
[22]. Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, Barcelona, Debolsillo, 2006. Edición original inglesa de 1963. Recoge sus impresiones sobre el juicio abierto en la primavera de 1961 contra Adolf Eichmann, encargado de las deportaciones previstas para la Solución Final desde su cargo en las estructuras policiales de las SS.
[23]. Testimonio de Lucille Eichengreen recogido en L. Rees, *Auschwitz. Los nazis y la «Solución Final»*, pp. 47 y 145.
[24]. R. Hilberg, *La destrucción de los judíos europeos*, pp. 69-71.
[25]. M. Marrus, *The Holocaust in History*, p. 23.
[26]. Palabras de Saul Friendländer recogidas en Renato Moro, *La Iglesia y el exterminio de los judíos. Catolicismo, antisemitismo, nazismo*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2004, p. 12.
[27]. Una visión actualizada y sumaria sobre la misma en Dan Stone (ed.), *The Historiography of the Holocaust*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2005. También resulta útil el diccionario temático de Jack R. Fischel, *The A to Z of the Holocaust*, Oxford, Scarecrow Press, 2005.
[28]. Aparte de los trabajos ya citados de Dawidowicz y Jäckel, véase: Gerald Fleming, *Hitler and the Final Solution*, Berkeley, University of California Press, 1984. Saul Friedländer, *¿Por qué el Holocausto? Historia de una psicosis colectiva*, Barcelona, Gedisa, 2004. Daniel J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el holocausto*, Madrid, Taurus, 1997. De Fleming es la metáfora sobre «el sendero recto hacia Auschwitz».
[29]. S. Friedländer, *¿Por qué el Holocausto?*, p. 125.
[30]. Karl A. Schleunes, *The Twisted Road to Auschwitz: Nazi Policy toward the Jews, 1933-1939*, Urbana, University of Illinois Press, 1970.
[31]. Una clara presentación crítica de las tesis funcionalistas en Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship. Problems and Perspectives of Interpretation*, Londres, Edward Arnold, 1989, cap. 5 (Hitler and the Holocaust); Richard J. Evans, *In Hitler's Shadow. West German Historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past*, Londres, I. B. Tauris,

1989, pp. 66-91; y M. Marrus, *The Holocaust in History*, pp. 40-46. Vease igualmente Christopher R. Browning, *The Origins of the Final Solution. The Evolution of Nazi Jewish Policy, 1939-1942*, Londres, Arrow Books, 2005; y Omer Bartov, *Germany's War and the Holocaust: Disputed Histories*, Ithaca, Cornell University Press, 2003.

[32]. A. J. Mayer, *Why Did the Heavens not Darken?*, pp. 457 y 459.

[33]. P. Burrin, *Hitler and the Jews. The Genesis of the Holocaust*, Londres, Edward Arnold, 1994, pp. 23-24.

[34]. Federico Finchelstein (ed.), *Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen*, Buenos Aires, Eudeba, 1999. Autores Varios, *La controversia Goldhagen. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Valencia, Edicións Alfons El Magnanim, 1997. Bill Niven, *Facing the Nazi Past*, Londres, Routledge, 2002.

[35]. Véase un interesante repaso crítico al fenómeno en César Vidal, *La revisión del Holocausto*, Madrid, Anaya y Mario Muchnik, 1994; Pierre Vidal-Naquet, *Los asesinos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 1994; y Deborah Lipstadt, *Denying the Holocaust*, Harmondsworth, Penguin, 1994. Más actualizados son los trabajos editados por Debra Kaufman, Gerald Herman, James Ross y David Phillips bajo el título *From the Protocols of the Elders of Zion to Holocaust Denial Trials*, Edgware (Midd.), Vallentine Mitchell, 2007. Un ejemplo de la publicística en español del *Institute for Historical Review* es el folleto titulado *La historia revisionista en sus libros*, publicado en Lima por Ediciones Coya en algún momento de los años noventa.

[36]. Entrevista reproducida y traducida al español en el diario *El País* (Madrid), 31 de mayo de 2006.

[37]. P. Vidal-Naquet, *Los asesinos de la memoria*, pp. 37 y 111.

[38]. Richard J. Evans, *In Hitler's Shadow. West German Historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past*, Londres, I. B. Tauris, 1989, p. 83. Del mismo autor véase el trabajo más reciente: *Telling Lies about Hitler. The Holocaust, History and the David Irving Trial*, Londres, Verso, 2002.

[39]. Alejandro Baer, *Holocausto. Recuerdo y representación*, Madrid, Losada, 2006, p. 168.

[40]. Carta fechada en París el 30 de septiembre de 1996. Reproducida en François Furet y Ernst Nolte, *Fascismo y comunismo*, Madrid, Alianza, 1999, pp. 92-94.

[41]. La biografía canónica sobre Hitler es obra de Ian Kershaw: *Hitler*, Barcelona, Península, 2000, 2 vols. (vol. 1, *1889-1936* y vol. 2, *1936-1945*). Como marcos generales veánse también los libros de Karl Dietrich Bracher, *La dictadura alemana. Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Madrid, Alianza, 1973, 2 vols.; William Simpson, *Hitler y Alemania*, Madrid, Akal, 1991; Ferrán Gallego, *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001; y José Ramón Díez Espinosa, *El laberinto alemán. Democracia y dictaduras (1918-2000)*, Valladolid, Universidad, 2002.

[42]. Entre las más tempranas y certeras disecciones de la ideología de Hitler quizá haya que mencionar la obra de Hugh Trevor-Roper («La mente de Adolf Hitler», prólogo a su edición de *Las conversaciones privadas de Hitler*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 11-34; edición original de 1953); y Eberhard Jäckel (*Hitler's World View*, Cambridge, Harvard University Press, 1981; edición original de 1969). Una síntesis actualizada en la breve semblanza de Ian Kershaw: *Adolf Hitler*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

[43]. Klaus Hildebrand, *The Foreign Policy of the Third Reich*, Londres, Batsford, 1973. Andreas Hillgruber, *Germany and the Two World Wars*, Cambridge, Harvard University Press, 1981.

[44]. Los datos electorales en Volker R. Berghahn, *Modern Germany. Society, Economy and Politics in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 112 y 301. Sobre la entidad del partido, que pasó de 27.000 afiliados en 1925 a 108.000 en 1928, véase William Brustein, *The Logic of Evil. The*

Social Origins of the Nazi Party, 1925-1933, New Haven, Yale University Press, 1996, p. 49.
[45]. Breves semblanzas de cada uno de ellos en Ferrán Gallego, *Todos los hombres del Führer. La élite del nacionalsocialismo (1919-1945)*, Barcelona, Debate, 2006; y J. Taylor y W. Shaw, *A Dictionary of the Third Reich*, Londres, Collins, 1987.
[46]. J. R. Díez Espinosa, *El laberinto alemán*, pp. 61-62. V. R. Berghahn, *Modern Germany*, p. 284.
[47]. Palabras de Franz Neumann, *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983 (edición original inglesa, 1942), p. 152. El mismo autor señala que, para el nazismo, «el racismo y el antisemitismo son sustitutivos de la lucha de clases».
[48]. J. R. Díez Espinosa, *El laberinto alemán*, p. 67. V. R. Berghahn, *Modern Germany*, p. 301. W. Simpson, *Hitler y Alemania*, p. 81. A. J. Nicholls, *Weimar and the Rise of Hitler*, Londres, Macmillan, 1979, pp. 107-119. W. Brustein, *The Logic of Evil. The Social Origins of the Nazi Party, 1925-1933*, pp. 49-50 y 61.
[49]. Sobre ese proceso, aparte de las obras ya citadas de Bracher, Simpson, Díez Espinosa, Gallego y Berghahn, véase el estudio de Klaus Hildebrand, *El Tercer Reich*, Madrid, Cátedra, 1988, pp. 13-45.
[50]. Reproducida en W. Simpson, *Hitler y Alemania*, p. 112. La cifra de circulación del semanario en D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 611, nota 26.
[51]. P. Burrin, *Hitler and the Jews*, p. 43. Cfr. Robert S. Wistrich, *Hitler y el Holocausto*, Barcelona, Mondadori, 2002.
[52]. Hermann Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, Londres, Blackwell, 1992, p. 95.
[53]. D. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, pp. 185 y 187. El estudio de Raul Hilberg sobre ese proceso sigue siendo canónico por su minuciosidad descriptiva: *La destrucción de los judíos europeos*, pp. 93-168.
[54]. H. Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 97-98, 101 y 115. L. Dawidowicz, *The War against the Jews*, pp. 89-92. D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, pp. 129-130 y 134.
[55]. Fragmentos de sus memorias reproducido en True Maurer, «Clientes, pacientes, vecinos y amigos. Relaciones entre judíos y no judíos en Alemania, 1933-1938», en D. Bankier e I. Gutman (eds.), *La Europa nazi y la Solución Final*, pp. 95-120 (cita en pp. 95 y 97).
[56]. El texto de ambas leyes en Paul Mendes-Flohr y Jehuda Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World. A Documentary History*, Oxford, Oxford University Press, 1995, pp. 646-649. También, traducido al español, en W. Simpson, *Hitler y Alemania*, pp. 114-115. Cfr. Michel Burleigh y Wolfgang Wippermann, *The Racial State. Germany, 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
[57]. D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 186.
[58]. Un certero repaso a esos hitos en Klaus Hildebrand, *The Foreign Policy of the Third Reich*, pp. 38-74; y Gerard L. Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany*, Chicago, University of Chicago, 1970 y 1980, 2 vols.
[59]. Reproducido en Norman Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial. Los protocolos de los Sabios de Sión*, Madrid, Alianza, 1983, p. 226.
[60]. Reproducido en I. Kershaw, *Hitler*, vol. 2 (1936-1945), p. 23.
[61]. Yehuda Bauer, «The Evolution of Nazi Jewish Policy, 1933-1938», en F. Chalk y K. Jonassohn (eds.), *The History and Sociology of Genocide*, pp. 332-353 (pp. 351-352 especialmente).
[62]. R. S. Landau, *The Nazi Holocaust*, pp. 137-139. Sobre Evian y el Plan de Madagascar véase L. Weber (ed.), *Crónica del Holocausto*, pp. 132 y 138.
[63]. Sobre la génesis y curso del pogromo véase H. Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 16-29 (la cita del diario en p. 28). Informe secreto de la Policía Secreta del

Estado (Gestapo), noviembre de 1938. Reproducido en P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 651-652. P. Burrin, *Hitler and the Jews*, p. 57. R. S. Landau, *The Nazi Holocaust*, pp. 141-145. I. Kershaw, *Hitler*, pp. 150-157.

[64]. D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 166.

[65]. Los decretos citados en P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 653-655. P. Burrin, *Hitler and the Jews*, pp. 57-59.

[66]. Citado en I. Kershaw, *Hitler*, p. 158.

[67]. El decreto correspondiente en P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, p. 656.

[68]. H. Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, p. 145.

[69]. L. Dawidowicz, *La guerra contra los judíos*, pp. 140-143. H. Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, p. 149. Sobre todo el aparato policial de la RSHA véase la publicación de Reihard Rürup (ed.), *Topografy of Terror. Gestapo, SS and Reichssicherheitshauptamt on the Prinz-Albrecht-Terrain. A Documentation*, Berlín, Verlag Willmuth Arenhövel, 1989.

[70]. D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, pp. 189-190.

[71]. Reproducido en I. Kershaw, *Hitler*, p. 166. El mismo texto, en inglés, se recoge en la colección documental de Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3 (*Foreign Policy, War and Racial Extermination*), Exeter, University of Exeter, 1988, p. 1.049.

[72]. De la vasta literatura existente sobre el conflicto cabe destacar los trabajos de Andreas Hillgruber, *La Segunda Guerra Mundial. Objetivos de guerra y estrategias de las grandes potencias*, Madrid, Alianza, 1995; y Williamson Murray y Allan R. Millet, *La guerra que había que ganar. Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica, 2002.

[73]. Un completo repaso documental a la operación en J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, pp. 997-1.048. Cfr. P. Burrin, *Hitler and the Jews*, pp. 65-67. R. Hilberg, *La destrucción de los judíos*, pp. 962-964. La advertencia de Hitler en Mark Mazower, *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2001, p. 96.

[74]. Y. Ternon, *El Estado criminal*, p. 153. R. S. Landau, *The Nazi Holocaust*, p. 151. J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, p. 1.050.

[75]. El texto completo en J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, p. 1.051; y en R. Rürup (ed.), *Topografy of Terror*, pp. 128-129. Una versión española ligeramente distinta e incompleta en Léon Poliakov, *Auschwitz. Documentos y testimonios del genocidio nazi*, Barcelona, Oikos-Tau, 1966, p. 10-11.

[76]. Citado en J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, p. 1.055. El texto completo y la biografía de Frank, en P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 660-661.

[77]. Citado en J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, p. 1.063.

[78]. L. Weber (ed.), *Crónica del Holocausto*, pp. 180 y 268. R. Hilberg, *La destrucción de los judíos europeos*, pp. 230-292. Para las dudas iniciales de Hitler ante esa medida de la Estrella de David véase I. Kershaw, *Hitler*, pp. 464-466. R. S. Landau, *The Nazi Holocaust*, p. 232.

[79]. L. Dawidowicz, *La guerra contra los judíos*, p. 149; y R. Rürup (ed.), *Topography of Terror*, pp. 129-131.

[80]. D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 219. M. Mazower, *La Europa negra*, p. 200. Una buena panorámica con testimonios de internados en Rosa Torán, *Los campos de concentración nazis. Palabras contra el olvido*, Barcelona,

Península, 2005, caps. 8 y 9. Véase también Eugen Kogon, *El Estado de las SS: el sistema de campos de concentración alemanes*, Barcelona, Alba Editorial, 2005.
[81]. Citado en L. Poliakov, *Auschwitz,* p. 58. Cfr. L. Weber (ed.), *Crónica del Holocausto*, pp. 342-343 y 412-413. Sobre la concepción del trabajo bajo el nazismo véase Alejandro Andreassi Cieri, *«Arbeit Macht Frei». El trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia*), Barcelona, El Viejo Topo, 2004.
[82]. D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 394.
[83]. D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, pp. 195-196 y 366. H. Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 154-155.
[84]. Informe firmado por Waldemar Schön, director del Departamento de Realojamiento de la oficina de gobierno del distrito de Varsovia. Reproducido en J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, p. 1.066.
[85]. R. S. Landau, *The Nazi Holocaust*, p. 155. L. Weber (ed.), *Crónica del Holocausto*, p. 446. R. Torán, *Los campos de concentración nazis*, pp. 128-133.
[86]. J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, p. 1.071. R. Hilberg (*La destrucción de los judíos*, p. 1.367) eleva esa cifra hasta «más de 800.000».
[87]. Tanto el discurso de Hitler (30 de marzo) como las directrices militares (19 de mayo) se recogen en J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, p. 1.086-1.087 y 1.089-1.090. Sobre el carácter de la empresa rusa véase I. Kershaw, *Hitler*, cap. 8 («Diseño de una guerra de aniquilación»); Omer Bartov, *Hitler's Army. Soldiers, Nazis and War in the Third Reich*, Oxford, Oxford University Press, 1991; Wolfram Wette, *La Wehrmacht. Los crímenes del ejército alemán*, Barcelona, Crítica, 2007; y Xosé Manuel Núñez Seixas, *Imperios de muerte. La guerra germano-soviética, 1941-1945*, Madrid, Alianza, 2007.
[88]. A. J. Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken? The Final Solution in History*, p. 255.
[89]. A. J. Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken? The Final Solution in History*, p. 35.
[90]. J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, pp. 1.090-1.091. H. Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 168-169.
[91]. Christopher R. Browning, «The Decision-Making Process», en D. Stone (ed.), *The Historiography of the Holocaust*, cap. 8. Del mismo autor: *The Origins of the Final Solution. The Evolution of Nazi Jewish Policy, 1939-1942*, Londres, Arrow Books, 2005. Véase una recapitulación reciente en Ian Kershaw, «Berlín/Prusia Oriental, verano-otoño de 1941. Hitler decide matar a los judíos», en su obra *Decisiones trascendentales. De Dunquerque a Pearl Harbour (1940-1941). El año que cambió la historia*, Barcelona, Península, 2008, cap. 10.
[92]. El testimonio de Blume en D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 199. El testimonio de Ohlendorf en Richard Overy, *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, Barcelona, Tusquets, 2003, p. 212.
[93]. J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, p. 1.104.
[94]. Fragmento de las memorias de Hoess, recogido en J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, pp. 1.105-1.106. Traducción española: *Yo, comandante de Auschwitz*, Barcelona, Muchnik, 1979.
[95]. A. J. Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken? The Final Solution in History*, p. 263.
[96]. D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 202.
[97]. La primera cifra, mínima, en R. Hilberg (*La destrucción de los judíos*, p. 1.367 y «The Anatomy of the Holocaust», p. 366). La segunda, máxima, en J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, p. 1.102.

[98]. I. Kershaw, *Hitler*, p. 460. Sobre las circunstancias de la toma de Kiev, A. J. Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken? The Final Solution in History*, pp. 266-268. La ciudad, de unos 600.000 habitantes, contaba con 150.000 judíos. Ante el avance alemán habían huido la mayoría menos unos 45.000 que se mantuvieron en ella hasta su caída.
[99]. D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, pp. 299-300. Cfr. Christopher R. Browning, *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona, Edhasa, 2002.
[100]. Reproducido en X. M. Núñez Seixas, *Imperios de muerte*, p. 154.
[101]. Reproducido en D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 461. Los testimonios previos citados en la misma obra, pp. 235 y 553; y en L. Rees, *Auschwitz*, pp. 92 (para la pasividad de las víctimas), 130-131 y 191-193 (para la declaración sobre los niños).
[102]. L. Rees, *Auschwitz*, pp. 98-99. R. Hilberg, *La destrucción de los judíos*, pp. 363-365. La visita a Minsk de Himmler y su reacción ante los fusilamientos en P. Burrin, *Hitler and the Jews*, pp. 105 y 112.
[103]. Declaraciones recogidas en R. Overy, *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, p. 215.
[104]. Las palabras de Frank, pronunciadas el 16 de diciembre de 1941 ante los altos funcionarios del «Gobierno General», se reproducen en I. Kershaw, *Hitler*, p. 483; y en J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, p. 1.127.
[105]. Eugen Kogon, Hermann Langbein y Adalbert Rückerl (eds.), *Nazi Mass Murder: A Documentary History of the Use of Poison Gas*, New Haven, Yale University Press, 1993, pp. 52-72. J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, pp. 1.138-1.140. R. Hilberg, *La destrucción de los judíos*, pp. 356-366. A. J. Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken?*, p. 386.
[106]. D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 208.
[107]. I. Kershaw, *Hitler*, p. 482. La misma conclusión anotó Himmler en su agenda personal (descubierta en 1990): «Cuestión judía: exterminarlos como a guerrilleros». Citada en L. Rees, *Auschwitz*, p. 128.
[108]. El acta se reproduce en J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, pp. 1.127-1.134; P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 662-665; y R. Rürup (ed.), *Topography of Terror*, pp. 146-150. Cfr. L. Weber (ed.), *Crónica del Holocausto*, pp. 294-295; e I. Kershaw, *Hitler*, pp. 484-485.
[109]. J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, pp. 1.139 y 1.142. L. Weber (ed.), *Crónica del Holocausto*, p. 490. Sobre el Zyklon B véase el informe del ingeniero químico Pitch Bloch recogido en P. Vidal-Naquet, *Los asesinos de la memoria*, pp. 87-91.
[110]. H. Graml, *Antisemitism in the Third Reich*, pp. 201-202. R. S. Landau, *The Nazi Holocaust*, pp. 177-178.
[111]. Aparte de los autores señalados en nota anterior, véase la descripción de cada campo en J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, pp. 1.146-1.190; R. Hilberg, *La destrucción de los judíos*, pp. 953-1.015; y R. Torán, *Los campos de concentración nazis*, pp. 143-166.
[112]. R. Overy, *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, pp. 394-397. J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, pp. 1.187-1.188.
[113]. Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors*, Londres, Basic Books, 1986, p. 16.
[114]. R. Overy, *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, p. 217.
[115]. R. Overy, *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, pp. 404-405. El testimonio de Hoess fue corroborado por otros testigos, como el oficial de las SS,

Kurt Gerstein, cuyo informe se reproduce en J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, pp. 1.149-1.153.
[116]. J. Noakes y G. Pridahm (eds.), *Nazism, 1919-1945. A Documentary Reader*, vol. 3, pp. 1.155, 1.178-1.179 y 1.181.
[117]. R. Hilberg, *La destrucción de los judíos*, pp. 1.081-1.084 y 1.369. L. Rees, *Auschwitz*, pp. 359-375.
[118]. R. Hilberg, *La destrucción de los judíos*, p. 1.367, y «The Anatomy of the Holocaust», p. 366.
[119]. J. Bourke, *La Segunda Guerra Mundial. Una historia de las víctimas*, p. 125.
[120]. Estimación reproducida en R. S. Landau, *The Nazi Holocaust*, p. 257. Coincide básicamente con la ofrecida por Jon Elster, *Rendición de cuentas. La justicia transicional en perspectiva histórica*, Buenos Aires, Katz, 2006, pp. 73-79. Según las fuentes manejadas por este autor, en 1996 el Ministerio de Justicia de Alemania estimaba que se habían investigado por esos motivos a 106.178 casos individuales desde 1945 (p. 73).
[121]. D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, pp. 220 y 644, nota 13. L. Rees, *Auschwitz*, pp. 406-407. R. Hilberg, *La destrucción de los judíos*, pp. 1.206-1.207.
[122]. R. Hilberg, *La destrucción de los judíos*, pp. 1.204-1.205.
[123]. W. Brunstein, *The Logic of Evil. The Social Origins of the Nazi Party*, p. 15.
[124]. J. Elster, *Rendición de cuentas*, p. 73.
[125]. R. Overy, *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, p. 199. Las negaciones de Funk, Levy y Guderian en pp. 186, 189 y 208.
[126]. Robert Gellatelly, *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2002. Eric A. Johnson, *El terror nazi. La Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*, Barcelona, Paidós, 2002. Gotz Aly, *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*, Barcelona, Crítica, 2005.
[127]. I. Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich*, Oxford, Oxford University Press, 1983.
[128]. R. Hilberg, *Perpetrators, Victims, Bystanders. The Jewish Catastrophe*, Londres, Lime Tree, 1992, pp. 196-197. L. Rees, *Auschwitz*, p. 111.
[129]. Estimaciones reproducidas en David Bankier, «Mostrando la Solución Final a los alemanes», en D. Bankier e I. Gutman (eds.), *La Europa nazi y la Solución Final*, Madrid, Losada, 2005, pp. 13-46 (cita en p. 14).
[130]. D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 728, nota 53.
[131]. D. J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, p. 153. Del mismo autor, *La Iglesia católica y el Holocausto. Una deuda pendiente*, Madrid, Taurus, 2002. Cfr. Robert P. Ericksen y Susannah Heschel, «The German Churches and the Holocaust», en D. Stone (ed.), *The Historiography of the Holocaust*, cap. 13.
[132]. R. Moro, *La Iglesia y el exterminio de los judíos*, pp. 213-214.
[133]. R. Moro, *La Iglesia y el exterminio de los judíos*, pp. 21-23 y 154-157. Saul Friedländer, *Pío XII y el Tercer Reich*, Barcelona, Península, 2007. John Cornwell, *El Papa de Hitler. La verdadera historia de Pío XII*, Barcelona, Planeta, 2001.
[134]. L. Rees, *Auschwitz. Los nazis y la «Solución Final»*, p. 36.
[135]. Pierre Sorlin, *El antisemitismo alemán*, Barcelona, Península, 1970, p. 112.
[136]. I. Kershaw, *Hitler*, pp. 799-800. R. Hilberg, *La destrucción de los judíos*, pp. 1.092-1.093.
[137]. Véase al respecto, a título de ejemplo, las obras de Christian Delacampagne, *Racismo y Occidente*, Barcelona, Argos Vergara, 1983, pp. 36-37; Alberto Hidalgo Tuñón, *Reflexión ética sobre el racismo y la xenofobia*, Madrid, Editorial Popular/ Jóvenes contra la Intolerancia, 1993; Ángel Aguirre Baztán (dir.), *Diccionario temático de antropología*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1993, voz «Racismo»; y F. Javier Blázquez-Ruiz (dir.), *10 palabras claves sobre racismo y xenofobia*, Estella,

Verbo Divino, 1996.
[138]. Definen al respecto esa dinámica de «categorización social» Robert A. Baron y Donn Byrne (*Psicología Social*, Madrid, Prentice Hall Ibérica, 2004, pp. 243): «la gente generalmente divide el mundo social en dos categorías distintas, *nosotros* y *ellos*. En líneas generales, la gente ve a otras personas como pertenecientes a su propio grupo (normalmente llamado *endogrupo*) o a otro grupo (el *exogrupo*). Esta distinción está basada en muchas dimensiones, incluidas la raza, la religión, el sexo, la edad, los antecedentes étnicos, la ocupación...».
[139]. Cita tomada de su obra *Folkways*, reproducida en Lewis A. Coser y Bernard Rosenberg (eds.), *Sociological Theory. A Book of Readings*, Nueva York, Macmillan, 1976, pp. 242-243.
[140]. A. Hidalgo Tuñón, *Reflexiones éticas sobre el racismo y la xenofobia*, pp. 73-76. Josep Corbella, Eudald Carbonell, Salvador Moyá y Robert Sala, *Sapiens. El largo camino de los homínidos hacia la inteligencia*, Barcelona, Península, 2000, pp. 71-73. Marvin Harris, *Caníbales y reyes. Los orígenes de las culturas*, Barcelona, Argos Vergara, 1981, caps. 4 y 7.
[141]. José Sanmartín, *La violencia y sus claves*, Barcelona, Ariel, 2000, pp. 19-20.
[142]. Voz «raza» en Joan Corominas y José A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1981. Voz «raza» en Martín Alonso, *Diccionario medieval español. Desde las Glosas Emilianenses y Silenses (siglo x) hasta el siglo xv*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1986.
[143]. George Mosse, *Toward the Final Solution. A History of European Racism*, Madison, University of Wisconsin, 1985, pp. 19-21. Juan Frigolé Reixach (dir.), *Las razas humanas*, Barcelona, Océano, 1993, vol. 1, pp. 35-44. Paulette Marquer, *Las razas humanas*, Madrid, Alianza, 1973, pp. 14-16. José Manuel Sánchez Ron, *El Jardín de Newton. La ciencia a través de su historia*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 105-107. Michel Wieviorka, *El espacio del racismo*, Barcelona, Paidós, 1992, pp. 30-32. Stephen Jay Gould, *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 55 y 361-362.
[144]. G. Mosse, *Toward the Final Solution. A History of European Racism*, pp. 11 y 20-21. J. Frigolé Reixach (dir.), *Las razas humanas*, vol. 1, p. 44. P. Marquer, *Las razas humanas*, p. 16. Pedro Gómez García, «Las razas: una ilusión deletérea», *Gaceta de Antropología* (Granada), n° 10, 1993 (consultada en versión electrónica alojada en *www.ugr.es*). S. J. Gould, *La falsa medida del hombre*, p. 360.
[145]. Reproducido en S. J. Gould, *La falsa medida del hombre*, pp. 366-368.
[146]. Véase un repaso a esos criterios y su configuración en P. Marquer, *Las razas humanas*, pp. 28-56; y Claudio Esteva Fabregat, *Razas humanas y racismo*, Barcelona, Salvat, 1973, pp. 45-56. Para el caso del ángulo facial y Camper, véase G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 21-23; y Stephen L. Chorover, *Del Génesis al genocidio. La sociobiología en cuestión*, Barcelona, Blume, 1982, pp. 52-53.
[147]. Marvin Harris, *Introducción a la Antropología general*, Madrid, Alianza, 1986, p. 112. Ruth Benedict, *Race and Racism*, Londres, Routledge, 1983, pp. 27-28 y 53-61. S. L. Chorover, *Del Génesis al genocidio*, pp. 92-93.
[148]. C. Delacampagne, *Racismo y Occidente*, pp. 149 y 155. G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 12-15. Cfr. A. N. Sherwin-White, *Racial Prejudice in Imperial Rome*, Cambridge, Cambridge University Press, 1967.
[149]. C. Coquery-Vidrovitch y H. Moniot, *África negra de 1800 a nuestros días*, Barcelona, Labor, 1985, pp. 191-192.
[150]. A. Hochschild, *El fantasma del rey Leopoldo. Codicia, terror y heroísmo en el África colonial*, Barcelona, Península, 2002, pp. 26 y 30-31.
[151]. Basil Davidson, *Historia de África*, Barcelona, Folio, 1992, pp. 137-144 (cita en p. 144). Véase del mismo autor: *Black Mother. The Years of the African Slave Trade*, Boston, Atlantic-Little, Brown, 1961. C. Delacampagne, *op. cit.*, pp. 51-53 y

216-217. Peter Rigby, *African images: Racism and the end of Anthropology*, Oxford, Berg, 1996.
[152]. William A. Douglas y Stanford M. Lyman, «La etnia: estructura, proceso y compromiso», en W. A. Douglas, S. M. Lyman y J. Zulaika, *Migración, etnicidad y etnonacionalismo*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1994, pp. 53-78 (cita en pp. 55-56).
[153]. Citado en R. Benedict, *Race and Racism*, p. 82.
[154]. Stephen Jay Gould, *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Crítica, 1997. Michael Banton, *The Idea of Race*, Londres, Tavistock, 1977; y *Racial Theories*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.
[155]. H. E. Garret, *Breeding Down*, Richmond (Virginia), Patrick Henry Press, s. a. Reproducido en S. L. Chorover, *Del Génesis al genocidio*, p. 71.
[156]. Robert A. Baron y Donn Byrne, *Psicología social*, Madrid, Prentice Hall Iberia, 2004, pp. 244 y 270. Bruno M. Mazzara, *Estereotipos y prejuicios*, Madrid, Acento, 1999, p. 13.
[157]. Luigi Luca Cavalli-Sforza, *Genes, pueblos y lenguas*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 210 (para el ADN y las mitocondrias). Alberto Piazza, «Relaciones sanguíneas y evolución humana», en Autores Varios, *Europa científica. Investigación y tecnología en 20 países*, Barcelona, Labor-Foundation Scientific Europe, 1990, pp. 330-337.
[158]. L. L. Cavalli-Sforza, *Genes, pueblos y lenguas*, pp. 44 y 46. Del mismo autor, en colaboración con Francesco Cavalli-Sforza, véase *¿Quiénes somos? Historia de la diversidad humana*, Barcelona, Crítica, 1999. Cfr. Eudald Carbonell y Robert Sala, *Planeta humano*, Barcelona, Península, 2000.
[159]. L. L. Cavalli-Sforza, *Genes, pueblos y lenguas*, pp. 28 y 73-74.
[160]. A. Hidalgo Tuñón, *Reflexión ética sobre el racismo y la xenofobia*, p. 35.
[161]. L. L. Cavalli-Sforza, *Genes, pueblos y lenguas*, pp. 19-20.
[162]. A. Hidalgo Tuñón, *Reflexión ética sobre el racismo y la xenofobia*, p. 48. Subrayados originales
[163]. A título referencial, véase sobre esas tres fases de la historia de la religión el estudio de Gustavo Bueno, *El animal divino. Ensayo de una filosofía materialista de la religión*, Oviedo, Pentalfa, 1985, pp. 216-226. Cfr. E. O. James, *Historia de las religiones*, Madrid, Alianza, 2003; y Mircea Eliade e Ioan P. Couliano, *Diccionario de las religiones*, Barcelona, Paidós, 1992.
[164]. *Génesis*, capítulo 12, versículos 1 y 2, capítulo 17, versículos 10 y 11. Recogido en *Sagrada Biblia*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1972. Edición de Eloino Nácar Fuster y Alberto Colunga Cueto. En las versiones cristianas del Antiguo Testamento, se prefiere el término Yavé al de Jehová, más frecuente en las versiones judías.
[165]. Sobre el tema véanse los siguientes trabajos en español: Mario Satz, *El judaísmo. Cuatro mil años de cultura*, Barcelona, Montesinos, 1982. Eban Abba, *Legado. La civilización y los judíos*, Madrid, Sheva, 1987. H. H. Ben Sasson (dir.), *Historia del pueblo judío*, Madrid, Alianza, 1988, 3 vols. César Vidal, *Textos para la historia del pueblo judío*, Madrid, Cátedra, 1995. Nicholas de Lange, *Historia del pueblo judío*, Barcelona, Folio, 2002. Werner Keller, *Historia del pueblo judío*, Barcelona, Omega, 2004. Luis Suárez Fernández, *Los judíos*, Barcelona, Ariel, 2005. Paul Johnson, *Historia de los judíos*, México, Ediciones B, 2007.
[166]. Gérard Chaliand y Jean-Pierre Rageau, «The Jewish Diaspora», en su obra *The Penguin Atlas of Diasporas*, Harmondsworth, Penguin, 1995, pp. 1-72.
[167]. Luis F. Girón Blanc, *El Talmud*, Madrid, Ediciones del Orto, 2006. Sobre el particular véase el portal virtual titulado www.tora.org.ar.
[168]. *Sagrada Biblia*, libro del profeta Isaías, capítulo 43, versículos 10 y 11 y capítulo 44, versículo 6.
[169]. R. S. Landau, *The Nazi Holocaust*, Chicago, Ivan R. Dee, 1994, p. 30.

[170]. *Sagrada Biblia*, Libro de Ester, capítulo 3, versículos 8 y 9.
[171]. Arnaldo Momigliano, *Páginas hebraicas*, Madrid, Mondadori, 1990, pp. 58-59.
[172]. Gerald Messadié, *Historia del antisemitismo*, Buenos Aires, Ediciones B, 2001, pp. 63-72. El trabajo de Edward H. Flannery (1965) fue quizá el primero en notar este origen alejandrino de la judeofobia: *Veintitrés siglos de antisemitismo. Desde el mundo antiguo hasta la lucha por la emancipación*, Buenos Aires, Paidós, 1974.
[173]. Gustavo Daniel Perednik, *La judeofobia*, Barcelona, Flor del Viento, 2001, p. 44. Cfr. Bernard Lazare, *El antisemitismo: su historia y sus causas*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1986, pp. 36-40 (edición española de un clásico francés publicado en 1894); y C. Delacampagne, *Racismo y occidente*, pp. 168-175.
[174]. Robert S. Wistrich, *Anti-semitism. The Longest Hatred*, Londres, Thames Mandarin, 1992.
[175]. G. D. Perednik, *La judeofobia*, p. 27.
[176]. R. S. Wistrich, *Anti-semitism. The Longest Hatred*, pp. 6-7.
[177]. Cornelio Tácito, *Historias*, Madrid, Akal, 1990, pp. 308-309. Párrafos del Libro V, capítulo 5. Traducción de José Luis Moralejo.
[178]. Hans Kessler, *Manual de Cristología*, Barcelona, Herder, 2003, p. 31: «Así pues, la forma latinizada de *Christus* no es originariamente un sobrenombre del personaje histórico Jesús de Nazareth, sino una confesión de fe en él. Quien dice seriamente «Jesucristo» confiesa que de hecho Jesús es el ungido de Dios, el portador de la Salvación».
[179]. José Montserrat Torrents, *La Sinagoga cristiana. El gran conflicto religioso del siglo i*, Barcelona, Muchnik, 1989. Emilio Mitre, *Judaísmo y cristianismo. Raíces de un gran conflicto histórico*, Madrid, Istmo, 1980.
[180]. *Sagrada Biblia*, libro de los Hechos de los Apóstoles, capítulo 18, versículos 1 a 7. Subrayado nuestro.
[181]. B. Lazare, *El Antisemitismo*, p. 49.
[182]. Francisco Javier Lomas, «El imperio cristiano», en Manuel Sotomayor y José Fernández Urbina (coords.), *Historia del Cristianismo. I. El mundo antiguo*, Granada, Trotta, 2005, cap. 9, pp. 481-530. Fernando Suárez Bilbao, *De Jerusalén a Roma. La historia del judaísmo al cristianismo (de 272 a.C. a 392 d.C)*, Barcelona, Ariel, 2006.
[183]. Véase al respecto: Dan Cohn-Sherbok, *The Crucified Jew. Twenty Centuries of Christian Anti-Semitism*, Londres, Harper Collins, 1992. Raúl González Salinero, *El antijudaísmo cristiano occidental (siglos iv y v)*, Madrid, Trotta, 2000. Robert Michael, *Holy Hatred. Christianity, Antisemitism and the Holocaust*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006.
[184]. S. T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, vol. 1, p. 259. Cfr. Joshua Trachtenberg, *The Devil and the Jews. The Medieval Conception of the Jew and its Relation to Modern Anti-Semitism*, New Haven, Yale University Press, 1943; y James Parkes, *The Conflict of the Church and the Sinagogue: A Study in the Origins of Antisemitism*, Nueva York, Atheneum, 1969.
[185]. *Sagrada Biblia*, Evangelio de San Juan, capítulo 8, versículos 42 a 45. Subrayados nuestros.
[186]. *Sagrada Biblia*, Evangelio de San Mateo, capítulo 27, versículos 21 a 26. Subrayados nuestros.
[187]. «Ocho homilías contra los judíos», pronunciadas cuando era todavía obispo de Antioquía en el año 387. Traducción propia del texto en inglés consultado en la página web de documentación de la patrística medieval creada por la Fordham University, la universidad jesuita de Nueva York. Dirección de acceso: *www.fordham.edu/halsall/source/chrysostom-jews6.html*. Los párrafos citados proceden de las homilías y capítulos siguientes: I,3; I,4; I,6; IV,3; VII,2.
[188]. F. J. Lomas, «El imperio cristiano», en M. Sotomayor y J. Fernádez Urbina (coords.), *Historia del Cristianismo. I. El mundo antiguo*, pp. 510-511. Sobre estos

patriarcas véase Juana M. Torres, *Los Padres de la Iglesia*, Madrid, Edicones del Orto, 2000.
[189]. *Sagrada Biblia*, Libro del Génesis, capítulo 25, versículo 23.
[190]. Las referencias demográficas proceden de P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World. A Documentary History*, p. 701.
[191]. Emile Mâle, *Religious Art in France. The Thirteenth Century. A Study of Medieval Iconography and its Sources*, Princeton, Princeton University Press, 1984, pp. 114, 163 y 194-196. Edición original francesa de 1958.
[192]. Isabel Montes Romero-Camacho, *Los judíos en la Edad Media española*, Madrid, Arco-Libros, 2001, pp. 12-14. Cfr. S. T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, pp. 304-306.
[193]. Léon Poliakov, *Historia del anti-semitismo. Desde Cristo hasta los judíos de la Corte*, Buenos Aires, SigloVeinte, 1968, p. 62.
[194]. Seguimos las prudentes cifras aportadas por S. T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, pp. 81-82. Otros autores sugieren unas diez mil víctimas para la Primera Cruzada, como es el caso de R. S. Wistrich, *Anti-Semitism*, pp. 23-24.
[195]. Reproducido en C. Vidal, *Textos para la historia del pueblo judío*, p. 186.
[196]. A. J. Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken?*, pp. 24-27. D. Cohn-Sherbok, *The Crucified Jew*, pp. 39-40.
[197]. Citado en A. J. Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken?*, pp. 26-27.
[198]. D. Cohn-Serbok, *The Crucified Jew*, pp. 43-44 (cita en p. 43). G. D. Perednik, *La judeofobia*, pp. 99-103. R. S. Landau, *The Nazi Holocaust*, pp. 40-41.
[199]. Sobre la popularidad del caso de San Simón de Trento véase R. Gay, *The Jews of Germany*, pp. 26-28; y L. Poliakov, *Historia del anti-semitismo. Desde Cristo hasta los judíos de la Corte*, p. 76.
[200]. Jean Delumeau, «Los agentes de Satán: el judío, mal absoluto», en su libro *El miedo en Occidente (siglos xiv-xviii)*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 448-449.
[201]. Alfonso X el Sabio, *Las Partidas*, Madrid, CEGAL, 1984, pp. 132-133.
[202]. G. D. Perednik, *La judeofobia*, pp. 109-110. D. Cohn-Serbok, *The Crucified Jew*, pp. 44-45. S. T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, pp. 271-273. J. Delumeau, *El miedo en Occidente*, pp. 445-450.
[203]. Jacques Le Goff, «El judío en los *exempla* medievales. El caso del *Alphabetum Narrationum*», en su obra *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1985, cap. 8 (cita en p. 120).
[204]. Ruth Gay, *The Jews of Germany. A Historical Portrait*, New Haven, Yale University Press, 1992, p. 28. G. D. Perednik, *La judeofobia*, pp. 110-111. D. Cohn-Serbok, *The Crucified Jew*, pp. 48-49. S. T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, pp. 296-297.
[205]. S.T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, p. 279. G. D. Perednik, *La judeofobia*, pp. 111-112.
[206]. S.T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, pp. 279-280.
[207]. G. D. Perednik, *La judeofobia*, pp. 78-79. S. T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, p. 285. C. Vidal, *Textos para la historia del pueblo judío*, p. 180. D. Cohn-Serbok, *The Crucified Jew*, pp. 46-47.
[208]. B. Lazare, *El antisemitismo*, pp. 127-129.
[209]. J. Delumeau, *El miedo en Occidente*, pp. 423-470 (la cita textual en p. 607). Bernard McGinn señala acertadamente que el topos del Anticristo, surgido ya en el siglo I con la configuración del cristianismo, experimentó una enorme revitalización a partir del siglo XIII: *El Anticristo. Dos milenios de fascinación humana por el mal*, Barcelona, Paidós, 1997.
[210]. J. Le Goff, «El judío en los *exempla* medievales», p. 122. D. Cohn-Serbok, *The Crucified Jew*, pp. 51-55.
[211]. Norman Cohn, *El mito de la conspiración judía universal*, Madrid, Alianza,

1983, p. 18.
[212]. S. T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, pp. 310-311. Cfr. en el mismo sentido, B. Lazare, *El antisemitismo*, pp. 124-125.
[213]. J. Le Goff, «El judío en los *exempla* medievales», p. 125.
[214]. J. Delumeau, *El miedo en Occidente*, p. 424.
[215]. B. Lazare, *El antisemitismo*, pp. 116-117.
[216]. Alfonso X el Sabio, *Las Partidas*, pp. 129, 131-133. Cfr. G. D. Perednik, *La judeofobia*, pp. 81-82.
[217]. J. Delumeau, *El miedo en Occidente*, pp. 453-454.
[218]. Alfonso X el Sabio, *Las Partidas*, pp. 143-144. El texto del canon conciliar prescribiendo la medida en C. Vidal, *Textos para la historia del pueblo judío*, p. 183.
[219]. S. T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, pp. 375-381. G. D. Perednik, *La judeofobia*, pp. 82-84. G. Chaliand y J. P. Rageau, *The Penguin Atlas of Diasporas*, pp. 15-19. Joseph Pérez, *Breve historia de la Inquisición española*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 38-39.
[220]. Reproducido en C. Vidal, *Textos para la historia del pueblo judío*, p. 221.
[221]. Reproducimos el texto traducido por Elías Bernard, correspondiente al capítulo 11 del opúsculo. Consultado en la página virtual de Herencia Cristiana: *www.herenciacristiana.com/luther/chap11.html*.
[222]. Francisco de Quevedo, *Execración contra los judíos*, Barcelona, Crítica, 1993. Edición de F. Cabo Aseguinolaza y S. Fernández Mosquera. Recoge el texto inédito de Quevedo redactado en el verano de 1633 y dirigido a Felipe IV.
[223]. E. Temprano, *La caverna racial europea*, pp. 128-129.
[224]. S. T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, pp. 162-165. B. Lazare, *El antisemitismo*, p. 108. R. S. Landau, *The Nazi Holocaust*, pp. 44-45. G. Chaliand y J. P. Rageau, *The Penguin Atlas of Diasporas*, pp. 39-41. D. Cohn-Serbok, *The Crucified Jew*, pp. 105-107.
[225]. Estadísticas recogidas en P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World. A Documentary History*, p. 702.
[226]. Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*, Barcelona, Crítica, 1992. Sobre el tema véase el capítulo correspondiente a Voltaire en Jacob Katz, *Anti-Semitism, 1700-1933*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1980, pp. 34-47.
[227]. Reproducido en C. Vidal, *Textos para la historia del pueblo judío*, p. 235.
[228]. Texto recogido en P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World. A Documentary History*, p. 66.
[229]. P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World. A Documentary History*, pp. 304-305. C. Vidal, *Textos para la historia del pueblo judío*, p. 234-236. G. D. Perednik, *La judeofobia*, pp. 119-121.
[230]. Victor Karady, *Los judíos en la modernidad europea. Experiencia de la violencia y utopía,* Madrid, Siglo XXI, 2000, pp. 65-66. G. Messadié, *Historia del antisemitismo*, p. 213. J. Katz, *Anti-Semitism*, pp. 31. La legislación citada se reproduce en P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 27-28.
[231]. V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea,* pp. 76-81. J. Katz, *Anti-Semitism*, pp. 52-53. C. Vidal, *Textos para la historia del pueblo judío*, p. 234. La legislación en P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 28-40.
[232]. Pierre Sorlin, *El antisemitismo alemán*, Barcelona, Península, 1970, p. 57.
[233]. Reproducido en P. Sorlin, *El antisemitismo alemán*, pp. 133-136. J. Katz, *Anti-Semitism*, pp. 57 y 60. Cfr. Hagen Schulze, *The Course of German Nationalism. From Frederick the Great to Bismarck, 1763-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 50 y 11-114. P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 309-310.
[234]. George L. Mosse, *Toward the Final Solution. A History of European Racism*,

Madison, University of Wisconsin, 1985, pp. 28-29 y 242, n. 39. Según otros autores, quizá el antecedente de esta deformación iconográfica del judío empezó en el siglo XIV en los grabados sobre la Pasión, donde «los judíos aparecen representados con enormes narices, rasgos groseros, rostros malvados». P. Sorlin, *El antisemitismo alemán*, p. 149; C. Delacampagne, *Racismo y occidente*, pp. 86-87.
[235]. Reproducida en P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, p. 456.
[236]. P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, p. 118.
[237]. Una panorámica del proceso emancipador en Europa en V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea*, pp. 65 y ss. Cfr. G. Chaliand y J. P. Rageau, *The Penguin Atlas of Diasporas*, pp. 36-37.
[238]. V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea*, p. 17.
[239]. Todas las cifras citadas en V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea*, pp. 21, 64-65 y 294-295.
[240]. Cifras de V. Karady (*Los judíos en la modernidad europea*, pp. 25 y 294-295) completadas con Albert S. Lindemann, *The Jew Accused. Three Anti-Semitic Affairs (Dreyfus, Beilis, Frank), 1894-1915*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 24-25 y 40-41.
[241]. V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea*, pp. 92-93 y 294-295.
[242]. A. S. Lindemann, *The Jew Accused. Three Anti-Semitic Affairs*, pp. 26-27. R. S. Landau, *The Nazi Holocaust*, p. 57. A. J. Mayer, *Why did the Heavens Not Darken?*, pp. 41-43
[243]. V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea*, p. 29.
[244]. Peter Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, Londres, Peter Halban, 1988, pp. 9-10 y 334. R. Gay, *The Jews of Germany*, p. 230. V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea*, p. 30.
[245]. P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 10 y 335. P. Sorlin, *El antisemitismo alemán*, p. 69.
[246]. P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 10 y 335. Según A. S. Lindemann (*The Jew Acussed. Three Anti-Semitic Affairs*, p. 42) el calificativo de «Judapest» fue acuñado por Karl Lueger, uno de los fundadores del movimiento antisemita vienés y alcalde de la ciudad entre 1897 y 1910.
[247]. V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea*, pp. 30-31.
[248]. A. J. Mayer, *Why did the Heavens Not Darken?*, p. 59.
[249]. V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea*, p. 124.
[250]. A. S. Lindemann, *The Jew Accused. Three Anti-Semitic Affairs*, p. 10.
[251]. P. Sorlin, *El antisemitismo alemán*, pp. 46-47, 71, 75 y 82-83. V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea*, p. 128. P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, p. 13.
[252]. P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 12-13. V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea*, pp. 131, 134, 136 y 140.
[253]. P. Sorlin, *El antisemitismo alemán*, p. 75. A. J. Mayer, *Why did the Heavens Not Darken?*, p. 6. George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich*, Nueva York, Shocken Books, 1981, p. 7.
[254]. Citado en G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, p. 188.
[255]. Citado en Klaus Epstein, *The Genesis of German Conservatism,* Princeton, Princeton University Press, 1966, p. 228.
[256]. J. Katz, *Anti-Semitism*, pp. 85-86.
[257]. P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, p. 139.
[258]. Adolfo Perinat y Louis Lemkow, «Biología y ciencias humanas», *Papers. Revista de Sociología* (Barcelona), n° 19, 1983, pp. 13-70.
[259]. S. J. Gould, *La falsa medida del hombre*, p. 42.
[260]. G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 27-30.

[261]. Palabras de Broca en 1861 y 1866. Reproducidas en S. J. Gould, *La falsa medida del hombre*, p. 100.
[262]. Julio Caro Baroja, *Historia de la fisiognómica. El rostro y el carácter*, Madrid, Istmo, 1988. Stephan L. Chorover, *Del Génesis al Genocidio. La sociobiología en cuestión*, Barcelona, Blume, 1982, pp. 52-54.
[263]. S. J. Gould, *La falsa medida del hombre*, p. 144.
[264]. Citado en José Luis Peset, *Ciencia y marginación. Sobre negros, locos y criminales*, Barcelona, Crítica, 1983, p. 158.
[265]. S. J. Gould, *La falsa medida del hombre*, p. 138.
[266]. Roland N. Stromberg, *Historia intelectual europea desde 1789*, Madrid, Debate, 1990, pp. 179-196 («La revolución darwinista»). Ernst Mayr, *Una larga controversia: Darwin y el darwinismo*, Barcelona, Crítica, 2001.
[267]. Las citas de Darwin y Spencer en R. N. Stromberg, *Historia intelectual europea desde 1789*, pp. 198 y 204. La cita de Haeckel en A. Perinat y L. Lemkow, «Biología y ciencias humanas», p. 37. Cfr. Robert C. Bannister, «The Survival of the Fittest is Our Doctrine», *Journal of the History of Ideas*, vol. 31, n° 3, 1970, pp. 377-398.
[268]. Citado en Paul Kennedy, «The Decline of Nationalist History in the West, 1900-1970», *Journal of Contemporary History*, vol. 8, 1973, pp. 77-100 (cita en p. 89).
[269]. G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 73-76. S. L. Chorover, *Del Génesis al Genocidio*, pp. 50 y 54-61. S. J. Gould, *La falsa medida del hombre*, pp. 91-94.
[270]. J. L. Peste, *Ciencia y marginación*, pp. 37 y 69.
[271]. Citado en J. L. Peset, *Ciencia y marginación*, pp. 38 y 56-58.
[272]. G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 78-87. En 1918 Arthur Dinter fue autor de una novela muy famosa titulada *Die Sünde wider das Blut* (El pecado contra la sangre). G. L. Mosse, *The Crisis of German Ideology*, p. 142.
[273]. Fragmento de su artículo «La raza: arios y judíos», publicado en 1902. Reproducido en Léon Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida, 1870-1933*, Barcelona, Muchnik, 1986, pp. 62 y 398, n. 153.
[274]. G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 90-93.
[275]. S. J. Gould, *La falsa medida del hombre*, p. 123. Los dos trabajos de Boas citados fueron publicados en 1899 y 1911, respectivamente.
[276]. S. Katz, *Anti-Semitism*, pp. 135-136. Robert Nisbet, *Historia de la idea de Progreso*, Barcelona, Gedisa, 1981, pp. 399-402.
[277]. Declaración de Müller en 1888 recogida en R. Benedict, *Race and Racism*, p. 9. Cfr. G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 42-44.
[278]. Citado y analizado en R. Benedict, *Race and Racism*, pp. 4 y 113-118. G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 51-56.
[279]. J. Katz, *Anti-Semitism*, pp. 184-192.
[280]. Reproducido en P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 327-331.
[281]. G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 101-105. G. L. Mosse, *The Crisis of German Ideology*, p. 95.
[282]. Citado en R. Benedict, *Race and Racism*, pp. 4 y 17.
[283]. Reproducido en P. Mendes-Flohr y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 356-359 (cita en p. 358-359). G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 105-107. R. Nisbet, *Historia de la idea de Progreso*, p. 405.
[284]. J. Katz, *Anti-Semitism*, p. 76-77 (para la definición del «Volk» según el historiador Friedrich Rühs en 1816). Hagen Schulze, *The Course of German Nationalism*, pp. 48-52; y *Estado y nación en Europa*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 110-118. G. L. Mosse, *The Crisis of German Ideology*, pp. 4-5 y 14-20.
[285]. Palabras de J. G. Herder (1784) recogidas en Miguel Artola, *Textos fundamentales para la historia*, Madrid, Alianza, 1979, p. 553.

[286]. Palabras de Herder recogidas en Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 364. Las de Schelling en Juan José Sebreli, *El asedio a la Modernidad*, Barcelona, Ariel, 1992, p. 171.
[287]. Citado en P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, p. 231. G. L. Mosse, *The Crisis in German Ideology*, p. 101.
[288]. Reproducido en Saul Friedländer, *¿Por qué el Holocausto? Historia de una psicosis colectiva*, Barcelona, Gedisa, 2004, p. 90.
[289]. L. Poliakov, *La causalidad diabólica*, Barcelona, Muchnik, 1987.
[290]. K. Epstein, *The Genesis of German Conservatism*, Princeton, Princeton University Press, 1966, pp. 503-546 («The Conspiracy Theory of Revolution»). Timothy Tackett, «Conspiracy Obsession in a Time of Revolution: French Elites and the Origins of the Terror, 1789-1792», *American Historical Review*, vol. 105, n° 3, 2000, pp. 691-713.
[291]. «El discurso del rabino» de Goedsche se reproduce en P. Mendes y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 360-363.
[292]. L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida, 1870-1933*, pp. 52-59. Norman Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial*, pp. 1983, pp. 31-36, 40-44 y 48-49. G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 116-117.
[293]. Artículo «Judíos y Masones», en *La Lectura Dominical*, 27 de febrero de 1898. Reproducido en José Antonio Ferrer Benimeli, *El contubernio judeo-masónico-comunista*, Madrid, Istmo, 1982, p. 138.
[294]. Véase el completo análisis de N. Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial*, pp. 62-81 y 124-125.
[295]. Declaraciones de Nilus en 1909 recogidas en N. Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial*, p. 100.
[296]. Mathieu Golovinski, *Los Protocolos de los Sabios de Sión*, Barcelona, F. E., 2002, pp. 27-28, 38, 47 y 55.
[297]. J. Katz, *Anti-Semitism*, p. 245.
[298]. Reproducido en P. Sorlin, *El antisemitismo alemán*, pp. 137-139; P. Mendes y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 331-332; P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 47-48. Cfr. J. Katz, *Anti-Semitism*, pp. 260-262.
[299]. Reproducido en P. Mendes y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 340-342. Sobre Stocker y las vacilantes fortunas de su partido véase P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 83-89. Véase la voz «Stoecker, Adolf» en Louis L. Snyder, *Encyclopedia of Nationalism*, Nueva York, Paragon House, 1990, pp. 376-378.
[300]. Reproducido en P. Mendes y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 343-346. P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 240-243. L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida*, pp. 38-39.
[301]. Reproducido en P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 326-327.
[302]. P. Sorlin, *El antisemitismo alemán*, pp. 154-158. P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 247-248. J. Katz, *Anti-Semitism*, p. 268.
[303]. G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 164-166. P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 50-51 y 98-99. P. Sorlin, *El antisemitismo alemán*, pp. 139-141.
[304]. Reproducido en P. Mendes y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 350-351. Cfr. J. Katz, *Anti-Semitism*, pp. 304-305.
[305]. P. Sorlin, *El antisemitismo alemán*, pp. 158-161. P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 184-194.
[306]. P. Sorlin, *El antisemitismo alemán*, p. 84. P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 272 y 274.

[307]. Las declaraciones de Lagarde y Langbehn en S. Friedländer, *¿Por qué el Holocausto?*, p. 92; y P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 60 y 236.
[308]. P. Sorlin, *El antisemitismo alemán*, p. 49.
[309]. G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 162-163. P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 142-154. J. Katz, *Anti-Semitism*, pp. 281-291.
[310]. G. L. Mosse, *Toward the Final Solution*, pp. 141-142. P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, pp. 156-163. L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida*, p. 42. A. S. Lindemann, *The Jew Accused*, pp. 31-32. S. Friedländer, *¿Por qué el Holocausto?*, pp. 137-138.
[311]. R. S. Wistrich, *Anti-Semitism*, p. 64.
[312]. Palabras de A. S. Lindemann, *The Jew Accused*, p. 135.
[313]. L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida*, pp. 114 y 116.
[314]. Reproducido en B. Lazare, *El antisemitismo*, p. 143.
[315]. Cifras de víctimas mortales en J. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, p. 169.
[316]. L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida*, p. 58. P. Mendes y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 339-340. A. S. Lindemann, *The Jew Accused*, pp. 83-87.
[317]. L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida*, pp. 70-71. A. S. Lindemann, *The Jew Accused*, pp. 95-124.
[318]. L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida*, p. 61.
[319]. Pierre Miquel, *El caso Dreyfus*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
[320]. Shlomo Ben Ami y Zvi Medin, *Historia del Estado de Israel. Génesis, problemas y realizaciones*, Madrid, Rialp, 1992, pp. 13-20 y 21-30. Sobre Hoess, el sionismo y Herlz, véanse los textos de P. Mendes y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 275-276, 529-531 y 533-538. Walter Laqueur, *A History of Zionism. From the French Revolution to the Establishment of the State of Israel*, Nueva York, Random House, 2003.
[321]. Léon Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida*, p. 178. Sobre los llamamientos de Rathenau a favor de la plena asimilación véase su artículo «Escucha, ¡Oh Israel!», de 1897. Reproducido en P. Mendes y J. Reinharz (eds.), *The Jew in the Modern World*, pp. 267-268.
[322]. L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida*, p. 166. Cfr. S. Frienländer, *¿Por qué el antisemitismo?*, p. 96.
[323]. L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida*, pp. 177-178. P. Sorlin, *El antisemitismo alemán*, p. 91. Las cifras del censo judío en R. Gay, *The Jews in Germany*, p. 243.
[324]. L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida*, p. 182. Fritz Fischer, *From Kaiserreich to Third Reich. Elements of Continuity in German History, 1871-1945*, Londres, Unwin Hyman, 1988, pp. 71-73. S. Friedländer, *¿Por qué el Holocausto?*, pp. 103-112. N. Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial*, p. 148.
[325]. P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, p. 292.
[326]. V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea*, p. 101.
[327]. L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida*, p. 212
[328]. V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea*, p. 102. L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida*, p. 212
[329]. Reproducido en L. Poliakov, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida*, pp. 197-198.
[330]. V. Karady, *Los judíos en la modernidad europea*, p. 294-296.
[331]. N. Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial*, p. 181.
[332]. Reproducido en P. Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and*

Austria, p. 298. El artículo de Hitler en E. Jackel, *Hitler's World View*, p. 52 y 131, nota 12. Cfr. R. Gay, *The Jews in Germany*, p. 244; y N. Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial*, pp. 155-159.

[333]. Reproducido en N. Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial*, p. 161. La fuente original es la obra de Karl Brammer (1891-1964) titulada *Das politische Ergebnis des Rathenau-Prozesses. Auf Grund des amtlichen Stenogramms bearbeitet*, publicada en Berlín en el año 1922 por Verlag fur Sozialwissenschaft. Agradezco la generosa ayuda de los profesores Camino Álvarez Fidalgo, Isidoro Reguera y Birgit Aschman en las tareas de localización y traducción de ese texto.

[334]. Testimonio de B. Segel, intelectual judío, sobre su asistencia a una conferencia antisemita en Berlín en 1924. Reproducido en N. Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial*, p. 150.

[335]. Palabras de Julian Huxley en la obra de dicho autor y del antropólogo A. C. Haddon titulada *We Europeans: A Survey of «Racial» Problems* (Nosotros, los europeos: un examen de los problemas «raciales»), publicada en Londres y Nueva York en 1936. Reproducida en Mark Mazower, *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2001, pp. 123-124

[336]. Palabras de Levi recogidas en R. S. Landau, *The Nazi Holocaust*, p. 10. Sobre Levi y su relación con el Holocausto véase Tony Judt, «The Courage of the Elementary», *The New York Review of Books*, 20 de mayo de 1999. Levi es autor de libros testimoniales como *Si esto es un hombre* (Barcelona, El Aleph, 1987; original italiano de 1946); y *Los hundidos y los salvados* (Barcelona, El Aleph, 1988; original italiano de 1986).

[337]. Palabras de Furet recogidas en su epistolario con Nolte, 3 de abril y 30 de septiembre de 1996. F. Furet y E. Nolte, *Fascismo y comunismo*, Madrid, Alianza, 1999, p. 30-31 y 93-94.